

San Francisco De
Sales



**CONFERENCIAS
ESPIRITUALES**

Ivory Falls Books

San Francisco de Sales

CONFERENCIAS ESPIRITUALES

©2017 IVORY FALLS BOOKS. Este libro es parte de una colección de los mejores clásicos espirituales, disponibles tanto en formato impreso y libros electrónicos. En Ivory Falls Books nos esforzamos por publicar libros de alta calidad a precios asequibles. Además buscamos uniformidad en el tamaño, la presentación externa y el tipo de letra, que le permite al lector crear una biblioteca bien organizada y de fácil lectura. Para encontrar los títulos disponibles por favor búsquenos en Amazon.com.

Este libro es producto de su tiempo y no refleja necesariamente el pensamiento de la actualidad, el cual ha evolucionado, como lo haría si se hubiese escrito en la actualidad.

CONTENIDOS

[CONFERENCIA I. LAS CONSTITUCIONES](#)

[CONFERENCIA II. CONFIANZA](#)

[CONFERENCIA III. LA FIRMEZA](#)

[CONFERENCIA IV. DE LA CORDIALIDAD](#)

[CONFERENCIA V. DE LA GENEROSIDAD DE ESPÍRITU](#)

[CONFERENCIA VI. DE LA ESPERANZA](#)

[CONFERENCIA VII. DE LAS TRES LEYES ESPIRITUALES](#)

[CONFERENCIA VIII. DE LA DESAPROPIACIÓN Y DESPOJO DE TODAS LAS COSAS](#)

[CONFERENCIA IX. LA MODESTIA](#)

[CONFERENCIA X. DE LA OBEDIENCIA](#)

[CONFERENCIA XI. LA VIRTUD DE LA OBEDIENCIA](#)

[CONFERENCIA XII. DE LA SIMPLICIDAD](#)

[CONFERENCIA XIII. DEL ESPÍRITU DE LAS REGLAS](#)

[CONFERENCIA XIV. DEL JUICIO PROPIO.](#)

[CONFERENCIA XV. LA VOLUNTAD DE DIOS](#)

[CONFERENCIA XVI. DE LAS AVERSIONES](#)

[CONFERENCIA XVII. DE LOS VOTOS](#)

[CONFERENCIA XVIII. LOS SACRAMENTOS](#)

[CONFERENCIA XIX. SOBRE LAS VIRTUDES DE SAN JOSÉ](#)

[CONFERENCIA XX. INTENCIÓN DE ENTRAR EN RELIGIÓN](#)

[CONFERENCIA XXI. NO PEDIR NADA](#)

[CONFERENCIA XXII. DE LA EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ](#)

CONFERENCIA I. LAS CONSTITUCIONES

Obligación de las Constituciones de la Orden de la Visitación de Santa María, y calidad de la devoción que han de tener las religiosas de esta orden.

Estas Constituciones, por sí mismas, de ninguna manera, obligan bajo pena de pecado, ni mortal ni venial; solamente sirven para dirección y guía de las personas de esta congregación; pero si acaso alguna voluntaria y deliberadamente las quebrantase, con desprecio o escándalo de las compañeras o personas de fuera, cometería sin duda una grande ofensa; porque no se puede excusar de culpa la que envilece y deshonorra las cosas de Dios, desmiente su profesión, pervierte la comunidad, y disipa los frutos del buen ejemplo y buen olor que, debe dar al prójimo. De modo, que a este voluntario desprecio se seguirá algún grande castigo del cielo, y especialmente la privación de las gracias y dones del Espíritu Santo, que ordinariamente son quitados a los que se apartan de los buenos propósitos y dejan el camino en que Dios Nuestro Señor los había puesto. El desprecio, pues, de las Constituciones, como también el de todas las buenas obras, se conocerá por las consideraciones siguientes.

Cae en esta falta aquel que quebranta o deja de cumplir alguna ordenanza no solo voluntariamente, sino con propósito deliberado; porque otra cosa es si lo traspassa por inadvertencia u olvido, o cegado de otra pasión; porque el desprecio incluye en sí una voluntad deliberada que le determina resueltamente a hacer lo que hace. De aquí se sigue, que el que quebranta la ordenanza, o desobedece por menosprecio o vanagloria, no solo desobedece, sino que quiere desobedecer; no solo comete la inobediencia, pero la hace con intención de desobedecer. Está prohibido comer fuera de las horas de refección; come una monja ciruelas o albaricoques, u otra cualquier fruta; quebranta la regla y comete una desobediencia; mas si lo come llevada del deleite que piensa recibir, entonces desobedece, no por desobediencia, sino por golosina; pero si come porque no estima la regla, ni quiere hacer cuenta ni sujetarse a ella, entonces desobedece por desprecio e inobediencia.

Se sigue también, que el que desobedece por cualquier halago, o llevado de pasión, quisiera bien poder satisfacer su apetito sin desobedecer; y al mismo tiempo que toma placer en comer, por ejemplo, le desagrade que sea con desobediencia: y en este caso la desobediencia sigue o acompaña la obra; pero en el otro la precede y la sirve de causa o motivo, aunque sea por golosina; porque el que come contra el precepto, consiguiente o juntamente comete desobediencia, si bien, si pudiese excusarla no quisiera cometerla comiendo; como el que bebiendo mucho no quisiera embriagarse, bien que por beber se embriaga. Pero el que come por desprecio de la regla y por desobediencia, quiere la misma desobediencia; de manera, que no haría, ni querría la obra sino fuese movido de la voluntad de desobedecer: el uno, pues, desobedece queriendo una cosa a la cual está

junta la desobediencia; y el otro desobedece queriendo la misma cosa, porque está junta a la desobediencia. El uno encuentra la desobediencia en la cosa que quiere, y quisiera no encontrarla: el otro busca en la cosa la desobediencia, y no la quiere sino por la intención de hallarla: el uno dice, yo desobedezco porque quiero comer esta fruta, la que no puedo comer sin desobedecer: y el otro dice, yo la como porque quiero desobedecer, lo que conseguiré comiendo: en el uno la desobediencia y desprecio sigue a la obra; en el otro la conduce.

Pues esta desobediencia formal y desprecio de las cosas buenas y santas nunca está sin algún pecado, a lo menos venial, aun en las cosas que no son sino de consejo: porque si bien puede uno no seguir los consejos de las cosas santas, por elección de otras cosas, sin cometer ofensa alguna, todavía no se pueden dejar por desprecio sin culpa, porque no todo lo bueno nos obliga a seguirlo; pero si a honrarlo y estimarlo, y por consiguiente con más razón a no menospreciarlo ni deslucirlo.

Añádase a esto, que el que quebranta la regla y constitución por desprecio, la tiene por vil e inútil; lo que es una grandísima presunción y arrogancia. o si la juzga útil, y con todo no quiere sujetarse a ella, rompe su designio con gran daño del prójimo, a quién da escándalo y mal ejemplo, contraviene a la sociedad por la promesa hecha a la compañía, y pone en desorden una casa devota; y estas son grandísimas faltas.

Pero, para que se pueda en alguna manera discernir cuando una persona quebranta las reglas o la obediencia por desprecio, propondré aquí algunas señales.

- I. La primera, si siendo corregida hace burla y no tiene algún arrepentimiento.
- II. Segunda, cuando persevera, sin mostrar deseo ni voluntad de enmendarse.
- III. Tercera, cuando afirma que la regla no es a propósito, ni el precepto conveniente.
- IV. Cuarta, cuando procura atraer a las otras al mismo quebrantamiento y quitarlas el temor, diciendo que importa poco, y que no hay peligro alguno.

Estas señales no son con todo tan ciertas, que tal vez no provengan de otra causa diferente de la del desprecio; porque puede suceder, que una persona se burle de quien la reprende por la poca estimación que hace de él, y que persevere por flaqueza, que porfie por despecho y cólera y que pervierta las otras por tener compañeras y excusar su delito. No obstante, es fácil de conocer, por las circunstancias, cuando todo esto se hace por desprecio; porque, en fin, la desvergüenza y manifiesta disolución siguen ordinariamente al desprecio, y los que le tienen en el corazón, presto lo sacan a la boca y dicen, como observa, David: ¿Quién es Nuestro Señor? (Salmo 1, 15).

Conviene deciros aquí una palabra de una tentación que puede ocurrir en este punto; y es, que tal vez una persona no piensa ser inobediente y libre cuando no desprecia sino una o dos reglas que le parecen de poca importancia, mientras observe las demás; pero ¡Dios mío! ¿quién no ve el engaño? porque lo que una estima poco, otra estimará mucho, y así al contrario. De la misma manera en una comunidad, cuando uno no haga caso de una regla, otro despreciará otra, otro otra, y así todo será desorden. Porque luego

que el espíritu del hombre se gobierna según sus inclinaciones y aversiones ¿qué otra cosa puede suceder que una perpetua inconstancia y variedad de faltas? Ayer, que yo estaba alegre, me desagradaba el silencio y me sugería la tentación que estaba ocioso; hoy, que estoy melancólico, me sugiere que la recreación y entretenimiento es aún más inútil. Ayer que estaba consolado, me agradaba el cantar; hoy que estoy seco, me disgusta; y así en lo demás.

De suerte, que el que quiera vivir dichosa y perfectamente debe acostumbrarse a vivir según la razón, las reglas y la obediencia, y no según sus inclinaciones y aversiones: debe estimar todas las reglas, honrarlas y quererlas, a lo menos con la voluntad superior: porque si ahora desprecia una, mañana despreciará otra, y otro día otra; y roto una vez el vínculo del debido respeto, todo lo que estaba atado poco a poco se descompondrá y perderá.

No quiera Dios que ninguna de las religiosas de la Visitación se desvíe tanto del camino del amor de Dios, que se halle perdida dentro del desprecio de las reglas por desobediencia, dureza y obstinación de corazón; porque, ¿qué le podrá suceder peor, ni de mayor infelicidad? Supuesto también que hay pocas reglas particulares y propias de esta Congregación, siendo la mayor parte, y casi todas, o reglas generales que deberían guardar en sus casas si quisiesen vivir con algún poco de honor, reputación y temor grande de Dios, o que miran a la debida decencia de una casa devota, o a las oficiales en particular.

Pero, si tal vez les viniere algún disgusto o aversión a las Constituciones y Reglas de la Congregación, se portarán de la misma manera que en las demás tentaciones, corrigiendo la aversión con la razón y con una fuerte y buena resolución de la parte superior del alma, esperando que Dios les envíe algún consuelo en su camino y les haga ver, como a Jacob cuando se halló cansado en su viaje, que las reglas y forma de la vida que han escogido son la verdadera escala, por la que deben, como ángeles, subir a Dios por caridad, y bajar así por humildad.

Pero cuando sin esta aversión sucediese el quebrantar la regla por fragilidad, entonces al punto se humillarán delante de Dios y le pedirán perdón, renovarán la resolución de observarla, y sobre todo procurarán no entrar en pusilanimidad de espíritu e inquietud; antes con nueva confianza en Dios recurrirán a su santo amor.

En cuanto a las transgresiones de la regla que no se hacen por pura inobediencia ni por desprecio, sino por descuido, flaqueza, tentación o negligencia, se podrán y deberán confesar como pecados veniales o bien como de cosa en que le ha podido haber; porque, si bien en ello no haya alguna especie de pecado en virtud de la obligación de la regla, puédele no obstante haber por razón de la negligencia, descuido, precipitación u otros tales defectos; pues rara vez sucede, que viendo un bien propio para nuestro aprovechamiento y siendo particularmente llamados e incitados a obrarle, le dejemos voluntariamente sin culpa, porque tal omisión no procede sino de negligencia, de afecto depravado o falta de fervor; y si hemos de dar cuenta de las palabras que son verdaderamente ociosas, ¿cuánto más la daremos de haber dejado ociosa la moción que

la regla nos hace a su ejercicio?

Dije, que sucede raras veces no ofender a Dios cuando dejamos de hacer un bien propio a nuestro adelantamiento; porque puede suceder que no se deje voluntariamente, sino por olvido, inadvertencia o subrepción, y entonces no hay pecado grave ni leve, salvo en el caso de que la cosa, de que nos olvidamos fuese de tan grande importancia, que nos obligase a estar atentos para no caer en tal olvido, inadvertencia y subrepción. Pongo ejemplo: Una religiosa rompe el silencio porque no advierte que es tiempo de él, o pensando en otra cosa no se acuerda, o bien que, habiendo sido acometida de algún ímpetu de hablar, antes de pensar en reprimirle haya dicho alguna cosa, sin duda no peca; porque la guarda del silencio no es de tanta importancia que obligue a tener una tan grande atención que no nos podamos olvidar; antes al contrario, siendo cosa muy buena en tiempo de silencio ocuparse en santas y pías consideraciones, si estando atenta a ellas se olvida de guardar el silencio, este olvido nacido de tan buena causa no puede ser malo, ni consiguientemente la falta del silencio que de él proviene.

Pero si se olvidase de servir a una enferma que por falta de asistencia corriese peligro, y que habiéndosela encargado a ella por esto se descuidaron las demás de servirla, no será buena excusa decir no he caído en ello o no me he acordado; porque la cosa era de tan grande importancia que debía estar con cuidado de no olvidarse, y la falta de esta atención no es excusable respecto a la calidad de una cosa que merecía mucha vigilancia.

Hemos de creer, que a medida que se aumentare el amor de Dios en las almas de las religiosas de esta Congregación, este amor las hará cada hora más exactas y diligentes en la observancia de sus constituciones, aunque por si mismas de ninguna manera obligan bajo pena de pecado mortal o venial; pero si obligaran bajo pena de muerte, ¿cuán rigurosamente se observarían?

El amor es fuerte como la muerte (Ct. 8, 6). Luego los atractivos del amor son tan poderosos para hacer ejecutar una resolución, como las amenazas de la muerte. El celo, dice el sagrado cántico es duro y fuerte como el infierno. Luego las almas que tienen celo, harán tanto, y aún más en virtud de él, de lo que harían por temor del infierno; y así las monjas de esta Congregación por la suave violencia del amor observarán, con la ayuda de Dios, tan exactamente sus reglas, como si estuvieran obligadas bajo pena de eterna condenación. En suma, ellas tendrán perpetua memoria de lo que dice Salomón en los Proverbios: Quien guarda el mandamiento, guarda su alma; y quien desprecia su camino, perecerá (Prov. 19, 16). Vuestro camino es el modo de vida en que Dios os ha puesto. Yo no hablo aquí de la obligación que tenemos de guardar los votos; porque es cosa evidente que quien absolutamente quebranta la regla y los votos esenciales de pobreza, castidad y obediencia, peca mortalmente, y lo mismo será si rompe la clausura. Hagan las religiosas profesión particular de mantener sus corazones en una devoción íntima, fuerte y generosa. Digo íntima, de modo que tengan la voluntad conforme con las buenas acciones exteriores que hicieren, sean estas pequeñas o grandes. Nada se haga por costumbre, sino por elección y aplicación de la voluntad; y si alguna vez la acción

exterior se anticipa a la afición interior por causa de la costumbre, a lo menos la afición siga luego a la acción. Si antes de inclinarme corporalmente a mi superior, no hago la inclinación interior por una humilde elección de estarle sujeto, a lo menos que esta elección acompañe o siga muy cerca a la inclinación exterior. Las hijas de esta Congregación tienen muy pocas reglas para lo exterior, poca austeridad, pocas ceremonias, poco rezo, y así acomodando voluntaria y amorosamente el corazón, harán nacer lo exterior de lo interior, y sustentarán lo interior con lo exterior, como el fuego produce la ceniza, y la ceniza mantiene el fuego. Es también necesario que esta devoción sea fuerte. Primero, para sufrir las tentaciones que jamás faltan a los que quieren verdaderamente servir a Dios. Segundo, para tolerar la variedad de los espíritus que se hallarán en la Congregación, que es la prueba mayor que se puede ofrecer a los espíritus débiles. Tercero, para sufrir cada una las imperfecciones, y no inquietarse por verse sujeta a ellas; porque así como es menester una humildad fuerte para no perder el ánimo, antes debemos levantar nuestra confianza en Dios por medio de nuestras flaquezas, así es necesario un corazón valeroso para emprender la corrección y perfecta enmienda. Cuarto, para combatir sus imperfecciones. Quinto, para despreciar las palabras y juicios del mundo, que jamás deja de contradecir los institutos píos, particularmente al principio. Sexto, para mantenerse independiente de las aficiones, amistades, o inclinaciones particulares, para no vivir según ellas sino según la luz de verdadera piedad. Séptimo, para desasirse de las ternuras, dulzuras, consolaciones que provienen ya de Dios, ya de las creaturas, y para no dejarse llevar de ellas. Octavo, para sustentar una guerra continua contra nuestras malas inclinaciones, humores, hábitos y propensiones. Conviene, finalmente, que sea generosa para no espantarse de las dificultades, antes engrandecer el ánimo con ellas; porque, como dice san Bernardo, poco valor tiene aquel a quien no le crece el corazón entre las penas y contradicciones. Generosa para aspirar al más alto punto de la perfección cristiana, no obstante todas las imperfecciones y flaquezas presentes, apoyándose con perfecta confianza en la misericordia divina, a ejemplo de aquella que decía a su amado: Atraedme, correremos tras Vos al olor de vuestros unguentos (Ct. 1, 4). Como si dijera, por mí misma soy inmóvil; pero si Vos me atraéis, yo correré. El divino Amante de nuestras almas nos deja muchas veces como atados en nuestras miserias, para que sepamos que nuestra libertad procede de él, para que cuando la tengamos, la estimemos como don precioso de su bondad. Por esto, como la devoción generosa no cesa jamás de dar voces a Dios atraedme, así no cesa jamás de aspirar, esperar, y valerosamente prometerse el correr y decir correremos tras Vos: y conviene no enfadarse jamás si luego no se corre tras el Salvador, con tal que siempre se diga, atraedme, y se tenga valor para decir, correremos; porque, aunque no corramos, basta; que con la ayuda de Dios correremos. Esta Congregación, como también las otras religiones, no es junta de personas perfectas, sino de personas que se pretenden perfeccionar. No de personas que corren, sino que pretenden correr; por esto aprenden primero a andar paso a paso, después aprisa, luego a medio correr, y al fin a todo correr. Esta devoción generosa a ninguno menosprecia, y hace que, sin perturbación e inquietud veamos caminar, correr y volar a otros, según la

diversidad de las inspiraciones y variedad de medidas de la divina gracia que cada uno recibe. Esta es una advertencia que el grande apóstol san Pablo hace a los romanos: Uno, dice, cree que puede comer de todo: otro que está enfermo, come hierbas; el que come no desprecie al que no come; y el que no come no juzgue al que come: cada uno abunde en su sentido, el que come, coma en Nuestro Señor, y el que no come, no coma en Nuestro Señor; y así el uno como el otro den gracias a Dios (Rm 16, 2). Las reglas no mandan muchos ayunos, pero puede ser que algunas, por particulares necesidades, alcancen licencia de ayunar algo más; las que ayunaren no menosprecien a las que coman, ni las que comen a las que ayunen; y así en todas las otras cosas que ni están mandadas ni prohibidas, cada uno abunde en su sentido: quiero decir, goce y use de su libertad, sin juzgar ni contradecir a las otras que no hacen lo que ella, queriendo que sea su modo tenido por mejor; pues puede suceder que una persona coma con tal renunciación de su propia voluntad como otra que ayuna, y que no diga sus culpas con el mismo renunciamiento que otra las dirá. La devoción generosa no quiere compañía en lo que hace, sino solamente en su pretensión, que es la gloria de Dios y el adelantamiento del prójimo en el amor divino: y como se encamine todo derechamente a este fin, no se le da nada que sea por este o por otro camino; con tal que el que ayuna, ayune por Dios; y el que no ayuna, por Dios no ayune, y tan satisfecha quede de lo uno como de lo otro. Ella, pues, no quiere traer los otros en su seguimiento; antes prosigue humilde, simple y tranquilamente su camino. Y si sucede que alguna persona come no por Dios sino por inclinación, y si deja la disciplina no por Dios sino por natural aversión, convendrá que las que hacen los ejercicios contrarios, no la juzguen, sino que dulce y suavemente sin censurarla, sigan por su camino, no despreciando ni juzgando en perjuicio de las flacas; acordándose de que si en estas ocasiones las unas proceden, puede ser, blandamente según sus inclinaciones y aversiones; en otras ocurrencias las otras hacen también lo mismo. Pero aquellas que tienen tales inclinaciones y aversiones, se deben atentamente guardar de decir palabras, y de dar muestras de tener disgusto de que las otras lo hagan mejor, porque cometerían una grande impertinencia; antes, considerando su flaqueza, las deben mirar con santa, dulce y cordial reverencia; porque de este modo podrán sacar tanto provecho de su flaqueza por la humildad que de aquí les nacerá, como las otras lo sacan de sus ejercicios. Si este punto es bien entendido y observado, conservará una maravillosa tranquilidad y suavidad en la Congregación. Que Marta sea activa, pero que no contradiga a Magdalena: que Magdalena contemple, pero que no desprecie a Marta; porque Cristo saldrá a la defensa de la que fuere censurada. Pero con todo esto, si algunas hermanas tuvieren aversión a las cosas piadosas, buenas y aprobadas, o bien inclinaciones a las menos devotas; si me creen, usarán de violencia y corregirán lo más que puedan a toda aversión e inclinación, para ser verdaderamente señoras de sí mismas y servir a Dios con una excelente mortificación, repugnando a su repugnancia, y contradiciendo a su contradicción, apartándose de sus inclinaciones, divirtiendo sus aversiones, y en todo y por todo haciendo reinar la autoridad de la razón, principalmente en las cosas quedan lugar a tomar resolución: y finalmente, procurarán tener un corazón blando, tratable, rendido, y fácil a condescender en todas las cosas lícitas; y mostraran en

todos lances la obediencia y caridad, para ser semejantes a la paloma, cuya pluma recibe todos los resplandores que le da el sol. Bienaventurados son los corazones flexibles, porque nunca se romperán. Las monjas de la Visitación hablarán siempre humildísimamente de su pequeña Congregación, y antepondrán a ella todas las otras en cuanto a la honra y estimación; pero la preferirán atadas en cuanto alamar, asegurando prontamente, cuando Se ofrezca la ocasión, cuan agradablemente viven en esta vocación. Así las mujeres casadas deben preferir sus maridos a todos los demás, no en el honor, sino en el afecto. Así cada uno prefiere su país a los otros en amor, no en especificación. Y cualquiera marinero quiere más el bajel en que navega, que los otros aunque sean más ricos y más fuertes. Confesemos libremente que las otras congregaciones son mejores, más ricas, más excelentes; pero no por eso más amables, ni deseables para nosotros; pues Dios Nuestro Señor quiso que esta fuese nuestra patria y nuestra barca, y que nuestro corazón se desposase con este instituto. Siguiendo el dicho de aquel, que preguntado cual era el descanso mayor y el mejor alimento de un niño, respondió, que el regazo y la leche de su madre; porque aunque haya otros lechos más ricos, y otras leches mejores, pero para él ni le hay más propio ni le hay más amable. Dios sea bendito.

CONFERENCIA II. CONFIANZA

Se pregunta si con el conocimiento de la propia miseria puede el alma llegarse a Dios con una gran confianza, y de qué manera. Se trata de la perfecta abnegación de sí mismo.

Me preguntáis, hijas queridísimas, si teniendo el alma conocimiento de su propia miseria, puede llegarse a Dios con una gran confianza. Respondo, que no solamente el alma que tiene el conocimiento de su miseria, puede tener una gran confianza en Dios, sino que no puede tener verdadera confianza sin tener conocimiento de su miseria; porque este conocimiento y la confesión de nuestra miseria nos introducen delante de Dios. Así todos los grandes Santos, como Job, David y otros, siempre empezaban todas sus oraciones por la confesión de su miseria e indignidad; de modo que es cosa muy buena reconocerse pobre, vil, abatido e indigno de parecer en la presencia de Dios. Aquel célebre dicho de los antiguos: Conócete a ti mismo, aunque se entienda del conocimiento de la grandeza y excelencia del alma para no envilecerla ni profanarla con cosas indignas de su nobleza, se entiende también del conocimiento de nuestra indignidad, imperfección y miseria; de modo, que cuanto más nos conociéremos miserables, tanto más confiaremos en la misericordia y bondad de Dios; porque entre la misericordia y la miseria hay conexión tan grande, que la una no se puede ejercer sin la otra. Si Dios no hubiese criado al hombre, sería verdaderamente todo bueno; pero actualmente no fuera misericordioso, porque la misericordia no se ejercita sino con los miserables. Con esto veréis que cuanto más nos conociéremos miserables, tanta, más ocasión tenemos de confiar en Dios; pues nada tenemos para confiar en nosotros mismos. La desconfianza de nosotros mismos nace del conocimiento de nuestras imperfecciones; pero esta aprovecharía poco, si no pusiésemos toda nuestra confianza en Dios, asiéndonos de su misericordia; las faltas y deslealtades que cada día cometemos nos deben causar vergüenza y confusión cuando queremos llegarnos a Dios: y así leemos de grandes almas, como de santa Catalina de Siena y de la santa madre Teresa de Jesús, que sentían esta gran confusión cuando caían en alguna falta; y así es cosa razonable, que habiendo ofendido a Dios, nos retiremos un poco por humildad y quedemos confusos: pues solo por haber ofendido a un amigo tenemos empacho de llegarnos a él; pero no conviene detenernos aquí, porque estas virtudes de humildad, abatimiento y confusión son virtudes medianeras, por las que debemos subir a la unión de nuestra alma con Dios: no sería gran cosa haberse aniquilado y desnudado de sí mismo, lo que se hace con los actos de confusión, si esto no fuese para darse del todo a Dios, como nos lo enseña san Pablo, cuando dice: Despojaos del hombre viejo y revestíos del nuevo (Col. 3, 9-10). Porque no conviene quedarnos desnudos, sino revestirnos de Dios. Este pequeño retiro no se hace sino como para tomar carrera y arrojarse con más fuerza en Dios con un acto de amor y confianza, porque no es bien confundirse tristemente con

inquietud. El amor propio causa estas confusiones, afligiéndonos porque no somos perfectos no tanto por amor de Dios como de nosotros mismos; pero aunque no sintáis una gran confianza, no por eso habéis de dejar de hacer sus actos, diciendo a Dios: aunque yo no tenga, Señor mío, algún sentimiento de confianza en Vos, yo sé muy bien que sois mi Dios, que yo soy todo vuestro, y no tengo esperanza sino en vuestra bondad; y así yo me dejo del todo en vuestras manos. Siempre está en nuestra potestad hacer estos actos; y aunque tengamos dificultad, no imposibilidad, en estos casos y en medio de estas dificultades debemos mostrar la fidelidad a este Señor; porque aunque hagamos estos actos sin gusto y sin alguna satisfacción, no nos ha de dar pena, pues Dios los quiere más así; y no me digáis que solo lo decís con la boca; porque si el corazón no lo quisiera, la boca no lo pronunciara. Habiendo hecho esto, estad en paz sin atender a vuestra perturbación, y hablad con Nuestro Señor de otra cosa. Ved aquí, pues, por conclusión de este primer punto, como es muy bueno tener confusión cuando tenemos conocimiento y sentimiento de nuestra miseria e imperfección; pero que no conviene apartarse ni caer, por eso en pusilanimidad, antes levantar el corazón a Dios por medio de una santa confianza, cuyo fundamento ha de estribar en el mismo Señor y no en nosotros, porque nosotros nos mudamos y Dios no se puede mudar jamás. Y tan bueno y misericordioso es él cuando nosotros somos flacos e imperfectos, como cuando somos fuertes y perfectos. Yo acostumbro decir que el trono de la misericordia de Dios es nuestra miseria: conviene, pues, que cuanto es más grande nuestra miseria, tanto mayor sea nuestra confianza. Pasemos ahora a la otra cuestión, que es de la abnegación de sí mismo, y de cuál debe ser el ejercicio del alma abnegada. Es necesario saber, que abnegar nuestra alma y dejarnos a nosotros mismos, no es otra cosa que quitarnos y deshacernos de nuestra propia voluntad para darla a Dios: porque, como tengo dicho, de poco nos pudiera aprovechar de renunciarnos y dejarnos a nosotros mismos, sino fuese esto por unirnos perfectamente a la divina voluntad. A este fin, pues, se ha de encaminar esta renuncia; la que de otra manera sería inútil y semejante a la de los antiguos filósofos, que dejaron todas las cosas y se olvidaron de sí mismos por una vana pretensión de darse al estudio de la filosofía, como Epicteto celebradísimo filósofo, el cual siendo esclavo y queriendo por su gran sabiduría libertarle, él con una renuncia extremada no quiso aceptarlo, quedándose en una esclavitud voluntaria con tal pobreza que después de su muerte no se le halló otra alhaja que un candil, que se vendió en gran precio por haber sido de un hombre tan grande: pero nosotros no hemos de querer abnegarnos sino por dejarnos a merced de la voluntad divina. Muchos hay que dicen a Nuestro Señor, yo me entrego del todo a Vos sin reserva alguna; pero son muy pocos los que abrazan la práctica de esta renuncia, la que no es otra cosa que una perfecta indiferencia en recibir todo género de acaecimientos según vengán ordenados por la Providencia divina así la aflicción como la consolación, la enfermedad como la salud, la pobreza como la riqueza, el desprecio como la honra, el oprobio como la alabanza: y esta indiferencia la entiendo según la parte superior de nuestra alma; porque no hay duda que la inferior y la inclinación natural se arrimará siempre más a la honra que al desprecio, a las riquezas que a la pobreza; aunque ninguno puede ignorar que el

desprecio, el oprobio y la pobreza son más agradables a Dios que la honra y la abundancia de muchas riquezas. Para hacer, pues, esta renuncia, es necesario obedecer a la voluntad de Dios significada, y a su beneplácito; lo uno se hace por manera de resignación, y lo otro de indiferencia. La voluntad de Dios significada comprende sus mandamientos, sus consejos, sus inspiraciones, nuestras reglas y órdenes de nuestros superiores. Su beneplácito mira a los ocasos de las cosas que no podemos prevenir: pongo por ejemplo; yo no sé si moriré mañana, veo que esto está en el beneplácito de Dios, y por eso me conformo con él y muero con gusto; así también yo no sé si el año que viene alguna tempestad destruirá todos los frutos de la tierra si sucediere o viniere una peste, u otros tales casos fortuitos, es cosa evidente que este es el beneplácito de Dios, y así me conformaré con él. Sucederá que no tengáis consuelo alguno en vuestros ejercicios, ello es cierto que tal es el beneplácito de Dios; por ello conviene estar con una grande indiferencia entre el consuelo y desconsuelo, y lo mismo se debe hacer en todas las cosas que nos sucedan, en los vestidos que nos dan y en las viandas que se nos ponen en la mesa. Conviene también advertir, que hay algunas cosas en las que se ha de juntar la voluntad de Dios significada con su beneplácito. Como si yo caigo enfermo de una fuerte calentura, en este suceso veo que el beneplácito de Dios es que yo esté indiferente a la salud y a la enfermedad; mas la voluntad de Dios significada es que yo, que no vivo bajo de obediencia alguna, llame a los médicos y aplique todos los remedios que sean posibles; no digo yo los más exquisitos, sino los comunes y ordinarios: y que los religiosos que están sujetos a un superior, reciban la cura y tratamiento que les hicieren con simplicidad y sumisión, porque Dios nos ha significado esto al dar virtud a los remedios; la santa Escritura nos lo enseña y la Iglesia lo ordena. Hecho, pues, esto, conviene estar con perfecta indiferencia, ya venza la enfermedad a los remedios, ya los remedios a la enfermedad; de manera que si la enfermedad y la salud estuvieran en nuestra mano, y nos dijese Dios, si tú escoges la salud no te quitaré yo por eso el menor grado de gracia, si eliges la enfermedad tampoco te la aumentaré, pero en la elección de esta hay algo más que mi beneplácito; al punto el alma, que enteramente se ha dejado y renunciado en las manos de Dios, escogerá sin duda la enfermedad, solo porque reconoce en ella un poco más del agrado de este Señor; y esto aunque fuese para estar toda su vida en una cama sin hacer otra cosa que sufrir no quisiera por nada del mundo desear otro estado; así los Santos que están en el cielo tienen tal unión con la voluntad de Dios, que si reconocieran un poco más de su beneplácito en el infierno, dejarían el cielo para irse allá. Este estado de dejamiento de sí mismo comprende también el dejarse al beneplácito divino en todas las tentaciones, sequedades o adversidades y repugnancias que se ofrecen en la vida espiritual; porque en todas estas cosas se ve el beneplácito de Dios, cuando no suceden por culpa nuestra ni hay pecado en ellas. En fin, el dejamiento de sí mismo es la virtud de las virtudes, el carisma de la caridad, el olor de la humildad, el mérito, a mi parecer, de la paciencia, y el fruto de la perseverancia. Grande es esta virtud, y solo digna de ser practicada de los más queridos hijos de Dios. Padre mío, dijo nuestro dulce Salvador sobre la cruz, yo pongo mi espíritu en vuestras manos (Lc. 23, 46). Verdad es que en esto quiso decir: Todo está acabado. Yo he cumplido todo lo que

habéis mandado; pero con todo, si es vuestra voluntad que yo me detenga sobre esta cruz para padecer más, me contento y pongo mi espíritu en vuestras manos. Vos podéis hacer de él como más os agradare. Lo mismo debemos hacer nosotros, amadas hijas, en cualquiera ocasión que nos aflija, o contento que nos alegre, dejándonos llevar de la voluntad divina según su beneplácito, sin dejarnos jamás llevar de nuestra voluntad propia. Ama Nuestro Señor con un amor tiernísimo a aquellos que llegan a esta felicidad de entregarse totalmente en su paternal cuidado, dejándose gobernar de su divina providencia, sin detenerse a pensar si los efectos de ella les son útiles, provechosos o dañosos, asegurándose de que ninguna cosa les será enviada de aquel amabilísimo corazón paternal, ni permitirá este que les suceda, de la que no les haga sacar bien y provecho, con tal que tengan puesta toda su confianza en él y que de todo corazón digan: Yo pongo mi espíritu, mi alma, mi cuerpo, y todo cuanto tengo en vuestras benditas manos, para que dispongáis de todo como más os agradare. Porque jamás llegaremos a tal extremo, que no podamos siempre derramar delante de la divina Majestad los olores de una santa sumisión a su santísima voluntad, y hacer una continua promesa de no quererle ofender. Algunas veces quiere este Señor que las almas, escogidas para su servicio, se alimenten de una firme e inviolable resolución de perseverar en servirle por medio de los disgustos, sequedades, repugnancias y asperezas de la vida espiritual, sin consolaciones, favores, ternuras y sin gusto; y que ellas crean que no son dignas de otra cosa, siguiendo de esta manera al divino Salvador con la fina puntualidad del espíritu, sin otro arrimo que el de su divina voluntad que lo quiere así. Ved aquí como deseo yo, hijas mías, que caminéis. Me preguntáis ahora, ¿en qué se debe ocupar interiormente esta persona que del todo está dejada en manos de Dios? Respondo: ella no debe hacer otra cosa que estarse junto a Nuestro Señor, sin cuidado de cosa alguna de su cuerpo ni de su alma, pues que ella se ha embarcado en el bajel de la providencia de Dios; a qué propósito ha de pensar en lo que pueda suceder? Dios Nuestro Señor, a quien se ha entregado, lo pensará bastantemente por ella. Y no quiero por esto decir, que dejemos de pensar en las cosas a que estamos obligados cada uno según su estado; porque claro está que no debe un superior, con pretexto de haberse dejado en Dios y reposar en su seno, descuidarse de saber y aprender los documentos necesarios al ejercicio de su puesto. Verdad es también que conviene tener una gran confianza para dejarse así sin reserva alguna en las manos de la Providencia divina; pero, por la misma razón, cuando lo dejamos todo, Nuestro Señor toma el cuidado de todo y lo encamina todo. Y si reservamos alguna cosa de la que no hacemos confianza en él, su divina Majestad nos la deja, como si dijera: Vosotros pensáis que tenéis bastante sabiduría para hacer esto sin mí, yo os lo dejo gobernar y veréis como os irá. Las personas que están dedicadas a Dios en la Religión deben dejarlo todo sin reservar cosa alguna. Santa María Magdalena, que se había dejado totalmente a la voluntad de Nuestro Señor, perseveró a sus pies y le estuvo escuchando mientras habló; y luego que cesó de hablar cesó ella de escuchar; pero no se movió por eso de su presencia. Así el alma, que se ha dejado en las manos de Dios, no tiene otra cosa que hacer que estarse entre los brazos de Nuestro Señor, como un niño en el regazo de su madre, el cual cuando ella le pone en tierra para que ande,

camina hasta que la madre le vuelva a coger, y se deja llevar a su arbitrio, sin saber ni pensar donde va. Así esta alma amando la voluntad del beneplácito de Dios, en todo lo que sucede se deja llevar, y no obstante camina obrando con grande atención todo lo que toca a la voluntad de Dios significada. Me diréis ahora, si es posible que nuestra voluntad esté de tal manera muerta en Dios, que no sepamos lo que queremos o no queremos. Digo en primer lugar, que por más renunciados y dejados que estemos, siempre nos quedará la libertad de nuestro albedrío, por la que cada instante se nos ofrece algún deseo o alguna voluntad; pero o estas no son voluntades ni deseos formales; porque luego que una alma, que se ha dejado al beneplácito de Dios, advierte en sí alguna voluntad, al punto la hace morir en la misma voluntad de Dios. También quisiera saber si un alma, aunque muy imperfecta, podrá estar útilmente delante de Dios con una simple atención a su santa presencia en la oración. Y yo os digo, que, si Dios os pone en ella podéis muy bien estar; porque sucede muchas veces que Nuestro Señor da estas quietudes y tranquilidades a almas que no están bien purgadas; pero, mientras todavía tienen necesidad de purgarse, deben, fuera de la oración, hacer las observaciones y consideraciones necesarias a su enmienda; porque aunque Dios las tiene muy recogidas, las queda bastante libertad para discurrir con el entendimiento en muchas cosas indiferentes; pues, ¿por qué no podrán considerar y hacer resoluciones para su enmienda y para la práctica de las virtudes? Personas hay muy perfectas, a las cuales Nuestro Señor jamás da tales dulzuras ni quietud; pero ellas hacen todas las cosas con la parte superior del alma, procurando que muera su voluntad dentro de la voluntad de Dios a viva fuerza y con la punta de la razón; y esta muerte es la muerte de la cruz, la que es mucho más excelente y generosa que la otra, la que más se debe llamar adormecimiento que muerte; porque esta alma, que se ha embarcado en la nave de la divina Providencia, se deja llevar bogando dulcemente: como una persona, que durmiendo sobre un navío en mar tranquilo, no deja de caminar. Esta manera de muerte tan dulce se da por modo de gracia, la otra de mérito. ¿Queréis también saber qué fundamento debe tener nuestra confianza? Conviene que esté fundada sobre la infinita bondad de Dios y en los méritos de la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, con esta condición de nuestra parte, que tengamos y reconozcamos en nosotros una entera y firme resolución de ser del todo de Dios, y de dejarnos de todo punto y sin alguna reserva a su providencia. Deseo todavía que advirtáis, que yo no digo que se ha de sentir esta resolución de ser toda de Dios, sino que solamente es necesario tenerla y conocerla en nosotros; porque no conviene embebecernos en lo que sentimos o no sentimos; pues la mayor parte de nuestros sentimientos y satisfacciones no son más que embebecimientos de nuestro amor propio. Tampoco hemos de entender, que en todas estas cosas del dejamiento y de la indiferencia no tendremos jamás deseos contrarios a la voluntad de nuestro Señor, y que nuestra naturaleza no repugnará a los acaecimientos de su beneplácito; porque esto puede muy a menudo suceder. Estas virtudes residen en la parte superior del alma; la inferior de ordinario no entiende nada de esto, de lo que no conviene hacer caso, antes, sin mirar lo que ella quiere, abrazar la voluntad divina, y unirnos a ella, aunque le pese. Pocas personas hay que lleguen a este grado de perfecto dejamiento de sí mismas; pero

no obstante lo debemos todos pretender, cada uno según su estado y corta capacidad.

CONFERENCIA III. LA FIRMEZA

Sobre la huida de Nuestro Señor a Egipto, donde se trata de la constancia que debemos tener en medio de los accidentes del mundo.

Celebramos la octava de los santos Inocentes, en el día que la santa Iglesia canta el Evangelio que trata de cómo el Ángel del Señor dijo al glorioso san José en sueños, esto es, durmiendo, que tomase al Niño y a la Madre y huyese a Egipto, porque Herodes, celoso de su reino, temiendo no le despojase de él, buscaba al Señor para matarle, y lleno de cólera porque los reyes Magos no habían vuelto por Jerusalén, mando dar la muerte a todos los niños de dos años abajo, creyendo que entre ellos moriría Nuestro Señor y aseguraría por este medio la posesión de su reino. Este Evangelio está lleno de muchos y hermosos conceptos; me contentaré con algunos que nos servirán de un tan agradable como provechoso y verdadero entretenimiento. Comienzo por el primer reparo que hace el grande san Juan Crisóstomo, que es sobre la inconstancia, variedad y poca firmeza de los accidentes de esta vida mortal. ¡Oh! cuán útil es esta consideración, pues la falta de ella nos ocasiona desaliento y vaguedad de espíritu, inquietud, variedad de humores inconstancia e inestabilidad en nuestras resoluciones, porque no quisiéramos encontrar en nuestro camino alguna dificultad, contradicción o pena, sino tener siempre consuelos sin sequedades, bienes sin mezcla de algún mal, salud sin enfermedad, reposo sin trabajo, paz sin turbación. ¿Quién no ve nuestra locura? pues queremos un imposible; la puridad no se halla sino en el cielo y en el infierno; en el cielo el bien, el reposo y el consuelo están en su pureza sin alguna mezcla de mal, de turbación ni aflicción: al contrario en el infierno el mal, la desesperación, la inquietud y perturbación, se hallan en su pureza sin mezcla alguna de bien, de esperanza, de sosiego ni de paz. Pero en esta vida transitoria jamás al bien deja de seguirle el mal, a las riquezas las inquietudes, al reposo el trabajo, al consuelo la aflicción, a la salud la enfermedad, y en fin, todo es una mezcla y masa de bien y de mal. Esto es una continua variedad de accidentes diversos: así quiso Dios variar las estaciones del año, que al estío se siguiese el otoño, y al invierno la primavera, para darnos a entender, que nada es durable en esta vida; y que las cosas temporales son perpetuamente mudables, inconstantes y sujetas a mudanzas, y la falta de conocimiento de esta verdad es, como ya dije, lo que nos hace mudables y varios en nuestros humores; porque no nos servimos de la razón que Dios nos ha dado, la cual nos haría inmutables, firmes y sólidos, y por eso semejantes a Dios. Cuando su divina Majestad dijo: Hagamos al hombre a nuestra semejanza, le dio suficientemente la razón y uso de ella para discurrir, considerar y discernir el bien del mal, y las cosas que merecen ser estimadas o despreciadas: la razón es la que nos hace superiores a todos los animales. Luego que Dios hubo criado nuestros primeros padres, les dio un entero dominio sobre los peces del mar y sobre los animales de la tierra, y por consiguiente les comunicó el conocimiento de cada especie, y el modo de dominarlos y ser su dueño y

señor, y no solamente hizo Dios al hombre esta gracia de hacerle señor de los animales por medio del don de la razón, por la que le hizo semejante a sí; pero también le dio pleno poder sobre toda suerte de accidentes y sucesos. Dícese, que el hombre sabio, esto es, el hombre que se gobierna por la razón, será señor absoluto de los astros: ¿qué quiere decir esto, sino que por el uso de la razón permanecerá firme y constante entre la diversidad de sucesos y acasos de esta vida mortal? Que el tiempo sea alegre o que llueva, que esté en calma o que sople, ningún cuidado da al hombre sabio, porque sabe bien que nada es estable ni permanece en esta vida, que no es este el lugar de reposo; en la aflicción no se desespera, antes previene la consolación: en la enfermedad no se congoja, sino que espera la salud, o si ve que el mal es tan grave que se puede temer la muerte, bendice a Dios esperando el descanso de la vida inmortal que a esta se sigue: si viene a parar en pobreza, no se aflige, porque sabe bien que las riquezas no se hallan en esta vida sin la pobreza: si es despreciado, sabe bien que la honra de esta vida no tiene permanencia, antes ordinariamente la busca en el mismo deshonor o desprecio. En suma, en toda suerte de sucesos, ya prósperos ya adversos, queda firme, estable y constante en su resolución de pretender y aspirar al gozo de los bienes eternos. Pero no solo hemos de considerar esta variedad, mudanza e inestabilidad en las cosas transitorias de esta vida mortal, sino también en los sucesos de nuestra vida espiritual, donde tanto más es necesaria la firmeza y constancia, cuanto es esta más eminente que la vida mortal y corpórea. Grande abuso es no querer padecer ni sentir mudanza o alteración alguna en nuestros humores, no gobernándonos por la razón, ni queriendo dejamos gobernar por ella. Comúnmente se dice: mirad este niño que es muy pequeño, y ya tiene uso de razón. Así muchos tienen el uso de la razón, los cuales, como niños, no se gobiernan por lo que les mandan. Dios ha dado al hombre la razón para que le guíe; pero pocos hay que la dejen dominar, permitiéndose conducir de sus pasiones, las que debieran estar sujetas y obedientes a la razón, según el orden que Dios pretende de nosotros. Quiero darme a entender más familiarmente: la mayor parte de las personas del mundo se dejan gobernar y llevar de sus pasiones, y no de la razón; y por eso de ordinario son caprichosas, varias y mudables en condiciones. Si tienen una pasión de acostarse tarde o temprano, lo ejecutan; si de ir al campo, se levantan muy de mañana; si de dormir, al medio día; si de comer tarde o temprano, así lo ponen por obra; y no solamente son caprichosas e inconstantes en eso, sino también en su trato y conversación; quieren que todos se acomoden a su humor, y no quieren doblegarse al de los otros; se dejan arrastrar de sus inclinaciones y particulares afecciones, sin que esto sea tenido por gran vicio entre los mundanos; y mientras no sean demasadamente nocivas a sus prójimos, no son tenidas por presuntuosas e inconstantes: ¿Y esto por qué? No por otra cosa, sino porque este es un mal ordinario entre los mundanos. Pero en la Religión no pueden tan del todo dejarse arrastrar de sus pasiones; porque en cuanto a las cosas exteriores, las reglas nos tienen ajustados al rezo, a la comida, al sueño y así en los demás ejercicios, siempre a una misma hora, cuando la obediencia o la campana nos llama: ni tampoco tenemos más que una misma conversación siempre, de la que no podemos apartarnos. ¿En qué, pues, se puede ejercitar el capricho e inconstancia? En la diversidad de humores, voluntades y

deseos. Ahora estoy alegre porque todo me sucede como quiero, y en un punto me pongo triste porque me han hecho un poco de contradicción que no esperaba; pero debéis saber que no es este el lugar donde el placer se halla puro y sin mezcla de desazón, porque esta vida está mezclada de semejantes accidentes. El día que tenéis consuelo en la oración, estáis animosa y muy resuelta a servir a Dios; pero mañana si os veis con sequedades, ya no hay corazón para adelantar un paso en su servicio. ¡Oh Dios mío! Diréis que estáis abatida y sin vigor. Oídmeme un poco: si os gobernarais por la razón, no vierais que si ayer era bueno el servir a Dios, es también bonísimo el servirle mañana; porque siempre es el mismo Dios tan digno de ser amado cuando estáis en sequedad, como cuando tenéis consuelo. Ahora queremos una cosa, y mañana otra: lo que veo hacer a uno y a otro ahora me agrada, y poco después me disgusta de tal modo, que es bastante a causarme alguna aversión. Hoy me es muy grata una persona, y me gusta mucho su conversación, y mañana habré de hacerme fuerza para sufrirla; pues ¿por qué es esto? ¿no es ella tan digna de ser amada hoy como lo era ayer? Si mirásemos a lo que nos dicta la razón, veríamos que nos dicta que debíamos amar a esta persona, porque es una creatura hecha a imagen y semejanza de la divina Majestad; y así tanto gustaríamos de su conversación en una ocasión como en otra; pero esto no proviene de otra causa que del dejarnos llevar de las inclinaciones, pasiones y afectos nuestros, pervirtiendo así el orden en que Dios nos ha puesto de que todo esté sujeto a la razón; porque si ella no manda sobre todas nuestras potencias, facultades, pasiones, inclinaciones, afecciones, en fin, sobre todo lo que fuere nuestro, ¿qué sucederá sino una continua variedad, inconstancia, mudanza y capricho que nos harán ahora fervientes, y luego tibios, negligentes y perezosos? Tan presto alegres y luego melancólicos; estaremos en paz una hora, y luego dos días en inquietud; en fin, se nos pasara la vida en pereza y perdición de tiempo. Pues esta primera consideración nos llama y convida a considerar la inconstancia y variedad de los sucesos, tanto en las cosas temporales como en las espirituales, para que por los accidentes y acasos que pueden alterar nuestro espíritu, como impensados y poco prevenidos, no perdamos el ánimo ni nos dejemos llevar a la desigualdad de humores, por medio de la disparidad de las cosas que nos suceden: sino que, sujetándonos al dictamen de la razón que Dios ha puesto en nosotros, y a su Providencia, estemos firmes, constantes e invariables en la resolución que hemos hecho de servirle constante, animosa, ardiente y generosamente sin intermisión alguna. Si hoy hablase con personas que no me entendiesen, procuraría declararles lo mejor que me fuese posible lo que voy diciendo; pero vosotras sabéis que siempre he procurado grabar bien en la memoria esta santísima igualdad de espíritu, como la más necesaria y particular virtud de la religión. Todos los antiguos Padres de religiones han procurado particularmente que esta santa igualdad y firmeza de humores y espíritu reinasen en sus monasterios: para esto formaron los estatutos, constituciones y reglas que sirviesen a los religiosos como de puente para pasar de la continua igualdad de los ejercicios a que están sujetos, a esta tan amable y deseable conformidad de espíritu entre la inconstancia y desigualdad de .accidentes que ocurren en el discurso de nuestra vida mortal y espiritual. El gran Crisóstomo dice: ¡Oh hombre que te irritas porque todas las cosas no

te suceden a tu gusto! ¿No te avergüenzas al ver que lo que tú querías, ni aun se halló en la familia de Cristo Nuestro Señor? Considera, te pido, la mudanza, sucesión y desigualdad de acontecimientos que en ella se encontraron. Recibe Nuestra Señora la embajada de que concebirá por obra del Espíritu Santo un Hijo que será Nuestro Señor y Salvador; ¡qué júbilo, qué gozo para ella en esta obra sagrada de la Encarnación del Verbo eterno! Poco después san José advirtió su preñez, y sabiendo bien que no era causa de ella, ¡oh Dios, en qué aflicción, en qué congoja no se vio! Y Nuestra Señora, ¡qué extremo de dolor y aflicción no sintió en su alma viendo a su amado esposo casi determinado a dejarla, no permitiendo su modestia descubrir a san José la honra y gracia con que Dios la había favorecido! Poco después de pasada esta borrasca, habiendo el Ángel descubierto este misterio a san José, ¡qué consuelo no recibieron los dos! Luego que Nuestra Señora parió a su Hijo, y los Ángeles anunciaron su nacimiento, los pastores y los Reyes Magos vienen a adorarle: Yo dejo a tu consideración el júbilo y consuelo de espíritu que tendrían en todo esto. Pero espera, que no hemos llegado al fin; poco después dice el Ángel del Señor a san José: Coge al Niño y a su Madre, y huye a Egipto, porque Herodes le quiere matar. Este sin duda fue un motivo de grandísimo dolor para la Virgen y San José. ¡Oh cómo el Ángel le trató como verdadero religioso! Toma al Niño, le dice, y a la Madre, y huye a Egipto, y estate allí hasta que yo te dé otra orden. ¿Qué es esto que me decís? pudiera replicar san José, ¿que me vaya? ... ¿Y no será buen tiempo para partir por la mañana?... ¿dónde queréis que vaya de noche? No tengo acomodada mi ropa ¿cómo queréis que lleve al Niño? ¿Tan fuertes brazos tengo yo para poder llevarle continuamente en ellos en tan largo camino? Pues ¿qué entendéis vos que la Madre me podrá ayudar a ratos? ¿No veis que es una tierna y delicada doncellita? No tengo caballo, ni dinero para el viaje, ¿No sabéis que los egipcios son enemigos de los israelitas? ¿Quién nos recibirá en su casa?... Y cosas semejantes, que nosotros hubiéramos alegado con encarecimiento al Ángel si estuviéramos en lugar de san José. Mas el Santo no habló palabra para excusarse de obedecer, antes partió a la misma hora e hizo todo cuanto el Ángel le mandó con toda conformidad. Hay una grande copia de pías consideraciones sobre este precepto. Primeramente, se nos enseña que no ha de haber pereza o tardanza alguna en lo que mira a la obediencia. Es propio del perezoso decir como san Agustín cuenta de sí mismo: Luego, de aquí a un poco, después me convertiré. El Espíritu Santo no quiere tardanza alguna; antes desea una gran prontitud en seguir sus inspiraciones: nuestra perdición viene de nuestra flojedad, que nos hace decir: Yo empezaré de aquí a un poco: ¿y por qué no ahora que él nos inspira y nos mueve? Esto proviene de que somos tan tiernos para nosotros mismos, que tememos todo lo que recelamos que nos pueda quitar nuestro reposo, lo que no es otra cosa que nuestra morosidad y pereza, la que no queremos sacudir con la solitud de algunos objetos que nos ayuden a salir de nosotros mismos, y decimos como el perezoso que se quejaba de que le querían hacer salir de su casa (Prov. 26, 13): ¿Cómo puedo salir si hay un león en la calle, osos en las bocas de los caminos, que sin duda me harán pedazos? ¡Oh! ¡cuánto erramos en esperar a que Dios nos envíe y vuelva a enviar a llamar y dar golpes a la puerta de nuestro corazón, muchas veces antes que le queramos abrir y darle

posada! ¿No debemos temer irritarle y obligarle a que nos deje? Además de esto, se debe considerar la gran paz e igualdad de espíritu de la santísima Virgen y de san José, su constancia en medio de la grande desigualdad de tan diversos accidentes como les sucedieron en la forma que hemos dicho: y mirad ahora si tenemos razón de turbarnos y suspendernos cuando vemos semejantes sucesos en la casa de Dios, que es la Religión, pues se hallan en la familia misma de Nuestro Señor, donde residían la firmeza misma y solidez, que es el divino Redentor. Menester es decirlo y volverlo a decir muchas veces para grabarlo en nuestros espíritus, que la desigualdad de los accidentes no debe jamás llevar nuestras almas y espíritus a la disformidad de humor; porque esta no nace de otra fuente que de nuestras pasiones, inclinaciones y afecciones poco mortificadas, las que no deben tener dominio sobre nosotros para incitarnos a hacer o dejar de hacer alguna cosa, por pequeña que sea, si es contraria a lo que nos dicta la razón; debemos hacer o dejar de hacer las cosas solo por agrandar a Dios. Paso a la segunda consideración que hago sobre estas palabras del Ángel del Señor, que dijo a san José: Toma al Niño, y lo demás que se sigue, y reparo en esta palabra Ángel del Señor, sobre la que deseo que ponderemos la estimación que debemos hacer del cuidado, socorro, asistencia y dirección de estos espíritus, que Dios pone cerca de nosotros para ayudarnos a andar con seguridad por el camino de la perfección. Conviene primeramente saber, que cuando se dice el Ángel del Señor, no se ha de entender como solemos decir de los nuestros, el Ángel de fulano o de fulana, que quiere decir nuestro Ángel de guarda que por disposición divina tiene cuidado de nosotros. Porque nuestro Señor, que es el Rey y la guía de los Ángeles mismos, no tiene necesidad y no la tuvo, durante el curso de su vida mortal, de un Ángel de guarda. Cuando se dice, pues, el Ángel del Señor, se ha de entender así: el Ángel destinado al gobierno de la casa y familia de nuestro Señor y más especialmente dedicado a su servicio y al de la santísima Virgen su Madre. Para explicar esto familiarmente, diré así: Estos días pasados se han mudado las oficialas y sus ayudantas: ¿qué significan estas ayudantas que se os han dado? ¿para qué os las dan? San Gregorio dice, que en este mundo miserable debemos hacer lo que hacen los que caminan sobre el hielo, para tenernos firmes y seguros en la empresa que seguimos de nuestra salvación o de perfeccionarnos; porque dice el Santo, que se agarren de las manos o por los brazos, para que si alguno de ellos se desliza pueda ser detenido del otro, y después el otro sea tenido del que le ayudó si fuese a caer. Andamos en esta vida como sobre el hielo, encontrando a cada paso ocasiones propias para tropezar y caer ya en el enfado, ya en la murmuración y ya en las presunciones de espíritu, todo lo que es causa de que no hagamos cosa que nos contente; con lo que entramos en disgusto de nuestra vocación, sugiriéndonos la melancolía con la que jamás haremos cosa de importancia; y así otras muchas cosas semejantes y accidentes que se ofrecen en nuestro pequeño mundo espiritual; porque el hombre es un compendio del mundo, o por mejor decir, un pequeño mundo, en el que se halla todo cuanto se ve en este grande y universal. Las pasiones representan las bestias y animales que no tienen uso de razón; los sentidos, las inclinaciones, los afectos, las potencias y facultades del alma, cada cosa tiene su significación particular; pero no quiero detenerme en esto, sino seguir mi discurso

comenzado. Estos coadjutores, pues, que se nos dan, son para ayudarnos a perseverar firmes en nuestro camino, preservándonos de caer, o, si caemos, ayudándonos a levantar. ¡Oh Dios, con qué franqueza, cordialidad, sencillez y fiel confianza debemos tratar con estos ayudantes, que de parte de Dios se nos dan para nuestro adelantamiento espiritual! Por cierto no de otra manera que con nuestros Ángeles buenos nos debemos portar; porque estos celestiales espíritus son llamados nuestros Ángeles de guarda, porque está a su cargo asistirnos con sus inspiraciones, defendernos en los peligros, reprendernos en nuestras faltas, excitarnos a proseguir en la virtud, presentar nuestras oraciones delante del trono de la divina majestad, bondad y misericordia de Dios, y traernos el despacho de nuestras peticiones; y las gracias que nos quiere conceder nos las hace por medio o intercesión de nuestros buenos Ángeles. Nuestros ayudantes son nuestros buenos Ángeles visibles, como nuestros santos Ángeles de guarda lo son invisibles: aquellos hacen visiblemente lo que estos interiormente; porque nos advierten de nuestras faltas, nos alientan en nuestras flojidades y flaquezas, nos incitan a proseguir la empresa de la perfección, nos preservan de caer con sus buenos consejos y nos ayudan a levantar cuando hemos caído en algún precipicio de imperfección o defecto: si estamos oprimidos de enojo o disgusto, nos ayudan a llevar nuestra pena con paciencia, y ruegan a Dios nos dé fuerzas para llevarla como conviene para no ser vencidos en la tentación. Mirad, pues, la estima que debemos hacer de su asistencia y del cuidado que tienen de nosotros. Después de esto considero también ¿por qué nuestro Señor, siendo la sabiduría eterna, no tuvo cuidado de su familia, quiero decir, de advertir a san José o a su dulcísima Madre de todo lo que les había de suceder? No podía muy bien decir al oído de su bendito Padre san José: vamos a Egipto y estaremos allá tanto tiempo pues es cosa ciertísima que tuvo el uso de razón desde el instante de su concepción en las entrañas de la santísima Virgen. Pero no quiso hacer este milagro de hablar antes de tiempo. ¿No podía también inspirar esto en el corazón de su santísima Madre o de su amado padre putativo san José, esposo de la sacratísima Virgen? ¿por qué, pues, no lo hizo, sino que dejó el cuidado a un Ángel que era muy inferior a nuestra Señora? Esto no carece de misterio. No quiso Nuestro Señor quitar el oficio a san Gabriel, el cual habiendo sido enviado por el Padre eterno a anunciar el misterio de la Encarnación a la Virgen, fue desde entonces constituido como mayordomo general de la casa y familia del Señor, para tener cuidado de los sucesos y acaecimientos diversos que habían de suceder, e impedir que sobreviniese cosa que pudiese abreviar la vida mortal de nuestro pequeño Infante recién nacido; y por esto advirtió a san José que lo llevase presto a Egipto, por evitar la tiranía de Herodes que intentó matarle. No quiso este di vino Señor gobernarse por sí mismo, sino dejarse llevar donde querían y de quien quería: parece que no se tenía por bastante sabio para gobernarse a sí mismo y a su familia, pues deja gobernar al Ángel como le parecía, aunque este no tenga átomo de ciencia ni sabiduría para entrar en comparación con su divina Majestad. Ahora bien; ¿nos atreveremos nosotros a decir que nos sabremos gobernar como quien no tiene necesidad de ajena dirección ni de la ayuda de aquellos que Dios nos ha dado para nuestra guía, no teniéndolos por suficientemente capaces para nosotros? Decidme, ¿el Ángel era acaso más que Nuestro Señor o Nuestra

Señora? ¿tenía mayor espíritu o más juicio? De ninguna manera. ¿Estaba más calificado y dotado de alguna gracia especial o particular? No puede ser, porque Nuestro Señor es juntamente Dios y Hombre y Nuestra Señora, siendo su Madre, tiene por consiguiente más gracia y perfección que todos los Ángeles juntos. No obstante esto, el Ángel manda y es obedecido. Pero después de esto considerad el orden que se guarda en esta santa Familia; no hay duda que era el mismo que en la de los gavilanes, donde las hembras son las señoras y valen más que los machos. ¿Quién podrá dudar de que Nuestra Señora valía más que san José, y de que tenía más prudencia y calidades propias para el gobierno que su esposo? No obstante el Ángel no trata con ella cosa alguna de todo lo que era necesario hacer para la ida y para la vuelta, ni el fin a que se encaminaba. ¿No os parece que el Ángel cometió una grande indiscreción en tratarlo con san José y no con Nuestra Señora, la cual era la cabeza de la casa llevando consigo el Tesoro del Padre eterno? ¿Ella no hubiera tenido razón de ofenderse de esta providencia y modo de tratarla? Es cierto que pudiera decir a su esposo: ¿por qué tengo de ir a Egipto, pues mi Hijo no me ha revelado que vaya, ni tampoco el Ángel me ha hablado palabra? Nada de esto dice la Virgen, ni se ofende de que el Ángel vaya a decirlo a san José, antes obedece sencillamente, porque sabe que Dios lo ha ordenado así; no se informa de él, porque le basta que Dios lo quiera y que su divina Majestad se agrada de que se someta sin consideración. Claro está que podía decir: yo soy más que el Ángel y que san José; pero no lo dijo. No veis como gusta Dios de tratar así con los hombres para enseñarles la santísima y amorosísima virtud de la sumisión. San Pedro era un varón anciano, rudo y agreste, y al contrario san Juan un joven dulce y agradable; con todo, Dios quiere que san Pedro conduzca a los otros y sea superior universal, y que san Juan sea uno de los conducidos y le obedezca. ¡Rara cosa del espíritu humano, que no quiera sujetarse a adorar los secretos misterios de Dios y su santísima voluntad, si no tiene algún conocimiento del por qué es esto o lo otro! Yo, dice uno de sí mismo, tengo mejor espíritu, soy más experimentado, y otras semejantes razones, que no son propias sino para producir inquietudes, presunciones, murmuraciones y caprichos, ¿Por qué razón se dio este cargo? ¿por qué se dijo esto? ¿a qué fin se hace esto con este más que con el otro? Gran falta es el querer el hombre explorar los motivos de cuanto ve que se hace. ¡Parece que no tratamos de otra cosa que procurar perder la paz de nuestros corazones! No hay que buscar otra razón sino que Dios lo quiere así, y esto nos debe bastar. Pero diréis, ¿quién me asegurara que esta es la voluntad de Dios? ¿Quisiéramos nosotros que Dios nos revelase todas las cosas con inspiraciones secretas y esperar que nos enviase sus Ángeles a anunciarnos lo que es de su voluntad? No lo hizo con Nuestra Señora en este caso, antes quiso que lo supiese por medio de san José, a quien estaba sujeta como a superior. Nosotros por ventura queremos ser enseñados e instruidos por Dios mismo por vía de éxtasis, arrobos, visiones, o qué sé yo que me diga de semejantes boberías que forjamos en nuestros espíritus, antes que someternos al camino común y amabilísimo de una santa sumisión al gobierno de aquellos que Dios nos ha dado por superiores y a la observancia de la dirección de las reglas. Bastarnos debería pues que Dios quiere que obedezcamos, sin detenernos en la consideración de la capacidad de aquellos a quien

debemos obedecer así sujetáramos nuestro espíritu para caminar con toda sencillez en el felicísimo camino de una santa y tranquila humildad, la que nos haría infinitamente agradables a Dios. Pasemos ahora a la tercera consideración, que es un reparo que yo hago sobre la orden que el Ángel dio a san José de tomar al Niño y a la Madre y llevarlos a Egipto y estarse allí hasta que le advirtiese volver. Verdaderamente el Ángel habló bien compendiosamente y trató a san José como a buen religioso: Ve, y no vuelvas, si yo no te lo digo. Con este modo de proceder entre san José y el Ángel, somos enseñados, en tercer lugar, de cómo debemos embarcarnos en el mar de la divina providencia sin bizcochos sin remos! sin velas y en fin sin clase alguna de provisión; y así dejar todo el cuidado de nosotros mismos y del suceso de nuestros negocios a Nuestro Señor; sin reparos, ni réplicas, ni recelo alguno de lo que nos puede suceder; porque el Ángel simplemente dijo: Toma al Niño y a la Madre, y huye a Egipto. Sin decirle ni por qué camino, ni con qué provisión para él, ni a qué parte de Egipto, ni menos quién le recibiría, ni de qué se había de sustentar durante el tiempo que allá estuviesen. No hubiera tenido san José alguna razón para hacer esta réplica: Vos me decís que parta; ¿tan aparejado ha de estar todo a esta hora? Para mostrarnos la prontitud que el Espíritu Santo quiere de nosotros luego que nos dice: Levántate, sal fuera de ti mismo y de tal imperfección. ¡Oh cómo el Espíritu Santo es enemigo de los remisos y tardos! Considerad, os ruego, al grande ejemplar y modelo de perfectos religiosos, el santo Abraham; mirad como Dios le trata: Abraham, sal de tu tierra y de tu parentela, vete al lugar que yo te enseñaré (Gn. 12, 1). ¿Qué me decís, Señor? ¿qué yo salga de la ciudad? ¿Decidme, pues, si iré hacia Oriente o hacia el Occidente? No hizo réplica alguna, antes partió prontamente de su casa, y se fue hacia donde el espíritu de Dios le guiaba, hasta un monte que después se llamó, Visión de Dios, donde recibió grandes y señalados favores, para mostrar cuán agradable es a su divina Majestad la obediencia. Bien pudiera san José haber dicho al Ángel: decidme que yo lleve al Niño y a la Madre; decidme, si gustáis, ¿con qué los tengo de sustentar en el camino? porque Vos, Señor mío, sabéis muy bien que no tengo dinero. Nada de esto dice, antes, confiando del todo en Dios, espera que le proveerá, como lo hizo, aunque parcamente, disponiendo hallasen siempre con que alimentarse, o por el oficio de san José, o con limosnas que les daban. Verdaderamente todos los religiosos antiguos fueron admirables en esta confianza que tuvieron en Dios, de que los había siempre de proveer de cuanto necesitasen para sustentar la vida, dejando todo el cuidado de sí mismos a la divina Providencia. Pero yo considero que no solamente es necesario descansar en la divina Providencia en lo que mira a las cosas temporales, sino mucho más en lo que pertenece a nuestra vida espiritual y a nuestra perfección. Verdaderamente ninguna otra cosa nos hace perder la tranquilidad del espíritu, y caer en presunciones y desigualdades, sino el demasiado cuidado que tenemos de nosotros mismos; porque al punto que nos sucede alguna contradicción, aun cuando solamente percibamos un pequeño acto de inmortificación, o cuando cometemos alguna falta, por pequeña que sea, nos parece que todo está perdido; ¿tan gran maravilla es que nos vean alguna vez tropezar? ¡Oh! que miserable soy, y tan llena de imperfecciones. ¿Lo conocéis vos bien? Pues alabad a Dios que os ha dado ese

conocimiento, y no os lamentéis tanto; mucho dichosa sois en conocer que no sois otra cosa que la miseria misma; y después de haber dado gracias a Dios por el conocimiento que os ha concedido, cortad esa inútil ternura que os hace llorar por vuestra enfermedad. Tenemos ciertas ternuras para nuestros cuerpos, enteramente contrarias a la perfección; pero mucho más sin comparación lo son las que tenemos para nuestros espíritus. Soléis decir: ¡Ay Dios mío! yo no soy fiel con Vos, y por eso no tengo consuelo alguno en la oración: gran lastima es por cierto, cuan a menudo padezco sequedades, esto me persuade que no estoy bien con Dios que tan lleno esta de consolación. Mirad si esto está bien dicho. Como si Dios diera siempre consuelos a sus amigos. ¿Hubo jamás pura creatura tan digna de ser amada de Dios, ni que más lo haya merecido, que nuestra Señora y san José? Pues mirad si ellos tuvieron siempre consuelos. ¿Se puede imaginar aflicción más extrema que la que sintió este santo Patriarca luego que reparó preñada a la gloriosa Virgen, sabiendo bien no tenía parte en aquella obra? Su congoja y su tristeza era tanto más grande, cuanto la pasión del amor es más vehemente que las otras pasiones del alma, y en el amor los celos son lo sumo de la pena, como lo declara la Esposa en los Cantares: El amor es fuerte como la muerte; porque el amor hace los mismos efectos en el alma, que la muerte en el cuerpo; pero los celos son duros como el infierno. Yo dejo, pues, a vuestra consideración cuál sería el dolor de san José, y también el de nuestra Señora, cuando vio lo que podía pensar de ella aquel al que tan cariñosamente amaba, y de quien sabía era de la misma suerte amada; los celos le hacían desfallecer, y no sabiendo que partido tomar, se resolvió, antes que a disfamar a la que tanto había venerado y amado siempre, a dejarla y ausentarse sin decirle palabra. Pero diréis vos: Yo siento mucho la pena que me causa esta tentación o mi imperfección: yo lo creo; pero ¿es comparable con la de que vamos hablando? De ninguna manera; pero si lo es, considerad, os ruego, si tenemos razón de lamentarnos y dolernos, cuando san José no se lamenta, ni lo muestra en lo exterior siendo por esto más desabrido en su trato, poniendo mal semblante a la Virgen, ni tratándola mal; antes puramente siente su pena y no quiere hacer más que dejarla. Dios sabe lo que en este caso pudiera intentar. Mi aversión, dirá alguno, es tan grande con esta persona que no puedo hablarla sino con grandísima pena, tal acción me desagrade sumamente; eso todo es uno, pero no es bastante para que entremos en enfado con ella como si tuviese culpa; antes nos hemos de portar como nuestra Señora y san José. Es necesario estar quietos en nuestra pena y dejar el cuidado de sacarnos de ella a Nuestro Señor cuando le pareciere. Bien fácil le era a Nuestra Señora apaciguar esta borrasca; pero no quiso hacerlo, antes totalmente dejó la disposición de este negocio a la divina Providencia. Estas son dos cuerdas discordantes, pero igualmente necesarias; acordes como la prima y el bordón, para que suene bien el laúd o la cítara; no hay mayor discordancia que lo alto con lo bajo; con todo, si estas dos cuerdas no están conformes la armonía no puede ser agradable. De la misma manera en nuestro laúd espiritual hay dos cosas igualmente disonantes, pero que de necesidad deben estar acordes; estas son tener un gran cuidado de perfeccionarnos y no tener cuidado de nuestra perfección, antes dejárselo enteramente a Dios. Quiero decir, que conviene tener el cuidado que Dios quiere que tengamos de perfeccionarnos, y no

obstante dejarle el cuidado de nuestra perfección. Dios quiere que tengamos un cuidado quieto y apacible que nos haga ejecutar todo lo que juzgan a propósito los que nos guían, y andar siempre adelante fielmente por el camino que nos enseñan las reglas y los directores que nos han dado; y en todo lo demás descansemos en su cuidado paternal, esforzándonos, cuanto nos sea posible, a tener nuestra alma en paz: porque la habitación de Dios está hecha en paz, y en el corazón pacífico y quieto. Bien sabéis que cuando un lago está en calma, sin que los vientos agiten las aguas en una noche serena, se ve en ellas representado al vivo el cielo con las estrellas. De suerte que mirando abajo, tan perfectamente se conoce la hermosura del cielo como si se mirara a lo alto. De la misma manera, cuando nuestra alma está bien sosegada, y los vientos del cuidado superfluo, desigualdad de espíritu e inconstancia no la turban ni inquietan, está muy dispuesta y capaz de recibir la imagen de Nuestro Señor; pero cuando está turbada, inquieta y agitada de diversas borrascas de pasiones, y se deja gobernar de ellas y no de la razón que nos hace semejantes a Dios, no está dispuesta ni capaz de representar la bella y muy amable imagen de Nuestro Señor crucificado, ni la diversidad de sus excelentes virtudes, ni le puede servir de lecho nupcial. Conviene, pues, dejar el cuidado de nosotros mismos a merced de la divina Providencia, y hacer, no obstante, con toda bondad y sencillez lo que está en nuestra mano para enmendarnos y perfeccionamos, procurando siempre cuidadosamente no dejar turbar ni inquietar nuestro espíritu. Yo observo, finalmente, que el Ángel dijo a san José, que se estuviese en Egipto, hasta que le avisase la vuelta, y que el Santo no replicó: ¿y cuándo, Señor, me lo diréis? Para enseñarnos que cuando nos manda entrar en algún ejercicio, no hemos de decir: ¿Será esto por mucho tiempo? Antes emprenderlo simplemente, imitando la perfecta obediencia de Abraham, que cuando le mandó Dios que le sacrificase su hijo no hizo réplica alguna, ni lloró, ni puso dilación en ejecutar el mandamiento de Dios, Así le favoreció su divina Majestad grandemente, disponiendo que hallase un cordero para sacrificarle en el monte en vez de su hijo, contentándose con su voluntad. Sirva de conclusión la sencillez que practicó san José en irse por orden del Ángel a Egipto, donde sabía que por cierto había de hallar tantos enemigos cuantos habitantes tenía el país. No podía él muy bien decir: me hacéis llevar al Niño por huir de un enemigo, y ¿queréis que vayamos a ponernos en las manos de millares de ellos que hallaremos en Egipto, por ser nosotros de Israel? De ninguna manera hizo reflexión sobre el precepto; y por eso partió lleno de paz y confianza en Dios. Así también, hijas mías, cuando os dan algún oficio, no digáis: Dios mío, yo soy tan áspera, que si me dan tal cargo haré mil actos de impaciencia; estoy ya muy distraída, y lo estaré mucho más si me ponen en tal oficio; pero si me, dejan en mi celda seré modesta, sosegada y recogida: andad con toda sencillez a Egipto entre la gran cantidad de enemigos que allí tendréis, que Dios, que os hace ir, os guardará y no moriréis allí; pero si, al contrario, os quedáis en Israel, donde está el enemigo de vuestra propia voluntad, sin duda él os quitará la vida. Cuando tomamos los puestos por nuestra elección, podemos temer que no cumpliremos en ellos con nuestra obligación; pero cuando nos lo da la obediencia, no pongamos jamás excusa; porque Dios está por nosotros y hará que aprovechemos mucho más en la perfección de lo que

aprovecháramos si estuviéramos desembarazados. Ya sabéis lo que otras veces os he dicho, y no será fuera de propósito repetirlo, que la virtud no quiere que estemos privados de las ocasiones de caer en la imperfección que le sea contraria; no basta, dice Casiano, para ser paciente y sufrido en sí mismo, el estar privado de la conversación de los hombres; pues me ha sucedido estando en mi celda el turbarme solo porque mi eslabón no sacaba fuego, y de tal suerte que, colérico, lo arrojé en el suelo. Ya conviene acabar, y por este medio quedaros en Egipto con Nuestro Señor; el cual, como yo creo y también sienten otros, comenzó desde entonces a hacer cruces pequeñas el tiempo que le sobraba, después de haber ayudado en alguna obra, aunque pequeña, a san José; manifestando desde aquella niñez el deseo que tenía de la obra de nuestra redención.

CONFERENCIA IV. DE LA CORDIALIDAD

Se pregunta de la cordialidad o del modo que se deben amar las hermanas entre sí con un amor cordial, sin tener por esto familiaridades indecentes.

Para satisfacer vuestra pregunta y daros a entender en qué consiste el amor cordial con que se deben amar las hermanas entre sí, es menester saber que la cordialidad no es otra cosa que la esencia de la verdadera y sincera amistad, la que no puede hallarse sino entre personas racionales, que fomentan y alimentan su amistad por medio de la razón; porque de otro modo no será amistad, sino sólo amor: así las bestias tienen amor, mas no pueden tener amistad, porque son irracionales; tienen entre sí amor por causa de cierta correspondencia natural, y de] mismo modo aman al hombre, como la experiencia nos lo muestra cada día, y de ello han escrito algunos autores cosas admirables; como lo que dicen de un delfín, que amaba tan locamente a un muchacho que había visto muchas veces a la orilla del mar, que habiendo después muerto, murió también el delfín de dolor de su muerte. Pero esta no se debe llamar amistad; porque es necesario que la correspondencia de la amistad se halle entre los que se aman, y que esta se haya contraído por medio de la razón. Por esto la mayor parte de las amistades que practican los hombres de ninguna manera merecen tal nombre, porque ni el fin de ellas es bueno, ni se contraen por la razón. A más de este medio, es necesario que haya una cierta correspondencia, o de vocación, o de pretensión, o de cualidad entre aquellos que contraen la amistad, como claramente nos lo enseña la experiencia. Porque es muy cierto que no hay más fuerte ni más verdadera amistad que la que se practica entre los hermanos. El amor que los padres tienen a los hijos, y el de los hijos a los padres, no se llama amistad, porque no tiene esta correspondencia que decimos, antes son diferentes; porque el amor de los padres es un amor majestuoso y lleno de autoridad, y el de los hijos un amor de respeto y sumisión; mas entre los hermanos, por la semejanza de su condición, la correspondencia de su amor hace una amistad firme, fuerte y sólida. Por esto los antiguos cristianos de la primitiva Iglesia se llamaban todos hermanos; y habiéndose enfriado este primer fervor entre el común de los fieles, lo han instituido las Religiones; en las cuales se ha ordenado que los religiosos se llamen todos hermanos, y hermanas las religiosas, en señal de la sincera y verdadera amistad cordial que se tienen o que se deben tener; y así como no hay amistad comparable con la de los hermanos, siendo todas las demás amistades o desiguales, o hechas con artificio, como los que se casan lo hacen de conformidad por contratos escritos otorgados ante notarios, o por promesas simples, así las amistades que los mundanos contraen por su trato, o por algún interés particular o vano motivo, son amistades grandemente sujetas a perecer y deshacerse; al contrario de la amistad de los hermanos, que es sin artificio, y por eso muy loable. Siendo esto así, yo digo, que por esta causa los religiosos se llaman hermanos, y por esto tienen un amor que merece verdaderamente el nombre de amistad,

no como quiera, sino de amistad cordial, esto es, que tiene su fundamento dentro del corazón. Conviene, pues, que sepamos que el amor tiene su asiento en el corazón, y que jamás podremos amar demasiado a nuestro prójimo, ni exceder en este amor los términos de la razón, con tal que resida en el corazón. Pero en cuanto a las muestras de este amor, podemos faltar y exceder pasando los límites de la razón. Dice el glorioso san Bernardo, que la medida de amar a Dioses amarle sin medida, y que nuestro amor no ha de tener términos, antes conviene dejarle extender sus ramas cuanto dilatarse puedan: lo que se dice del amor de Dios se debe también entender del amor del prójimo, con tal que siempre el amor de Dios sobrepuje al del prójimo y tenga el primer lugar; pero después debemos amar a nuestros hermanos con toda la amplitud de nuestro corazón y no contentarnos con amarlos como a nosotros mismos, como nos obligan los mandamientos de Dios, sino que debemos amarlos más que a nosotros, para observar las reglas de la perfección evangélica que nos pide todo esto. Nuestro Señor dijo por su propia boca: Amaos los unos a los otros, como yo os he amado (Jn 13, 34). Esto es digno de mucha consideración: Amaos como yo os he amado, porque quiere decir, más que a vosotros mismos; y de la misma manera que Nuestro Señor nos ha preferido siempre a sí mismo, y lo hace todas las veces que le recibimos en el santísimo Sacramento, haciéndose nuestro alimento, así también quiere que tengamos un amor a los unos a los otros, prefiriendo siempre el prójimo a nosotros mismos. Y así como él hizo todo cuanto pudo por nosotros, excepto el condenarse, porque ni lo pudo ni lo debió hacer porque no podía pecar, que es lo que solamente nos lleva a la condenación, así él quiere, y la regla de la perfección lo requiere, que hagamos todo cuanto podamos los unos por los otros, excepto el condenarnos. Pero fuera de esto, nuestra amistad debe ser tan firme, cordial y sólida, que no rehusemos jamás el hacer o sufrir cualquiera cosa por nuestro prójimo y por nuestros hermanos. Este amor cordial debe estar acompañado de dos virtudes de las que la una se llama afabilidad y la otra buena conversación; la afabilidad esparce cierta suavidad en los negocios y comunicaciones serias que tenemos unos con otros; la buena conversación es aquella que nos rinde agradables y agradables en las conversaciones y comunicaciones menos serias que tenemos con nuestros prójimos. Todas las virtudes, como sabéis, tienen dos vicios contrarios, que son los extremos de la virtud. La virtud de la afabilidad está en medio de dos vicios, que son la gravedad o demasiada entereza, y una excesiva blandura en acariciar y decir frecuentes palabras que se encaminan a la lisonja y halago. Supuesto esto, la virtud de la afabilidad consiste entre lo mucho y lo poco, usando de las caricias según la necesidad de aquellos con quienes se trata, conservando no obstante una gravedad suave, según las personas y los negocios lo requieran. Yo digo que conviene usar de las caricias en cierto tiempo, porque no sería conveniente estar con un enfermo con tanta gravedad como se estuviera en otra parte, no queriendo hacerle más caricia que si tuviera buena salud. Tampoco convendría usar frecuentemente de estos agasajos, y decir a todo propósito palabras melosas, arrojándolas a puñados sobre los primeros que se encuentran; porque del mismo modo que si a un guisado se echa mucho azúcar causará fastidio por estar demasadamente dulce y desabrido, así también las caricias muy frecuentes serán enfadosas y no se hará

caso de ellas sabiendo que se hacen por costumbre. Las viandas en que se echase sobrada sal serán desagradables por su mucha acrimonia; pero cuando la sal y el azúcar están con medida, el guisado será agradable y sabroso al gusto: así las caricias, si se hacen con medida, serán gratas y provechosas a los que las reciban. La virtud de la buena conversación requiere que se contribuya a la alegría santa y moderada, y a los entretenimientos graciosos que pueden servir de consuelo o recreación al prójimo; de modo que no le causemos enojo con nuestra medida, ceño o melancolía; o ya excusando de recrearnos en el tiempo que está destinado para ello. De esta virtud tratamos en la conferencia de la modestia, y por eso pasa adelante y digo que es una empresa bien dificultosa acertar siempre al blanco donde se mira. Verdad es que todos debemos tener esta pretensión de atender a dar en el blanco de la virtud, la que debemos desear ardientemente; pero no debemos perder el ánimo cuando derechamente no encontráremos el centro, ni turbarnos porque damos dentro de la circunferencia, esto es lo más cerca que se pueda; porque es una cosa que los Santos mismos no han podido conseguir en todas las virtudes; y solamente Nuestro Señor y Nuestra Señora lo han alcanzado, pero los Santos las han practicado con una indiferencia grande. Considerad, os ruego, ¿qué diferencia hay entre el espíritu de san Agustín y el de san Jerónimo? Observad sus escritos: no hay cosa más dulce que san Agustín, la dulzura misma son sus letras: por el contrario, san Jerónimo era por extremo austero; para saberlo, leed sus Epístolas; en las más se enoja casi siempre: no obstante entrambos eran virtuosísimos; pero el uno tenía más dulzura, el otro más grande austeridad de vida y entrambos, bien que no igualmente dulces y rigurosos, fueron grandes Santos. De aquí hemos de sacar, que no debemos turbarnos sino somos igualmente dulces y suaves, con tal que amemos a nuestro prójimo con amor cordial con toda su latitud, y como Nuestro Señor nos amó; que es decir, más que a nosotros mismos, prefiriéndole siempre en todo dentro del orden de la santa caridad, y no negándole jamás cosa con que podamos contribuir a su utilidad, excepto el condenarnos, como ya queda dicho. Conviene, pues, mostrar cuanto nos sea posible los indicios exteriores de nuestra voluntad, conforme a aquella sentencia: Reír con los que ríen, y llorar con los que lloran. (Rm 12, 15). Digo que conviene mostrar que amamos a nuestras hermanas, y esta es la segunda parte de la cuestión, sin usar de familiaridades indecentes. La regla lo dice. Pero diréis: ¿qué hemos de hacer en esto? Nada más que en nuestra familiaridad se vea la santidad en testimonio de la amistad; como lo dice san Pablo en una de sus Epístolas: Saludaos, dice, en ósculo santo (Rm 16, 16; Tes 5, 25; 2Cor 13, 12). Era costumbre saludarse con ósculo cuando los cristianos se encontraban. Y también Nuestro Señor usó de esta forma de salutación con sus Apóstoles, como se advierte en la traición de Judas. Los santos religiosos, en otro tiempo, decían cuando se encontraban: *Deo gratias*, en demostración del gran consuelo que recibían en verse. Como si dijeran o quisieran decir: yo doy gracias a Dios, mi caro hermano, por el consuelo que me da en veros. Así, mis queridas hijas, habéis de mostrar que amáis a vuestras hermanas, y que os complacéis con ellas; con tal que acompañe siempre la santidad a las muestras que les damos de nuestro afecto, y que no solo no pueda Dios ser de ello ofendido, sino alabado y glorificado. El mismo san Pablo, que nos

enseña a manifestar santamente nuestro afecto, quiere y nos adiestra a hacerla graciosamente, dándonos ejemplo: Saludad, dice, a fulano, que sabe que yo le amo de corazón, y a fulano que debe estar cierto de que le amo como a hermano mío, y particularmente a su madre, que sabe bien la tengo en lugar de la mía. Cerca de este propósito se me pregunta: ¿Si se podrá mostrar más afecto a una hermana que se tiene por más virtuosa que a otra? Respondo a esto, que si bien estamos obligados a amar más a los que son más virtuosos con el amor de complacencia, no debemos por eso amarlos más con el amor de benevolencia, ni mostrar les más señales de amistad; y esto por dos razones: la primera, porque Nuestro Señor no lo hizo, antes parece que dio más muestras de afecto a los imperfectos que a los perfectos; pues que dijo, que no había venido por los justos sino por los pecadores: estos son los que tienen más necesidad de nosotros, a los cuales debemos manifestar nuestro amor más particularmente; porque en esto damos a entender mejor que amamos por caridad, que no en amar a aquellos que nos dan más consuelo que pena. En esto conviene proceder según lo requiera la utilidad del prójimo; pero fuera de esto, se ha de procurar amar a todos igualmente, pues Nuestro Señor no dijo: Amad a los que son más virtuosos; sino indiferentemente: Amad los unos a los otros, como yo os he amado, sin excluir a ninguno por imperfecto que fuese. La segunda razón porque no debemos dar más muestras de amistad a los unos que a los otros, ni dejarnos llevar a amarlos con ventaja, es porque no podemos juzgar quiénes son los más perfectos y que tienen más virtud; porque las apariencias exteriores son engañosas, y muy de ordinario los que nos parecen más virtuosos, como ya he dicho en otra parte, no lo son delante de Dios, que es solamente quien lo puede conocer. Puede ser que una hermana, a quien veréis tropezar muchas veces y caer en muchas imperfecciones, sea más virtuosa y más agradable a Dios, o por el grande ánimo que conlleva entre sus imperfecciones no dejándose perturbar ni inquietar por verse tan sujeta a caer, o por la humildad que de todo saca, o por el amor que tiene a su abatimiento, que no otra que tenga una docena de virtudes, ya naturales, ya adquiridas, y que por esto tendrá menos trabajo y ejercicio, y por consiguiente menos ánimo y humildad que la otra que se ve tan sujeta a errar. San Pedro fue escogido para ser la cabeza de los Apóstoles, aunque estuvo sujeto a tantas imperfecciones, de modo que los cometía aun después de haber recibido el Espíritu Santo; pero porque, no obstante estos defectos, tuvo siempre un grande ánimo y no se espantaba de nada, le hizo Nuestro Señor su vicario y lugarteniente, y le favoreció sobre todos los otros, de modo que ninguno tuviera razón de decir que no merecía ser principal y aventajado a san Juan y a los demás Apóstoles. Conviene, pues, portarnos con la mayor igualdad que sea posible, por las razones dichas, en el amor que debemos a nuestras hermanas, y procurar que sepan todas que las amamos con este amor de corazón; y para esto no es necesario usar de muchas palabras; encareciendo que las amamos tiernamente y que tenemos una cierta inclinación a amarlas muy en particular, y otras semejantes; porque, por tener más inclinación a una que a otra, el amor que les tenemos no será más perfecto, antes puede estar más sujeto a mudanza por la menor cosa que nos hagan; y dado caso que tengamos más inclinación a una que a otra, no debemos embebecernos en pensar en ello, y menos decírselo. Porque no hemos de amar por

inclinación, sino amar al prójimo, o porque es virtuoso, o porque esperamos lo vendrá a ser; pero principalmente porque esta es la voluntad de Dios. Para dar, pues, verdadero testimonio de que le amamos, le debemos procurar todo el bien que pudiéremos, tanto para el cuerpo como para el alma, rogando por él y sirviéndole cordialmente cuando se ofrezca ocasión: porque la amistad que termina en hermosas palabras no es gran cosa, ni es amarse como Nuestro Señor nos amó, pues su divina Majestad no se contentó con asegurarnos que nos amaba, sino que quiso pasar más adelante, obrando cuanto hizo en prueba de su amor. San Pablo, hablando a sus carísimos hijos: Aparejado estoy, dice, a dar mi vida por vosotros, y a emplearme absolutamente sin alguna reserva, para mostraros cuanto os amo (2Cor 13, 15). Donde también quiere decir: yo estoy pronto a dejar hacer por vosotros o para vosotros, todo lo que se quisiere de mí. Con que nos enseña, que el emplearse y aun el dar su vida por el prójimo, es tanto como dejarse emplear a gusto de otros, por ellos o para ellos, y esto es lo que él había aprendido de nuestro dulce Salvador sobre la cruz. A este supremo grado de amor del prójimo son llamados los religiosos y religiosas, y nosotros que somos consagrados al servicio de Dios: porque no basta socorrer al prójimo con nuestros bienes temporales, ni tampoco es bastante, dice san Bernardo, emplear nuestra propia persona en padecer por este amor, es menester pasar más adelante, dejándola emplear por él y para él, por la obediencia como se quisiere, sin que jamás resistamos; porque cuando nosotros mismos nos empleamos por nuestra propia voluntad, o por propia elección, esto mismo causa siempre mucha satisfacción a nuestro amor propio; pero en dejarnos emplear en lo que otro quiere y no queremos nosotros, esto es, en lo que no hemos elegido ni escogido, en esto consiste lo más sublime de la abnegación como si cuando nosotros quisiéramos predicar nos enviasen a servir a los enfermos, cuando quisiéramos hacer oración por el prójimo, nos mandasen irle a servir. Siempre es mejor, sin comparación, lo que otro nos manda hacer, entiéndase cuando no es contrario a Dios ni ofensa suya, que lo que hacemos o escogemos hacer nosotros mismos. Amémonos, pues, los unos a los otros, y para esto sírvanos de motivo poderoso para excitarnos a este santo amor el que Cristo Nuestro Señor sobre la cruz derramó hasta la postrera gota de su sangre sobre la tierra, como para hacer una argamasa sagrada con la que Él quiso ligar, unir, juntar y apretar todas las piedras de su Iglesia que son los fieles, unos con otros, a fin de que esta unión fuese tan fuerte que jamás se hallase en ella división. Tanto temió que ésta causase la eterna condenación. El sufrimiento de las imperfecciones del prójimo es uno de los principales puntos de este amor, y nuestro Señor nos lo enseñó en la cruz; pues tenía un corazón tan dulce para nosotros, y nos amaba tan tiernamente a nosotros, digo, y a aquellos mismos que le causaban la muerte y estaban cometiendo el más enorme delito que pudo jamás hombre cometer; porque el pecado que los judíos cometieron fue un monstruo de maldad. Y no obstante, nuestro dulcísimo Salvador pensaba amorosamente en ellos, dándonos un ejemplo del todo inimaginable, en excusar a los que le crucificaban e injuriaban con una rabia mayor que toda barbaridad, buscando trazas para hacer que su eterno Padre los perdonase en el mismo acto del pecado e injuria. ¡Oh cuán miserables somos nosotros los mundanos, pues, apenas podemos olvidar una injuria después de

mucho tiempo de recibida! Aquel, pues, que previniere a su prójimo en bendiciones de dulzura será el más perfecto imitador de Jesucristo nuestro bien. Además de esto se ha de notar que el amor cordial está junto con una virtud, que es como dependencia de él, y esta es una confianza totalmente pueril. Los niños, cuando tienen una linda pluma u otra cualquier cosa que ellos juzgan ser de gala, no reposan hasta que han hallado a sus pequeñitos compañeros para mostrarles su pluma y darles parte de su gozo, como también quieren que participen de su dolor, porque luego que tienen un poco de mal en la punta del dedo no cesan de decirlo a cuantos encuentran para que les compadezcan y soplen un poquito sobre su mal. Yo no digo que convenga ser del todo como estos niños; pero digo, que esta confianza debe obligar a las hermanas a no ser escasas en comunicar sus pequeños bienes y pequeñas consolaciones a las otras hermanas, sin temor de que por eso les noten sus imperfecciones. Ni tampoco digo, que si hubiese recibido algún don extraordinario de Dios lo hayan de andar diciendo a todo el mundo. No; pero en cuanto a nuestras pequeñas consolaciones y moderados bienes, no quisiera que fuesen reservadas, sino que cuando se ofrezca ocasión, no por forma de jactancia o desvanecimiento, sino de simple confianza, se lo comunicasen unas a otras lisa e ingenuamente. Y en lo que toca a nuestros defectos, quisiera que no nos afanásemos por encubrirlos, pues por no dejarlos ver a los de fuera no se mejoran, ni creerán las hermanas que estáis sin ellos; antes puede ser se hagan vuestras imperfecciones más peligrosas, que si estuvieran descubiertas y os causasen confusión, como les sucede a las hermanas que son fáciles en dejarlas aparecer en lo exterior. No conviene, pues, espantarnos ni perder el ánimo cuando cometemos algunas imperfecciones y faltas delante de las hermanas, antes debemos estar contentas de ser conocidas por tales como somos. Vos habréis hecho una falta o una bobería, es verdad; pero esto ha sido delante de vuestras hermanas que os aman cariñosamente, y por eso sabrán sufrir vuestro defecto, y os tendrán más compasión que aversión. También por medio de esta confianza se aumentaría grandemente la cordialidad y la tranquilidad de nuestros espíritus, que están sujetos a turbarse cuando somos conocidos imperfectos en cualquiera cosa, por pequeña que sea, como si fuera una grande maravilla el vernos defectuosos. Finalmente, por conclusión de este discurso, conviene siempre acordarnos de que por cualquier defecto de suavidad que alguna vez se cometa por inadvertencia, no se deben las hermanas enojar, ni juzgar que no les tienen cordialidad; pues no por eso se deja de tener. Un acto hecho por aquí o por allí, como no sea frecuente, no hace al hombre vicioso, especialmente cuando se tiene buena voluntad de enmendarse. Me preguntaréis también en que consiste el hacer todas las cosas en espíritu de humildad como lo ordenan las Constituciones. Aquí yo os diré que para mejor entender esto se ha de saber, que hay diferencia entre la soberbia, la costumbre de la soberbia y el espíritu de la soberbia: porque si vos hacéis un acto de soberbia, eso es soberbia; si hacéis muchos actos a cada paso y por cualquiera ocasión, eso es costumbre de soberbia; si os complacéis en esos actos y los procuráis, eso es el espíritu de soberbia. Así también hay diferencia, entre la humildad, el hábito de la humildad y el espíritu de la humildad. La humildad es hacer algún acto por humillarse: el hábito es hacer estos actos en cualquiera

ocasión; mas el espíritu de humildad, es complacerse en la humillación y buscar el abatimiento y la humillación en todas las cosas: esto es decir, que en todo cuanto hacemos, decimos o deseamos, nuestro fin principal sea humillarnos y envilecemos, y que nos alegremos de encontrar nuestra propia abyección en todas ocasiones, y amemos hasta el pensamiento de ellas. Ved ahí lo que es hacer todas las cosas en espíritu de humildad: que es lo mismo que si dijese, buscar el abatimiento y humildad en todas las cosas. Es una buena práctica de humildad el no mirar las acciones de los otros, sino para notar las virtudes y jamás las imperfecciones; porque mientras no están a nuestro cargo, no conviene volver los ojos a ellas, y menos la consideración. Siempre se ha de interpretar en la mejor parte que se pueda lo que vemos hacer a nuestro prójimo: y en las cosas dudosas nos hemos de persuadir, que lo que hemos percibido no es malo, sino que nuestra imperfección y malicia nos lo presenta como tal, a fin de excusar los juicios temerarios en las acciones de los otros, que es un mal peligrosísimo y que debemos sumamente aborrecer. En las cosas evidentemente malas, debemos tener compasión, y humillarnos por las faltas del prójimo como por las nuestras propias, y rogar a Dios por su enmienda con el mismo corazón que rogaríamos por la nuestra si estuviéramos sujetos a los mismos defectos. Pero ¿qué podremos hacer, diréis, para adquirir un espíritu de humildad, tal como se ha dicho? No hay otro medio que el mismo para las otras virtudes, que no se adquieren sino por actos reiterados. La humildad nos hace aniquilar en todas las cosas que no son necesarias para adelantarnos en la gracia, como es el, hablar bien, tener hermoso semblante, talento grande para el manejo de las cosas exteriores, un grande espíritu de elocuencia, y cosas semejantes en las cuales hemos de desear que los otros nos aventajen.

CONFERENCIA V. De la generosidad de espíritu

Para entender bien qué cosa sea y en qué consista esta fuerza y generosidad de espíritu que me preguntáis conviene primeramente responder a una cuestión que muchas veces me habéis propuesto. Es preciso saber en qué consiste la verdadera humildad; porque con la resolución de este punto, me daré mejor a entender en el segundo, de la generosidad de espíritu, de la que queréis trate ahora. La humildad, pues, no es otra cosa que un perfecto reconocimiento de que no somos más que un puro nada, y este nos hace tener esta estimación de nosotros mismos: para entender mejor esto, es necesario saber que en nosotros hay dos géneros de bienes, los unos que están en nosotros y son de nosotros; los otros que no son de nosotros aunque estén en nosotros. Cuando digo que tenemos bienes que son de nosotros, no quiero decir que no vengan de Dios y que nosotros los tengamos de nosotros mismos, porque a la verdad de nosotros mismos no tenemos sino miseria y nada; quiero decir, que estos son unos bienes que Dios ha puesto en nosotros de tal manera, que parece son de nosotros; y estos son la salud, las riquezas, las ciencias y otros semejantes. La humildad, pues, nos impide el gloriamos y estimarnos por causa de estos bienes, porque no hace más caso de ellos que si no fueran; y con razón así debe ser, pues no son bienes estables que nos hagan más agradables a Dios; antes muy mudables y sujetos a la fortuna, y que por consiguiente no tienen existencia. ¿Hay cosa menos segura que las riquezas, que dependen del tiempo y de la sazón? ¿que la hermosura, que en un instante se acaba? basta un grano en el rostro para quitarle su lustre. Y en cuanto a la ciencia, una pequeña turbación del cerebro nos hace perder y olvidar todo cuanto sabemos: con mucha razón, pues, la humildad no hace caso de semejantes bienes. Pero al paso que la humildad nos hace abatir y humillar con el conocimiento de lo que somos nosotros mismos y por la poca estima en que tiene a todo cuanto hay en nosotros y de nosotros, nos hace también grandemente estimar por los bienes que hay en nosotros y no de nosotros, que son la fe, la esperanza y el amor de Dios, como también una cierta capacidad que Dios nos ha dado de unirnos a él por medio de la gracia y esto por poco que de ellos tengamos. Y en cuanto a nosotros, nuestra vocación que nos da una seguridad, cuanto podemos tenerla en esta vida, de la posesión de la gloria y felicidad eterna. Y esta estimación que la humildad hace de todos estos bienes, conviene a saber, de la fe, de la esperanza, de la caridad, es el fundamento de la generosidad de espíritu. Advertid: los primeros bienes, de que hemos hablado, pertenecen a la humildad para su ejercicio, y estos postreros a la generosidad. La humildad cree no poder nada mirando al conocimiento de nuestra pobreza y flaqueza, en cuanto es de nosotros mismos: y al contrario la generosidad nos obliga a decir como san Pablo: Todo lo puedo en aquel que me conforta (2Cor. 12, 10). La humildad nos hace desconfiar de nosotros mismos, y la generosidad nos hace confiar en Dios. Veréis, pues, que estas dos virtudes de la humildad y la generosidad están de tal suerte juntas y unidas la una con la otra, que jamás están ni pueden estar separadas. Algunas personas hay que se dan a una falsa y necia humildad, que les embaraza mirar lo que Dios en ellas ha

puesto de bueno; las cuales cometen un error grandísimo, porque los bienes que Dios ha puesto en nosotros deben ser reconocidos, estimados, favorecidos, grandemente reverenciados, y no puestos en el mismo grado de la baja estima que debemos hacer de aquellos que están en nosotros y son de nosotros. No solamente los verdaderos cristianos han reconocido que conviene mirar estos dos géneros de bienes que están en nosotros, los unos para humillarnos, los otros para glorificar la divina bondad que nos los ha dado; pero también los filósofos, porque la sentencia que ellos dijeron, conócete a ti mismo, se debe entender, no solamente del conocimiento de nuestra vileza y miseria, sino también de la excelencia y dignidad de nuestra alma, la cual es capaz de ser unida a la divinidad por la bondad de Dios que ha puesto en nosotros un cierto instinto que siempre nos inclina a buscar y pretender esta unión, en la que consiste toda nuestra felicidad. La humildad que no produce la generosidad es indudablemente falsa, porque después que ha dicho: Yo no puedo nada, yo no soy más que un puro nada, luego al punto cede su lugar a la generosidad del espíritu, la que dice: No hay ni puede haber cosa que yo no pueda, porque pongo toda mi confianza en Dios que lo puede todo; y sobre esta confianza emprende valerosamente cuanto se le manda. Pero notad que digo todo cuanto se le manda o aconseja, por dificultoso, que sea; porque os puedo asegurar que ella no juzga imposible hacer milagros, si se los mandan hacer; que si se pone a ejecutar la obediencia con sencillez de corazón, Dios hará primero milagros que faltar a darle fuerzas para cumplir su ejecución; porque no la acometió confiada en sus propias fuerzas, sino en el aprecio que hace de los dones que Dios le ha dado; y así consigo misma hace este discurso: si Dios me ha llamado a un estado tan alto de perfección que no le hay más levantado en esta vida, ¿qué cosa podrá impedirme el llegar a él, pues estoy segurísima de que él que ha comenzado la obra de mi perfección la acabará? Pero habéis de observar, que todo esto se hace sin alguna presunción, de manera que esta confianza no impide el que estemos siempre cuidadosos de no errar; antes nos procura más atentos sobre nosotros mismos, más vigilantes y diligentes en obrar lo que puede servir para adelantarnos en la perfección. La humildad no consiste solamente en desconfiar de nosotros mismos, sino también en confiar en, Dios; y la desconfianza de nosotros mismos y de nuestras fuerzas produce la confianza en Dios, y de esta nace la generosidad de espíritu de que tratamos. La Virgen santísima nos da acerca de esto un notable ejemplo, cuando pronunció aquellas palabras: Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí, según tu palabra. (Lc. 1, 38). Porque diciendo que es esclava del Señor, hace un acto de humildad, el mayor que se puede hacer; de modo que opuso a las alabanzas que el Ángel le dio de que sería madre de Dios, y que el hijo que nacería de sus entrañas sería llamado Hijo del Altísimo, dignidad la más grande que se pudo jamás imaginar; y a todas estas alabanzas y grandezas, digo yo, opuso su bajeza y su indignidad, diciendo: Que ella es esclava del Señor. Pero observad que después de haber dado su deber a la humildad, luego al punto hizo un acto de generosidad excelentísimo, diciendo: Hágase en mí según tu palabra. Verdad es, quiso decir, que yo no soy de ninguna manera capaz de esta gracia mirando a lo que soy de mi misma; pero en cuanto lo que hay de bueno en mi es de Dios, y que lo que tú dices es su santísima voluntad, yo

creo que se puede hacer y se hará; y por eso sin duda alguna dice: Hágase en mi según dices. De la misma manera, por falta de esta generosidad se hacen poquísimos actos de verdadera contrición; porque después de habernos humillado y confundido delante de la divina Majestad en consideración a nuestra grande fealdad, no pasamos a hacer este acto de confianza, levantándonos valerosamente por una seguridad que debemos tener de que la divina Bondad nos dará su gracia para serle desde entonces fieles, y corresponder más perfectamente a su amor. Después de este acto de confianza, inmediatamente se debería hacer el de la generosidad, diciendo: pues estoy segurísima de que la gracia de Dios no me puede faltar, quiero creer que tampoco permitirá que yo falte a corresponder a su gracia. Pero vosotras me diréis, si yo falto a la gracia, ella me faltará también. Es verdad. Pues si es verdad ¿quién me asegurará que yo no faltaré a la gracia en adelante, pues en lo pasado tantas veces he faltado a esta? Respondo: que la generosidad hace que el alma diga osadamente y sin temor alguno: yo no seré más desleal a Dios. Y porque en su corazón siente esta resolución, emprende sin miedo todo cuanto sabe que puede hacerla agradable a Dios sin excepción de cosa alguna: y emprendiéndolo todo, cree que lo podrá todo, no por sí misma, sino por Dios en quien ella pone toda su confianza. Y por esto hace y acomete todo lo que se le manda y aconseja. Pero me preguntaréis vosotras ¿si alguna vez será lícito dudar de no ser capaces de obrar las cosas que se nos mandan? Yo respondo, que la generosidad de espíritu jamás nos permite entrar en alguna duda. Y para que entendáis mejor esto, conviene distinguir, como acostumbro deciros, la parte superior de vuestra alma de la inferior. Cuando digo, pues, que la generosidad no nos permite dudar, se entiende en cuanto a la parte superior; porque bien podría ser que la inferior esté toda llena de estas dudas y sienta mucho trabajo en recibir la carga o el empleo en que se nos pone; pero el alma que es generosa, se burla y hace poco caso de todo esto, y se mete simplemente en el ejercicio de su cargo sin decir palabra ni hacer acción que denote el sentimiento que tiene de su incapacidad. Pero nosotros nos complacemos tanto, que de nada gustamos más que demostrar que somos humildes, y que tenemos una baja estima de nosotros mismos y otras cosas semejantes, que muy lejos están de la verdadera humildad, la que jamás nos permite resistir al juicio de aquellos que Dios nos ha dado por guías. Yo puse en el libro de la Introducción a la vida devota (Parte III, cap. V) un ejemplo que viene a este propósito y es muy digno de notarse, y este es el del rey Acáz, el cual estando reducido a una grandísima aflicción con la cruel guerra que le hacían dos reyes que habían cercado a Jerusalén, mandó Dios a Isaías que fuese a consolarle de su parte, y a prometerle que alcanzaría victoria y quedaría triunfante de sus enemigos. Díjole también Isaías, que en prueba de la verdad de lo que le prometía, pidiese a Dios una señal en el cielo o en la tierra, que se la daría (Is 5, 11). Pero Acáz, desconfiando de la bondad y liberalidad de Dios, dijo: De ninguna manera lo haré, porque no quiero tentar a Dios. Mas el miserable no dijo esto por honra que quisiese hacer a Dios; porque, antes al contrario, rehusaba honrarle, porque Dios quería entonces ser glorificado por milagros, y Acáz renunciaba a pedirle uno que el mismo Señor le había significado que deseaba hacerle. Él ofendió a Dios rehusando obedecer al Profeta que Dios había enviado a significarle su voluntad. No debemos,

pues, nosotros poner jamás en duda el que no podremos hacer lo que se nos manda, porque los que nos gobiernan conocen muy bien nuestra capacidad. Mas, me diréis, que puede ser que tengáis muchas miserias interiores, y grandes imperfecciones que no conocen vuestros superiores, y que ellos se fundan en las apariencias exteriores, con las que quizá habéis engañado sus espíritus. Yo no digo que no conviene siempre creeros cuando, llevadas por la pusilanimidad, decís que sois miserables y llenas de imperfecciones; como tampoco se ha de creer que no las tenéis cuando no decís nada; siendo de ordinario tales, como os hacen parecer vuestras obras. Vuestras virtudes se conocen por la fidelidad que tenéis en practicarlas, y así también las imperfecciones por sus actos. Ninguno podrá engañar al espíritu de sus superiores, mientras no sienta malicia en el corazón. Pero vosotras me diréis; que muchos santos hicieron grandísima resistencia por no recibir los cargos que les querían dar. Mirad; lo que ellos hicieron, no fue solo por causa de la baja estimación que hacían de sí mismos, sino principalmente porque veían que los que querían ponerlos en aquellos cargos se fundaban en las virtudes aparentes, como son los ayunos, las limosnas, las penitencias y asperezas del cuerpo, y no en las verdaderas virtudes interiores que tenían encerradas y encubiertas bajo de la santa humildad, pues eran seguidos y buscados de los pueblos que no los conocían sino por la fama y opinión. En tal caso me parece ser permitido hacer algún poco de resistencia. Pero sabed aquí, que esto será permitido también, pongo por ejemplo, a una monja de Dijón a quien una superiora de Annecy enviase para que fuese superiora, no habiéndola jamás visto ni comunicado con ella; pero una monja de esta Casa, a la que se pusiese el mismo precepto, debería no meterse jamás en alegar razón alguna en que pueda mostrar que se opone al precepto; antes debe entrar en el ejercicio de su cargo con tanta paz y aliento, como si se sintiese muy capaz de gobernarse bien en él. Pero yo entiendo muy bien el engaño que en esto hay, y es que nosotros tememos no salir con honra; estimamos tanto nuestra reputación, que no quisiéramos ser tenidos por bisoños en el ejercicio de nuestros cargos, sino por maestros y experimentados que jamás hacen un yerro. Ya entendéis bastantemente ahora que cosa sea el espíritu de fuerza y generosidad que tanto deseamos ver en esta Casa, para desterrar todas las boberías y ternuras, que solo sirven para detenernos en nuestro camino y para embarazarnos en el progreso de la perfección. Estas ternuras se alimentan de vanas reflexiones que hacemos sobre nosotros mismos, principalmente cuando hemos deslizado en nuestro camino por cualquiera falta. Porque acá dentro, por la gracia de Dios, jamás se cae del todo; por lo menos hasta ahora no lo hemos visto: tal vez alguna deslice, y en lugar de humillarse dulcemente y levantarse después animosamente, como tengo dicho, se meta en la consideración de su miseria, y sobre ella comience a enternecerse por sí misma: ¡Ay, Dios mío! digo, ¡qué miserable soy, yo no soy buena para nada! Después pasa al desaliento que le hace decir: ya no hay que esperar de mí, jamás haré cosa buena; hablarme de esto, es perder tiempo: ya quisiéramos que nos dejasen, como si estuviesen ciertos que jamás con nosotros se podía ganar. ¡Dios mío! cuán lejos están estas cosas del alma generosa que hace una grande estimación, como hemos dicho, de los bienes que Dios ha puesto en ella! No se espanta ni de la dificultad del camino que ha de andar, ni

de la grandeza de la obra, ni de la dilación del tiempo que ha de gastar, ni, en fin, de la tardanza en cumplir lo que ha emprendido. Las monjas de la Visitación son llamadas todas a una grandísima perfección, su empresa es la más alta y eminente que se puede pensar; porque ellas, no solo tienen pretensión de unirse a la voluntad de Dios, como deben tener todas las creaturas, sino que a más de esto, pretenden unirse a sus deseos e intenciones, y yo digo, que aun antes de que les sean significados. Y si se pudiese pensar alguna cosa de más perfección, y algún grado de mayor eminencia que el de conformarse a la voluntad de Dios, a sus deseos y a sus intenciones, ellas sin duda emprenderían subir a él: pues tienen una vocación que a esto las obliga, y por esta razón debe ser una devoción fuerte y generosa la devoción de esta Casa, como muchas veces hemos dicho. Pero además de lo que se ha dicho de esta generosidad, debo añadir que el alma que la posee, recibe igualmente las sequedades y las ternuras de los consuelos; las congojas interiores, las tristezas, los ahogos de espíritu, como los favores, las prosperidades de un espíritu lleno de paz y tranquilidad: y esto porque ella considera que aquel que la ha dado los consuelos, es el mismo que la envía las aflicciones, que da lo uno y lo otro impelido del amor mismo que ella reconoce ser sumamente grande; porque por la aflicción interior del espíritu pretende llevarla a una grandísima perfección, cuales la abnegación de todo género de consuelos en esta vida, quedando segurísima de que quien la priva de ellos aquí bajo en la tierra, no se los negará eternamente en lo alto del cielo. Vosotras me diréis, que no se pueden hacer estos discursos entre las grandes tinieblas; pues parece que no podemos decir una sola palabra a Nuestro Señor. Verdaderamente tenéis razón de decir que os lo parece, porque en realidad no es así. El sagrado Concilio de Trento ha determinado esto, y estamos obligados a creer que Dios y su gracia no nos desamparan jamás de tal modo que no podamos recurrir a su bondad, y protestar que contra toda la perturbación de nuestra alma queremos ser del todo suyas, y que no le queremos ofender. Pero advertid, que todo esto pasa en la parte superior de nuestra alma; porque la parte inferior no percibe nada de ello, y se queda siempre en su pena; eso nos turba, y hace que nos tengamos por miserables; y luego empezamos a enternecernos por nosotros mismos, como si fuera una cosa muy digna de compasión el vernos sin consuelo. ¡Ea, por Dios! consideremos que Nuestro Señor y Maestro quiso ser muy ejercitado con estas congojas interiores y de un modo incomparable. Escuchad las palabras que dice sobre la cruz: Dios mío, Dios mío: ¿por qué me habéis desamparado? (Mt 27, 43). Estaba reducido al último extremo, porque solo tenía la parte superior de su espíritu que no estuviese oprimida de un desfallecimiento mortal. Pero notad que se pone a hablar con Dios, para enseñarnos que jamás nos será imposible el hacerlo. Pero ¿qué será mejor en este tiempo? me diréis vosotras: hablar con Dios de nuestra pena y de nuestra miseria, o de otra cualquier cosa? Digo que en esto, como en toda clase de tentaciones, es mejor divertir mucho nuestro espíritu de su turbación y pena hablando con Dios de otra cosa y no de nuestro dolor; porque indudablemente, si queremos hablar de él no será sin hacer una reflexión tierna sobre nuestro corazón, engrandeciéndolo extraordinariamente y de nuevo nuestro dolor mismo, porque es tal nuestra naturaleza, que no puede ver sus dolores sin tener una grande compasión. Pero me diréis, que si no

ponéis esta atención, no os acordaréis de decirlo: ¿y qué importa? Somos verdaderamente como los niños, los cuales con gran presteza van a su madre a decirle que les ha picado una abeja para que se compadezca y sople sobre el mal, que con eso está curado; ¿por qué queremos ir a decir a nuestra madre que estamos muy afligidas, y engrandecer nuestra aflicción contándola muy pormenor sin olvidar la más pequeña circunstancia que nos pueda hacer más dignas de compasión? ¿No veis que estas son unas niñerías muy grandes? Si hemos cometido alguna deslealtad, basta decirla; si habéis sido fieles, también conviene decirlo, pero cortamente, sin exagerar lo uno ni lo otro; porque se debe decir todo a los que tienen cuidado de nuestras almas. También me diréis ahora, que luego que habéis tenido algún sentimiento grande de cólera o de cualquiera otra tentación, os viene siempre un escrúpulo sino lo habéis confesado. Yo os digo que conviene decirlo en la cuenta que diereis de vuestro espíritu, mas no por modo de confesión, sino para sacar instrucción de cómo os habéis de portar; y esto se entiende cuando claramente se conoce que no se ha consentido. Porque si vos decís: Me acuso de que por dos días continuos he tenido grandes movimientos de cólera, pero no he consentido, decís vuestras virtudes, en lugar de decir vuestras faltas. ¿Pero estoy en duda si he cometido algún defecto? Conviene considerar maduramente si esta duda tiene algún fundamento: puede ser que en estos dos días hayáis sido un poco negligente por un cuarto de hora en divertirlos en vuestros sentimientos. Si es así, decid sencillamente que habéis sido negligente como un cuarto de hora en apartaros de un movimiento de cólera que habéis tenido, sin añadir que la tentación ha durado dos días. Si no es que lo queráis decir porque os dé consejo vuestro confesor, o por lo que toca al examen de vuestra conciencia, porque entonces es muy bueno decirlo; mas para las confesiones ordinarias, será mejor no hablar de ello, pues no lo hacéis sino por satisfaceros; y aunque recibís un poco de pena en callarlo, conviene sufrirlo como si fuera otra cualquiera cosa en que no podéis poner remedio: Dios sea bendito.

CONFERENCIA VI. DE LA ESPERANZA

Sobre la partida de unas monjas de la Visitación, que iban a fundar una nueva Casa de su Orden.

Entre las alabanzas que los Santos dan a Abraham, san Pablo exalta esta sobre todas: Que creyó en la esperanza, contra la esperanza misma (Rm 4, 18). Dios le había prometido que multiplicaría su descendencia como las estrellas del cielo y como la arena del mar, y luego le manda que mate a su hijo Isaac. No por esto perdió Abraham su esperanza, antes esperó contra la esperanza misma, asegurándose de que, aunque obedecía al precepto que le había puesto quitando la vida a su hijo, no por eso dejaría Dios de cumplir su palabra. Grande por cierto fue su esperanza; porque él no vio de ningún modo en qué poder apoyarla sino en la palabra que Dios le había dado. ¡Oh cómo es esta el más cierto y sólido fundamento, porque es infalible! Sale, pues, Abraham a cumplir la voluntad de Dios con una sencillez incomparable, porque no se puso a considerar ni a replicar cuando Dios le mandó que saliese de su tierra y de entre sus parientes y que se fuese al lugar que le mostraría, sin especificárselo; a fin de que se embarcase con mayor sencillez en la barca de su divina providencia. Caminando, pues, tres días y tres noches con su hijo Isaac, que llevaba la leña del sacrificio, el inocente hijo pregunta a su padre: ¿Dónde está el holocausto? a lo que responde el buen Abraham: Hijo mío, el Señor proveerá (Gn. 22, 7). ¡Oh Dios mío, qué dichosos seríamos, si pudiésemos acostumbrarnos a responder de esta manera a nuestros corazones, cuando están cuidadosos de alguna cosa: Nuestro Señor proveerá: y si después de haber dicho esto no tuviésemos más congoja, turbación, ni ansia que Isaac, pues luego calló, teniendo por cierto que el Señor proveería, como su padre lo había dicho! Grande es sin duda la confianza que Dios quiere que tengamos en su cuidado paternal y divina providencia. Mas ¿por qué no la tenemos, viendo que el que la ha tenido jamás ha sido engañado? Ninguno confía en Dios que no recoja el fruto de su confianza. Yo digo esto entre nosotros, porque en cuanto a la gente del mundo, casi siempre su confianza va acompañada de aprehensión, por lo que es de poco valor delante de Dios. Considerad, os ruego, lo que Nuestro Señor y Maestro dice a sus Apóstoles para arraigar en ellos esta santa y amorosa confianza, como leemos en el Evangelio: Yo os he enviado por el mundo sin bolsa, sin dinero y sin alguna provisión: ¿os ha faltado alguna cosa, sea para sustentaros o para vestiros? Respondieron que no. Id, pues, les dijo, y no penséis de qué hacéis de comer, ni de qué habéis de beber, ni de qué vestir, ni tampoco lo que habéis de decir estando delante de los grandes señores y magistrados de las provincias por donde pasareis: porque en cada ocasión vuestro Padre celestial os proveerá de todo lo necesario. No penséis en lo que habéis de decir, porque él hablara en vosotros, y os pondrá en la boca las palabras que habéis de pronunciar. (Lc 22, 35; Mt 6, 25 y 10, 19) Pero yo soy tan grosera, dirá alguna de nuestras hermanas, que no sé cómo

se ha de tratar con los grandes; no estoy acostumbrada a tales tratamientos. Eso no importa: andad, confiad en Dios, porque él dice: Que aunque la madre llegue a olvidar d su hijo, yo no os olvidaré jamás; porque os traigo grabados sobre mi corazón y sobre mis manos. ¿Pensáis que Aquel que tiene cuidado de proveer de mantenimiento a las aves del cielo y a los animales de la tierra, que no siembran ni recogen, se olvidará jamás de proveer de todo lo necesario al hombre que totalmente confía en su providencia? (Is. 49, 15; Mt 6, 26) al hombre que es, pues, capaz de ser unido con Dios. Esto me ha parecido, queridísimas hermanas mías, deciros en la ocasión de vuestra partida; porque si bien no sois capaces de la dignidad apostólica, por causa de vuestro sexo, con todo lo sois en alguna manera del oficio apostólico, y podéis hacer mucho servicio a Dios, procurando en alguna manera el aumento de su gloria como los Apóstoles. Verdaderamente, queridas hijas, debe seros un motivo de gran consuelo, el que Dios quiera servirse de vosotras para una obra tan excelente como a la que sois llamadas, y os debéis tener por muy honradas delante de la divina Majestad, porque no otra cosa quiere de vosotras sino lo que ordenó a sus Apóstoles y por lo que los envió por el mundo; que es lo mismo que Nuestro Señor vino a hacer en este mundo, esto es a dar la vida a los hombres. Y no solamente eso, dice él, sino para que viviesen una vida más abundante (Jn. 10, 10). Que tuviesen la vida, y una vida mejor; lo que hizo dándoles la gracia Los Apóstoles fueron enviados por Nuestro Señor a toda la tierra para el mismo fin. Pues el Señor les dijo: así como mi Padre me ha enviado, os envío yo (Jn. 22, 21). Andad, y comunicad la vida a los hombres, y no os contentéis con eso solo; haced que vivan, y con una vida más perfecta: Por medio de la doctrina que les habéis de enseñar, conseguirán la vida creyendo en mis palabras, que les daréis a entender; pero tendrán una vida más abundante, por el buen ejemplo que les daréis: y no os dé cuidado si vuestro trabajo tendrá el fruto que vosotros pretendéis; porque no se os pedirá cuenta del fruto, sino solamente de si os habéis empleado con fidelidad en cultivar bien estas tierras estériles y secas; no se os preguntará si habéis cogido buena cosecha, sino solo si habéis tenido cuidado de sembrar bien, Así también, mis queridas hijas, se os manda ahora ir a diversas partes a procurar que las almas tengan la vida, y que vivan una vida mejor; porque ¿qué cosa vais a hacer sino a dar conocimiento de la perfección de vuestro Instituto, y por medio de esta noticia atraer muchas almas a abrazar todas las observancias que en él están inclusas y recogidas? pero sin predicar, ni administrar sacramentos, ni perdonar pecados como lo hacían los Apóstoles. ¿No vais vosotras a dar la vida a los hombres? o, por hablar más propiamente, a las doncellas? pues quizá centenares de ellas, que a ejemplo vuestro se retirarán a vuestra Religión, se hubieran perdido quedándose en el mundo; las cuales irán a gozar en el cielo por toda la eternidad de una felicidad incomprensible: luego por vuestro medio les será dada la vida, y el que ellas vivan una vida más abundante, esto es, una vida más perfecta y agradable a Dios, vida que las hará capaces de unirse más perfectamente a la divina Bondad; porque recibirán de vosotras las instrucciones para adquirir el verdadero y puro amor de Dios, que es la vida más abundante que Nuestro Señor ha venido a dar a los hombres: Yo he venido a meter fuego en la tierra, dice él, y qué otra cosa quiero, o pretendo, sino que se

encienda (Lc 12,49); y en otra parte manda, que el fuego arda incesantemente sobre su altar (Lv. 6, 12), y que jamás se apague, para mostrar con qué ardor desea que el fuego de su amor esté siempre encendido sobre el altar de nuestro corazón. ¡Oh Dios, qué gracia es la que su divina Majestad os concede! os hace apóstolas, no en la dignidad, sino en el oficio y mérito: vosotras no predicáis porque no lo permite vuestro sexo, aunque santa Magdalena y santa Marta su hermana lo hicieron; mas no dejaréis de ejercer el oficio apostólico en la comunicación de vuestra manera de vivir, como os he dicho. Andad, pues, llenas de aliento a hacer aquello para que sois escogidas; pero andad en simplicidad, y si os vinieren algunas aprehensiones, diréis a vuestra alma: el Señor nos proveerá, y si la consideración de vuestra flaqueza os aflige, arrojaos en las manos de Dios y confiad en él. La humildad que no produce la generosidad es indudablemente falsa, porque después que ha dicho: yo no puedo nada; yo no soy más que un puro nada, luego al punto cede su lugar a la generosidad del espíritu, la que dice: No hay ni puede haber cosa que yo no pueda, porque pongo toda mi confianza en Dios que lo puede todo; y sobre esta confianza emprende valerosamente cuanto se le manda: pero notad que digo todo cuanto se le manda o aconseja, por dificultoso que sea; porque os puedo asegurar que ella no juzga imposible hacer milagros si se los mandan hacer; que si se pone a ejecutar la obediencia en sencillez de corazón, Dios hará milagros primero que faltar a darle fuerzas para cumplir su ejecución, porque no la acometió confiada en sus propias fuerzas, sino en el aprecio que hace de los dones que Dios le ha dado. Así consigo misma hace este discurso: Si Dios me ha llamado a un estado tan alto de perfección, que no lo hay más alto en esta vida, ¿qué cosa podrá impedirme de llegar a él, pues estoy segurísima de que el que ha comenzado la obra de mi perfección la acabará? Los Apóstoles eran pescadores, y la mayor parte ignorantes, y Dios los hizo sabios, como era necesario para el cargo que les quería dar: confiad en él, descansad sobre su providencia, y nada tendréis que temer. No digáis: yo no tengo talento para hablar bien; no importa, id sin hacer discursos, que Dios os dará lo que hubiereis de decir, y hacer cuanto convenga. Y si no tenéis alguna virtud, o no la conocéis en vos, no os dé cuidado; que si emprendéis por la gloria de Dios y por satisfacer a la obediencia el conducir a las almas o cualquiera otro ejercicio, Dios le tendrá de vosotras, y cuidará de proveeros de todo lo necesario tanto para vuestras personas como para aquellas que os pusiere a cargo. Es verdad que lo que emprendéis es cosa de grande importancia y de mucha consecuencia; pero por eso mismo haréis mal sino esperáis un buen suceso, con tal que no lo acometáis por vuestra elección sino por cumplir la obediencia. Sin duda tenemos mucha razón de temer cuando buscamos los cargos y los oficios de la religión o fuera de ella, o nos los dan por nuestra instancia. Mas cuando no es así doblad humildemente el cuello al yugo de la santa obediencia y aceptad de buena gana la carga: humillémonos, porque así lo debemos siempre hacer; pero acordémonos también de establecer siempre la generosidad sobre los actos de la humildad, porque de otra manera no valdrán nada. Yo tengo un extremado deseo de grabar en vuestros espíritus una máxima de incomparable utilidad: No pedir nada, y no rehusar nada. No, queridas hijas, no pidáis nada y no rehuséis nada. Recibid lo que os dieren y no pidáis lo que no os presentaren o no quisieren daros. En la

práctica de esto hallareis la paz del alma; sí, amadas hijas, tened vuestros corazones en esta santa indiferencia de recibir todo lo que os fuere dado, y de no desear lo que no se os diere. Lo diré en una palabra: no deseéis cosa alguna, antes dejaos a vosotras mismas y todas vuestras cosas plena y perfectamente al cuidado de la divina Providencia: dejadle hacer de vosotras, como los niños que se dejan gobernar de sus amas, que os lleve sobre el brazo derecho o sobre el izquierdo como más le agradare; dejadle hacer, porque un niño no se resistiera; que os acueste o que os levante, dejadle hacer, porque es una buena madre que sabe mejor lo que os conviene que vosotras mismas. Quiero decir, si la divina Providencia permite que os vengán aflicciones y mortificaciones, no las rehuséis, antes aceptadlas con buen corazón, amorosa y tranquilamente pero si no os las envía, o no permite que os sucedan no las deseéis ni pidáis: así también si tenéis consuelos recibidlos con espíritu de reconocimiento y gratitud a la divina Bondad; y si no los tenéis, no los deseéis, antes procurad tener preparado vuestro corazón para recibir los diversos acaecimientos de la divina Providencia con un mismo semblante en cuanto se pueda. Si os dan obediencias en la Religión que os parecen peligrosas, como son las superioridades, no las deseéis; si no os las dan, no las deseéis, y así de las demás cosas, y entiéndase de las de la tierra, porque en cuanto a las virtudes, las podemos y debemos desear y pedir a Dios. Su amor las comprende todas. Si no tenéis experiencia, no sabréis creer cuanto provecho causará en vuestra alma la práctica de esto, porque en lugar de ocuparos en buscar ya estos medios, ya los otros para perfeccionaros, os aplicaréis más simple y fielmente a aquellos que encontrareis en vuestro camino. Reparando yo en vuestra partida, y en los sentimientos inevitables que tendréis todas de apartaros las unas de las otras, he pensado que debo deciros alguna cosa que pueda liberar este dolor; y no quiero decir que no sea lícito llorar un poco, antes se debe hacer, porque no podrá contenerse alguna habiendo vivido tan dulce y amorosamente juntas tanto tiempo, practicando unos mismos ejercicios; lo que, de tal suerte ha unido vuestros corazones, que no pueden sin duda sufrir división o separación alguna: por eso, hijas mías, no seréis divididas ni apartadas, porque todas os vais. Y todas os quedáis: las que parten se quedan, y las que se quedan parten, no en sus personas sino en las personas de las que se van y de las que se quedan. Este es uno de los principales frutos de la Religión, la santa unión que se hace por medio de la caridad, unión que es tal que de muchos corazones y de muchos miembros hace un cuerpo solo. Todos son de tal suerte uno en la Religión, que todos los religiosos de una orden parece que son un solo religioso. Las hermanas domésticas cantan los divinos oficios en la persona de aquellas que están dedicadas para cantarlos, como estas sirven a los oficios domésticos en la persona de aquellas que los hacen; ¿y por qué es esto? La razón es evidente; porque si las que están en el coro para cantar los oficios no estuvieran en él, las otras habrían de estar: y si no hubiera hermanas legas para aderezar la comida, las del coro se emplearían en ello. Si una hermana no fuese superiora, lo habría de ser otra. De la misma manera, las que se van se quedan, y las que se quedan se van; porque si las que son nombradas para ir no lo pudieran hacer, las que se quedan fueran en su lugar. Mas lo que nos debe mover a partir y quedar de buena gana, queridas hijas, es la certeza más que infalible que

debemos tener de que esta separación no es más que del cuerpo, porque en cuanto al espíritu, quedáis siempre muy estrechamente unidas. Poca cosa es esta división corporal, pues algún día se ha de hacer queramos o no queramos: pero la separación de los corazones y desunión de los espíritus, esa sola se ha de temer. En cuanto a nosotros, no solamente quedaremos siempre unidos, pero mucho más se irá cada día perfeccionando nuestra unión, y este dulce y amabilísimo lazo de la santa caridad se irá siempre estrechando y renovando más y más al paso que nosotros adelantáremos en el camino de la perfección; porque haciéndonos más capaces de unirnos con Dios, nos uniremos más los unos con los otros: de manera, que a cada comunión que hagamos se perfeccionará más nuestra unión; porque uniéndonos con Nuestro Señor, quedaremos juntamente más unidos; por esto la recepción sagrada de este Pan celestial y de este venerabilísimo sacramento se llama Comunión, que es decir, como unión. ¡Oh Dios! qué unión hay entre los religiosos de una misma orden; unión tal que los bienes espirituales están como poseídos, mezclados y reducidos en común como los bienes exteriores: el religioso nada tiene suyo en particular por causa del sagrado voto que ha hecho de pobreza voluntaria, y por la profesión santa que los religiosos hacen de la santísima caridad; todas las virtudes son comunes, y todos son participantes de las buenas obras de los otros, y gozan del fruto de ellas, mientras se mantengan siempre unidos en caridad y en la observancia de las reglas de la Religión a que Dios les ha llamado: de manera, que el que se ejercita en cualquier oficio doméstico o se ocupa en cualquiera otra obra, contempla en la persona de aquel que está en el coro orando, y este que reposa participa de lo que el otro trabaja por mandato del superior. Ved aquí, mis queridas hijas, como las que se van se quedan, y las que se quedan se van, y como de beis todas igualmente abrazar animosa y alentadamente la obediencia, así en esta ocasión como en otra cualquiera; pues las que se quedan tendrán parte en el trabajo y fruto del viaje de las que se van; como estas le tendrán en la tranquilidad y reposo de las que se quedan. Todas sin duda, hijas mías, tenéis necesidad de muchas virtudes y de practicarlas, tanto para partir, como para quedaras. Las que se parten necesitan de gran valor y confianza en Dios, para emprender amorosamente con espíritu de humildad lo que Dios quiere de ellas, venciendo todos los pequeños sentimientos que les puede causar el dejar la casa donde Dios las había dado su primera habitación, las hermanas que tanto han amado y cuya conversación les era de tanto consuelo para el alma, la tranquilidad de su espíritu que les es tan amable, los parientes, los conocidos y otras muchas cosas a que se pega la naturaleza mientras vivimos en esta vida. Las que se quedan tienen también necesidad de aliento, tanto para perseverar en la práctica de la santa sumisión, humildad y tranquilidad, como para prepararse a salir cuando les sea mandado: pues, como veis, vuestro Instituto se va extendiendo por todas partes en tan diversos lugares. De la misma manera debéis procurar multiplicar y acrecer los actos de las virtudes, y engrandecer vuestro ánimo para haceros capaces de ser empleadas conforme la voluntad de Dios. Paréceme cierto, cuando miro y considero el principio de vuestro Instituto, que representa bien la historia de Abraham. Porque después de haberle dado Dios palabra de que su descendencia se multiplicaría como las estrellas del firmamento y como la arena

del mar, le manda no obstante sacrificar a su hijo, por medio del cual había de tener cumplimiento la promesa de Dios. Abraham espera y se confirma en su esperanza contra la esperanza misma; y su esperanza no fue vana sino fructuosa. De la misma manera, cuando las tres primeras hermanas se juntaron, y abrazaron esta suerte de vida, Dios había determinado desde su eternidad bendecir su generación y darles una que sería grandemente multiplicada. Mas ¿quién hubiera podido creer esto? pues encerrándolas en pequeña casa no pensábamos en otra cosa que en hacerlas morir al mundo, y que ellas fuesen sacrificadas, o por mejor decir, ellas se sacrificaron a sí mismas voluntariamente, y Dios se contentó tanto de su sacrificio, que no solo les da una nueva vida para ellas mismas, sí que también una vida tan abundante, que con su gracia pueden comunicarla a muchas almas, como ahora se ve. Paréceme cierto que estas tres primeras hermanas fueron bien propiamente representadas por los tres granos de cebada que se hallaron entre la paja que traía el carro de Triptolemo (Ovidio, Metamorf. libro V) que servía para guardar sus armas, los que habiendo sido llevados a una tierra donde la cebada no era conocida, sembrados en ella, produjeron en tanta cantidad, que dentro de pocos años todas las tierras de aquel país se llenaron de ella. La providencia de nuestro buen Dios con su bendita mano echó en la tierra de la Visitación estas tres hijas, y después de haber estado algún tiempo escondidas a los ojos del mundo, han producido el fruto que ahora se ve; de suerte que dentro de poco tiempo todos estos países serán participantes de vuestro Instituto. ¡Oh qué dichosas son las almas que verdadera y absolutamente se dedican al servicio de Dios! porque su divina Majestad no las deja jamás estériles e infructuosas. Por un nada que dejan por Dios, Dios les da recompensas incomparables, tanto en esta como en la otra vida. ¿Qué es pequeña gracia, pregunto, el ser empleadas en el servicio de las almas que Dios tan cariñosamente ama y por cuya salvación padeció tanto? Verdaderamente esta es una honra sin igual de la que debéis, queridas hijas, hacer una grandísima estima, procurando emplearos en ella fielmente, sin quejaras de pena, solicitud ni trabajo, porque todo os será recompensado copiosamente aunque no es menester serviros de este motivo para animaros, sino el de hacerlos más agradables a Dios y aumentar tanto más su gloria. Id, pues, y quedaos valerosamente por medio de este ejercicio, sin ponerlos a pensar que no veis en vosotras lo que es necesario, quiero decir, los talentos proporcionados a los cargos que se os imponen. Lo mejor es que no los veamos, porque así nos conservaremos humildes y tendremos más ocasión de desconfiar de nosotros mismos y de nuestras fuerzas y de poner más absolutamente toda nuestra confianza en Dios. Mientras no necesitamos de la práctica de una virtud, lo mejor es que la tengamos; cuando necesitaremos de ella, como seamos fieles en el ejercicio de aquellas que al presente practicamos, estemos seguros de que Dios nos dará cada cosa a su tiempo. No nos ocupemos en desear ni pretender cosa alguna, dejemos todos nuestros deseos y pretensión es en las manos de la divina Providencia, que ella haga de nosotros lo que le pareciere; porque, ¿para qué tengo de desear una cosa más que otra? ¿no nos deben todas ser indiferentes? Como agrademos a Dios y amemos a su divina voluntad, eso nos debe bastar. Yo por cierto admiro, cómo puede ser que tengamos más inclinación a que nos empleen en una cosa más que en otra,

principalmente estando en Religión, donde un cargo y una obra es tan agradable a Dios como otra; pues la obediencia es la que da valor a todos los ejercicios de la Religión. Cuando se nos dieran a escoger, los más abatidos puestos deben ser los más deseados y los que se deben abrazar más amorosamente; pero no estando en nuestra elección, con el mismo semblante hemos de abrazar los unos que los otros. Cuando el puesto que se nos ha dado es honroso delante de los hombres, humillémonos delante de Dios; y cuando delante de los hombres es más abatido, tengámonos por honrados delante de la divina Bondad. En fin, hijas mías, conservad amorosa y fielmente lo que os he dicho, tanto por lo que toca a lo interior, como a lo exterior. No queráis sino lo que Dios quisiere para vosotras; recibid amorosamente los sucesos y varios efectos de su divino querer, y de ninguna manera os detengáis en otra cosa. Después de esto, qué os puedo decir, queridas hermanas, pues parece que toda nuestra dicha está cifrada en esta amabilísima práctica. Quiero poner os el ejemplo de los israelitas, con el que acabaré. Habiendo estos pasado largo tiempo sin rey, les vino la voluntad de tenerle, raro caso del espíritu humano, como si Dios los hubiera dejado sin guía, o hubiese faltado al cuidado de regirlos, gobernarlos y defenderlos. Se fueron, pues, al profeta Samuel, el cual les prometió de pedirlo por ellos a Dios. Así lo hizo, Y Dios irritado de su pretensión les hizo responder que convenía en ello; pero que les advertía, que el rey que pedían se había de tomar tal imperio y autoridad sobre ellos que les quitaría los hijos, que a los unos haría decuriones, a otros capitanes y soldados, y de las hijas a unas cocineras, a otras panaderas y a otras perfumeras. Nuestro Señor hace lo mismo, amadas hijas, de las almas que se dedican a su servicio; porque, como veis, en las Religiones hay diversos cargos y oficios; pero ¿qué es lo que os digo en esto? No por cierto otra cosa, sino que me parece que la divina Majestad os ha escogido a vosotras para perfumeras o sahumadoras; sí en verdad, porque de su parte se os ha encomendado el ir a derramar los olores suavísimos de las virtudes de vuestro Instituto; y como las doncellas son amigas de buenos olores, como dice la esposa enamorada en los Cantares: Que el nombre de su amado es como un aceite o bálsamo que esparce por todas partes olores infinitamente agradables. Y esta es la causa, dice ella, porque le siguen las doncellas, atraídas de sus divinos perfumes. Haced, queridas hermanas, que como perfumadoras de la divina bondad vayáis esparciendo también por todas partes el olor incomparable de una sincera humildad, dulzura y caridad, y que muchas doncellitas sean atraídas a seguir vuestros olores, y abracen vuestro método de vida; por la que podrán, como vosotras, gozar en esta vida de una santa y amorosa paz y tranquilidad de alma, para ir después a gozar de la felicidad eterna en la otra. Vuestra Congregación es como una colmena de abejas, la que ha producido ya diversos enjambres; pero con la diferencia, que las abejas nuevas salen para buscar otra colmena y en ella empiezan a formar otra nueva familia, y cada enjambre tiene su rey particular bajo del cual militan y tienen su habitación; pero vosotras, hermanas queridas, si bien vais a nueva colmena; esto es, a dar principio a una casa nueva de vuestra Orden, con todo siempre tendréis un mismo rey que es Jesucristo crucificado, debajo de cuya autoridad viviréis seguras donde quiera que fuereis. No temáis, pues, que alguna cosa os falte, porque siempre estará con vosotras mientras no

escogiereis otro. Tened solamente un gran cuidado de acrecentar vuestro amor y vuestra lealtad con su divina bondad, acercándoos cuanto os sea posible a él, Y todo os sucederá bien. Aprended de él todo lo que hubiereis de hacer, y nada hagáis sin su consejo; porque él es el amigo fiel que os guiará y gobernará y tendrá cuidado de vosotras, como de todo mi corazón se lo suplico: sea Dios bendito.

CONFERENCIA VII. DE LAS TRES LEYES ESPIRITUALES

En el que se aplican las propiedades de las palomas al alma religiosa en forma de leyes.

Me habéis pedido algunas nuevas leyes en este principio del año, y pensando en las que os debo dar, para que os sean útiles y agradables, he puesto los ojos de mi consideración en el Evangelio de este día, en el cual se hace mención del bautismo de Nuestro Señor y de la aparición gloriosa del Espíritu Santo en forma de paloma, y en esta aparición me he detenido. Y considerando que el Espíritu Santo es el amor del Padre y del Hijo, he pensado que os debo dar unas leyes todas de amor, las que he sacado de las palomas, en consideración de haber querido el Espíritu Santo tomar la forma de ella, y también porque todas las almas dedicadas al servicio de la divina Majestad están obligadas a ser castas y amorosas palomas. Así la Esposa en los Cantares es llamada muchas veces con este nombre, y a la verdad con mucha razón; porque hay una grande correspondencia entre las calidades de la paloma y la amorosa palomita de Nuestro Señor. Las leyes de las palomas son todas infinitamente agradables, y es una meditación suavísima el considerarlas. ¿Qué ley más hermosa que la de la honestidad? No hay cosa más honesta que la paloma; ella es aseada a maravilla, y aunque no hay cosa más sucia que el palomar y los lugares donde suele hacer su nido, con todo nunca se vio paloma desaseada: ella tiene siempre sus plumas lisas y grandemente hermosas, miradas a los reflejos del sol. Considerad, os ruego, cuán agradable es la ley de su simplicidad; pues Nuestro Señor mismo las alaba, diciendo a sus Apóstoles: Sed simples como las palomas, y prudentes como las serpientes (Mt 10, 16). Pero en tercer lugar ¡Dios mío, cuán agradable es la ley de su dulzura! porque ellas no tienen hiel ni amargura. Dejo otras muchas leyes suyas que son infinitamente amables y su observación muy útil a las almas dedicadas en la Religión al servicio más especial de la divina bondad; pero he considerado que si os doy algunas leyes de las que tenéis ya, no haréis mucho caso de ellas. Tres, pues, he escogido solamente, que son de incomparable utilidad a quien las observa bien, y comunican grandísima suavidad al alma que las considera; porque son todas de amor, extremadamente delicadas para la perfección de la vida espiritual. Estas son tres secretos, tanto más excelentes para alcanzar la perfección, cuanto son menos conocidos de los que profesan adquirirla, a lo menos de la mayor parte. ¿Cuáles, pues, son estas leyes? La primera que he pensado deciros es, que los palomos son todo para sus palomas y nada para sí mismos; parece que las palomas no dicen otra cosa sino: Mi querido palomo es todo para mí y yo soy toda para él; él siempre está vuelto hacia mí para pensar en mí, y yo en él descanso y vivo segura; camine y vuele donde quisiere mi amado compañero, que yo no entraré en desconfianza de su amor, antes bien pondré toda mi confianza en su cuidado. Puede ser que hayáis visto, pero no observado, que las palomas, mientras cubren sus huevos, no se levantan de ellos hasta que los polluelos los

han abierto, y aun entonces continúan en cubrirlos y fomentarlos hasta que no tienen necesidad; y en todo este tiempo la paloma de ninguna manera sale a coger el grano para sustentarse, dejando todo este cuidado a su compañero, que la es tan fiel, que no solo le trae el manjar para sustentarla, sino hasta el agua en el pico para que beba, teniendo un cuidado incomparable de que no le falte nada de lo necesario, y cuidado tan grande, que jamás se ha visto morir alguna en este tiempo por falta de sustento. La paloma, pues, todo lo hace por su palomo, cubre y fomenta sus hijuelos por el deseo que tiene de agradarle dándole generación. Él toma el cuidado de sustentar a su amada, que se le ha dejado todo de sí; ella no piensa sino en agradarle, y él, en recompensa, no imagina sino en sustentarla. ¡Oh qué agradable y provechosa leyes el no hacer cosa alguna sino por Dios, y dejarle el cuidado de nosotros mismos! Y no solo digo esto por lo que mira a lo temporal, que de ello no quiero hablar donde no hay más que nosotros, y se en tiende ya sin decirlo; lo digo por lo que mira a lo espiritual y al adelantamiento de nuestras almas en la perfección. ¿No veis que la paloma no piensa sino en su amado palomo, y en darle gusto, en no levantarse de sus huevos, y entonces nada le falta porque él corresponde a su confianza con el sumo cuidado que tiene de ella? ¡Oh que dichosos seremos si todo lo hacemos por nuestro amabilísimo Palomo, que es el Espíritu Santo! porque él cuidará de nosotros a medida de nuestra confianza, por la que descansamos en su providencia; y también se alargará su cuidado a todas nuestras necesidades, si jamás llegásemos a dudar de que nos puede faltar; porque su amor es infinito para el alma que reposa en él. ¡Oh qué dichosa es la paloma en tener tanta confianza en su querido consorte! Esto la hace vivir en paz y en una maravillosa tranquilidad. Pero mil veces más dichosa es el alma que, dejando todo el cuidado de sí misma y de todo lo necesario a su querido y amado Palomo, no piensa sino encubrir y fomentar sus pequeñuelos, por agradarle y darle generación; porque desde esta vida goza de una tranquilidad y paz tan grande que no tiene comparación; ni hay reposo igual al suyo en este mundo, sino solamente en el cielo donde gozará para siempre plenamente de los castos abrazos de su Esposo celestial. Pero ¿qué huevos son estos que debemos cubrir y fomentar hasta que rompan y salgan los pichones? Nuestros huevos son nuestros deseos; los cuales, estando bien cubiertos y fomentados, producen los palomillas, que son los efectos: mas entre nuestros deseos hay uno que es más eminente que todos los otros, y que grandemente merece estar bien cubierto y fomentado por agradar a nuestro divino compañero el Espíritu Santo, el cual siempre quiere ser llamado Esposo sagrado de nuestras almas; tanto es grande su amor y su bondad para con nosotros. Este deseo es el que hemos traído viniendo a la Religión, que es el de abrazar las virtudes religiosas. Este es uno de los ramos del amor de Dios, y el más elevado de este árbol divino. Pero este deseo no se debe extender más dilatado que los medios que nos están señalados en nuestras Reglas y Constituciones, para llegar a la perfección que hemos pretendido adquirir obligándonos a seguirlas; antes conviene cubrirle y fomentarle todo el tiempo de nuestra vida, para que este deseo produzca un hermoso palomito que pueda parecerse a su padre, que es la perfección misma; y entretanto no tengamos otra atención que de estarnos sobre nuestros huevos, quiero decir, recogidos dentro de los medios que tenemos prescritos para nuestra perfección,

dejando el cuidado de nosotros mismos a nuestro único y amabilísimo Palomo, que no permitirá nos falte casar alguna que fuere necesaria para agradarle. Por cierto que es una lástima el ver a algunas almas, cuyo número es bien grande, que aspirando a la perfección se imaginan que todo consiste en juntar un montón de deseos, y se acongojan mucho en buscar ya este medio ya el otro para llegar a ella; y no están jamás contentas ni tranquilas en sí mismas, porque luego que tienen un deseo al punto tratan de concebir otro. Les parece que son como las gallinas, las que apenas han puesto un huevo, cuando vuelven a formar otro, dejando al que han puesto sin cubrirle, de modo que no sacan polluelo, La paloma no lo hace así, antes bien cubre y fomenta sus pequeñuelos hasta que son capaces de volar y buscar su alimento. La gallina, si tiene pollos, se afana grandemente y no cesa de gritar y hacer ruido; mas la paloma se está recogida y quieta sin afanarse y gritar. De la misma manera hay almas que no cesan de dar voces y afanarse por sus pequeñuelos, esto es, por los deseos que tienen de perfeccionarse, y nunca hallan bastantes personas para tratar con ellas y pedirles medios nuevos y proporcionados. En suma, tanto se embebecen en hablar de la perfección que pretenden adquirir, que olvidan poner en práctica el principal medio, que es conservarse en tranquilidad y arrojar toda su confianza en aquel que solo puede dar el crecimiento a lo que han sembrado y plantado. Todo nuestro bien depende de la gracia de Dios, en quien debemos poner toda nuestra confianza; y con todo parece, según el ansia que tienen de hacer mucho, que solo confían en su trabajo y en la multiplicidad de ejercicios que abrazan, pareciéndoles que jamás hacen bastante. Bueno sería esto si estuviera acompañado de la paz y de un cuidado amoroso de hacer bien lo que hacen, y quedasen siempre confiadas y pendientes de la gracia de Dios y no de sus ejercicios, quiero decir, no esperasen fruto alguno de su trabajo sin la gracia de Dios. Parece que estas almas, ansiosas de buscar su perfección, han olvidado o no han sabido lo que dice Jeremías: ¡Oh pobre hombre! ¿qué haces en confiar en tu trabajo e industria? ¿No sabes que verdaderamente lo que a ti te toca es cultivar bien la tierra, labrarla y sembrarla; pero a Dios le toca dar el crecimiento a las plantas y hacer que tengas una cosecha, y enviar la lluvia favorable a tus sembrados? Tu bien puedes regarlas; pero todo ello te aprovechara poco, si Dios no bendijere tu trabajo y te diere, por su pura gracia, y no por sudor, una buena cosecha. Vive, pues, pendiente de su divina bondad. Verdad es que a nosotros nos toca cultivar bien; pero de Dios es el hacer que a nuestro trabajo siga un buen suceso. La Iglesia santa lo canta en cada fiesta de los Santos confesores: Dios ha honrado vuestros trabajos, haciendo que sacaseis fruto de ellos; para mostrar que por nosotros mismos no podemos cosa alguna sin la gracia de Dios, en la cual debemos poner toda nuestra confianza, no esperando jamás el logro de nosotros mismos. No os demos, os ruego, demasiada prisa en nuestro trabajo; que para hacerse bien es necesario aplicarnos cuidadosamente, pero con tranquilidad y sosiego, sin poner nuestra confianza en nuestra pena, sino en Dios y en su gracia. Estas congojas de espíritu que tenemos por adelantar en nuestra perfección, y por ver si adelantamos, de ninguna manera son agradables a Dios, y solo sirven a satisfacer el amor propio, que es un grande revolvedor, que no cesa jamás de acometer mucho aunque obre poco. Una obra buena bien hecha con

tranquilidad de espíritu vale mucho más que muchas hechas con demasiado apresuramiento. La paloma se ocupa simplemente en su obra para hacerla bien, dejando todo otro cuidado a su palomo. El alma que verdaderamente es palomita, esto es, que ama entrañablemente a Dios, se aplica con toda simplicidad, sin congoja, a los medios que le están prescritos para perfeccionarse sin buscar otros por perfectos que puedan ser. Mi amado; dice ella, pensaré por mí, y yo en él confiaré; él me ama, y yo soy toda suya en testimonio de mi amor. Poco tiempo hace que algunas santas religiosas me dijeron: Señor, ¿qué haremos este año? El año pasado ayunamos tres días en la semana y otros tantos tomamos disciplina, ¿qué haremos ahora en el discurso de este año? Conviene por cierto hacer alguna cosa más, ya por dar gracias a Dios del año pasado, ya por ir siempre creciendo en el camino de Dios. Así es, les respondí yo, que conviene ir siempre adelante; pero este adelantamiento no se hace como vosotras pensáis con multiplicar ejercicios de piedad, sino con la perfección con que los hacemos, confiando siempre más en nuestro querido Palomo, y desconfiando al mismo tiempo de nosotros mismos. El año pasado ayunasteis tres días en la semana y tomasteis disciplina otros tres; si queréis siempre ir doblando los ejercicios, en este ayunaréis toda la semana entera y os azotaréis; pero el que viene ¿cómo ha de ser? Será necesario que hagáis la semana de nueve días o que ayunéis dos veces al día. Gran locura es la de aquellos que se ocupan en desear ser martirizados en las Indias, y no se aplican a hacer lo que deben según su estado y condición; y mayor engaño es también el de aquellos que quieren comer más de lo que pueden digerir. No tenemos bastante calor espiritual para digerir todo lo que hemos abrazado para nuestra perfección, y con todo no queremos cortar estas ansias de espíritu que tenemos de hacer mucho. Leer muchos libros espirituales, principalmente si son nuevos; hablar bien de Dios, de las cosas más eminentes, para excitarnos, decimos nosotros, a la devoción; oír muchos sermones, tener para todo conferencias, comulgar frecuentemente, y confesar más a menudo; servir a los enfermos, hablar bien de lo que pasa en nuestro interior, para manifestar la pretensión que tenemos de perfeccionarnos lo más presto que se pueda, ¿estas cosas no son muy a propósito para conseguirlo, y para llegar al punto de nuestros designios? Sí por cierto, con tal que todo se haga como se nos ordena, y que sea siempre con dependencia de la gracia de Dios; es decir, que no pongamos nuestra confianza en todo ello, por bueno que sea, sino solo en Dios, pues que él solo puede hacernos sacar fruto de nuestros ejercicios. Mas, amadas hijas, yo os suplico que consideréis un poco la vida de aquellos santos grandes religiosos. Un san Antonio, tan honrado de Dios y de los hombres por su grande santidad, decidme, ¿cómo llegó a ella y a la altísima perfección? ¿Fue a fuerza de leer, o por las conferencias y frecuentes comuniones, o por los muchos sermones que oía? De ninguna manera; antes fue sirviéndose del ejemplo de los santos ermitaños, aprendiendo del uno la abstinencia, del otro la oración, y así él iba como una abeja industriosa picando y recogiendo las virtudes de los siervos de Dios, para hacer la miel de una santa edificación. Un san Pablo primer ermitaño, ¿de dónde llegó a la santidad que adquirió? ¿por la lectura de buenos libros? no tuvo alguno. ¿Fue esto por las comuniones que hizo o por las confesiones? en toda su vida no hizo más que dos. ¿Fueron la causa las conferencias o los sermones? no

las tenía ni vio a otro hombre en aquel desierto que a San Antonio que le fue a visitar al fin de su vida. ¿Sabéis qué le hizo santo? la fidelidad que tuvo en aplicarse a lo que emprendió al principio, que fue su vocación, sin meterse en otra cosa. Aquellos grandes religiosos que vivían bajo el gobierno de san Pacomio ¿tenían libros u oían sermones? no. ¿Tenían conferencias? sí, pero raras veces. ¿Se confesaban cada día? alguna vez en las grandes fiestas. ¿Oían mucho Misas? los domingos y fiestas. Fuera de estos días, nunca. Pues ¿cómo pudo ser que comiendo tan poco de estas viandas espirituales, que alimentan nuestras almas para la inmortalidad, estaban no obstante siempre en tan buen punto, quiero decir, tan fuertes y animosos para emprender la conquista de las virtudes, alcanzar la perfección y conseguir el intento que pretendían; y nosotros, que comemos tanto, estamos siempre tan flacos, esto es, tan tibios y secos en la prosecución de nuestro camino, y parece que no tenemos aliento ni vigor para dar un paso en el servicio de Dios sino mientras duran los consuelos espirituales? Conviene, pues, imitar a estos santos religiosos aplicándonos a nuestra obra, esto es, a lo que Dios Nuestro Señor quiere de nosotros según nuestra vocación, fervorosa y humildemente, no pensando sino en esto, ni creyendo hallar otro medio de perfeccionarnos mejor que este. Pero me podréis replicar: Vos decís fervorosamente: Dios mío y Redentor mío; ¿y cómo lo haré yo, que no tengo fervor? No hablo del que vos entendéis en cuanto al sentimiento; que este, Dios le da a quien le parece, y no está en nuestra mano adquirirle cuando nos agrada: dije también humildemente, porque no haya ocasión de excusarse. Y no me digáis: yo no tengo átomo de humildad, ni poder para alcanzarla; porque el Espíritu Santo, que es la misma bondad, la da a quien se la pide. No esta humildad, quiero decir, un sentimiento de nuestra pequeñez que graciosamente nos hace humillar en todas las cosas sino la humildad que nos hace conocer nuestro abatimiento propio y juntamente nos hace amar reconociéndole en nosotros, porque esta es la humildad verdadera. Jamás se estudió tanto como ahora. Aquellos grandes santos Agustín, Gregorio e Hilario, cuya fiesta hoy celebramos, y otros muchos, no pudieron estudiar tanto ni supieran hacerlo escribiendo tantos libros como compusieron, predicando y acudiendo a todo lo demás que pertenecía a su cargo: pero tenían una gran confianza en Dios Nuestro Señor y su gracia, y una tan grande desconfianza de sí mismos, que no atendían a su industria, ni en manera alguna confiaban su trabajo; de modo que hicieron todas las grandes obras que sacaron a luz puramente por la confianza que habían puesto en la gracia de Nuestro Señor y en su omnipotencia. Vos Señor, dirían ellos, el que nos hacéis trabajar y para quien trabajamos: Vos seréis el que bendiga nuestros sudores y nos dé una buena cosecha. Así sus libros y sus sermones produjeron maravillosos frutos: y a nosotros que confiamos en nuestras bellas palabras, en nuestra discreción y doctrina, todo nuestro trabajo se desvanece en humo, y no nos deja otro fruto que vanidad. Conviene, pues, por conclusión de esta primera ley que os doy, confiar plenamente en Dios y hacerla todo por él, dejando del todo el cuidado de vosotras mismas a vuestro querido Palomo, el cual usa de una providencia incomparable con vosotras; y al paso que vuestra confianza fuere más verdadera y perfecta, su providencia será más especial. La segunda ley que he pensado daros, es lo que dicen las palomas en su lenguaje. Cuánto más me quitan más

hago yo, dicen ellas. Y ¿qué quiere decir esto? Que luego que sus pichones están gordos el dueño del palomar se los quita, y al punto ellas se ponen a fomentar y cubrir otros; pero si no se los quitan, se detienen con ellos mucho tiempo, y por esta crían menos. Dicen ellas, pues, cuánto más me quitan más hago: y para daros a entender mejor lo que yo os quiero decir, os pondré un ejemplo. Job, aquel gran siervo de Dios alabado por su divina boca, no se dejó vencer por aflicción alguna que le sobrevino; antes, cuánto más le quitaba Dios de sus pequeños palomillos, más hacia él. ¿Qué, no hizo más cuando estaba en su prosperidad? qué obras buenas no ejercía? Él lo dice de esta manera: Yo era los pies del cojo, esto es, yo le hacía llevar o le ponía sobre mis jumentos o camello: Yo servía de ojos al ciego, haciéndole conducir: Yo era, en fin, el que proveía al hambriento y el refugio de todos los afligidos (Job 29, 15). Ahora miradle reducido a la extrema necesidad y pobreza; no se lamenta de que Dios le haya quitado los medios que tenía para hacer tan buenas obras, antes bien dice como la paloma, cuanto más me han quitado más haré: no limosnas, que no tenía con qué hacerlas; mas en aquel solo acto de sumisión y paciencia que hizo viéndose privado de todos los bienes e hijos, hizo más que en todos los grandes actos de caridad que había hecho en el tiempo de su prosperidad. Y agradó más a Dios en solo este acto de paciencia, de lo que le había agradado en tantas y tan buenas obras como había hecho en toda su vida; porque hubo menester un amor más fuerte y generoso para este solo, que para los otros juntos. Conviene, pues, hacer lo mismo para observar esta amable ley de las palomas, dejándonos despojar por nuestro soberano Dueño de nuestros pequeños palomillos, es decir, de los medios de ejecutar nuestros deseos, por buenos que sean, cuando a él le pareciere, sin afligirnos ni lamentarnos jamás de él como si nos hubiera hecho un grande agravio; antes bien debemos aplicarnos a doblar, no nuestros deseos ni ejercicios, sino la perfección con que los hacemos, procurando de este modo ganar más por un solo acto, como indubitablemente ganaremos, que por cien actos que hiciéramos según nuestra inclinación y afecto. No quiere Nuestro Señor que llevemos su cruz sino por la punta; y quiere ser servido como las grandes señoras que se hacen llevar la cola de los vestidos. Quiere que llevemos la cruz que nos pone sobre los hombros, que es la propia nuestra; pero ¡ay! que nosotros no hacemos caso de esta, porque cuando su bondad nos priva de la consolación que nos suele dar en nuestros ejercicios, nos parece que todo va perdido y que nos quita los medios de poner en ejecución lo que hemos emprendido. Mirad, os pintaré un alma, atended cómo cubre bien los huevos en el tiempo de la consolación y deja de buena gana el cuidado de sí misma a su querido y amado Palomo. Si está en la oración ¡qué santos deseos no tiene de agradarle! Enternécese en su presencia, toda se deshace en su amado, enteramente se deja entre los brazos de su divina providencia. Estos son los huevos bien amables, y todo esto es muy bueno, y no faltan los palomitas que son los efectos; porque no hay cosa que no haga, las obras de caridad son en gran número, su modestia que es conocida entre todas las hermanas causa una edificación incomparable y es la admiración de todos los que la ven o la conocen. Las mortificaciones, dice ella, me parecían nada en aquel tiempo, antes me servían de consolación; las obediencias eran mi alegría; apenas había oído el primer golpe de la

campana cuando me ponía en pie; no dejaba pasar práctica de virtud, y todo lo hacía con una paz y tranquilidad grandísima. Mas ahora, que estoy con disgusto y ordinariamente me hallo seca en la oración, me parece que no tengo aliento para mi enmienda, no tengo aquel fervor que solía tener en mis ejercicios, en fin, el hielo y la frialdad se han apoderado de mí; yo así lo creo. ¿No veis, os ruego, a esta pobre alma cómo se lamenta de su desgracia? El disgusto se le conoce en la cara, tiene el semblante abatido y melancólico, y anda tan pensativa y confusa que no puede estarlo más. ¡Válgame Dios! ¿qué tienes? Preciso es que le digamos: ¿Qué tienes? y os responde: Estoy tan desabrida que nada me puede contentar todo me causa disgusto; estoy ahora la más confusa del mundo. ¿Pero de qué confusión? porque hay dos especies de ella: la una que conduce a la humildad y a la vida, y la otra a la desesperación y a la muerte. Yo os aseguro, dice ella, que lo estoy tanto que casi pierdo la esperanza de proseguir en el intento de mi perfección. ¡Dios mío, qué flojedad! falta la consolación y por el mismo caso él aliento. No conviene hacerla así, antes cuanto más Dios nos priva del consuelo, más debemos trabajar para darle testimonio de nuestra fidelidad. Un solo acto hecho con sequedad de espíritu vale más que muchos hechos con grande ternura; porque, como ya os dije hablando de Job, se hace con un amor más fuerte, aunque no sea tan tierno ni agradable. Pero ya que dice la paloma cuánto más me quitan más hago; este por lo tanto es el segundo documento que deseo veras observar. La tercera ley de las palomas que os pongo, es que ellas gimen como se regocijan; siempre cantan a un mismo tono, así los regocijos como los lamentos: esto es, cuando quieren quejarse y manifestar su dolor, las veréis sobre las ramas llorando la pérdida de sus hijuelos que les robó el ave de rapiña, porque cuando sucede esto u otro cualquiera se los quita, fuera del dueño del palomar, se afligen mucho. Miradlas también cuando se las acerca el palomo, como se consuelan y no mudan por eso el canto; el mismo murmullo hacen por muestra de su contento que para manifestar su dolor. Esta es la santísima igualdad de espíritu almas queridas, que yo os deseo. Yo no digo la igualdad de humor ni de inclinación, digo la igualdad de espíritu; porque yo no hago caso, ni quiero que vosotras le hagáis, de las mudanzas que hace la parte inferior de nuestra alma, que es la que causa las inquietudes y variedades, cuando la parte superior no cumple con su obligación mostrándose señora y velando como centinela para descubrir sus enemigos, como el libro del combate espiritual nos enseña, para que prontamente sea advertida de los movimientos y asaltos de la parte inferior que nacen de nuestros sentidos, de nuestras inclinaciones y pasiones, para hacerles guerra y sujetarlos a sus leyes. Digo, pues, que conviene estar siempre firmes y resueltos en la parte superior de nuestro espíritu para seguir la virtud de que hacemos profesión, y mantenernos en una continua igualdad tanto en las cosas adversas como en las prósperas, en la aflicción como en el consuelo, y en fin, en medio de las sequedades como en la abundancia de las ternuras. Job, de quien hablamos ya en la segunda ley, nos ofrece también un ejemplo a este propósito, porque él siempre cantó a un mismo tono todas las canciones que compuso, que no son otra cosa que la historia de su vida. ¿Qué es lo que dijo cuando Dios le multiplicaba los bienes? Si le daba hijos, y en fin lo llenaba de gusto y contento como él pudiera desear en esta vida, decía: Sea bendito el nombre de

Dios (Job 1, 21), Este era el cántico de su amor que en todas ocasiones cantaba. Pero miradle reducido al extremo de aflicción; ¿qué es lo que hace? Canta el cantar de lamentación por el mismo tono que el de su alegría: Si hemos recibido, dice él, los bienes de la mano del Señor: ¿por qué no recibiremos los males? El Señor me había dado hijos y bienes, el Señor me los quitó; su santo nombre sea bendito. Siempre el nombre de Dios sea bendito. ¡Oh cómo esta santa alma era una casta y amorosa paloma grandemente querida de su amado Palomo! Así podemos nosotros hacer, mis queridas hijas, que en todas ocasiones recibamos los bienes, los males, las consolaciones y aflicciones de la mano del Señor, no cantando siempre más que el mismo amabilísimo cántico: El nombre de Dios sea bendito (Job 1, 21) siempre al mismo tono de una continua igualdad; porque si conseguimos esta felicidad viviremos con grande paz en todos los acaecimientos. Pero no hagamos como aquellos que lloran cuando les falta la consolación, y no se hartan de cantar cuando les viene; en lo que se parecen a los micos y monos que siempre están disgustados y furiosos cuando hace el tiempo lluvioso y oscuro, y no cesan de bailar y saltar cuando el tiempo es alegre. Ved aquí las tres leyes que os doy, las cuales, siendo todas de amor, no obligan sino por amor. El amor, pues, que tenemos a Nuestro Señor nos solicitará a su observancia y guarda, para que podamos decir, a imitación de la Paloma bella del soberano Palomo, que es la Esposa sagrada: Mi Amado es todo mío, y yo soy toda suya, no haciendo cosa alguna sino para agradarle: él siempre tiene su corazón vuelto hacia mí por providencia, como yo tengo el mío vuelto a él por confianza. Obrándolo todo en esta vida por nuestro amado, él cuidará de proveernos de su eterna gloria en recompensa de nuestra confianza, Y allá veremos la bienaventuranza de aquellos que, dejando todo el cuidado superfluo e inquieto, que ordinariamente tenemos de nosotros mismos y de nuestra perfección, se hubieren aplicado simplemente a cumplir su obligación, dejándose sin reserva entre las manos de la divina Bondad por la cual solamente trabajaron. En fin, a sus fatigas se seguirá una paz y un reposo inexplicable, porque para siempre reposan en el seno de su amado. También será grande la bienaventuranza de aquellos que hubieren observado la segunda ley; porque habiéndose dejado despojar por el dueño, que es Nuestro Señor, de todos sus pequeñuelos palomos, y no habiéndose en manera alguna resentido ni despechado, antes habiendo tenido valor para decir: Cuanto más me quitan más haré; permaneciendo resignados en el beneplácito de aquel que los despojó, cantarán mucho más alentadamente en el cielo el cántico más amable, Dios sea bendito, en medio de los consuelos eternos, cuanto más alegremente le hubieren cantado en medio de los desconsuelos, miserias y disgustos de esta vida mortal y transitoria, durante la cual hemos de procurar cuidadosamente conservarla continua y amabilísima igualdad de espíritu.

CONFERENCIA VIII. DE LA DESAPROPIACIÓN Y DESPOJO DE TODAS LAS COSAS

Las pequeñas afecciones de tuyo y mío, son de los amantes del mundo, donde no hay cosa más preciosa que esto, consistiendo la soberana felicidad de los mundanos en tener muchas cosas propias de las cuales se pueda decir: esto es mío. La grande estima que hacemos de nosotros mismos nos hace aficionar a lo que es nuestro, porque nos tenemos por tan excelentes, que desde que una cosa nos pertenece la estimamos sobre manera, y el poco valor en que reputamos a los otros es causa de que recibamos de mala gana lo que les ha servido; pero si fuésemos muy humildes y desprendidos de nosotros mismos, que nos tuviésemos por nada delante de Dios, no haríamos caso de lo que es propio nuestro, y nos tuviéramos por sumamente honrados en servirnos de lo que otro hubiese usado y manoseado. Pero conviene, tanto en esto como en cualquiera otra cosa, hacer diferencia entre las inclinaciones y las afecciones o aficiones; porque cuando esto no pasa de la inclinación, sin llegar al afecto, no nos ha de dar pena ni cuidado, porque no depende de nosotros mismos el tener malas inclinaciones, pero sí afecciones. Si sucede, pues, que trocándole el vestido a una hermana para darle otro no tan bueno, la parte inferior se conmueve un poco, eso no es pecado, con tal que la razón lo reciba y lo tome de buena gana por amor de Dios, y lo mismo se ha de juzgar de todos los otros sentimientos que nos vinieren a la memoria. Todos estos movimientos provienen del no haber del todo dejado en común todos los deseos y voluntades, lo que es, una cosa que debe hacerse y observarse cuando se entra en la Religión; porque cada una de las hermanas debiera dejar totalmente la voluntad propia fuera de la puerta, para entrar con la de Nuestro Señor. Bienaventurada y bendita se puede llamar aquella que no tuviere otra voluntad que la de su comunidad, y que cada día tomare de la bolsa común lo que hubiere menester para sus necesidades. Así se debe entender y seguir la sagrada palabra del Salvador: No cuidéis de lo de mañana (Mt 6, 34), la que no solamente mira al sustento y vestido necesario, sí que también a los ejercicios espirituales; porque al que os llegase a preguntar ¿qué queréis hacer mañana? Responderéis: Yo no lo sé, hoy haré tal cosa que me ha sido mandada, mañana no sé lo que haré, porque ignoro lo que se me mandará. Quien lo hiciere así, jamás tendrá inquietud ni enfado, porque donde hay verdadera indiferencia, no puede haber disgusto ni tristeza. Si alguna quisiere tener mío y tuyo, será menester irse lo a dar fuera de casa, porque dentro ni aun tomarlo en la boca es permitido. No solamente se ha de querer en general la desapropiación, sino en particular; porque no hay cosa más fácil que decir por mayor, necesario es renunciarnos a nosotros mismos, dejar nuestra propia voluntad; pero cuando se ha de llegar a la ejecución, ahí está la dificultad. Por esto conviene considerar su estado y condición y todas las cosas que de ahí penden por menor; y luego en particular renunciar ya a una propia voluntad ya a otra, hasta que enteramente quedemos despojados. Este verdadero despojamiento tiene tres grados: el primero es el afecto a la desapropiación, el que se engendra en nosotros por la consideración de la hermosura de esta virtud: el segundo

grado es la resolución que sigue al afecto; porque fácilmente nos resolvemos al bien al que nos hemos aficionado: el tercero es la práctica, y este es el más difícil. Los bienes de que nos hemos de despojar son de tres clases; unos exteriores, otros corporales y otros del alma. Los bienes exteriores son todas las cosas que hemos dejado fuera de la Religión, casas, posesiones, parientes, amigos y cosas semejantes. Para despojarnos de ellos conviene renunciarlos en las manos de Dios, y después pedirle la afición que quiere que les tengamos; porque no hemos de quedar sin ella, ni tenerla igual e indiferente; antes se ha de amar cada cosa en su grado. La caridad pone en orden las aficiones. Los segundos bienes son los del cuerpo, hermosura, salud y semejantes: debemos renunciarlos, y después no se ha de ir al espejo a mirar si hay belleza o fealdad. Lo mismo de la salud o enfermedad, a lo menos en cuanto a la parte superior; porque la naturaleza siempre se resiente, y alguna vez se queja, especialmente cuando la persona no ha llegado a mucha perfección. Debemos, pues, estar igualmente contentos en la salud y en la enfermedad, y tomar los remedios y las comidas como se nos dan: esto se entiende siempre con razón, para que en cuanto a las inclinaciones no me engañe. Los bienes del alma son los consuelos y dulzuras que se hallan en la vida espiritual. Estos bienes son muy buenos, ¿pues, por qué, diréis vosotras, nos hemos de despojar de ellos? Conviene sin duda hacerlo y dejarlos en las manos de Nuestro Señor, para que disponga de ellos como le agradare, y servirle sin ellos como con ellos. Hay también otra suerte de bienes que ni son bienes interiores ni exteriores, ni bienes del cuerpo ni del alma; estos son bienes imaginarios que dependen de la opinión de otros; llámanse, honra, estimación, reputación, etc. Estos se han de dejar totalmente, y no querer otra honra que la de esta Congregación que es buscar en todo la gloria de Dios, ni otra estima ni reputación que la de la comunidad que es de dar edificación en todas las cosas. Todos estos despojamientos y renunciamientos de las cosas sobredichas se deben hacer no por desprecio, sino por abnegación, solo por el puro amor de Dios. Aquí se debe notar, que el contento que recibimos cuando encontramos a las personas que amamos, y las muestras de afecto que les rendimos cuando les vemos, no son contrarias a esta virtud del despojamiento, con tal que no sean desarregladas, y que estando ausentes no se vaya el corazón tras ellas. Porque ¿cómo puede ser que las potencias no se conmuevan en presencia de los objetos? Esto sería lo mismo que decir a una persona encontrándose con un león o un oso: No tengáis miedo; lo que no está en nuestra mano. Pues así mismo al encuentro de los que amamos no puede ser que no sintamos el movimiento de alegría y contento; y por eso no es contrario a la virtud. Mas, digo, que si tengo deseo de ver alguna persona para alguna cosa útil y del servicio de Dios, si su designio es contrario y de no verme, y yo siento pena de ello y me fatigo algo por quitarle las ocasiones que le detienen, no hago cosa en contrario de la virtud de despojamiento, con tal que esta fatiga no llegue a ser inquietud. De modo que ya veis que la virtud no es cosa tan terrible como se imagina; y este es un engaño en que viven muchos que se fingen quimeras en el espíritu, y piensan que el camino del cielo es extraordinariamente difícil; en lo que se engañan y tienen muy poca razón, porque David decía a nuestro Señor, que su leyera muy dulce; y al paso que los malos la publican dura y difícil, este buen Rey decía que

era más dulce que la miel (Sal 118, 103), lo mismo debemos decir de nuestra vocación, teniéndola no solamente por buena y hermosa, sino que también por dulce, suave y amable. Si lo hacemos así, cobraremos un amor grande a la observancia de todo lo que de ella pende. Verdad es, mis queridas hermanas, que ninguno podrá llegar a la perfección mientras tuviere algún afecto a la imperfección, por pequeño que sea, aunque no llegue más que a tener un pensamiento inútil. No podréis creer, cuánto daño acarrea esto a un alma, porque dando libertad a vuestro espíritu de ocuparse en pensar en una cosa inútil, la tomará después para discurrir en cosas perniciosas. Conviene, pues, poner el cuchillo al mal, luego que le veamos, por pequeño que sea. Debemos examinar con rigor si es verdad, como algunas veces nos lo parece, que nuestras afecciones no están prendadas o ligadas fuertemente a nuestro interior. Pongamos por ejemplo, si cuando alguno os alaba añadís alguna palabra que aumenta la alabanza que el otro os da, o bien cuando la buscáis con palabras artificiosas, diciendo que no tenéis ya la memoria o espíritu como solíais para hablar bien. ¿Quién no ve que pretendéis que os digan que habláis siempre extremadamente? Escudriñad, pues, el fondo de vuestra conciencia, y puede ser que halléis la afición a la vanidad. También podréis fácilmente conocer si estáis atada a alguna cosa, cuando habiendo propuesto de hacer algo, no tuvieseis comodidad de hacerla; porque si no le tenéis afecto, tan quieta quedaréis no haciéndolo como haciéndolo; al contrario, si os turbáis, es señal que está atada vuestra afección. Tan preciosos son nuestros afectos, pues todos se deben emplear en amar a Dios, que debemos guardarnos mucho de ponerlos en cosas inútiles; y una falta, aunque muy pequeña, hecha con afición, es más contraria a la perfección que otras ciento hechas de improviso y sin afecto. Me preguntáis ¿cómo se ha de amar a las creaturas? Brevemente os digo que hay ciertos amores, que parecen sumamente grandes y perfectos a los ojos de las creaturas, y delante de Dios se hallarán pequeños y de ningún valor; porque estas amistades no son fundadas en la verdadera caridad que es Dios, sino solamente en ciertas alianzas e inclinaciones naturales y en algunas consideraciones solo humanamente loables y agradables. Por el contrario, hay otros amores, que parecen grandemente débiles y vacíos a los ojos del mundo, y delante de Dios se hallarán llenos y muy excelentes; porque se fundan solamente en Dios y por Dios, sin mezcla de nuestro propio interés. Los actos, pues, de caridad que se hacen con los que amamos de este modo son mil veces más perfectos, porque del todo miran a Dios; mas los servicios y otras asistencias que hacemos a los que amamos por inclinación son mucho menores en mérito, por causa de la grande complacencia y satisfacción con que los hacemos, y porque de ordinario en ellos obramos más por este motivo que por amor de Dios. Hay también otra razón que hace estas primeras amistades de que hemos hablado, menores que las segundas, y es que no son durables, porque siendo frágil la causa, luego que se ofrece cualquiera contradicción, se enfrían y alteran: lo que no sucede con aquellas que están fundadas en Dios, porque entonces la causa es sólida y permanente. A este propósito santa Catalina de Siena pone una bella comparación: Si tomáis un vaso de vidrio, dice, y lo llenáis dentro de una fuente, y bebéis en él sin sacarle de la fuente aunque bebáis cuanto quisierais, el vaso no se vaciará; pero si lo sacáis del agua,

bebiendo quedará vacío. Así sucede en las amistades, cuando no se sacan de su fuente no se secan jamás. Las caricias mismas y demostraciones de amistad que hacemos, contra nuestra propia inclinación, a las personas que tenemos aversión, son mejores y más agradables a Dios que las que hacemos llevados de la afición sensitiva; y aquello no se debe llamar doblez o simulación; porque si bien hay un sentimiento contrario, este no está sino en la parte inferior, y los actos que yo hago proceden de la fuerza de la razón que es la parte principal de mi alma, de manera que si aquellos a quienes muestro estas caricias supiesen que las hacía porque les tengo aversión, no se debieran ofender, sino estimarlas y agradecerlas más que si procediesen de un afecto sensible. Porque las aversiones son naturales, y por sí mismas no son malas cuando no las seguimos. Al contrario, ese es un medio para practicar mil especies de grandes virtudes, y Nuestro Señor mismo se agrada más, cuando con grande repugnancia le vamos a besar los pies, que si fuéramos con mucha suavidad, y así son dichosos los que no tienen cosa amable, pues están seguros de que el amor que se les tiene es excelente, pues solo es todo por Dios. Muchas veces entendemos amar a una persona por Dios, y la amamos por nosotros mismos; nos servimos de este pretexto, y decimos que la amamos por eso; pero a la verdad no es sino la satisfacción que en ello sentimos. Porque no hay más suavidad en ver venir a Vos un alma llena de buenos afectos que sigue con diligencia vuestros consejos y anda fiel y tranquilamente por el camino en que la habéis puesto, que en ver a otra toda inquieta, embarazada y sin fuerzas para seguir el bien, y ¿a quién es necesario decirle mil veces una misma cosa? Sin duda tendréis con la primera más suavidad: no es, pues, por Dios por qué la amáis; porque esta última persona tanto pertenece a Dios como la primera; y más la debéis amar, porque tenéis más que hacer por Dios haciendo por ella. Verdad es que donde hay más de Dios, esto es, más virtud, que es una participación de las cualidades divinas debemos tener más afición; pongo por ejemplo: si se hallan almas más perfectas que vuestra superiora, las debéis amar más por esta razón; no obstante mucho más debemos amar a nuestros superiores, porque son nuestros padres y nuestros guías. En cuanto a lo que me preguntáis sobre si ¿se ha de mirar con gusto el que una hermana practique la virtud a costa de otra? Respondo, que debemos amar el bien en nuestro prójimo como en nosotros mismos; y principalmente en la Religión, donde todo debe perfectamente ser común, y no hemos de sentir el que una hermana practique alguna virtud a nuestras expensas; como por ejemplo: una hermana se encuentra en una puerta con otra más joven que ella y se retira para dejarla pasar: al paso que practica esta humildad debe la otra con dulzura practicar la simplicidad y procurar en otra ocasión prevenirla. Así también si le doy una silla, o me retiro de mi lugar, debe la otra alegrarse de que yo haga esta pequeña ganancia; y por este medio será participante de ella, como si dijese: pues que yo no he podido hacer este acto de virtud, me alegro de que esta hermana lo haya hecho; y no solamente no debe entristecerse por ello, sino que conviene estar dispuesta a contribuir en todo lo que pudiere, hasta con la piel, si fuere necesario; porque, con tal que Dios sea glorificado, no debemos cuidar por quien. De manera, que si se ofreciese ocasión de hacer una obra de virtud, y nuestro Señor nos preguntase, ¿quién tendríamos por mejor que la hiciese? deberíamos

responder: Señor, el que lo supiere hacer más a vuestra gloria. Dejándonos la elección, debemos desear hacerla; porque la primera caridad comienza por sí mismo; pero si no se puede, conviene alegrarse, complacerse y estar sumamente contenta de que haya otra que la haga; y con esto habremos puesto perfectamente todas las cosas en común. Lo mismo se ha de decir por lo que toca a lo temporal; porque con tal que la casa esté acomodada, no debemos cuidar de si es por nuestro medio o por otro. Si se hallan algunas pequeñas aficiones contrarias a esto, es señal que todavía hay de tuyo, y de mío. En fin, me preguntáis ¿si se puede conocer si adelantamos en la perfección o no? Respondo, que jamás conoceremos nuestra propia perfección; porque en esto nos sucede lo que a aquellos que navegan en el mar, los que no saben cuánto caminan; pero el piloto que conoce el paraje que surcan lo alcanza. Así nosotros no podemos juzgar de nuestro adelantamiento, aunque sí del de los otros; porque no podemos asegurarnos cuando hacemos una buena obra el que la hayamos hecho con perfección; porque la humildad nos lo impide. Y aunque podamos juzgar de la virtud de los otros, no conviene determinar jamás que una persona es mejor que otra; porque las apariencias son engañosas, y tal vez el que parece muy virtuoso en lo exterior a los ojos de las creaturas, delante de Dios lo será menos que otro que parece mucho más imperfecto. Yo en vosotras deseo sobre toda perfección la de la humildad, que es no solamente caritativa, sí que también dulce y manejable, porque la caridad es una humildad que sube, y la humildad una caridad que baja. Mas os quiero con mucha humildad y menos de otras perfecciones, que con muchas perfecciones y menos de humildad.

CONFERENCIA IX. LA MODESTIA

En que se trata de la modestia, del modo de recibir las correcciones, y de los medios de afirmar su estado en Dios, de manera que nada lo pueda derribar.

Preguntáis ¿cuál sea la verdadera modestia? Digo que hay cuatro virtudes que tienen el nombre de modestia. La primera, que le tiene con eminencia sobre las otras, es la compostura de nuestro semblante exterior; y a esta se le oponen dos vicios, que son la disolución en nuestros gestos y falta de seriedad esto es la liviandad; y el otro que no es menos contrario el afectado ademán. La segunda que tiene el nombre de modestia, es la interior compostura de nuestro entendimiento y de nuestra voluntad. Esta también tiene dos vicios opuestos que son la curiosidad en el entendimiento con la multitud de deseos de saber y entender todas las cosas, y la inestabilidad en nuestras empresas pasando de un ejercicio a otro sin detenernos en nada: el otro vicio es un cierto embelesamiento y pereza de espíritu que no quiere saber ni aprender las cosas necesarias para nuestra perfección; imperfección que no es menos peligrosa que la otra. La tercera especie de modestia consiste en nuestra conversación y palabras, esto es, en nuestro modo de hablar y conversar con el prójimo, evitando las dos imperfecciones que le son opuestas, la rudeza y la verborrea. La rudeza no nos permite contribuir a una conversación civilizada; y la verborrea o locuacidad nos hace hablar tanto y tanto que no dejamos a los otros, tiempo para hablar. La cuarta es, la honestidad y decencia en los trajes; y los dos vicios contrarios son la suciedad y el superfluo aliño. Estas son las cuatro especies de modestia. La primera es sumamente recomendable por muchas razones; primeramente porque los refrena mucho, y no hay virtud que necesite de tan particular atención, y su valor grande consiste en que nos tenga sujetos, porque todo aquello que nos abate por Dios es de gran mérito y maravillosamente agradable a Dios. La segunda razón es que no solamente nos sujeta por tiempo determinado sino siempre y en todo lugar, tanto estando solos como en compañía, en todo tiempo y aun durmiendo. Un gran Santo escribió a un discípulo suyo, diciéndole que se acostase modestamente en la presencia de Dios, así como lo hiciera aquel a quien Nuestro Señor, estando aun en esta vida, le hubiese mandado que se acostase y durmiese en su presencia, y aunque, dice él, tú no le veas ni oigas que te lo dice, no dejes de hacerlo todo de la misma manera que si le vieses; pues en efecto está presente y te mira entretanto que duermes. ¡Oh Dios mío! cuán modesta y devotamente nos acostáramos si os viéramos; sin duda que pondríamos los brazos en cruz sobre nuestro pecho con gran devoción. La modestia, pues, nos sujetará todo el tiempo de nuestra vida, porque nuestros ángeles están siempre presentes y también Dios, a cuyos ojos nos hemos de portar con modestia. Esta virtud también senos encarga mucho por lo que edifica al prójimo; y os aseguro que la simple modestia exterior ha convertido a muchos, como le sucedió a san Francisco, el cual pasó una vez por una ciudad con tan grande modestia en su semblante, que sin decir una sola palabra le siguió un gran

número de jóvenes atraídos de este solo ejemplo para que los enseñase. La modestia es un mudo sermón, y una virtud que san Pablo encarga mucho, particularmente a los filipenses, diciéndoles: Vuestra modestia sea conocida de todos los hombres (Carta a los filipenses); y a su discípulo san Timoteo, le dice: Conviene que el obispo sea adornado (Tim 3, 2) se entiende de modestia y no de ricos vestidos, para que con su trato modesto dé confianza a todos: Llegarse a él, evitando igualmente la rusticidad como la ligereza, a fin de que dando libertad a los mundanos para comunicarse, no piensen que es mundano como ellos. La virtud, pues, de la modestia observa tres cosas es a saber, el tiempo, el lugar y la persona. Porque decidme, os ruego, el que no quisiese reír en la recreación sino como cuando está fuera de ella ¿no sería importuno? Hay algunos gestos y semblantes que serían inmodestos fuera de aquel tiempo que entonces de ninguna manera lo son. De la misma manera, el que quisiese reír en medio de las ocupaciones serias y remitir su espíritu, como muy razonablemente lo hace en la recreación, ¿no sería tenido por de poco seso e inmodesto? El lugar también se debe observar y las personas y. las conversaciones en que uno se halla; pero con más particularidad la calidad de las personas. La modestia de una mujer del siglo es otra que la de una religiosa. Si una joven que está en el mundo quisiese tener la vista tan baja como nuestras monjas no sería estimada, como tampoco lo sería cualquiera de nuestras hermanas si no la tuviese más baja que las doncellas del mundo. Lo que es modesto para un hombre sería inmodesto para otro respecto de su calidad. La gravedad es extremadamente bien parecida en una persona de edad; pero sería afectada en otra más joven, a la cual conviene una modesta y humilde sumisión. Quiero decir una cosa que leí días pasados, porque viene a propósito del discurso que hacemos de la modestia. El grande Arsenio, escogido de san Dámaso papa para educar y enseñar a Arcadio hijo del emperador Teodosio, al que había de suceder en el gobierno del imperio, después de haber sido muchos años estimado en la corte y tan favorecido del emperador como el que más lo haya sido en el mundo, cansado finalmente de todas estas vanidades, aunque no había vivido en la corte menos cristiana que honradamente se resolvió a retirarse al desierto con los santos Padres Eremitas que en él vivían, y ejecutó valerosamente su intento. Los padres que habían oído la fama de la virtud de este gran varón se alegraron y consolaron mucho de tenerle en su compañía; trabó particularmente amistad con dos religiosos, el uno de los cuales se llamaba Pastor. Un día, pues, que todos los monjes estaban juntos para tener una conferencia espiritual, porque esto se ha usado en todos tiempos entre las personas devotas, uno de los padres advirtió al superior que Arsenio cometía ordinariamente una inmodestia porque casi siempre tenía cruzada una pierna sobre otra: es verdad, respondió el padre, ya yo lo había notado, pero este es un hombre principal que ha vivido mucho tiempo en el mundo y ha traído de allá esta postura que usan en la corte. Le excusaba porque sentía reprenderle de una cosa tan ligera en que no había pecado; pero por otra parte deseaba corregirle, porque no tenía otra falta que se pudiese decir de él. El religioso Pastor dijo entonces: Padre mío, no os dé pena, que no habrá dificultad en decírselo y él quedará gustoso: mañana, si os parece, a la hora de la conferencia yo me pondré del mismo modo que él, y me haréis la corrección delante de todos, y así él

entenderá que no conviene hacerlo. Así lo ejecutó el superior, reprendiendo a Pastor, y el buen Arsenio oyéndolo se postró a sus pies pidiendo humildemente perdón, diciendo que si bien nadie se lo había advertido, siempre había cometido esta falta porque aquel era su modo ordinario de sentarse en la corte, que pedía le diese penitencia; no se la dio, pero jamás después fue visto en esta postura. En esta historia hallo yo muchas cosas bien dignas de consideración. Primeramente la prudencia del superior en temer contristar al buen Arsenio con una corrección de cosa de tan poca importancia, buscando no obstante modo de corregirle, en que mostró bien que todos ellos eran exactísimos en la menor cosa que mirase a la modestia. Después observo la bondad de Arsenio en confesarse culpado, y su fidelidad en enmendarse aunque fuese la falta tan ligera que no era inmodestia en la corte, aunque lo parecía entre aquellos Padres. También reparo que no debemos espantarnos si todavía tuviéremos alguna costumbre antigua del mundo, pues Arsenio tenía aquella después de haber vivido largo tiempo en el desierto en compañía de tales varones. No se pueden dejar todas las imperfecciones de repente. Y así no hay que afligirnos aunque veamos en nosotros muchas, con tal que tengamos voluntad de vencerlas. Notad también, que no es juicio malo pensar que el superior corrige a alguno de una falta que vos hacéis como él con intento de que sin reпреnderos os enmendéis; conviene humillaros profundamente, conociendo que os tiene por flaco y sabe bien que os dolerá la reprehensión si va derecha a vos. Debéis amar mucho este abatimiento y humillaros como Arsenio, confesándoos culpable de la misma falta, con tal que siempre os humilléis en espíritu de dulzura y tranquilidad. Bien veo que deseáis que os diga algo también de las otras virtudes de la modestia. Dígoos, pues, que la segunda, que es la interior, causa los mismos efectos en el alma que la otra en el cuerpo; aquella compone los movimientos, los ademanes y semblantes del cuerpo, evitando los dos extremos, que son dos vicios contrarios, la ligereza o disolución, y la compostura demasiadamente afectada; así también la modestia interior mantiene las potencias de nuestra alma en tranquilidad y modestia, evitando, como he dicho, la curiosidad del entendimiento, sobre el cual ejercita principalmente su cuidado, cortando así a nuestra voluntad la multitud de deseos y haciéndola santamente aplicar a aquel solo uno que María escogió y que no le será jamás quitada (Lc 10, 42) que es la voluntad de agradar a Dios. Marta representa muy bien la modestia de la voluntad, porque ella se inquieta y quiere que todos los criados de casa se ocupen; ella anda aquí y allí sin parar, tanto es el deseo que tiene de regalar a Nuestro Señor; y le parece que nunca habrá mucho dispuesto para hacerse buen convite. Así, pues, la voluntad que no es refrenada de la modestia pasa de un objeto a otro para moverse a amar a Dios y a desear muchos medios para servirle; siendo así que no son menester tantas cosas, y que vale más llegarse a Dios como Magdalena perseverando a sus pies pidiéndole que nos dé su amor, que andar pensando de qué manera y por qué medios lo podremos adquirir. Esta modestia detiene la voluntad dentro de los términos de la práctica de los medios para su adelantamiento en el amor de Dios, según la vocación en que nos hallamos. He dicho que esta virtud se ocupa principalmente en sujetar el entendimiento; porque la curiosidad que naturalmente tenemos es muy peligrosa y hace que jamás sepamos perfectamente una cosa, porque no

gastamos el tiempo necesario en aprenderla. Huye también el extremo del otro vicio contrario que es la estolidez y negligencia de espíritu, la que no quiere saber lo necesario. Esta sujeción del entendimiento es importantísima para nuestra perfección; porque al paso que la voluntad se aficiona de una cosa, si el entendimiento le muestra la belleza de otra, la divierte de la primera. Las abejas no tienen perseverancia alguna mientras no tienen rey, no cesan de vagar por el aire, de perderse y dividirse sin tener reposo en su colmena; pero luego que ha nacido el rey se juntan todas y le acompañan, y no salen sino a la cosecha por obedecerle. Así nuestro entendimiento y voluntad, nuestras pasiones y las facultades de nuestra alma, como abejas espirituales hasta que tengan rey, esto es, hasta haber escogido a Nuestro Señor por su rey, no tienen algún reposo, nuestros sentidos no cesan de vagar curiosamente y tirar nuestras facultades interiores tras sí para derramarse ya en un objeto ya en otro, y así están en un continuo trabajo de espíritu e inquietud que nos hace perder la paz y tranquilidad interior tan necesaria, y esto es lo que nos causan la inmodestia del entendimiento y de la voluntad. Pero luego que nuestras almas han escogido a Nuestro Señor por su soberano y único rey, sus potencias se recogen como castas abejas o místicas avencillas, y se llegan a él y no salen jamás de su colmena sino para la cosecha de los ejercicios de caridad que este soberano Rey les manda practicar con el prójimo; y luego al punto se vuelven a la modestia, a este santo recogimiento tan amable, para disponer y juntar la miel de santos y amorosos conceptos y afecciones sagradas que sacan de su divina presencia, Y así evitaran los dos extremos que hemos dicho, cortando por una parte la curiosidad del entendimiento por la simple atención a Dios, y por la otra la estolidez y pereza del espíritu por los ejercicios de caridad que practican con el prójimo cuando es necesario. Pero ved aquí otro ejemplo a este propósito. Un día cierto religioso preguntó al gran santo Tomás de Aquino, cómo había podido llegar a ser tan sabio, y le respondió el Santo: No leyendo más que un libro. Estos días pasados leía yo la regla que san Agustín hizo para sus religiosas donde expresamente dice que las monjas no lean otros libros que los que les dieran las superiores, y después manda lo mismo a los frailes. Tanto conocimiento tenía del mal que trae consigo la curiosidad de querer saber más de aquello que nos es necesario para mejor servir a Dios; lo que es ciertamente bien poco, porque si vos camináis en simplicidad por la observancia de vuestras reglas, serviréis perfectamente a Dios sin derramaras en buscar y querer saber otra cosa. La ciencia no es necesaria para amar a Dios, como dice san Buenaventura, porque una simple mujer es tan capaz de amarle como los hombres más sabios del mundo. Lo que conviene es poca ciencia y mucha obra en lo que toca a la perfección. Me acuerdo, relativamente al peligro que hay en la curiosidad de querer saber muchos medios de perfeccionarse, de haber hallado a dos personas religiosas de dos Órdenes bien reformadas, la una de las cuales, a fuerza de leer los libros de santa Teresa, aprendió a hablar tan bien como ella, y parecía ser otra madre Teresa; y ella se lo creía imaginándose todo lo que la santa Madre hizo en su vida, de tal suerte que se creyó lo hacía ella también, hasta los raptos y suspensiones de potencias, de la misma manera como leía haberlos tenido la Santa, y como ella lo relataba muy bien. Otras muchas hay que por pensar a menudo en la vida de

santa Catalina de Sena y de la beata Catalina de Génova, piensan también que son por imitación unas santas Catalinas. Estas almas por lo menos tienen algún contento en sí mismas con la imaginación de ser santas, bien que su complacencia es vana. Mas la otra monja que traté era de muy diferente humor, porque jamás tenía contento alguno, por la codicia con que estaba de buscar y desear el camino y método de perfeccionarse; y aunque trabajaba por esto, no obstante le parecía que había siempre otro diferente modo del que se la enseñaba. La una de estas religiosas vivía contenta con su santidad imaginaria y no buscaba ni deseaba otra cosa; y la otra descontenta porque su perfección se le escondía y por eso siempre deseaba otra cosa. La modestia interior detiene al alma entre estos dos estados, en la medianía de desear saber lo necesario y no más. En suma, conviene advertir que la modestia exterior, de que hemos hablado, sirve mucho a la interior para adquirir la paz y tranquilidad del alma. Se prueba esto con todos los santos Padres que han hecho grandísima profesión de la oración, porque todos han juzgado que la postura más modesta les ayudaba mucho, como estar de rodillas, puestas las manos o los brazos en cruz. La tercera modestia mira a las palabras y modo de conversar; algunas palabras hay que serían inmodestia fuera de la recreación donde justamente y con razón se debe desahogar un poco el espíritu; el que en aquel tiempo no quisiese hablar ni dejar hablar a los otros sino de cosas altas y eminentes, cometería una inmodestia, porque ya hemos dicho que la modestia atiende al tiempo, al lugar y a las personas. A este propósito leí el otro día, que cuando san Pacomio entró en el desierto a hacer vida monástica tuvo grandes tentaciones, y los malignos espíritus se le aparecían muchas veces en diversas formas. El que escribe su vida dice, que un día que se fue a cortar leña al monte, vino una grande tropa de estos espíritus infernales para espantarle; se pusieron en orden, como suelen los soldados cuando están de guardia, todos bien armados, y se daban voces los unos a los otros, plaza, plaza al hombre santo. Pacomio, que conoció muy bien eran astucias del espíritu maligno, se puso a sonreír diciendo: Vosotros os burláis de mí, pero yo seré santo si es voluntad de Dios. Viendo el demonio que no había podido engañarle ni entristecerle, pensó que por el lado de la alegría le podría coger, pues se había reído de su primera emboscada. Fuese, pues, a atar una gran cantidad de cuerdas gruesas a una hoja de un árbol, y muchos demonios se asieran de ellas como para tirar con grande violencia, sudando y gritando como si les costase gran fatiga. El Santo, levantando los ojos y viendo esta locura, se representó a Nuestro Señor Jesucristo crucificado en el árbol de la cruz. Ellos, viendo que el Santo se fijaba en el fruto del árbol y no en las hojas, se fueron todos confusos y corridos. Tiempo hay de reír y tiempo de no reír como también tiempo de hablar y de callar, según este glorioso santo nos enseña en estas tentaciones. Esta modestia compone nuestro modo de hablar para que sea agradable, no hablando ni muy alto ni muy bajo, ni aun muy lentamente ni muy ásperamente, conteniéndose del todo dentro de los términos de una santa medianía, y dejando continuar a los otros cuando hablan sin interrumpirles, porque esto tiene algo de locuacidad, hablando no obstante cuando le toca por evitar la rusticidad e insuficiencia que nos embaraza tener buena conversación. Muchas veces también se encuentran algunas ocasiones en las que es necesario decir mucho callando por la modestia,

igualdad, paciencia y tranquilidad. La cuarta virtud llamada modestia, pertenece al hábito y modo de vestir. De esta no hay que decir otra cosa sino que conviene evitar la inmundicia e indecencia en el modo de vestir, como también el otro extremo de excesivo cuidado y curiosidad afectada de engalanarse; esto es vanidad: pero la limpieza es muy encargada por san Bernardo como indicio grande de la pureza y limpieza del alma. Hay una cosa en la vida de san Hilarión que parece contraria a esto, porque hablando él un día con cierto caballero que había ido a verle, le dijo: que era cosa superflua buscar la limpieza en un cilicio, que no era menester buscar la limpieza en nuestros cuerpos, que no son más que carne hedionda llena de infección; mas esto era más admirable en aquel gran Santo que imitable. Verdaderamente no con viene tener mucha delicadeza, pero tampoco andar sucios. Lo que le hizo hablar así a este Santo fue, sino me engaño, ser cortesano con los que hablaba, a los cuales vio de tal suerte dados a la sobrada delicadeza y blandura, que le pareció debía hablarles más ásperamente: como el que quiere enderezar una planta tierna que no solamente la levanta al punto que le quiere dar, sino que la tuerce de la otra parte para que no vuelva a la que se inclina. Ved aquí lo que tengo que deciros de la modestia. ¿Deseáis saber en segundo lugar el modo como se ha de recibir la corrección sin que os deje algún sentimiento o sequedad en el corazón? Impedir que se levante el movimiento de cólera y que nos suba al rostro la sangre; eso jamás se podrá: dichosos seríamos si tuviéramos esta perfección aunque fuera un cuarto de hora antes de morir; conviene empero tener gran cuidado en no guardar la sequedad del espíritu, de modo que después de pasado el sentimiento o primera sensación e ímpetu, no dejemos de hablar con la misma confianza, dulzura y tranquilidad de antes. Vosotras me diréis que echáis muy lejos el sentimiento, pero que él no se quiere apartar. Asegúroos, amadas hijas, que vosotras le echáis, puede ser como hacen los habitantes de una ciudad en la que de noche se levanta una sedición, que echan los sediciosos y enemigos; pero no los sacan fuera del lugar, sino que ellos se van retirando y escondiendo de una calle en otra hasta que venga el día, y entonces asaltan a los habitantes y finalmente se apoderan de la ciudad. Echáis el sentimiento de la corrección que os dan; pero no tan fuerte y cuidadosamente que no se esconda en algún pequeño rincón de vuestro corazón, sino todo, a lo menos alguna parte de él. No queréis tener sentimiento, pero tampoco queréis sujetar vuestro juicio que os hace creer que la corrección ha sido fuera del caso, o bien por pasión o cosa semejante. ¿Quién no ve que este sedicioso os asaltará y os llenará de mil confusiones si prestamente no le arrojáis bien lejos? Pero en este tiempo, ¿qué se ha de hacer? Conviene recogerse delante de Nuestro Señor y hablarle de otra cosa. Pero todavía vuestro sentimiento no se aquieta, antes bien os sugiere que miréis la sinrazón que os han hecho. ¡Oh Dios mío! ¿no es este el tiempo de someter el propio juicio para hacerle creer y confesar que la corrección es buena y que se ha hecho con mucha razón? No, esto será después que vuestra alma esté sosegada y quieta, porque mientras dura la perturbación no conviene decir ni hacer cosa alguna, sino perseverar firme y resuelta en no consentir a nuestra pasión, por mucha razón que tengamos: porque en este tiempo nunca nos faltarán razones, antes nos vendrán de golpe; pero no conviene escuchar alguna por buena que nos parezca, sino

estarse junto a Dios, como tengo dicho, divirtiéndonos después de habernos humillado y abatido delante de su divina Majestad hablando de otra cosa. Pero reparad una cosa que gusto mucho de deciros por ser de grande importancia. Humillaos con una humildad dulce y agradable, y no con una humildad enojosa y turbulenta porque nuestra desdicha está en que llevamos delante de Dios actos de humildad desabridos y enfadosos y por esto no pacificamos nuestros espíritus. Estos actos son infructuosos; pero si al contrario los hacemos delante de la divina Bondad con una dulce confianza, saldremos con toda serenidad y sosiego y contradiremos fácilmente todas las razones, casi siempre irracionales, que nuestro juicio y nuestro amor propio nos sugiere; y con la misma facilidad iremos a tratar con aquellos que nos han dado la corrección o hecho contradicción, como íbamos antes. Diréis que os venceréis de buena gana en hablarlos; pero si no responden como deseáis, se dobla la tentación. Todo eso procede del mismo mal que he dicho. ¿Qué os importa que hablen de un modo o de otro mientras vos cumpláis vuestro deber? Hacedos cuenta de que no hay persona que no tenga aversión a la corrección. San Pacomio, después de haber vivido catorce o quince años en el desierto con grande perfección, tuvo revelación de Dios de que ganaría muchas almas y de que vendrían muchos al desierto a ponerse bajo de su gobierno; tenía ya consigo algunos religiosos, y el primero que había recibido era un hermano suyo llamado Juan, de más edad que él. San Pacomio, pues, empezó a ensanchar su monasterio y a edificar gran cantidad de celdas: su hermano Juan, o por no saber su designio o por celo de la pobreza, le dio un día una grande corrección diciéndole: si conviene y queréis imitar a Nuestro Señor Jesucristo que no tuvo donde reclinar su cabeza mientras estuvo en esta vida, ¿para qué se ha de hacer un tan grande convento y otras cosas semejantes? San Pacomio, con ser tan santo como era, fue tocado de tal suerte de esta corrección que volvió las espaldas para que, si no me engaño, su semblante no manifestara su sentimiento; fuese al punto a postrar delante de Dios pidiéndole perdón de su falta y quejándose de que después de haber morado tanto tiempo en el desierto, aun no estaba, según él decía, mortificado. Hizo una oración tan fervorosa y humilde que obtuvo la gracia de no estar de allí en adelante sujeto a la impaciencia. San Francisco mismo, en lo último de su vida, después de tantos éxtasis y uniones amorosas con Dios, después de haber hecho tanto por su gloria y haberse vencido de tantas maneras, un día que estaba plantando coles en la huerta le sucedió que un fraile, viendo que no las plantaba bien, le reprendió; y el santo fue impelido a un tan poderoso movimiento de cólera por verse reprendido, que casi se le escapó una palabra injuriosa contra aquel hermano; abrió la boca para pronunciada, pero se detuvo y cogiendo del estiércol que echaba con los coles, se le puso en ella diciendo: o lengua ruin, yo te enseñaré si conviene injuriar así a tu hermano; y luego se puso de rodillas suplicándole que le perdonase. ¿Qué os parece ahora de cuando nos espantamos de vernos prontos en la cólera y de sentir que se nos haga alguna reprehensión o contradicción? Conviene tomar ejemplo de estos santos, que al punto se vencieron, el uno corriendo a la oración y el otro pidiendo humildemente perdón a su hermano; ni el uno ni el otro hicieron cosa alguna en favor de su sentimiento, antes bien se enmendaron y sacaron provecho. Me diréis que recibís de buena gana la corrección,

que la aprobáis y tenéis por justa y razonable, pero que os causa una cierta confusión y corrimiento para con la superiora, por haberla disgustado o dado ocasión de que se enfade, y que esto os quita la confianza de llegaras a ella no obstante que amáis el menosprecio en que os deja la falta. Esto se hace, hijas mías, por mandato del amor propio. Vosotras no sabéis, quizá, que hay en nosotros mismos un cierto monasterio donde es superior el amor propio, y que este, como a tal, impone penitencias: esta pena es la penitencia que él os ha impuesto por la falta que habéis cometido de haber disgustado a la superiora, porque puede ser que no os estime tanto como os estimara si no hubierais caído en esta culpa. He hablado bastantemente con aquellas que reciben la corrección; conviene decir una palabra a las que la dan. a más, pues, dé que deben tener gran discreción en saber elegir el tiempo y la ocasión con todas las circunstancias debidas, no deben jamás espantarse ni ofenderse de ver que las que la reciben tengan sentimiento, porque siempre es muy duro el verse corregir. En tercer lugar preguntáis: ¿cómo podréis derechamente encaminar vuestro espíritu a Dios sin torcer a la diestra ni a la siniestra? Queridas hijas, vuestra proposición me es sumamente agradable, porque trae consigo la respuesta. Conviene hacer lo que decís, caminar a Dios sin mirar a una mano ni a otra. Esto no es lo que me preguntáis, bien lo veo; sino cómo lo podréis hacer para afirmar de tal suerte vuestro espíritu en Dios, que cosa alguna le pueda apartar ni retirar. Dos cosas son necesarias para esto, morir y salvarse; porque después jamás habrá separación y vuestro espíritu estará indisolublemente unido y estrechado con Dios. Me diréis que tampoco preguntáis esto, sino qué es lo que podréis hacer para evitar que una pequeña mosca no retire vuestro espíritu de Dios como muchas veces sucede, queréis decir la más mínima distracción. Perdonad me, hijas mías, la menor mosca de distracción no retira vuestro espíritu de Dios, como decís; porque nada nos aparta de Dios sino el pecado: la resolución que hacemos por la mañana de traer nuestro espíritu unido a Dios y atento a su presencia, hace que estemos en ella siempre, aun cuando dormimos, pues lo hacemos en el nombre de Dios y según su santísima voluntad; parece también que su divina bondad nos dice: Dormid y reposad, que entretanto yo tendré mis ojos sobre vosotros para guardaros y defenderos del león rugiente que os cerca siempre pensando despedazaros (Mt 26, 44; 1P. 5, 8). Mirad, pues, si con razón debemos acostarnos modestamente como hemos dicho. Este es el modo de hacer bien hecho, todo lo que hacemos, estar muy atentos a la presencia de Dios porque no le ofenderemos viendo que nos mira. Tampoco son bastantes los pecados veniales a desviarnos del camino que nos lleva a Dios. Nos detienen sin duda un poco, pero no nos descaminan, y mucho menos las simples distracciones. De esto ya he hablado en el libro de la Introducción a la vida devota. En cuanto a la oración, no es menos útil, ni menos agradable a Dios aunque tengamos muchas distracciones, antes puede que nos sea más provechosa que si tuviéramos muchas consolaciones, porque la hacemos con más trabajo; con tal, empero, que tengamos la fidelidad de retirarnos de estas distracciones y no permitamos que nuestro espíritu voluntariamente se detenga en ellas. Lo mismo es relativamente a la pena que nos cuesta en el discurso del día el traer nuestro espíritu en Dios y en las cosas celestiales, con tal que tengamos cuidado de recogerle para quitarle

el que no corra tras estas moscas y mariposas; como hace una madre con su hijuelo; viendo que se aficiona a correr tras estas avecillas pensando cogerlas, le retira y tiene del brazo diciéndole: Hijo mío, mira que te hará daño correr tras estas mariposas al sol, mejor será estarte conmigo: el niño se detiene hasta que ve otra mariposa, tras la cual correería también si la madre no le detuviera como antes. ¿Qué se ha de hacer sino tener paciencia y no cansarnos de trabajar, pues lo hacemos por amor de Dios? Pero si yo no me engaño, cuando decimos que no podemos hallar a Dios y que nos parece que está muy lejos de nosotros, queremos decir que no tenemos sentimiento de su presencia. He notado que muchos no hacen diferencia entre Dios y el sentimiento de Dios, entre la fe y el sentimiento de la fe, lo cual es grandísimo defecto. Les parece que cuando no sienten a Dios es que no están en su presencia, y esto es una gran ignorancia, porque una persona puede ir a padecer el martirio por Dios y no obstante no pensar en Dios en aquel tiempo sino en su pena, y aunque no tenga el sentimiento de la fe, no por eso deja de merecer en virtud de su primera resolución y de hacer un grande acto de amor. Hay mucha diferencia entre tener la presencia de Dios, quiero decir, estar en su presencia, y tener el sentimiento de su presencia; esta gracia no puede hacérsela sino Dios, y así no es posible daros medios para adquirir este sentimiento. Me preguntáis, ¿qué se ha de hacer para estar siempre con grande respeto delante de Dios como indignísimas de esta gracia? Y yo os digo que no hay otro modo de hacerla sino como lo decís. Considerar que es nuestro Dios, que somos sus miserables creaturas indignas de esta honra, como lo hacía san Francisco, quien pasó toda una noche preguntando a Dios de esta manera: ¿Quién sois Vos, y quién soy yo? En fin, si me preguntáis: ¿Qué podremos hacer para adquirir el amor de Dios? Os responderé: querer amarle. Y en lugar de aplicarse a pensar y preguntar de qué modo podréis unir vuestro espíritu con Dios, empezar a practicarlo por una continua aplicación de vuestro espíritu a Dios, y yo os aseguro que llegaréis más presto a conseguir vuestra pretensión por este medio que por otro alguno; porque al paso que nos derramamos estamos menos recogidos, y por consiguiente menos capaces de unirnos y juntarnos con la divina Majestad que nos quiere todos sin reserva. Es por cierto verdad que hay algunas almas que se ocupan tanto en pensar cómo obrarán, que no les queda tiempo después para ejecutar; siendo así que por lo que toca a nuestra perfección, que consiste en la unión de nuestra alma con la divina Bondad, no se requiere otra cosa que saber poco y obrar mucho. Me parece que aquellos a quienes se pregunta el camino del cielo tienen mucha razón en responder lo que otros suelen decir, que para ir a tal lugar se ha de caminar siempre poniendo un pie delante de otro, y por este medio se llegará a donde se desea. Pero advertid una cautela que debéis permitir que yo os descubra, siempre sin ofenderos, y es que quisierais que yo os enseñase un camino de perfección del todo ya hecho y acabado, de modo que no hubiera más que hacer que prenderle sobre la cabeza como el tocado, o vestíroslo como una ropa, y de esta manera hallaras perfectas sin trabajo, quiero decir, desearías que yo os diese la perfección hecha y derecha; porque lo que yo os digo que conviene hacer? no es agradable a la naturaleza ni es lo que quisiéramos. Verdaderamente si esto estuviera en mi mano sería el hombre más perfecto del mundo; porque si yo pudiera dar la perfección a los otros sin que

tuviesen que hacer nada, yo os aseguro que primero la tomara para mí. ¿Os parece a vosotras que la perfección es un arte que si se pudiera hallar el secreto de él se consiguiera al punto sin pena? Ciertamente os engaños, porque no hay más secreto que el hacer y trabajar fielmente en el ejercicio del divino amor si pretendemos unimos a nuestro Amado. Pero quisiéramos que advirtieseis que cuando digo que conviene hacer, hablo siempre de la parte superior de nuestra alma; porque no debemos espantarnos más por todas las repugnancias de la inferior, de lo que se espantan los caminantes de los perros que ladran de lejos. Los que estando en un convite van picando en todos, los platos comiendo un poco de cada uno, estragan mucho el estómago en el que se engendra una indigestión que los tiene desvelados toda la noche no pudiendo hacer otra cosa más que escupir. Estas almas que quieren gustar de todos los caminos y de todos los medios que nos conducen o pueden conducirnos a la perfección, hacen lo mismo; porque el estómago de su voluntad, no teniendo bastante calor para digerir y poner en práctica tantos medios, engendra una crudeza e indigestión que les quita la paz y tranquilidad de espíritu delante de Dios, que es aquello necesario, que María escogió y que jamás le será quitado (Lc. 10, 24). Pasemos ahora a la otra pregunta que me habéis hecho: es a saber, cómo podréis afirmar vuestras resoluciones de modo que surtan efecto. No hay otro mejor medio, hijas mías, que ponerlas en práctica. Pero me diréis que sois siempre tan débiles y flacas, que aunque hacéis muy a menudo fuertes resoluciones de no caer en la imperfección de que deseáis enmendaros, al ofrecerse la ocasión caéis luego en las mismas faltas. ¿Queréis que os diga por qué somos tan flacos? La causa es porque no queremos abstenernos de las comidas mal sanas, como si una persona que quisiera librarse del dolor de estómago preguntase a un médico cómo lo podría conseguir, y él la respondiese que con no comer tales y tales manjares, porque engendran indigestiones que causan después esos dolores, y ella no obstante no los quisiese dejar. Lo mismo hacemos nosotros: bien quisiéramos, por ejemplo, amar la corrección; pero no obstante queremos ser obstinados, y esto es una locura sobre un imposible; nunca seréis fuertes para llevar animosamente la corrección mientras comiereis de la vianda de la propia estima. Yo quisiera tener el alma recogida, pero no quiero cortar tantas reflexiones inútiles. Eso no puede ser. ¡Oh Dios mío! yo quisiera ser constantemente invariable en mis ejercicios; más también me alegrara de que no me costase tanto trabajo; en una palabra, quisiera hallarme con toda la obra hecha. Esto no puede ser en esta vida, porque en ella habremos siempre de trabajar. La fiesta de la Purificación, ya os lo he dicho otra vez, no tiene octava. Conviene que tengamos dos resoluciones iguales; la una, de ver crecer malas hierbas en nuestro jardín, y la otra de traer ánimo de verlas desarraigar y arrancarlas nosotros mismos; porque nuestro amor propio no morirá jamás del todo mientras viviéremos, y él es el que produce estos impertinentes pimpollos. Además de que no es ser flacos el caer alguna vez en peca dos veniales como nos levantemos luego por medio de una vuelta de nuestra alma a Dios, humillándonos de todo corazón. No conviene pensar que podremos vivir sin cometer jamás alguno, porque solo Nuestra Señora tuvo este privilegio. Verdaderamente, aunque los pecados veniales nos detienen un poco, como os he dicho, no por eso nos desvían del

camino; un solo mirar a Dios con humildad los borra. En fin, conviene saber que jamás debemos dejar de hacer buenas resoluciones, aunque veamos que ordinariamente no las guardamos, y aunque supiésemos que era imposible el practicarlas si se ofreciese la ocasión, antes conviene hacerlas entonces con más firmeza, como si nos sintiésemos con ánimo bastante para conseguir la empresa, diciendo a Nuestro Señor: Verdad es que yo no tendré valor para hacer o sufrir tal cosa por mí misma, pero me alegro de que vuestro poder sea quien la obre en mí; y con esta confianza conviene entrar valerosamente en la batalla y no dudar de que saldréis con victoria. Nuestro Señor hace con nosotros lo que un buen padre o una buena madre, los que dejan andar suelto a su hijo en un ameno prado donde está crecida la hierba o sobre las hojas caídas de los árboles, porque ven que si llega a caerse no se hará mucho mal; pero en los caminos malos y peligrosos cuidadosamente le llevan entre sus brazos. Hemos visto hartas veces muchas almas sufrir valerosamente grandes asaltos sin ser vencidas, las que poco después fueron rendidas en muy ligeros encuentros. Y ¿por qué fue esto sino porque Nuestro Señor, viendo que se harían poco mal cayendo, las dejó andar solas, lo que no hizo cuando estaban en los precipicios de grandes tentaciones de los que las apartó con su mano todopoderosa? Santa Paula, que fue tan generosa en desembarazarse del mundo dejando a Roma y tantas comodidades, y a quien no pudo detener el afecto materno de sus hijos, tanto estaba su corazón resuelto a dejarlo todo por Dios, después de haber hecho todas estas maravillas se dejó vencer de la tentación, del propio juicio, que le dio a entender que no convenía sujetarse al parecer de muchas personas santas que querían que cortase algo de sus ordinarias austeridades, en lo que san Jerónimo confiesa era digna de reprehensión. Notad, para conclusión, que todo lo que hemos dicho en estas conferencias son cosas bien delicadas para la perfección, por lo que ninguna de vosotras que las habéis oído se admire si ve que no ha llegado a tanto; pues por la gracia de Dios tenéis todas aliento de quererla pretender.

CONFERENCIA X. DE LA OBEDIENCIA

La obediencia es una virtud moral que depende de la justicia. Hay ciertas virtudes morales que tienen tanta afinidad con las teologales, que son fe, esperanza y caridad, que parecen casi teológicas, aunque estén en grado bien inferior, como la penitencia, la religión, la justicia y la obediencia. La obediencia, pues, consiste en dos puntos: el primero, es obedecer a los superiores: el segundo, obedecer a los iguales e inferiores; pero este segundo pertenece más a la humildad, dulzura y caridad que a la obediencia; porque el humilde piensa que todos le exceden y son mucho mejores que él, de modo que los juzga superiores y cree que los debe obedecer. Pero en cuanto a la obediencia que mira a los superiores que Dios nos ha dado para que nos gobiernen, esta es de justicia y necesidad, y se debe practicar con entera sumisión de nuestro entendimiento y de nuestra voluntad. Esta obediencia del entendimiento se practica cuando, habiéndonos mandado algo, aceptamos y aprobamos el precepto no solo con la voluntad, sino que también con el entendimiento, aprobando y estimando la cosa mandada y juzgándola mejor que otra cualquiera que se nos pudiera mandar en aquella ocasión. Cuando aquí se ha llegado, se ama luego de tal manera el obedecer, que se desea insaciablemente el ser mandado para que todo cuanto se haga sea por obediencia. Esta es la obediencia de los perfectos y la que yo os deseo, la que procede de un puro don de Dios, o bien es adquirida con mucho tiempo y trabajo y con cantidad de actos frecuentemente reiterados y producidos a viva fuerza, por medio de los cuales adquirimos el hábito. Nuestra inclinación natural nos lleva siempre al deseo de mandar y nos pone aversión al obedecer; con todo esto, es cierto que tenemos mucha capacidad de obedecer y puede ser que nos falte para mandar. La obediencia más ordinaria tiene tres condiciones. La primera, agradar la cosa que se nos manda y aplicar a ella dulcemente nuestra voluntad, amando el ser mandados; porque el modo de salir verdaderos obedientes no es no tener persona que nos mande, como también el modo de ser apacibles no es estar solos en un desierto. Casiano refiere que estando en el yermo se encolerizaba alguna vez, y que tomando la pluma para escribir si no quería señalar la arrojaba; de modo, dice él, que nada aprovecha estar solos, pues traemos la cólera en nosotros mismos. La virtud es un bien de suyo, que no depende de la privación de su contrario. La segunda condición de la obediencia es la prontitud, a la que se opone la pereza o tristeza espiritual, porque rara vez sucede que un alma triste haga alguna cosa pronta y diligentemente. En términos teológicos, la pereza se llama tristeza espiritual, y esta es la que embaraza el cumplir la obediencia animosa y prontamente. La tercera es la perseverancia, porque poco importa que agrade el precepto y que por algún tiempo se ejecute, si no se persevera, pues la perseverancia consigue la corona. En todas partes se hallan ejemplos admirables de la perseverancia, pero particularmente en la vida de san Pacomio se lee de algunos monjes que perseveraron con una paciencia increíble toda su vida en un mismo ejercicio, como el buen padre Jonás que, después de cultivar el jardín, no hizo en la suya otra cosa que esteras, en lo que de tal manera se habituó que las hacía a oscuras, en meditación y

teniendo oración, sin que lo uno embarace a lo otro, de modo que le hallaron muerto cruzadas las rodillas con su estera encima; murió haciendo aquello en que se había ocupado toda su vida. Es acto de grande humildad hacer toda la vida por obediencia un mismo ejercicio, y este bajo y abatido; porque pueden venir tentaciones fuertes de ser bastante y muy capaz de cosas más grandes. Esta tercera condición es la más difícil de todas por liviandad e inconstancia del espíritu humano, porque en un punto queremos hacer una cosa y luego no la quisiéramos ver. Si pudiéramos seguir todos los movimientos de nuestro espíritu o nos fuera posible hacerlos sin escándalo o deshonor, no veríamos otra cosa que mudanzas. Ahora quisiéramos un estado, y poco después buscáramos otro. ¡Tanto es extravagante la inconstancia del espíritu humano! pero conviene reprimirla con la fuerza de nuestras primeras resoluciones, para vivir con igualdad en medio de las desigualdades de nuestros sentimientos y acontecimientos. Para aficionarnos, pues, a la obediencia, cuando nos halláremos tentados conviene hacer consideraciones de su excelencia, de su hermosura, de su mérito y también de su utilidad para alentarnos a pasar adelante; esto se entiende con las almas que no están todavía bien fundadas en la obediencia; pero cuando solo se siente una simple aversión o disgusto de la cosa que se manda, conviene hacer un acto de amor y meterse en la obra. Nuestro Señor mismo en su pasión sintió un grandísimo disgusto y una aversión mortal a padecer la muerte como lo dijo él mismo; pero en la superior parte de su espíritu estaba resignado a la voluntad de su Padre, lo demás era un movimiento de la naturaleza. La perseverancia más difícil es la de las cosas interiores, porque las materiales y exteriores son muy fáciles. Esto procede de la molestia que sentimos en sujetar nuestro entendimiento, porque él es la postrera potencia que rendimos; y no obstante es totalmente necesario que sujetemos nuestro pensamiento a ciertos objetos, de manera, que cuando se nos señalen ejercicios o práctica de virtudes, los aceptemos y les rindamos nuestro espíritu. Yo no llamo faltar a la perseverancia cuando hacemos algunas pequeñas interrupciones como de todo punto no se deje; como tampoco no es faltar a la obediencia no cumplir alguna de sus condiciones, suponiendo que solo estamos obligados a la sustancia de las virtudes, pero no a sus condiciones; porque aunque obedezcamos con repugnancia y casi como forzados por la obligación de nuestro estado, nuestra obediencia no deja por eso de ser buena en virtud de nuestra primera resolución; pero es de un valor y de un mérito infinitamente grande cuando es hecha con las condiciones que hemos dicho; porque por pequeña que sea una cosa, haciéndose con semejante obediencia, es de grandísimo valor. La obediencia es una virtud tan excelente, que Cristo Nuestro Señor quiso pasar todo el curso de su vida en ella, como lo dijo muchas veces: Que no había venido al mundo para hacer su voluntad, sino la de su Padre (Jn. 6, 38); y el Apóstol dice: Que se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; (Fil. 2, 8) y quiso añadir al mérito infinito de su caridad perfecta el infinito mérito de una perfecta obediencia. La caridad cede a la obediencia, porque la obediencia depende de la justicia. De aquí proviene el que es mejor pagar lo que se debe que hacer limosna, que es lo mismo que decir, que mejor es hacer la obediencia que un acto de caridad por nuestro propio motivo. El segundo punto en que consiste la obediencia es más humildad que

obediencia; porque esta clase de obediencia es una especie de docilidad de nuestra voluntad en seguir la ajena, y esta es una virtud en extremo amable, que vuelve nuestro espíritu dócil a todo mandato y nos dispone a hacer siempre la voluntad de Dios; porque, por ejemplo, si yendo a un lugar encontráis una hermana y esta os dice que vayáis a otro, la voluntad de Dios entonces en vos es que hagáis lo que ella quiere, antes que lo que vos queréis; pero si oponéis vuestra opinión a la suya, la voluntad de Dios en ella es que ceda y rinda su opinión. Esto mismo procede en todas las cosas que son indiferentes; pero si sucediese que en esta primera oposición entrambas quisiesen ceder, no convendrá detenerse en larga porfía, sino mirar lo que será más razonable y mejor, y hacerla sencillamente; pero es necesario que todo se gobierne por la discreción; porque sería fuera de propósito dejar una cosa que es de necesidad por condescender con otra que es indiferente. Si yo quisiese hacer un acto de grande mortificación, y una hermana me viniese a decir que no lo hiciese o que me ejercitase en otro, remitiría para otro tiempo, siendo posible, mi primer intento por hacer su voluntad, y después acabada mi empresa; pero si yo no pudiese dejarle o diferirle, y lo que la hermana quisiese de mí no fuese necesario, haría lo que primero hubiera intentado, y después, siendo posible, buscaría ocasión para hacer lo que de mí deseaba la hermana. Si sucediese que una hermana nos pidiese que hiciéramos alguna cosa a la que repentinamente mostráramos tener repugnancia, no debería la hermana espantarse ni dar a entender que lo conocía, ni pedirnos que lo dejásemos de hacer; porque no está en nuestra mano impedir que nuestro color, nuestros ojos y nuestro semblante no manifiesten el combate interior que tenemos, aunque la razón quiera hacer las cosas de buena gana. Porque estos son de los mensajeros que vienen sin que los llamen, y aunque se les diga que se vuelvan, ordinariamente no lo hacen. ¿Por qué, pues, no ha de querer la hermana que yo haga lo que me pide, solo porque ha reconocido que tengo repugnancia en ello? antes debe alegrarse del provecho que consigo para mi alma. Me diréis que lo hace porque teme haberme enojado. No es por eso, sino por su amor propio que quisiera que yo no tuviese el menor pensamiento de que ella es importuna. Con todo lo tendré, aunque no me detenga en la obra, y más si a la señal de mi repugnancia juntare palabras que claramente manifiesten que no tengo gana de hacer lo que se me pide. Ella puede y debe decirme blandamente que no lo haga cuando las personas son iguales; porque conviene que los superiores tengan firmeza y hagan que se dobleguen los inferiores. También, aunque una hermana haya rehusado enteramente alguna cosa o mostrado repugnancia a ella, no por eso he de perder la confianza de poder otra vez emplearla, ni tampoco debo escandalizarme de su imperfección; porque ahora lo sufro yo y después ella me sufrirá a mí; ahora tiene aversión de hacer tal cosa y después la hará voluntariamente. Si en muchas ocasiones tengo experimentado que su espíritu aun, no es capaz de ser tratado de este modo, esperaré algún tiempo hasta que esté mejor dispuesto. Debemos los unos ser capaces de los defectos de los otros, y no es bien de manera alguna maravillarse de descubrirlos; porque si algún tiempo pasamos sin caer en faltas, vendrá otro en que demos muchas caídas y cometamos grandes imperfecciones, de cuya continuación debemos sacar por fruto el abatimiento que nos causan. Conviene sufrir con paciencia la

tardanza de nuestra perfección, haciendo siempre con gusto cuanto podamos para nuestro adelantamiento. ¡Oh qué dichosos son los que, viviendo siempre con la esperanza, no se cansan jamás de esperar! Digo esto por muchos que, teniendo deseo de perfeccionarse adquiriendo las virtudes, quisieran- tenerlas todas de un golpe, como si la perfección no consistiera más que en deseirla. Se da un gran bien si pudiéramos ser humildes en el mismo instante que deseamos serlo, sin otro trabajo que quererlo. Conviene que nos ocupemos a buscar el efecto de nuestra perfección, según los medios ordinarios, en tranquilidad de oración y haciendo todo lo posible por conseguir las virtudes por medio de la fidelidad en practicar cada una según nuestra condición y vocación. Y en cuanto a lo que mira a llegar presto o tarde al término de nuestra pretensión, tengamos esperanza, dejándolo a la divina Providencia que cuidará de consolarnos al tiempo que ha destinado hacerla; y aunque esto no sea sino a la hora de nuestra muerte, nos debe bastar, con tal que cumplamos con nuestra obligación, haciendo siempre lo que está de nuestra parte y en nuestra posibilidad, con lo que muy presto tendremos lo que deseamos, pues lo alcanzaremos cuando el Señor fuere servido de dárnoslo. Esta resignación y confianza es enteramente necesaria, porque la falta de ella perturba mucho al alma, que debe contentarse con saber que el que la gobierna siempre manda bien; y fuera de esto no busquemos sentimientos ni conocimiento particular, sino procuremos caminar como ciegas en esta providencia y confianza en Dios, aun entre los desconsuelos; temores, tinieblas y cualquiera otra especie de cruz que quisiere darnos. Vivid, pues, hijas mías, perfectamente dejadas en su gobierno sin alguna excepción ni reserva por pequeña que sea, y dejadla hacer, arrojando en su bondad todo el cuidado de cuerpo y alma, perseverando así todas resignadas, remitidas y sosegadas en Dios bajo de la dirección de los superiores, sin más cuidado que el de obedecer. El modo de adquirir este rendimiento a la voluntad ajena es hacer muy a menudo en la oración actos de indiferencia, y después ponerlos en práctica cuando se ofrezca la ocasión; porque no basta despojarse delante de Dios, que eso se hace solo con la imaginación y no tiene mucha dificultad, sino se pone en efecto por obra cuando conviene; y haced que después de darnos del todo a Dios, hallemos una creatura que nos mande: entre lo uno y lo otro hay grande diferencia, y en lo postrero es donde se ha de mostrar el valor. Esta dulzura y condescendencia a la voluntad del prójimo es una virtud de gran precio; ella es el símbolo de la oración de unión; porque como esta oración no es otra cosa que un renunciamiento de nosotros mismos en Dios, cuando el alma dice con verdad: Yo, Señor, no tengo más voluntad que la vuestra, luego se une toda a Dios. De la misma manera, renunciando a nuestra voluntad por hacer la del prójimo, conseguimos la verdadera unión con el prójimo, y todo eso se ha de hacer por amor de Dios. Sucede muy de ordinario que una persona pequeña y débil, tanto de cuerpo como de espíritu, que no podrá ejercitarse sino en cosas pequeñas, las hará con tanta caridad que excedan mucho en mérito a las acciones grandes y relevantes; porque de ordinario estas acciones eminentes se hacen con menos caridad por causa de la atención y diversas consideraciones que las acompañan; pero si una grande obra se hace con tanta caridad como la pequeña, sin duda el que la hace tendrá mucho más mérito y recompensa. En

fin, la caridad da el precio y valor a todas nuestras obras; de modo que todo el bien que hiciéremos le hemos de hacer por amor de Dios, y el mal que evitaremos por el mismo amor. Las acciones buenas que hiciéremos, no siendo particularmente mandadas, no pueden tener el mérito de la obediencia. En suma, conviene tener buen ánimo y solo estar dependiente de Dios; porque el carácter de las hijas de la Visitación es mirar en todas las cosas la voluntad de Dios y seguirla. Otras veces me habéis preguntado si se pueden hacer oraciones particulares, y yo os respondo, que en cuanto a unas pequeñas devociones que algunas veces os viene devoción de rezar no hay en ello mal alguno, como no os aficionéis de tal modo a ellas que, dejándolas, después tengáis escrúpulo o hagáis propósito de decirlas todos los días o de rezarlas tanto tiempo, o un año entero alguna oración por capricho vuestro; porque esto no conviene. Y si alguna vez en tiempo de silencio nos viene devoción de decir el *Ave Maris stella* o un *Veni Creator Spiritus*, u otra cualquier cosa, no hay duda en que lo podemos decir, y que es bueno; pero se ha de advertir que esto se haga sin perjuicio de mayor bien. Pongo por ejemplo: vos tenéis devoción, hallándoos delante del santísimo Sacramento, de rezar tres Padres nuestros en reverencia de la santísima Trinidad, y os vienen a llamar para hacer otra cosa; convendría levantaros prontamente e ir a hacer aquella obra en honra de la santísima Trinidad en lugar de rezar los Padre nuestros. No conviene, pues; imponerse el hacer cierto número de genuflexiones, de oraciones, jaculatorias y semejantes ejercicios cada día o por tanto tiempo, sin decirlo a la superiora, aunque es bien necesario ser muy puntual en la práctica de las elevaciones y aspiraciones a Dios. Y si pensáis que el Espíritu Santo es el que os inspira hacer estos pequeños ejercicios, él os enseñará también a pedir licencia y a que no los hagáis si no os la dan; porque nada le es tan agradable como la obediencia religiosa. Tampoco podéis prometer a persona alguna el decir cierto número de oraciones por ella; y si os rogaren que lo hagáis, debéis responder que pediréis licencia para ello; mas cuando alguna persona se encomienda sencillamente a vuestras oraciones, podéis responder que lo haréis con mucho gusto, y al mismo tiempo levantar vuestro espíritu a Dios por ella. Y lo mismo os digo de la santísima Comunión; porque vosotras no podéis comulgar, sin licencia, por persona alguna; pero esto no se ha de entender de manera que, si estando para recibir a Nuestro Señor se os acuerda la necesidad de algún prójimo o las comunes del pueblo, no las podáis encomendar a Dios suplicándole tenga misericordia. Pero si queréis comulgar por alguna cosa en particular, es menester pedir licencia, si no es que sea por vuestras propias necesidades; como para alcanzar resistencia contra alguna tentación o para pedir alguna virtud a Nuestro Señor, que sea siempre bendito.

CONFERENCIA XI. LA VIRTUD DE LA OBEDIENCIA

Continúa la materia de la virtud de la obediencia.

Hay tres clases de pía obediencia de las cuales la primera es general a todos los cristianos, y es la obediencia debida a Dios y a la santa Iglesia en la observancia de sus preceptos. La segunda es la obediencia religiosa, que es de valor más grande que la otra, porque no solo se ajusta a la observancia de los mandamientos de Dios, sí que también se sujeta al cumplimiento de sus consejos. Hay otra tercera obediencia, que es de la que he de tratar por ser la más perfecta, y llamase amorosa, de la cual nos dio ejemplo Nuestro Señor en todo el tiempo de su vida. Los Padres aplicaron a esta clase de obediencia muchas propiedades y condiciones; pero entre todas escogeré solamente tres: la primera, que sea, como ellos la llaman, ciega; la segunda, pronta; y la tercera, perseverante. La obediencia ciega tiene tres propiedades o condiciones, de las que la primera es, que jamás mira al rostro de los superiores sino solo a su autoridad: la segunda, que no se informa de las razones y motivos que ellos tienen para mandar esta o aquella cosa, contentándose con saber que ellos la han mandado: la tercera, que no se pone a investigar con qué medios hará lo que se le ha mandado, prometiéndose que Dios, por cuya inspiración se le ha puesto aquel precepto, le dará la posibilidad de cumplirle; y así en lugar de inquirir, se pone a obrar. Por esto la obediencia religiosa que debe ser ciega, se sujeta amorosamente a hacer todo lo que es mandado con simplicidad, sin mirar jamás si el precepto está bien o mal puesto, con tal que el que lo manda tenga autoridad para ello y su precepto sirva a la unión de nuestro espíritu con Dios; porque fuera de esto jamás el verdadero obediente hace cosa alguna. Muchos se han engañado grandemente en esta condición de la obediencia, creyendo que consiste en hacer a izquierda y a derecha todo lo que nos puede ser mandado, aunque sea contra los mandamientos de Dios y de la santa Iglesia. En esto sí que grandemente han errado, imaginándose con esta ceguera una bobería que de ninguna manera puede haber: porque en todo lo que mira a los mandamientos de Dios, como los superiores no tienen jamás autoridad demandar cosa en contrario, los inferiores tampoco tienen jamás obligación alguna de obedecer en tal caso, antes si obedecieran pecarían. Bien sé yo que muchos han hecho cosas contra los mandamientos de Dios por el instinto de esta obediencia, la que no solo quiere obedecer a los mandamientos divinos y a los de los superiores, sino también a sus consejos e inclinaciones. Muchos, pues, se han precipitado a la muerte por una particular inspiración de Dios que de tal modo los impelía, que de ninguna manera se podían resistir; porque a no ser así hubieran pecado gravemente. Refiérese en el libro II de los Macabeos (14, 43 y 44) de un varón llamado Razias, que poseído de un celo ardiente de la gloria de Dios se fue a exponer a los golpes donde sabía no podría evitar las heridas y la muerte; y sintiéndose roto el vientre sacó todas sus entrañas por la misma herida y las arrojó al aire en presencia de sus enemigos.

Santa Apolonia se metió en el fuego que los impíos enemigos de Dios y del nombre cristiano habían prevenido para echarla en él y abrasarla. San Ambrosio cuenta también de tres doncellas que por no perder su castidad se arrojaron en un río donde quedaron ahogadas; más ellas, a más de esta, tendrían otras razones para este hecho, que sería largo referir. Otros muchos se han visto que se han precipitado a la muerte, como aquel que se lanzó dentro de un horno ardiente. Pero todos estos ejemplos deben ser más admirados que imitados; porque bien Sabéis que jamás debemos ser tan ciegos, que pensemos agrandar a Dios obrando en contra de sus mandamientos. La obediencia amorosa presupone que tenemos la de los mandamientos de Dios. Dícese que esta obediencia es ciega, porque igualmente obedece a todos los superiores. Todos los antiguos Padres reprendieron en gran manera a aquellos que no querían sujetarse a la obediencia de los que eran de menor calidad que ellos. Preguntábanles: ¿cuándo obedecíais a vuestros superiores, por qué lo hacíais? ¿era por amor de Dios? de ninguna manera. ¿Pues este superior no tiene el mismo lugar de Dios; entre nosotros que tenía el otro? sin duda: él es vicario de Dios, y Dios nos manda por su boca y nos da a entender su voluntad por sus órdenes como lo hacía por la boca del otro. Vosotras, pues, si obedecéis a los superiores por la inclinación que les tenéis y por el respeto a sus personas, en esto nada hacéis más que los mundanos, porque ellos hacen lo mismo, y no solo obedecen los mandatos de los que aman, pero juzgaran no haber cumplido bien con su Señor, si no se ajustasen lo más que pudiesen a sus inclinaciones y aficiones, como hace el verdadero obediente, tanto respeto a sus superiores, como al mismo Dios. Los gentiles, por malos que fuesen, nos dejaron ejemplos de esto; porque el demonio les hablaba por diversas clases de ídolos: unos eran estatuas de hombres, otros de topos, perros, leones, serpientes y semejantes animales, y aquella miserable gente se daba igualmente a todos obedeciendo a la estatua de un perro como a la de un hombre, a la de un ratoncillo como a la de un león, sin diferencia alguna: ¿y esto por qué? porque miraban a su Dios en la diversidad de aquellas estatuas. San Pedro nos manda: Obedeced a los superiores, aunque sean malos (1P. 1, 18). Nuestro Señor; Nuestra Señora y san José nos enseñaron muy bien este modo de obedecer en el viaje que hicieron desde Nazaret a Belén. Porque habiendo el César publicado un edicto porque todos sus súbditos fuesen al lugar de su nacimiento para que allí se alistasen, ellos se fueron amorosamente a Belén por cumplir esta obediencia, aunque el César era gentil e idólatra: mostrándonos en esto Nuestro Señor que jamás debemos mirar al rostro de los que mandan mientras tengan autoridad para mandar. Pasemos ahora a la segunda propiedad de la obediencia ciega. Después de haber conseguido este primer punto de no mirar la persona de los que mandan, sino someterse igualmente a toda suerte de superiores, pasa más adelante llegando al segundo, que es obedecer sin considerar la intención ni el fin con que se manda, contentándose con saber que es precepto, sin meterse a discurrir si está bien o mal dado, si se ha dispuesto o no con razón. Abraham se portó heroicamente en esta obediencia. Llámale Dios, y dícele: Abraham, sal de tu tierra y de entre tus parientes (Gn. 12, 1), es decir, fuera de tu ciudad, y vete al lugar que yo te mostraré. Obedece Abraham sin réplica. No pudiera muy bien decir: Señor, Vos me decís que yo

salga fuera de esta ciudad, decidme, si sois servido, ¿por qué puerta he de salir? No dijo la menor palabra, sino que se fue donde el espíritu le guiaba sin mirar de ninguna manera si iba bien o mal, por qué fin o a qué propósito Dios le había dado una orden con tan pocas palabras, pues ni aun había insinuado el camino por donde quería que partiese. ¡Oh cuán cierto es que el verdadero obediente no hace discursos! sencillamente da principio a la obra sin atender más que a obedecer. Parece que el mismo Señor nos quiso mostrar cuán agradable le es esta clase de obediencia cuando se apareció a san Pablo para convertirle, porque habiéndole llamado por su nombre, le derribó en tierra y le cegó. ¿No veis como para hacerle su discípulo le hace caer para humillarlo y sujetarlo a sí, y después lo ciega y le manda que vaya a la ciudad a buscar a Ananías, y cómo él hace todo lo que se le manda? Mas ¿por qué Nuestro Señor mismo que se dignó hablarle para convertirle, no le dijo todo lo que había de hacer sin remitirlo a otro? Nada le hubiera costado a su Majestad decirle él mismo lo que le elijo por Ananías; pero quiso que conociésemos por este ejemplo, cuanto ama la obediencia ciega; pues parece que no le cegó por otra cosa que por hacerle verdadero obediente. Cuando Nuestro Señor quiso dar vista al ciego de nacimiento, hizo un poco de lodo y se lo puso sobre los ojos, mandándole que se fuese a lavar en la fuente de Siloé (Jn 9, 6 y 7). No pudiera este pobre ciego, admirando el modo que Nuestro Señor usaba de curarle, decir: Señor, ¿qué queréis hacer? Si yo no fuera ciego, esto solo bastaba para quitarme la vista. No hizo esta consideración, antes obedeció con toda sencillez. Así el verdadero obediente cree simplemente que podrá hacer todo lo que se le puede mandar; porque entiende que todos los mandatos vienen de Dios o se hacen por su inspiración, y así no pueden ser imposibles por el poder de quien los ordena. Naamán Siro no lo hizo así, y por esto estuvo en peligro de sucederle mal: estaba leproso, fue a buscar a Eliseo para que le curase, porque todos los remedios de que había usado para recobrar su primera salud no le habían sido de provecho. Oyendo, pues, que Eliseo hacía grandes maravillas, se encaminó a él, y habiendo llegado le envió un criado suplicándole se dignase curarle: no salió el Profeta de su aposento, sino que le envió a decir por un servidor que se fuese a lavar siete veces en el Jordán que así sanaría; a esta respuesta Naamán comenzó a enojarse, y decir: ¿No hay acaso en mi tierra aguas tan buenas como las del Jordán? (2R. 5, 9). Y no quería lavarse, pero los de su familia le dijeron, que si el Profeta le hubiese mandado algo difícil bien lo haría, y que así debía hacer lo que le mandaba, pues era cosa tan fácil: se dejó vencer de sus razones, y habiéndose lavado siete veces, sanó al punto. Mirad como se puso en peligro de no recobrar la salud por querer hacer tantas consideraciones sobre lo que se le había mandado. La tercera propiedad de la obediencia ciega es, que no considera ni se fatiga en pensar de qué manera podrá hacer lo que se le ha mandado. Sabe muy bien que el camino por donde ha de ir es la regla de la Religión y los preceptos de los superiores. Emprende este camino con simplicidad de corazón, sin sutilizar si era mejor hacerla de esta o de aquella manera, y como ella obedezca, todo le parece igual porque sabe que esto es bastante para agradar a Nuestro Señor por cuyo amor pura y simplemente obedece. La segunda condición de la obediencia amorosa es que sea pronta. La prontitud en la obediencia siempre ha sido muy encomendada a los

religiosos como parte necesaria para obedecer bien y guardar perfectamente lo que han prometido a Dios. Esta fue la señal que eligió Eliecer para conocer la doncella que Dios había escogido para esposa del hijo de su Señor. Dijo, pues, dentro de sí mismo: Aquella a quien yo pidiere de beber, y me respondiere: no solo os daré a vos, pero sacaré agua para vuestros camellos, ésta será la que reconoceré que elegís por digna esposa del hijo de mi dueño (Gn. 24, 14). Mientras estaba pensando esto vio de lejos a la bella Rebeca, y viéndola tan hermosa y agraciada junto al pozo, del que sacaba agua para sus ovejas, la hizo su demanda, y la doncella respondió muy a su intento: Sí, no solo os daré agua a vos, sino hasta la sacaré para vuestros camellos. Reparad, os ruego, que pronta y graciosa mente respondió; no rehusó el trabajo, antes se mostró muy liberal, pues no era menester poca agua para dar de beber a tantos camellos como Eliecer llevaba. Por cierto que las obediencias que se hacen de mala gana no son agradables. Algunos hay que obedecen, pero con tanto disgusto y con tal semblante, que disminuyen mucho el mérito de esta virtud. La caridad y la obediencia tienen tal unión entre sí, que no pueden apartarse. El amor nos hace obedecer prontamente, porque por difícil que sea la cosa que se manda, el que tiene la obediencia amorosa la emprende amorosamente; porque, siendo la obediencia una principal porción de la humildad, sobremanera ama la sumisión: por consecuencia el obediente ama el mandamiento, y al punto que le divisa, aunque sea de muy lejos, y sea o no sea a su gusto, lo abraza, acaricia y halaga tiernamente. En la vida de san Pacomio se lee un ejemplo de esta prontitud en la obediencia, que os lo quiero contar. Entre los religiosos de este Padre había uno llamado Jonás, hombre de gran virtud y santidad: este tenía cuidado del jardín, en el que había una higuera que llevaba muy hermosos higos: este árbol servía de tentación a todos los religiosos jóvenes, pues siempre que pasaban junto a él se paraban a mirar un poco los higos: lo advirtió san Pacomio, y paseándose un día por el jardín, alzó los ojos hacia la higuera y vio al demonio sobre ella que estaba mirando los higos de arriba abajo como los monjes los miraban de abajo arriba. El Santo, que no deseaba menos instruir sus religiosos en una total mortificación de sentidos que en la interior de las pasiones e inclinaciones, llamó a Jonás y le mandó que al día siguiente sin falta cortase la higuera. A lo que replicó el pobre Jonás: Ea padre mío, menester es soportar un poco a estos jóvenes; en algo se han de recrear: yo por mí no quiero conservarla. A lo que replicó dulcemente el Santo: Bien está, hermano mío, vos no habéis querido simple y prontamente obedecer. ¿Qué queréis apostar que el árbol es más obediente que vos? Así sucedió, porque al otro día se halló totalmente seco y no dio más fruto. El buen Jonás con verdad decía que no quería conservar la higuera para sí; porque en setenta y cinco años que estuvo en la Religión y fue hortelano no probó jamás fruta alguna, sino que fue muy liberal en darla a sus hermanos; todavía aprendió con esto cuán agradable era a Dios la prontitud en la obediencia. Cristo Nuestro Señor en todo el tiempo de su vida nos dio continuos ejemplos de esta prontitud en la obediencia, porque no se hallará persona más rendida y pronta de lo que lo estaba él a la voluntad de todos. A su imitación debemos aprender a ser grandemente prontos en obedecer; porque no basta al corazón amoroso hacer lo que se le manda o lo que otro le significa desear, sino lo hace

prontamente: no ve la hora de cumplir lo que se le ordena, para que de nuevo se le ordene otra cosa. David no tuvo más que un simple deseo de beber del agua de la cisterna de Belén, y al punto fueron tres soldados a traerla pasando por medio del ejército de los enemigos. Extremadamente se manifestaron prontos en seguir el deseo del rey, y se ve que muchos grandes Santos han hecho lo mismo por seguir las inclinaciones y deseos que conocían ser del Rey de reyes Nuestro Señor. ¿Qué mandato tuvo de Dios santa Catalina de Sena, que le obligase a beber o lamer con la lengua la podre que salía de la llaga de aquella pobre mujer que servía? ¿Y san Luis, rey de Francia, de comer con los leprosos lo que en sus platos sobraba? Ciertamente es que no tenían obligación alguna a hacerla; pero sabiendo que Nuestro Señor amó y dio muestras de su inclinación a la propia abyección y abatimiento, pensando hacerle servicio en seguir su ejemplo, hicieron con grande amor aquellas cosas, aunque muy repugnantes a su sentido. Obligados estamos a socorrer al prójimo en su extrema necesidad; pero porque la limosna es uno de los consejos de nuestro soberano Maestro, muchos la dan voluntariamente según su posibilidad. Sobre esta obediencia a los consejos se infiere la obediencia amorosa que nos mueve a emprender el seguir exactamente los deseos y las intenciones de Dios y de nuestros superiores. Pero conviene que os advierta un engaño en que se puede caer. Porque si los que intentasen emprender esta virtud muy exactamente, quisiesen siempre estar atentos a conocer los deseos y las inclinaciones de sus superiores o de Dios, perderían infaliblemente el tiempo. Pongo por ejemplo: mientras que yo anduviese inquiriendo cual es el deseo de Dios, no me ocuparía en ponerme en tranquilidad y reposo junto a él, que es el deseo que ahora tiene, pues no me da otra cosa que hacer. Por lo que, el que por seguir la voluntad que Nuestro Señor ha manifestado de que se socorra a los pobres, se quisiese andar de ciudad en ciudad por buscarlos, ¿quién no ve que mientras estaría en la una, dejaría de socorrer a los que habitaran en la otra? En esta obra conviene caminar con sencillez de corazón, esto es, hacer la limosna cuando se encuentra la ocasión, sin irme corriendo por las calles buscando de casa en casa si hay algún pobre que yo no conozca. De la misma manera, cuando yo percibo que el superior desea alguna cosa de mí, conviene que yo me muestre pronto para hacerla sin andar buscando si podré conocer si tiene otra alguna inclinación de que yo haga otra cosa, porque este desvelo desterrará la paz y sosiego del corazón, que es el principal fruto de la obediencia amorosa. La tercera condición de la obediencia, es la perseverancia. Esta nos enseñó Nuestro Señor muy particularmente, como San Pablo lo declara por estas palabras: Fue obediente hasta la muerte (Fil 2, 8). Y ensalzando esta obediencia, añade: Hasta la muerte de cruz. En estas palabras, hasta la muerte, presupone que fue obediente todo el tiempo de su vida, durante la cual no se vio otra cosa en él que actos de obediencia, así a sus padres como a muchos otros, aun también a los impíos y malos; y como comenzó por esta virtud el curso de su vida, así lo acabó con ella. El buen religioso Jonás nos presenta dos ejemplos acerca de la perseverancia, y aunque no obedeció tan prontamente al mandamiento de san Pacomio, fue no obstante monje de gran perfección; porque desde el día en que entró en la Religión hasta la muerte, continuó el oficio de hortelano sin dejarle jamás en setenta y

cinco años que estuvo en el monasterio; y el otro ejercicio en que perseveró también toda su vida, como dije arriba, fue en el de hacer esteras de juncos entretejidas con hojas de palmas, de modo que murió haciéndolas. Es por cierto una gran virtud el perseverar tan largo tiempo en tal ejercicio; porque hacer con alegría una cosa que se manda por una vez, yeso cuando quisierais, no cuesta nada; pero cuando os digan: habéis de hacer siempre esto toda vuestra vida, ahí consiste el punto principal de la virtud, porque en eso está la dificultad. Ved aquí, pues, lo que tenía que deciros acerca de la obediencia. Pero añadido esta palabra: La obediencia es de tan, gran precio, que es compañera de la caridad, y estas dos virtudes son las que dan valor y quilates a todas las otras, de modo que sin ellas no son nada. Si os faltan estas dos virtudes, todo os falta; si las tenéis, todas las otras os vendrán. Pero, pasando más adelante, dejando aparte la obediencia general a los preceptos de Dios, y hablando de la obediencia religiosa, yo digo; que si el religioso no obedece, no puede tener virtud alguna; porque la obediencia es la que principalmente le hace religioso, por ser la virtud propia y particular de la Religión. Aunque tengáis el deseo del martirio, por amor de Dios, todo es nada si no tenéis la obediencia. Léese en la vida de san Pacomio, que uno de sus monjes habiendo perseverado todo el tiempo de su noviciado en una humildad y sumisión ejemplar, vino a buscar al Santo, y llevado de un gran fervor le dijo que él tenía un grandísimo deseo del martirio y que jamás estaría contento hasta conseguirle; que le suplicaba humildemente que rogase a Dios para que se lo concediese. El santo Padre procuró moderarle aquel, fervor; pero cuanto más le decía, tanto más se enfervorizaba en su propósito. Díjole el Santo: Hijo mío, más vale vivir en obediencia y morir todos los días con una continua mortificación de sí mismo, que martirizar nuestra imaginación; pues así muere mártir quien bien se mortifica. Mayor martirio es perseverar toda la vida en obediencia, que morir de un solo golpe de cuchillo. Vivid en paz, hijo mío, y sosegad vuestro espíritu divirtiéndole de ese deseo. El religioso, que se había creído que su deseo procedía del Espíritu Santo, no se templó nada en su ardor, instando siempre al buen Padre que hiciese encomendar a Nuestro Señor que le concediese su deseo. De allí a poco tiempo vinieron nuevas muy propias a su consuelo, porque vino a ocupar una montaña vecina al convento un cierto sarraceno jefe de bandoleros. San Pacomio le llamó y le dijo: Ea, hijo mío, ha llegado la hora que tanto habéis deseado; andad en buen hora a cortar leña a la montaña. El religioso, perdido y como fuera de sí de alegría, se fue cantando salmos en alabanza de Dios, dándole gracias porque se había dignado hacerle la merced de darle esta ocasión de morir por su amor; en fin, él en nada pensaba menos que en lo que le sucedió. Pues, ved aquí que los bandoleros habiéndole descubierto vinieron a él y comenzaron a maltratarle y amenazarle con la muerte, y él por poco tiempo se mostró valiente. Tú has de morir, le dijeron. No buscaba yo otra cosa, respondió, que morir por Dios. Lleváronle donde estaba su ídolo para hacer que le adorase. Cuando vieron que constantemente lo rehusaba, trataron de veras de matarlo. ¡Pobre de mí! Este religioso, tan valiente en su imaginación, viéndose ya el cuchillo a la garganta: Por merced os pido, dijo, no me matéis que haré todo lo que quisierais; tened piedad de mí que soy tan joven. ¿De qué provecho os puede ser acabar el curso de mis días? En fin, él adoró al ídolo, y aquellos

hombres perversos, burlándose de él, lo aporrearon muy bien y lo dejaron volver a su monasterio: habiendo llegado a el más muerto que vivo, todo pálido y transido, san Pacomio, que le había salido al encuentro, le dijo: Y bien, hijo mío, ¿cómo va? ¿qué hay, que venid tan desfallecido? Entonces el pobre religioso, todo corrido y confuso porque le compungía su soberbia, no pudiendo sufrir el ver que había cometido un yerro tan grande, se echó en tierra y confesó su pecado; al cual el Padre remedió prontamente haciendo que los religiosos orasen por él, y pidiendo perdón a Dios lo restituyó al buen estado, y después le dio advertencias saludables diciéndole: «Hijo mío, acordaos que es mejor tener pequeños deseos de vivir según la comunidad y solo querer ser fiel en la observancia de las Reglas, y no emprender ni querer otra cosa fuera de lo que en ellas se comprende, que tener grandes deseos de hacer maravillas imaginarias. Estas no son buenas sino para hinchar nuestros corazones con la soberbia y hacernos despreciar a los otros, pareciéndonos que somos algo más que ellos. ¡Oh cuán bueno es vivir al abrigo de la santa obediencia, mejor que retirarnos de sus brazos por buscar lo que nos parece más perfecto! Si tú te hubieras contentado, como yo te decía, con vivir mortificándote bien, supuesto que nada deseabas menos que la muerte, no hubieras caído, como dices que has hecho. Pero buen ánimo; acuérdate de vivir de aquí en adelante en sumisión, asegúrate de que Dios te ha perdonado.» Obedeció aquel el consejo del Santo portándose todos los días de su vida con mucha humildad. Aun digo más; que la obediencia no es de menos mérito que la caridad. Porque dar un jarro de agua por caridad vale el cielo, como Nuestro Señor mismo lo dice (Mt 10, 41). Haced otro tanto por obediencia y ganaréis lo mismo. La más mínima cosa hecha por obediencia es gratísima a Dios. Comed por obediencia, y vuestra comida es más agradable a Dios que los ayunos de los anacoretas, si son hechos sin obediencia. Descansad por obediencia, y vuestro reposo es más meritorio delante de Dios y más agradable que el trabajo voluntario. Pero me diréis: ¿qué me sucederá por practicar tan exactamente esta obediencia amorosa con las condiciones susodichas, ciega, pronta y perseverantemente? Oh, amadas hijas, el que así lo hiciere gozará en su alma de una continua tranquilidad y de la santísima paz del Señor, la que sobrepaja a todo sentido. No tendrá que dar cuenta alguna de sus acciones, pues todas las habrá hecho por obediencia así a la regla, como a los superiores. ¡Qué felicidad más digna de desearse que esta! Ciertamente que el verdadero obediente (quiero decir esto de paso) ama su regla, la honra y estima únicamente como el verdadero camino por el que debe encaminarse a la unión de su espíritu con Dios; y así no se aparta un punto de este camino ni de la observancia de aquellas cosas que allí se dicen por modo de dirección, como de las que se imponen de precepto. El verdadero obediente vivirá dulcemente, y con la paz que un niño que está en los brazos de su querida madre, el cual no tiene cuidado de lo que le puede suceder. Que la madre le lleve sobre el brazo derecho o sobre el izquierdo, no se le da nada: así el verdadero obediente, que se le mande esto o aquello, no le da pena, con tal que se le mande; y como siempre esté entre los brazos de la obediencia, quiero decir, en el ejercicio de ella, estará contento. A este tal bien le puedo asegurar de parte de Dios el cielo por toda la eternidad, como también que durante el curso de esta vida mortal gozará de la verdadera tranquilidad; y de esto no

se puede dudar. Ahora también me preguntáis, ¿si estáis obligadas bajo pena de pecado a hacer todo lo que los superiores os dicen que hagáis: como, cuando dais cuenta, si es necesario o no que tengáis por precepto todo lo que la superiora os dice que es conveniente a vuestro aprovechamiento? Hijas mías, los superiores, como tampoco los confesores, no tienen siempre intención de obligar a los inferiores con los documentos que les dan; y cuando quieren obligarlos, usan de los términos mando bajo pena de obediencia, y entonces los inferiores están obligados a obedecer bajo pena de pecado aunque el mandato sea muy ligero y de cosa de poca importancia, pero no de otro modo. Porque ellos dan advertencias de tres maneras, unas por modo de mandamiento, otras en forma de consejo, las otras por modo de simple dirección. Lo mismo es en las Constituciones y Reglas; porque en ellas hay algunos artículos que dicen: Las hermanas podrán hacer tal cosa: otros que dicen, se guardarán de hacerla. Los unos son consejos, los otros mandamientos. Las que no quisieren sujetarse a los consejos y a la dirección, contravendrán la obediencia amorosa; y esto sería mostrar una tibieza grande de corazón y tener poco amor de Dios, no queriendo hacer más de lo que es de precepto sin nada de supererogación. Y aunque no contravengan a la obediencia que han votado, que es de los mandamientos y consejos, no obstante cuando no se sujetan a seguir la dirección contravienen a la obediencia amorosa a la que todas las monjas de la Visitación deben aspirar. Me preguntáis ¿si cuando os mudan la superiora podréis pensar que la que os dan no es tan capaz como la que teníais, y que no conoce tan bien el camino por donde conviene llevaros? Verdaderamente no está en nuestra mano impedir que no se ofrezca el pensamiento; pero si el no detenerse en él. Porque si Balaán fue instruido y avisado por una jumentilla, con mucha más razón debéis vosotras creer que Dios, que os ha dado esa superiora, dispondrá que os encamine según su voluntad, aunque no sea conforme a la vuestra. Nuestro Señor tiene prometido que jamás se perderá el verdadero obediente. No hay que dudar; el que siguiere indistintamente la voluntad y dirección de los superiores que Dios le ha puesto, aunque estos sean ignorantes y gobiernen a sus inferiores, según su poco saber, por caminos escabrosos y arriesgados, sujetándose ellos a todo lo que manifiestamente no es pecado ni contra los mandamientos de Dios y ti de su santa Iglesia, yo os puedo asegurar que jamás errarán. El verdadero obediente, dice la Escritura santa, hablará de sus virtudes; (Prov 21, 28) quiere decir, saldrá vencedor de todas las dificultades en que por obediencia fuere puesto, y sacará gloria y honor de los caminos en que entrare por obediencia, por peligrosos que sean. ¡Sería una gustosa manera de obedecer, si no obedeciéramos a otros superiores sino a aquellos que nos agradan! Si hoy que tenéis una superiora de mucha estima, así por su cualidad como por su virtud, la obedecéis de buena gana; y mañana que tendréis otra, no tan estimable, no la obedecéis con tan buena voluntad, dándole igual obediencia, pero no estimando tanto lo que os dice y no cumpliéndolo con tanta satisfacción, ¿quién no ve que obedecéis a la otra por vuestra inclinación y no puramente por Dios? Porque si eso fuera, tendríais tanto gusto y haríais tanta estima de lo que esta os dice, como hicierais de lo que os decía la otra. Muchas veces os he dicho una cosa, y es bueno repetirla, siempre, porque siempre conviene observarla, y es, que todas nuestras acciones se deben practicar según

la parte superior, debéis vivir así en esta casa, y jamás según vuestros sentidos e inclinaciones. No hay duda que yo tendré más satisfacción, en cuanto a la parte inferior de mi alma, de hacer lo que me manda un superior a quien tengo inclinación que no lo que me manda otro a quien no la tengo. Mas como yo obedezca igualmente en cuanto a la parte superior basta; y mi obediencia es más preciosa, cuanto es menos gustosa, porque en esto mostramos que obedecemos por Dios y no por nuestro placer. No hay cosa más común en el mundo que este modo de obedecer a los que se aman; pero el otro es muy raro y solo se practica en las Religiones. Mas puede ser que digáis: ¿no es permitido reprobado lo que esta superiora hace, diciendo o pensando por qué ordena cosas que la otra no mandaba? No por cierto, jamás, mis raras hijas, antes conviene aprobar todo aquello que las superioras hacen o dicen, permiten o niegan, mientras no es contra los mandamientos de Dios; porque entonces no conviene obedecerlo ni aprobarlo. Pero fuera de esto, las súbditas deben siempre creer y hacer confesar a su propio juicio que las superioras obran muy bien y que tienen bastante razón para hacerla; porque de otra suerte sería hacerse superiora, y a la superiora inferior, constituyéndose juez de su causa. Conviene doblar las espaldas al peso de la santa obediencia, creyendo que entrambas superioras tuvieron bastante causa para ordenar lo que ordenaron, aunque diferentemente y al contrario la una de la otra. Pero ¿no sería lícito a una monja, por si lo imagináis, que largo tiempo ha vivido en la Religión, y ha hecho grandes servicios, relajarse un poco en la obediencia a lo menos en alguna cosa leve? ¡Oh buen Dios! Eso sería hacer lo mismo que un piloto experto, que habiendo conducido su nave al puerto después de haber trabajado larga y penosamente por salvarla del peligro de la tormenta y de las mareas del mar, quisiese al fin, llegando al puerto, romperla y arrojarla al mar. ¿Quién no le tendría por loco? Porque si eso quisiese hacer, excusado era trabajar tanto en conducirla al puerto. La religiosa que ha comenzado bien no lo ha hecho todo, si hasta el fin no persevera. Tampoco se ha de decir que solo a las novicias pertenece ser tan exactas; porque si bien ordinariamente se ve en todas las Religiones que las novicias son muy exactas mortificadas, esto no es porque ellas tengan más obligación que las profesas; no por cierto, de ninguna manera la tienen, antes perseveran en obediencia por conseguir la gracia de la profesión; pero las profesas están obligadas en virtud de los votos que ha hecho, los que no basta haberlos hecho para ser religiosas si no los guardan. La religiosa que pensase poderse relajar en alguna cosa después de su profesión, aun después de haber vivido en la Religión mucho tiempo, se engañaría grandemente. Nuestro Señor se mostró más exacto en su muerte que en su infancia en dejarse manejar y doblar, como tantas veces he dicho, y esto baste para aficionarnos a la obediencia. Resta solamente decir con brevedad una palabra sobre la pregunta que ayer tarde se me hizo: esto es, si es lícito a las hermanas decirse la una a la otra que han sido mortificadas por la superiora o maestra de novicias en alguna ocasión. Respondo que esto se puede decir de tres maneras: La primera es, que una hermana puede ir a decir a otra: ¡oh mi Dios, hermana mía! que nuestra madre me ha mortificado muy bien y estoy toda alegre de haber sido digna de aquella mortificación y de que la superiora me haya puesto en ocasión de lograr aquella pequeña ganancia para mi alma, diciéndome claramente mi falta sin

perdonármela; y por esto comunica su intento a su hermana para que le ayude a dar gracias a Dios. La segunda manera en que se puede decir, es por consolarse. Ella juzga la mortificación o corrección muy pesada, y se va a descargar un poco con la hermana a quien lo dice, la cual, compadeciéndose, le quitará una parte de la carga. Y esta segunda no es tan soportable como la primera, porque se comete una imperfección en quejarse. La tercera, es de todo punto mala, que es decirlo por modo de murmuración y sentimiento, y por dar a entender que la superiora le ha hecho agravio. Este modo, yo sé bien que por la gracia de Dios no se usa en esta Casa. En la primera, aunque no sea malo el decirlo, sería bueno el callarlo recogiendo dentro de sí misma y consolándose con Dios. En la segunda, ciertamente no conviene usarlo, porque por medio de nuestras quejas perdemos el mérito de la mortificación. ¿Sabéis lo que se ha de hacer cuando somos corregidos o mortificados? Debemos tomar la mortificación como una manzana de amor y esconderla en nuestro corazón, besándola y acariciándola lo más tiernamente que nos sea posible. El andar diciendo: yo vengo de hablar a nuestra madre; yo estoy tan seca como estaba antes; no hay otra cosa sino allegarse a Dios; yo no hallo consuelo alguno en las creaturas; menos consolada estoy de lo que estaba, esto no es conveniente. La hermana a quien esto se dice, debería responder dulcemente: Mi amada hermana, ¿por qué no os habéis conformado con Dios en la manera que decís? Conviniera hacerla antes de ir a hablar a nuestra madre, y no saldríais disgustada de que no os consolase; pero en el sentido que decís, que conviene estrecharse mucho con Dios, mirad bien no sea que buscándole a falta de las creaturas no se quiera dejar hallar; porque quiere ser buscado ante todas las cosas y con desprecio de todas ellas. ¿Por qué las creaturas no me consuelan, yo busco al Creador? eso no, el Creador merece que yo lo deje todo por él, y así quiere que lo hagamos. Cuando, pues, salimos de la presencia de la superiora sin haber recibido ni una sola gota de consuelo, conviene que llevemos nuestra sequedad como un bálsamo precioso, del modo que se hace con los afectos que se reciben en la santa oración. Digo como un bálsamo, porque tengamos un gran cuidado de no dejar derramar este licor precioso que se nos ha enviado del cielo, como un grandísimo don, a fin de perfumar nuestro corazón con la privación del consuelo que pensábamos hallar en las palabras de la superiora. Pero hay una cosa que notar a este propósito, y es que tal vez se halla una persona con un corazón seco y duro cuando va a hablar a la superiora, que no es capaz de ser rociado ni bañado con el agua de la consolación, de modo que de ninguna manera puede recibir lo que dice la superiora, y aunque hable muy a propósito de vuestra necesidad, no obstante no lo parece. Otra vez os hallaréis con el corazón tierno y bien dispuesto, y ella no os dirá más que tres o cuatro palabras no tan a propósito de vuestra perfección como las otras, y quedaréis consolada. Y ¿por qué es esto? ¿porque vuestro corazón se hallaba dispuesto para ello, parece que las superioras tienen el consuelo en los labios y que le derraman fácilmente en los corazones que ellas quieren? Os engañáis, porque no siempre pueden estar de un mismo humor como a todos sucede. Dichoso aquel que puede guardar igualdad de corazón en medio de tanta desigualdad de sucesos. Apenas estaremos consolados, cuando de allí a poco tendremos el corazón tan seco que nos costará mucho trabajo decir una palabra de consuelo.

También me preguntáis ¿cuál es el ejercicio más propio para hacer morir al propio juicio? A lo que respondo, que el cortar fielmente toda clase de discursos y ocasiones en que él se quiere hacer señor, obligándole a entender que no es más que un criado. Porque, amadas hijas, no por otro medio que por actos reiterados alcanzamos las virtudes, si bien ha habido algunas almas a quienes Dios se las concedió todas en un momento. Cuando, pues, os viene deseo de juzgar si una cosa está bien o mal ordenada, cortad el discurso a vuestro propio juicio. Y cuando después os dijeren que se ha de hacer cierta cosa de esta o de aquella manera, no os detengáis a discurrir o discernir si se podía hacer mejor de otra, forzando a vuestro juicio a creer que jamás pudiera estar mejor hecha que de la manera que se os dijo. Si os ponen algún ejercicio, no permitáis a vuestro juicio que se ponga a discernir si os vendrá bien o no: y advertid que, aunque hagáis la cosa en la forma que se os ha mandado, muy de ordinario el juicio propio no obedece; quiero decir, no se sujeta, porque no aprueba el mandato, de que ordinariamente se origina la repugnancia que tenemos en sujetarnos a hacer lo que se nos manda. Porque el entendimiento y el juicio representan a la voluntad que no se debió mandar, o que convendrá usar de otros medios para hacer lo que se nos dice fuera de los que se nos dan; y así la voluntad no puede sujetarse, porque siempre hace más estima de las razones que le muestra el propio juicio que de cualquiera otra cosa, porque cada uno cree que es su juicio el mejor. Jamás encontré persona que no haga caso de su juicio, sino dos que me confesaron que de ninguna manera le tenían: y el uno de ellos, habiendo venido una vez a buscarme, me dijo: Señor, decidme, os ruego, cierta cosa, porque yo no tengo juicio para comprenderla; lo que me causó mucha admiración. En nuestra edad tenemos un ejemplo muy notable de la mortificación del propio juicio. Este es un doctor grande y de mucho nombre, el cual compuso un libro que tituló: De las Dispensaciones y Preceptos, y habiendo llegado un día a las manos del Papa, juzgó que contenía algunas proposiciones erróneas, y escribió a este doctor que las quitase de su libro. Él, habiendo recibido el mandato, rindió tan absolutamente su juicio, que no quiso declarar su opinión para justificarse, antes por el contrario creyó que había errado y que se había dejado engañar de su propio juicio; y subiendo en la cátedra leyó en alta voz lo que Su Santidad le había escrito; cogió el libro y le hizo pedazos, y después dijo, que lo que el Papa había juzgado sobre aquel hecho, estaba muy bien, que aprobaba de todo corazón la censura y corrección paternal que se había dignado hacerle, siendo justísima y dulcísima para él que merecía ser rigurosamente castigado: que se maravillaba mucho de cómo tan ciegamente se había dejado engañar de su juicio en cosas manifiestamente perniciosas. De ninguna manera estaba obligado a tanto, porque Su Santidad no se lo mandaba; solo le decía que borrarse de su libro cierta cosa que no le parecía bien; y es de notar que no eran cosas de herejía ni manifiestamente erróneas que no se pudiesen defender. Mostró, empero, en esta ocasión una gran virtud y una mortificación del propio juicio admirable. Muchas veces veréis los sentidos mortificados, porque la propia voluntad concurre a mortificarlos: vergonzosa cosa sería manifestar resistencia a la obediencia: ¿qué se diría de nosotros? Pero del propio juicio, muy raramente se halla bien mortificado alguno. Confesar que lo que se manda es bueno, amarlo y tenerlo como cosa buena y útil sobre

todas las otras, esto es a lo que el propio juicio resiste. Porque hay muchos que dicen: Yo bien haré lo que se me manda, pero conozco que se haría mejor de otra manera. ¡Oh pobre de mí! si de ese modo alimentáis vuestro juicio, sin duda él os embriagará; porque no hay diferencia entre una persona embriagada y otra que está llena de su propio juicio. Estando un día David en campaña con sus soldados, cansado y acosado del hambre, no hallando ya de que comer, envió a pedir al marido de Abigail algunas vituallas: estaba el miserable por desgracia embriagado, y comenzando a hablar como tal, dijo que David, después de haberse comido sus robos, enviaba a su casa para arruinarle como a los otros; y que él no pensaba darle cosa alguna: sabiendo esto David, dijo: Vive Dios, que me lo ha de pagar el descomedido al bien que de mi ha recibido, guardándole su ganado y estorbándole el daño que le podía venir (1R. 25, 21). Abigail, siendo avisada del enojo de David, fue el día siguiente a buscarle con un presente por aplacarle, usando de estos términos: Señor mío, ¿qué queréis hacer con un loco? Ayer que mi marido estaba embriagado habló mal; pero habló como tal y como loco. Templad, señor, vuestro enojo y no queráis poner vuestras manos en él porque después os pesará de haberlas puesto en un loco. Las mismas excusas se pueden dar de una persona embriagada y de nuestro propio juicio; porque poco menos está incapaz de razón la una que el otro. Conviene, pues, tener grandísimo cuidado en apartarle de estas consideraciones, para que con sus discursos no nos embriague, principalmente en lo que toca a la obediencia. En fin, queréis saber si debéis tener una grande confianza y cuidado en avisaras vuestras faltas las unas a las otras con caridad. Esto sin duda, hijas mías, conviene hacerla, porque ¿a qué propósito veréis en vuestra hermana un defecto y no procuraréis quitárselo por medio de una advertencia? Pero es necesario tener en esto discreción; porque no sería buen tiempo de advertírselo cuando la viereis poco dispuesta o apretada de melancolía; pues entonces correrá peligro de que ella al primer encuentro desprecie vuestra advertencia. Es menester detenerse un poco y después advertírselo en confianza y caridad. Si una hermana os dice palabras que tiran a murmuración, y por otra parte se ve que tiene el corazón sosegado, sin duda conviene que con mucha confianza le digáis: Hermana mía, esto no está bien hecho; pero si conocéis que su corazón está movido por alguna pasión, entonces conviene mudar de plática lo más diestramente que podáis. Diréis que tenéis miedo de advertir muy a menudo a una hermana las faltas que hace, porque con esto se le quita la seguridad y viene a caer más con el mismo recelo que tiene de caer. ¡Oh mi Dios! no conviene hacer este juicio de las hermanas de acá dentro; porque esto de perder la seguridad cuando se advierten los defectos, no pertenece sino a las hijas del mundo. Nuestras hermanas aman mucho su abatimiento para hacerlo así, y están tan lejos de conturbarse por eso, que antes cobrarán mayor aliento y tendrán más cuidado de enmendarse, no ya por evitar el ser advertidas; porque supongo que aman en supremo grado todo lo que las puede hacer viles y abatidas a sus ojos, sino por hacer siempre mejor lo que deben y ajustarse más a su vocación.

CONFERENCIA XII. DE LA SIMPLICIDAD

De la simplicidad y prudencia religiosa

La virtud de que hemos de tratar es tan necesaria, que, aunque yo he hablado muchas veces de ella, con todo eso tenéis deseo de que haga de ella una conversación entera. Conviene primeramente saber qué cosa sea esta virtud de la simplicidad. Bien sabéis que comúnmente llamamos a una cosa sencilla o simple cuando no está recamada, aforrada o guarnecida. Pongo por ejemplo: solemos decir: ved allí una persona que anda vestida muy simplemente, cuando no lleva en su vestido cosa de hechura o guarnición ni algún aforro labrado que se vea, sino que su hábito y vestido es de una sola tela y un traje simple. La simplicidad, pues, no es otra cosa que un acto de caridad puro y simple, que no tiene otro fin que adquirir el amor de Dios; y nuestra alma es simple, cuando no tiene otra pretensión en todo cuanto obra. La historia tan común de las hermanas que hospedaban a Nuestro Señor, Marta y Magdalena, es muy considerable a este propósito: porque ¿no veis como, aunque el fin de Marta era loable porque quería regalar a Nuestro Señor, no dejó de ser reprendida por el divino Maestro? Y la razón fue porque, además del buen fin que ella tenía en su solicitud, miraba también a Nuestro Señor en cuanto a hombre, y le parecía era como los otros hombres a los cuales un solo manjar o una especie de vianda no les basta: esto era lo que grandemente la conturbaba con el deseo de aparejar muchos platos. Y de este modo anteponía al primer fin, que es el amor de Dios, el ejercicio de otras muchas menores pretensiones; por las que Nuestro Señor la reprendió: Marta, Marta, tú te turbas por muchas cosas, siendo así que una sola es necesaria, que es la que Magdalena ha escogido y jamás le será quitada (Mt 10, 16). Este acto, pues, de caridad simple, que hace que no tengamos otra mira en todas nuestras acciones que el solo deseo de agradar a Dios, es la parte de María, que solo es necesaria, y esta es la simplicidad, virtud inseparable de la caridad en cuanto mira derechamente a Dios, sin que jamás pueda sufrir alguna mezcla de propio interés: de otra manera no sería simplicidad, pues ella no puede tolerar alguna distracción con las creaturas, ni consideración alguna de ellas; solo Dios tiene lugar en ella. Esta virtud es puramente cristiana. Los gentiles, aun los que hablaron mejor de las otras virtudes, no tuvieron noticia alguna de esta, como tampoco de la humildad; porque de la magnificencia, de la liberalidad y de la constancia escribieron muy bien; mas de la simplicidad y de la humildad, no dijeron ni una palabra. Nuestro Señor bajó del cielo para dar conocimiento a los hombres de la una y de la otra; de otra manera siempre hubieran ignorado tan importante doctrina. Sed prudentes como las serpientes, dijo a sus Apóstoles; pero pasad un poco adelante, y simples como las palomas (Lc 10, 42). Aprended de las palomas a amar a Dios en simplicidad de corazón, no teniendo más que esta sola pretensión y fin en todas vuestras obras; pero no imitéis solamente la simplicidad del amor de las palomas en cuanto nunca tienen más que un consorte, por el que lo hacen todo y a quien

solo quieren agradar; pero imitadlas también en la simplicidad que practican en el ejercicio y testimonio que dan de su amor; porque no hacen muchas cosas, ni grandes caricias, sino que simplemente dan sus pequeños gemidos alrededor de sus palomos y se contentan con tener su compañía cuando están presentes. La simplicidad destierra del alma la solicitud y cuidado que muchos inútilmente tienen en buscar muchos ejercicios y medios para amar a Dios, como ellos dicen; y les parece, que si no hacen todo lo que los Santos hicieron no pueden estar contentos. ¡Pobre gente! ellos se atormentan por hallar el arte de amar a Dios, y no saben que no hay otro que amarle; piensan que hay cierto artificio para adquirir este amor, cuando este no se halla sino en la simplicidad. Esto que digo que no hay arte, no es por despreciar ciertos libros que se titulan: Arte de amar a Dios, porque estos enseñan que no hay otro arte que ponerse a amarle, quiero decir, poner en ejecución las cosas que le son agradables, lo que es el solo medio de hallar y conseguir este sagrado amor, con tal que esta práctica se emprenda con sencillez y sin turbación ni congoja. La simplicidad abraza verdaderamente los medios que a cada uno, según su vocación, le están señalados para adquirir el amor de Dios; de tal modo que no quiere otro motivo para ser incitada buscar y conseguir este amor que su mismo fin; de otra manera no sería perfectamente simple; porque no puede sufrir, por perfecta que sea, otra mira que el puro amor de Dios que es su sola pretensión. Pongo por ejemplo: si una va al oficio y le preguntan ¿dónde vais? responderá, a mi oficio: ¿pero por qué vais? Yo voy por alabar a Dios. ¿Por qué más en esta hora que en otra? Porque habiendo tocado la campana, sino fuese causarían nota. El fin de ir al oficio por Dios es muy bueno; pero aquel motivo no es simple; pues que la simplicidad requiere que ella vaya solo por el deseo de agradar a Dios sin otra mira alguna; y así en todas las cosas. Pero antes de pasar adelante, conviene descubrir un engaño que hay en el espíritu de muchos tocante a esta virtud; porque ellos piensan que la simplicidad es contraria a la prudencia, y que la una es opuesta a la otra; lo que no es así, porque jamás las virtudes se contradicen entre sí, antes tienen una grandísima unión. La virtud de la simplicidad es opuesta y contraria al vicio de la astucia, vicio que es la fuente de donde proceden las cautelas, artificios y dobleces. La astucia es una masa de trazas, engaños y malicias, por cuyo medio se hallan invenciones para engañar al prójimo y a aquellos con quienes tratamos, para atraerlos a lo que pretendemos, que es hacerles entender que no tenemos otro sentimiento en el corazón que el que manifestamos por la boca, ni otro conocimiento de la materia de que se trata; cosa que infinitamente es contraria a la sencillez y candor, que requiere tengamos el interior enteramente conforme al exterior. No por esto, quiero decir, que se deben manifestar los movimientos de nuestras pasiones en lo exterior como lo sentimos en lo interior; porque no es contra la simplicidad el mostrar entonces el buen semblante que se puede tener. Conviene hacer siempre distinción entre los afectos de la parte superior de nuestra alma y los de nuestra parte inferior. Es cierto que algunas veces sentimos gran conmoción en nuestro interior cuando se nos da una corrección, o por otra cualquiera contradicción; pero este movimiento no proviene de nuestra voluntad, antes todo él pasa en la parte inferior sin consentirlo la parte superior, la que las más de las veces tiene por buena, agradece y acepta la corrección. Hemos dicho que la simplicidad

tiene su continua mira en la adquisición del amor de Dios; pero este amor quiere de nosotros que refrenemos nuestros sentimientos, que los mortifiquemos y consumamos. Y por esto no quiere que los manifestemos y permitamos salir a fuera: no es, pues, faltar a la simplicidad el mostrar el rostro alegre cuando en lo interior estamos turbados. Pero diréis ¿no será engañar a los que nos ven, supuesto que cuando nos hallamos muy inmortificadas, creerán que somos muy virtuosas? Esta reflexión, hijas mías, sobre lo que se dirá o se pensará de vosotras es contraria a la simplicidad; porque hemos dicho que ella no mira más que a contentar a Dios y de ninguna manera a las creaturas, sino en cuanto el amor de Dios lo requiere. Después que el alma sencilla ha hecho una acción que juzga deberse hacer, no piensa más en ella; y si le viene al pensamiento lo que se dirá o pensará de ella, corta con prontitud el discurso porque no puede sufrir algún divertimento en su pretensión, que es la de estar atenta a su Dios para que crezca en ella su amor; la consideración de las creaturas no la mueve en cosa alguna, porque todo lo refiere a su Creador. Lo mismo se puede decir, si se pregunta si es permitido servirse de la prudencia para no descubrir a los superiores lo que se pensase que los podría turbar o causarnos pesadumbre diciéndolo; porque la simplicidad no mira sino si es conveniente decir o hacer tal cosa, y después se pone a hacerla sin perder tiempo en pensar si el superior se turbará o si me inquietaré yo si le digo lo que imagino de él; si es preciso que yo se lo diga, no dejaré de hacerla sencillamente, y después suceda lo que Dios fuere servido; mientras yo haya cumplido con mi obligación, nada habrá que me dé cuidado. No es conveniente temer tanto la turbación que a mí o a otros puede venir; porque la turbación por sí misma no es pecado. Si yo entiendo que yendo en compañía de alguno me dirá otro alguna palabra que me turbará y conmovirá, no por esto debo dejar de ir; pero debo armarme de la confianza que debo tener en la protección divina que me dará fuerzas para vencer mi naturaleza, contra la que quiero pelear: esta turbación no alcanza más que a la parte inferior del alma, y por eso no conviene asombrarnos de ella cuando no ha venido, quiero decir, cuando no consentimos en lo que ella nos sugiere; porque en caso que consistiésemos no con vendría ejecutarlo. Pero esta turbación ¿de dónde pensáis que proviene sino de falta de simplicidad? porque nos ponemos a pensar en lo qué dirán o qué pensarán, en vez de pensar en Dios y en lo que nos puede hacer más agradables a su bondad. Mas dirá alguna: ¿si yo digo una cosa y me quedo después con más pena que antes de haberla dicho? Bien, si vos no me la queréis decir, ni es necesaria, porque no se necesita de instrucción sobre aquel hecho, resolveos prontamente y no perdáis tiempo en considerar si la debéis decir o no; porque ¿a qué propósito se ha de gastar una hora de consideración sobre cada una de las acciones menudas de nuestra vida? En lo demás, entiendo que es mejor y más conveniente decir a la superiora los pensamientos que más nos mortifican, que muchos otros que no sirven de nada, sino de aumentar la conversación que tenéis con ella y si por esto quedáis con pena, vuestra poca mortificación lo causa. ¿Por qué intento diré yo lo que no es necesario ni en provecho mío, dejando de decir lo que me puede mortificar? La simplicidad, como ya he dicho, no busca más que el puro amor de Dios, el que jamás se halla tan bien como en la mortificación de nosotros mismos: y al paso que crece la mortificación nos acercamos

más al lugar donde hemos de hallar su divino amor. Fuera de esto, los superiores deben ser perfectos, o por lo menos deben hacer las obras con perfección, y por eso tienen los oídos abiertos para escuchar y entender todo lo que se les quiere decir, sin tomar la menor pesadumbre. La simplicidad no se mete en lo que hacen o harán los otros; solo piensa en sí, y aun para sí no tiene más pensamientos que aquellos que son verdaderamente necesarios; porque de los demás siempre se retira prontamente. Esta virtud tiene gran parentesco con la humildad, la que no permite que tengamos mala opinión sino de nosotros mismos. Vosotras me preguntáis ¿cómo se ha de observar la simplicidad en las conversaciones y recreaciones? Yo os respondo que como en todas las demás acciones; bien que en estas conviene tener una santa libertad y franqueza para entretenerse en materias que sirvan al espíritu de alegría y recreación. Conviene ser muy natural y llana en la conversación; pero no por eso inconsiderada, porque la simplicidad sigue siempre la regla del amor a Dios. Si os sucediere decir alguna cosilla que parezca no haber sido bien recibida de todas como quisierais, no por eso conviene detenerse a hacer reflexión o examen sobre todas vuestras palabras; no, porque sin duda es el amor propio el que nos mueve a hacer estas pesquisas y averiguaciones de si lo que hemos dicho es bien recibido o no: porque la santa simplicidad no corre tras sus palabras ni acciones, antes deja a la divina Providencia el suceso de ellas, a la que soberanamente se llega sin desviarse ni a la diestra ni a la siniestra, siguiendo simplemente su camino; y si en él encuentra alguna ocasión de practicar cualquiera virtud, se vale de ella diligentemente como de medio oportuno para llegar a su perfección que es el amor de Dios; pero no se congoja por buscarla, ni tampoco la menosprecia, de nada se inquieta, conservándose tranquila y pacífica en la confianza que tiene de que Dios sabe que su deseo es de agradarle, y esto le basta. Mas ¿cómo se podrán concordar dos cosas tan contradictorias? La una por una parte nos dice que es necesario tener gran cuidado de nuestra perfección y adelantamiento, y la otra nos prohíbe pensar en ello. Notad aquí, si os parece la miseria del espíritu humano; porque jamás se contiene en un medio, siempre corre a los extremos. Esta falta traemos de nuestra madre Eva; porque ella hizo lo mismo cuando el maligno espíritu la tentó para que comiese del fruto prohibido. Dijo que Dios le había vedado el tocarle, en lugar de decir que le había prohibido el comerle. No se dice que no penséis en vuestro aprovechamiento, sino que no penséis en él con inquietud y congoja. También es falta de simplicidad hacer tantos discursos, cuando veis las unas a las otras cometer faltas, para saber si son cosas que necesitan decirse a la superiora; porque decidme ¿la superiora no es capaz de hacerlos para juzgar si es necesaria la corrección o no? Mas ¿sé yo, diréis, con qué intención nuestra hermana ha hecho tal cosa? Bien puede ser que su intención sea buena, y así no debéis acusar su intención, sino su acción exterior si en ella hay imperfección; ni tampoco digáis que la cosa es de poca consecuencia y que no ha de servir más que para dar pena a la pobre hermana, porque todo eso es contrario a la simplicidad. La regla que os manda procurar la enmienda de las hermanas por medio de las advertencias, no os ordena ser en este punto tan atentas como si el honor de las hermanas dependiese de esta acusación. Verdaderamente conviene observar y atender el tiempo proporcionado para la

corrección; porque es algo peligroso hacerla al mismo punto que se comete la falta, pero después debemos hacer con simplicidad aquello a que estamos obligados según Dios, y esto sin escrúpulo. Porque, aunque puede suceder que esta persona se apasione y turbe después de la advertencia que le habéis dado, vos no sois la causa de ello, sino su inmortificación y si entonces comete alguna falta, esa le será motivo para que después evite otras muchas que pudiera cometer si perseverase en su defecto. La superiora no debe dejar de corregir a las hermanas por conocer que tienen gran repugnancia a la corrección, pues es muy posible que esta aversión la tengamos mientras viviéremos, porque es una cosa totalmente contraria a la naturaleza del hombre amar el ser despreciado y corregido. Pero a esta contrariedad no debe favorecerla nuestra voluntad, la que debe amar la humillación. Vosotras queréis que os diga una palabra de la simplicidad que debéis tener en dejaras guiar, según el interior, así por Dios como por vuestros superiores. Almas hay que no quieren, según ellas dicen, ser guiadas sino por el espíritu de Dios; y les parece, que todo lo que imaginan es inspiración y moción del Espíritu Santo que las toma por la mano como a niñas, y las conduce en todo lo que ellas quieren hacer. En lo que verdaderamente se engañan mucho, porque considerad, os ruego, si ha habido jamás vocación más particular que la de san Pablo, en la cual le habló Nuestro Señor por sí mismo para convertirle, y con todo eso no le quiso instruir, sino que le envió a Ananías, diciéndole: Entra en la ciudad y hallarás un hombre que te dirá lo que has de hacer. Y aunque san Pablo pudiera decir: Señor, ¿y por qué Vos mismo no me lo decís? No lo dijo; antes simplemente se fue como se le mandaba. ¿Y nosotros pensaremos ser más favorecidos de Dios que san Pablo, creyendo que nos quiere guiar él mismo sin ministerio de alguna creatura? La guía de Dios para vosotras, queridísimas hijas, no es otra que la obediencia; porque fuera de ella todo es engaño. Verdad es, que no todos somos llevados por un camino; pero también es cierto, que no es dado a cada uno de nosotros conocer por cual Dios nos llama; esto pertenece a los superiores, los cuales tienen luz de Dios para conocerlo. No se ha de decir que ellos no nos conocen bien; porque debemos creer que la obediencia y la sumisión son siempre las verdaderas señales de la buena inspiración. Y aunque puede suceder que no tengamos algún consuelo en los ejercicios que nos mandan hacer, y que los hallemos abundantes en otros, no se ha de juzgar la bondad de nuestras acciones por los consuelos, pues no conviene asirnos a nuestra propia satisfacción; porque esto será coger las flores y no el fruto. Más provecho sacaréis de lo que hicieris siguiendo la dirección de los superiores, que no ejecutando vuestros instintos interiores, que de ordinario no provienen sino del amor propio, que su color de bien procura complacerse en la vana estima de nosotros mismos. Es una verdad muy cierta que vuestro bien depende del dejaros guiar y gobernar por el espíritu de Dios sin reserva; y esto es lo que pretende la verdadera simplicidad que Nuestro Señor tanto encomendó: Sed simples como las palomas, dijo a sus Apóstoles; pero no paró aquí; pasó adelante, diciendo: Si no fuereis hechos simples como un niño, no entrareis en el reino de mi Padre. Un niño cuando es chiquito vive con gran simplicidad, la que hace que no tenga otro conocimiento que el de su madre: tiene, un solo amor, el de ésta, y en este amor una pretensión sola que es su pecho y

descansando en él no quiere otra cosa. El alma que tiene perfecta simplicidad no tiene más que un amor, que es a Dios, y este amor pretende una sola cosa, que es descansar en el seno del Padre celestial, y allí, como un niño amoroso, hacer su estancia, dejando totalmente todo el cuidado de sí misma a su buen Padre, sin que jamás, después, se cuide de cosa alguna sino de perseverar en esta santa confianza. No la inquietan tampoco los deseos de las virtudes y de las gracias que le parece son necesarias. Ella verdaderamente nada desprecia de lo que halla en su camino; pero tampoco se fatiga en buscar otros medios para perfeccionarse fuera de aquellos que le están señalados. Pero ¿de qué sirven tan ansiosos e inquietos deseos de virtudes, cuya práctica no es necesaria? La dulzura, el amor de nuestro abatimiento, la humildad, la suave caridad y cordialidad con el prójimo y la obediencia son las virtudes cuya práctica es común; y por esto nos es necesaria porque la ocurrencia de las ocasiones es muy frecuente. Pero en cuanto a la constancia, a la magnificencia y otras tales virtudes, que es muy posible que jamás se nos ofrezca ocasión de practicarlas, no pongamos mucho cuidado en ellas, que no por eso seremos menos magnánimos ni generosos. Me preguntáis ¿de qué modo deben gobernarse en todas sus acciones las almas que son llamadas en la oración a esta santa simplicidad y a este perfecto dejamiento en Dios? Yo respondo, que no solamente en la oración sino en el progreso de toda su vida deben caminar invariablemente en espíritu de simplicidad, renunciando y dejando toda su alma, sus acciones y sucesos al beneplácito de Dios por un amor de perfecta y obsoletísima confianza, remitiéndose a la merced y al cuidado del amor eterno que de ellas tiene la divina Providencia. Y por esto conservan su ánimo firme en esta forma de vida, sin permitir que se diviertan a hacer reflexiones sobre sí mismas para ver lo que obran o si están satisfechas. ¡Ay! que nuestras satisfacciones y consuelos no satisfacen los ojos de Dios, antes solamente contentan a este miserable amor y cuidado que tenemos de nosotros mismos, y no en Dios y en su consideración. Verdaderamente los niños, que Nuestro Señor: nos señala por modelo de nuestra perfección, no tienen ordinariamente cuidado alguno o pensamiento de sí mismos en presencia de sus padres, se están asidos de ellos sin volverse a mirar ni a sus satisfacciones ni a sus consolaciones que toman con buena fe y gozan en simplicidad, sin curiosidad alguna de considerar las causas ni los efectos; el amor les ocupa bastantemente sin que puedan hacer otra cosa. El que está muy atento a complacer amorosamente al amante celestial, no tiene corazón ni lugar de volver sobre sí mismo, anhelando continuamente su espíritu a la parte que le lleva el amor. Este ejercicio del continuo dejamiento de sí mismo en las manos de Dios, comprende excelentemente toda la perfección de los otros ejercicios en su perfectísima simplicidad y puridad, y mientras Dios nos permita el uso de él, no debemos mudarle. Las amantes espirituales esposas del Rey celestial se miran de cuando en cuando como las palomas que están junto a las aguas cristalinas, por ver si están bien compuestas conforme al gusto de su amante, y esto se hace en el examen de la conciencia; en el cual se limpian, purifican y adornan lo mejor que pueden, no por ser perfectas, no por. Satisfacerse, no por deseo de adelantarse en el bien, sino, por obedecer al Esposo, por la reverencia que le tienen y por el extremado deseo que tienen de darle contento. ¿No es, pues, este un amor purísimo,

limpísimo, simplicísimo?, pues ellas no se purifican por ser puras, no se adornan por ser bellas, sino solamente por agradar a su amante; al cual si el desaliño le fuera agradable, le amaran como con el aliño. Y así estas simples palomas no ponen cuidado ni muy grande, ni ansioso en limpiarse y adornarse; porque la confianza que su amor les da de ser muy amadas, aunque indignas; digo que la confianza que su amor les hace tener en el amor y bondad de su amante les quita toda inquietud y desconfianza de no parecer bastantemente bellas. Fuera de que el deseo de amar, más que de componerse y prepararse para el amor, ataja toda curiosa solicitud, y hace que se contenten con una dulce y fiel preparación hecha amorosamente y de buena voluntad. Y por concluir este punto, san Francisco, enviando sus hijos fuera a algún viaje, les daba este consejo en lugar de dinero y por toda su provisión: Poned todo vuestro cuidado en el Señor, y él os alimentara(Sal 54, 23). Yo os digo lo mismo, queridísimas hijas; arrojad bien todo vuestro corazón, vuestras pretensiones, vuestras solicitudes y aficiones en el seno paternal de Dios, y él os guiará, o por mejor decir, os llevara a donde os quiere su amor. Oíd e imitad al divino Salvador, que como perfectísimo salmista canta los soberanos quilates de su amor sobre el aro bol de la cruz, y los concluye todos así: Padre mío, yo remito y encomiendo mi espíritu en vuestras manos: Después de haber dicho esto, queridas hijas, ¿qué resta sino espirar y morir con la muerte del amor, no viviendo más en nosotros mismos, sino viviendo Jesucristo en nosotros? Entonces cesarán todas las inquietudes de nuestro corazón, nacidas del deseo que el amor propio nos sugiere y de la ternura que nos tenemos a nosotros mismos y por nosotros mismos, que nos hace secretamente inquietar por conseguir las satisfacciones y perfecciones propias: y embarcados dentro de los Ejercicios de nuestra vocación con el viento de esta simple y amorosa confianza, sin cuidar de nuestro aprovechamiento, lo promoveremos grandemente; sin andar nos adelantaremos; y sin movernos del puesto, ganaremos tierra, como hacen los que navegan en alta mar con viento favorable. Entonces todos los sucesos y variedad de accidentes que sobrevienen se reciben dulce y suavemente; porque al que está en las manos de Dios, al que reposa en su seno, al que se ha dejado en su amor, al que se ha remitido a su beneplácito ¿qué cosa le puede hacer titubear o mover? Verdaderamente en todo suceso, sin ocuparse en filosofar sobre las causas, razones y motivos de los acaecimientos, pronuncia de todo corazón este santo consentimiento del Salvador: Si, Padre mío, porque así ha parecido bien delante de Vos (Mt 11, 21). Luego nos desharemos en dulzura y suavidad para con nuestras hermanas y demás prójimos; porque veremos estas almas dentro del pecho del Salvador. ¡Ay, que quien mira al prójimo fuera de él, corre riesgo de no amarle ni pura, ni constante ni igualmente! Pero allí, ¿quién no le amará? ¿quién no le sufrirá? ¿quién no llevara sus imperfecciones? ¿quién le juzgará enfadoso y de mala condición? Este prójimo está, queridas hijas, dentro del pecho del Salvador, allí está como muy amable, y tanto, que el amante muere de amor por él. Entonces aun el amor natural de la sangre, de la buena gracia, de las correspondencias, de las simpatías y del trato, será purificado y reducido a la perfecta obediencia del amor purísimo del beneplácito divino. Y verdaderamente el gran bien y la gran dicha de las almas, que aspiran a la perfección, sería el no tener deseo alguno de ser

amadas de las creaturas, sino con este amor de caridad que líos hace amar al prójimo y a cada uno en el grado que desea Nuestro Señor. Antes de acabar, digamos una palabra de la prudencia de la serpiente; porque he pensado que habiendo dicho de la simplicidad de la paloma, se nos pone delante luego la prudencia de la serpiente. Muchos han preguntado ¿cuál fuese la serpiente de la que quiso Nuestro Señor que aprendiésemos la prudencia? Dejando todas las respuestas que se pueden dar a esta pregunta, tomaremos místicamente las palabras de Nuestro Señor: Sed prudentes como la serpiente, la que cuando es perseguida expone todo el cuerpo por guardar la cabeza. Lo mismo debemos hacer nosotros, exponiendo cuando es necesario todo cuanto tenemos, por conservar en nosotros sano y entero a Nuestro Señor y a su amor, porque él es nuestra cabeza y nosotros sus miembros. Tal es la prudencia que debemos tener en nuestra simplicidad. Os digo, también, que conviene acordarse de que hay dos especies de prudencia, que son la natural y la sobrenatural. En cuanto a la natural, conviene mortificada, porque no es del todo buena, y nos sugiere muchas consideraciones y providencias no necesarias, las que tienen nuestros espíritus muy apartados de la simplicidad. La verdadera virtud de la prudencia debe ser verdaderamente practicada, siendo ella como una sal espiritual que da gusto y sabor a todas las otras virtudes. Pero debe ser de tal modo practicada de las monjas de la Visitación, que la virtud de una simple confianza sobresalga en todo. Porque deben tener una confianza totalmente simple, que las haga vivir en reposo entre los brazos de su Padre celestial y de su amantísima madre Nuestra Señora, debiendo estar seguras de que las ampararán siempre con su amantísimo cuidado, pues se han juntado por la gloria de Dios y honra de la Santísima Virgen su Madre. Dios sea bendito.

CONFERENCIA XIII. DEL ESPÍRITU DE LAS REGLAS

De las reglas y del espíritu de la Visitación

Difícilísima cosa es la que me preguntáis: ¿Cuál sea el espíritu de vuestras reglas y cómo le podréis conseguir? Pero antes de hablar de este espíritu conviene que sepáis qué quiere decir tener el espíritu de una regla. Porque oímos decir ordinariamente, tal religioso tiene el verdadero espíritu de su Regla. Dos ejemplos sacaremos del santo Evangelio que son muy a propósito para daros a entender esto. Dícese, que san Juan Bautista vino en espíritu y virtud de Elías (Lc. 1, 17) y por eso reprendía osada y rigurosamente a los pecadores, diciéndoles: Raza de víboras (Lc. 3, 7) y otras palabras semejantes. Pero ¿cuál era esta virtud de Elías? Era la fuerza que procedía de su espíritu para destruir y castigar a los pecadores, haciendo bajar fuego del cielo, que abrasase y confundiese a los que querían resistir a la Majestad del Señor. Luego era un espíritu de rigor el que tuvo Elías. El otro ejemplo del Evangelio que hace a nuestro propósito es, que queriendo Cristo Nuestro Señor ir a Jerusalén, sus discípulos se lo disuadían, porque los unos tenían gana de ir a Cafarnaúm y los otros a Betania, y así procuraban llevar a Nuestro Señor al lugar donde ellos querían ir; porque no es solo de hoy el querer los inferiores traer a sus dueños a su voluntad; pero el Señor, aunque era facilísimo en condescender, esta vez se mostró con rostro constante (Lc. 9, 51.54) pues de estas mismas palabras usa el Evangelista, para ir a Jerusalén, para que los Apóstoles no tratasen más de estorbárselo. Yendo, pues, a Jerusalén quiso pasar por la ciudad de Samaria; pero los samaritanos no se lo permitieron, por lo que Santiago y san Juan de tal manera se indignaron contra los samaritanos por la poca acogida que hacían a su Maestro, que le dijeron: ¿Maestro, queréis que hagamos caer fuego del cielo para confundirlos y castigar el ultraje que os hacen? Y Nuestro Señor les respondió: Vosotros no sabéis de que espíritu sois. Queriendo decir; no sabéis que no estamos ya en el tiempo de Elías, que tenía un espíritu de rigor: y aunque este Profeta fue grandísimo siervo de Dios, e hizo bien en hacer lo que queréis hacer vosotros; con todo no haríais bien en imitarle, porque yo no he venido a castigar y confundir a los pecadores, sino a traerlos dulcemente a la penitencia ya seguirme. Veamos, ahora, cuál es el espíritu particular de una regla. Para entenderlo mejor, conviene daros ejemplos fuera de vosotras, y luego volveremos a vosotras mismas. Todas las religiones y todas las juntas de devoción tienen un espíritu general, y cada una tiene el suyo particular. El general es la pretensión que todas tienen de aspirar a la perfección de la caridad; pero el espíritu particular es el medio por donde se llega a esta perfección, que es la unión de nuestra alma con Dios y con el prójimo por el amor de Dios. Esto se consigue con Dios por la unión de n muestra voluntad con la suya; para con el prójimo por la dulzura que es una virtud dependiente inmediatamente de la caridad. Vengamos al espíritu particular, que verdaderamente es diferentísimo en diversas religiones. Los unos se unen a Dios y al prójimo por la

contemplación; y por eso guardan muy grande soledad, y conversan lo menos que pueden en el mundo y aun entre sí mismos, sino es a ciertos tiempos; se unen también con el prójimo por medio de la oración, rogando a Dios por él; al contrario el espíritu particular de otros es verdaderamente de unirse a Dios y al prójimo; pero esto es por medio de la acción, aunque espiritual; se unen a Dios, pero es reuniendo al prójimo a Dios por el estudio, por la predicación, confesiones, conferencias y otros actos de piedad. Y para mejor ejecutar esta acción, conversan en el mundo. También se unen a Dios por la oración, mas con todo su fin principal es el que hemos dicho, procurar convertir las almas y unir las a Dios. Los primeros tienen un espíritu severo y riguroso, con un perfecto desprecio del mundo y de todas sus vanidades y sensualidades, queriendo con su ejemplo incitar a los hombres a este desprecio de las cosas de la tierra; y a esto sirve la aspereza de sus hábitos y ejercicios. Los otros tienen otro espíritu; y así es muy necesario saber, cual sea el espíritu particular de cada regla y congregación piadosa. Para entender bien esto, conviene considerar por qué fin se principió, y los diversos medios de llegar a él. En todas las religiones hay el fin general, como hemos dicho; pero hablo ahora del particular, al cual conviene tener tan grande amor que no haya cosa alguna que podamos conocer ser conforme a él, que no la abracemos de todo nuestro corazón. Tener amor al fin de nuestro instituto, ¿sabéis qué cosa es? Es el ser exactas en la observancia de los medios para llegar a este fin, que son nuestras Reglas y Constituciones, y ser muy diligentes en obrar todo lo que depende de ellas y conduce a observarlas más perfectamente; esto es tener el espíritu de nuestra orden religiosa. Pero conviene que esta diligente y puntual observancia se emprenda con simplicidad de corazón; quiero decir, que no hemos de querer pasar más adelante, pretendiendo hacer más de lo que está contenido en nuestras Reglas. Porque no consiste el adquirir la perfección en la multiplicidad de las cosas que hacemos, sino en la perfección y pureza de intención con que las practicamos. Conviene, pues, mirar cuál es el fin de vuestro instituto y la intención de vuestro fundador, y resolveros a guardar los medios prescritos para llegar a él. En cuanto al fin de vuestro instituto, no le habéis de buscar en la intención de las tres primeras hermanas que le dieron principio, como en el de los padres jesuitas del primer designio que tuvo san Ignacio; porque en nada pensó menos que en hacer lo que hizo después, como también san Francisco, santo Domingo y los demás Santos que han fundado Órdenes religiosos; pero Dios, a quien solo pertenece dar el ser a estas reuniones de piedad, las ha hecho tener efecto en la manera que las vemos; porque no conviene jamás creer que los hombres por su invención hayan comenzado un modo de vida tan perfecto, como es el de la Religión; Dios es, por cuya inspiración se compusieron las reglas que son los medios propios para llegar al fin general de todas las órdenes religiosas, que es unirse a Dios y al prójimo por amor de Dios. Pero como cada Orden tiene su fin particular, como también los medios particulares para llegar a este fin y unión general, todas también tienen un medio general para llegar a él, que son los tres votos esenciales de la Religión. Todos sabemos que las riquezas y bienes de la tierra son los más poderosos atractivos para disipar el alma, así por la sobrada afición que en ellos se pone, como por la solicitud que es menester para conservarlos y darles aumento.

Como el hombre nunca tiene tanto como desea, el religioso corta y arranca todo esto por el voto de la pobreza. Lo mismo hace con la carne y todas sus sensualidades y placeres, así lícitos como ilícitos, por el voto de la castidad, que es un grandísimo medio para unirse particularísimamente a Dios; porque los placeres sensuales aflojan y debilitan grandemente las fuerzas del espíritu, disipan el corazón y el amor que debe más a Dios, al cual se lo damos enteramente por este medio, no contentándonos de salir de la tierra de este mundo, sino, saliendo también de la tierra de nosotros mismos, quiero decir, renunciando los placeres terrenos de nuestra carne. Pero mucho más perfectamente nos unimos a Dios por el voto de la obediencia, porque renunciamos toda nuestra alma, todas sus potencias, voluntades y aficiones por someternos y sujetarnos no solamente a la voluntad de Dios, sino a la de nuestros superiores, la cual debemos siempre mirar como la del mismo Dios. Y este es un renunciamiento grandísimo, por causa de las continuas producciones de pequeñas voluntades que lleva nuestro amor propio. Estando, pues, así apartados de todas las cosas, nos retiraremos a lo íntimo de nuestro corazón para unirnos más perfectamente a su divina Majestad. Viniendo, pues, en particular al fin porque fue instituida nuestra Congregación de la Visitación, y para comprender por él más fácilmente cual sea su espíritu particular, siempre he juzgado que es un espíritu de profunda humildad para con Dios y de una gran dulzura para con el prójimo; porque teniendo menos de rigor para el cuerpo, conviene tenga más de suavidad en el corazón. Todos los Padres antiguos determinaron, que donde falta la aspereza de mortificaciones corporales, ha de haber mayor perfección de espíritu. Conviene, pues, que la humildad para con Dios y la dulzura para con el prójimo supla en vuestras casas la austeridad de las otras. Y si bien las austeridades, por sí mismas son buenas y pueden ser medios para llegar a la perfección, entre vosotras no serían buenas, porque serían contra las reglas. El espíritu de afabilidad es de tal suerte propio de la Visitación, que cualquiera que quisiese introducir mayor austeridad de la que tiene ahora destruirá al instante la Visitación, porque irá contra el fin porque fue instituida, que es para recibir en ella las doncellas y mujeres débiles, enfermas y flacas que no tienen fuerzas corporales para emprender o que no son inspiradas o llamadas a servir a Dios y unirse con él por vía de las austeridades que se practican en otras Órdenes religiosas. Vosotras quizá me diréis: Si sucede que una hermana tenga la complexión robusta, ¿no podrá hacer más austeridades que las otras, con permisión de la superiora, de manera que las hermanas no lo adviertan? Respondo a esto que no hay secreto que no pase secretamente a otra, y así de una a otra se viene a saber y hacerse pequeñas juntas en la Orden y fuera de ella, y después todo se disipa. La bienaventurada madre santa Teresa explica admirablemente el mal que acarrearán estas pequeñas empresas de querer hacer más de lo que la regla ordena y de lo que hace la comunidad, y particularmente si es la superiora, el mal será más grande; porque luego que lo adviertan las súbditas, querrán al punto hacer lo mismo, y no les faltará razón para persuadirse que obrarán muy bien, las unas llevadas del celo, las otras por complacerla, y todo esto servirá de tentación a las que no pudieren o no quisieren hacer lo mismo. No conviene introducir, permitir ni tolerar jamás estas particularidades en la Orden, excepto en alguna necesidad particular; como si sucediese

que alguna religiosa fuese afligida de alguna gran tribulación o tentación, entonces no sería cosa extraordinaria pedir a la superiora licencia para hacer alguna penitencia más que las otras; porque es necesario usar de la misma simplicidad que las enfermas que deben pedir los remedios con que esperan recibir alivio; y cuándo se hallase alguna hermana tan generosa y valiente que quisiese llegar a la perfección en un cuarto de hora, haciendo más de lo que hace la comunidad, yo la aconsejaría que se humillase y sujetase a no querer ser perfecta sino en el espacio de tres días, andando al paso de las otras. Y si se hallaren algunas hermanas de cuerpo sano y robusto sea en buen hora; pero no por esto han de querer caminar más aprisa que las que son flacas y débiles. Ved aquí en Jacob un ejemplo maravilloso y muy propio para mostrar cómo debemos acomodarnos con los flacos y reprimir nuestras fuerzas para sujetarnos a andar igualmente con ellos, principalmente cuando tenemos obligación, como la tienen las personas religiosas a seguir la comunidad en todo lo que mira a la perfecta observancia. Jacob, pues, saliendo de casa de su suegro Labán con todas sus mujeres, hijos, criados y rebaños para volver a su casa, temía grandemente encontrar a su hermano Esaú, porque pensaba estaría enojado siempre con él; pero ya no lo estaba. Continuando, pues, su camino, tuvo Jacob gran miedo porque encontró a Esaú bien acompañado de una gran tropa de soldados, y habiéndole saludado, le halló muy benigno con él, porque le dijo: Hermano mío, vámonos juntos, y acabemos en compañía el viaje (Gn. 36, 12) A lo que respondió el buen Jacob: Señor mío y mi hermano, con vuestra licencia, no puede ser así; porque llevo conmigo a mis hijos, y sus pequeños pasos ejercitarán o darán molestia a vuestra paciencia; yo como tengo obligación, mido mis pasos con los suyos; y también ha poco tiempo que parieron mis ovejas, y los corderillos todavía tiernos no podrán caminar tan aprisa, y todo esto os detendrá demasiado en el camino. Notad, os ruego, la admirable conformidad de este santo Patriarca: no solamente se acomoda de buena gana a los pasos de sus pequeños hijos, sino también de sus corderillos. Iba a pie, y el viaje fue muy feliz, como se vio por las bendiciones que recibió de Dios en el discurso del camino; porque vio y habló muchas veces con los Ángeles y con el Señor de los Ángeles y de los hombres; y en fin él fue más favorecido que su hermano que iba con tanta compañía. Si queremos que nuestros viajes sean benditos de la divina Bondad, sujetémonos con gusto a la exacta y puntual observancia de nuestras Reglas; y esto en simplicidad de corazón, sin querer duplicar los ejercicios, lo que será ir contra la intención del fundador y contra el fin porque se fundó la Congregación. Acomodaos, pues, voluntariamente con las enfermas que pueden ser recibidas, y yo os aseguro que por esto no llegaréis más tarde a la perfección, antes, al contrario, esto mismo será lo que os llevará más presto a ella. Porque no teniendo que hacer mucho, os aplicaréis a ejecutar con más perfección lo que hubiereis de hacer; y en esto son más agradables a Dios nuestras obras, porque no mira tanto al número de las cosas que hacemos por su amor, como poco ha dijimos, como al fervor de la caridad con que las hacemos. Yo hallo, sino me engaño, que si nos determinamos a querer guardar perfectamente nuestras reglas tendremos mucho que hacer sin cargarnos de más peso; porque todo lo que concierne a la perfección de nuestro estado está comprendido en ellas. La Bienaventurada Madre santa Teresa dice, que sus

hijas eran tan puntuales, que era necesario que las superiores tuviesen grandísimo cuidado de no decir cosa que no fuese muy digna de hacerse; porque sin otra orden partían luego a hacerla; y que para más perfectamente observar sus reglas, eran puntualísimas en la menor cosa que tocaba a ellas. Refiere la Santa, que una de sus monjas, no habiendo entendido bien cierta cosa que la superiora le mandaba, le dijo, que no le entendía; a lo que ella respondió mucho desapacible e inconsideradamente: id a meter la cabeza en un pozo y lo entenderéis bien. Al punto la monja partió con tanta presteza, que si no la detienen, se iba a echar en un pozo. Es cierto más fácil guardar exactamente las reglas, que cumplirlas en parte. No puedo bastantemente decir la importancia de este punto de ser muy exactas en la menor cosa que ayuda a guardar más perfectamente la regla; como también el no querer emprender cosa alguna de más por cualquier pretexto que sea; porque este es el medio de conservar la orden en su entero y primitivo fervor, y lo contrario es lo que la destruye y hace decaer de su primera perfección. ¿Me preguntáis si será más perfección conformarse de tal manera con la comunidad que ni aun se pida licencia para comuniones extraordinarias? ¿Quién lo duda, amadas hijas mías? sino es en ciertos casos; como son la fiesta del santo Patrón u de otro al cual toda nuestra vida hayamos tenido devoción, o por alguna extrema necesidad. Mas en cuanto a ciertos favorcillos que algunas veces tenemos pasajeras, que de ordinario son efectos de nuestra naturaleza, los que nos hacen desear la comunión, no hay que hacer caso de ellos, como no le hacen los marineros de un cierto vientecillo que se levanta al despuntar el día, causado de los vapores que suben de la tierra, el que no permanece, antes cesa luego que los vapores se han remontado y desecho; y por esto el piloto del navío, que lo conoce, no manda desplegar las velas para caminar con él: así nosotros no debemos tener por buen viento, esto es, por inspiración, unas pequeñas ganas que nos vienen ya de pedir la comunión, ya de tener oración, o ya de otro ejercicio. Porque nuestro amor propio, que busca siempre su satisfacción, quedará totalmente contento de todo eso, y principalmente de estas pequeñas invenciones, y no cesaría de pedirnos otras nuevas. El día que la comunidad comulga, os dirá que conviene por humildad pedir licencia para absteneros de la comunión, y cuando llega el tiempo de humillaras, os persuadirá a alegraras y pedir la comunión para este efecto; y de esta manera nunca seguiréis la comunidad. No se han de tener por inspiraciones las cosas que son fuera de la regla, sino es en casos tan extraordinarios que la perseverancia nos dé a entender que es voluntad de Dios; como se ha visto en materia de comunión en dos o tres grandes Santas, cuyos confesores querían que comulgasen cada día. Yo hallo que es un acto grandísimo de perfección conformarse en todas las cosas con la comunidad y no apartarse de ella jamás por su propia elección. Porque, a más de que este es un medio muy bueno para unirnos con el prójimo, es también esconder nuestra propia perfección hasta a nosotros mismos. Hay una cierta simplicidad de corazón, en la que consiste la perfección de todas las perfecciones, y esta es la que hace que nuestra alma no mire más que a Dios, y que se esté recogida y encerrada en sí misma para aplicarse, con toda la fidelidad que le fuere posible, a la obediencia de sus reglas, sin entretenerse a desear ni querer emprender otra cosa. No quiere intentar cosas excelentes y extraordinarias que la

puedan ganar estimación de las creaturas, y por esto se tiene por muy baja a sí misma, y de nada queda con satisfacción porque no obra por su propia voluntad, ni hace cosa alguna más que las otras; y por esto toda su santidad está escondida a sus ojos; solo la ve Dios que se complace en su simplicidad, con la cual arrebatada su corazón y se une a él: ella corta todas las invenciones de su amor propio, el que siente excesivo deleite en hacer cosas grandes y excelentes que levanten nuestra estimación sobre los otros. Tales almas gozan siempre de una grande paz y quietud interior. No conviene jamás creer ni pensar que por no hacer más que las otras y seguir la comunidad tendremos menos mérito; porque la perfección no consiste en las austeridades, aunque sean estas buenos medios para llegar a ella y en sí mismas sean buenas; pero para vosotras no lo son, porque no son conformes a vuestras reglas y al espíritu de ellas: la grande perfección es perseverar en su simple observancia y seguir la comunidad sin adelantarse a ella. La que se contuviere en estos límites, yo aseguro que hará grande camino en poco tiempo, y será de mucho fruto para sus hermanas con su ejemplo. En fin, cuando hemos de remar conviene dar los golpes a medida: los forzados en el mar son azotados, no tanto para remar flojamente, cuanto por no llevar el remo a compás. Se deben educar las novicias igualmente, haciendo las mismas cosas para que ajustadamente se reme; y si bien no todas las hacen con igual perfección, no importa, eso no tiene remedio; lo mismo se halla en todas las comunidades. Decís también, que en los días de fiesta os quedáis un poco más en el coro que las otras para mortificaros; porque las dos o tres horas que allí habéis estado con ellas os han parecido largas. Respondo a esto que no es regla general que siempre se ha de hacer aquello a que se tiene repugnancia, como tampoco lo es el abstenerse de aquellas cosas a que se siente inclinación; porque si una monja tiene inclinación a rezar el Oficio divino, no conviene que deje de asistir a él con pretexto de querer mortificarse. En lo demás el tiempo de las fiestas, que se deja en libertad a cada una para hacer lo que quisiere, lo pueden emplear conforme a su devoción; pero es cierto que habiendo estado tres horas y más en el coro con la comunidad, es muy de temer que el cuarto de hora que os estáis más, no sea un bocadillo que dais a vuestro amor propio. En fin queridas hijas, conviene mucho amar las reglas, pues son los medios por donde llegamos a su fin, que es el introducirnos fácilmente a la perfección de la caridad, que es la unión de nuestra alma con Dios y con el prójimo; y no solamente esto sino también de reunir el prójimo con Dios, lo que hacemos por el camino que le damos, el que es todo fácil y dulce; pues ninguna monja es desechada por falta de fuerzas corporales, con tal que tenga voluntad de vivir conforme al espíritu de la Visitación, que es, como queda dicho, un espíritu de humildad para con Dios y de dulzura de corazón para con el prójimo; y este es el espíritu que hace nuestra unión con el uno y con el otro. Por la humildad nos unimos con Dios sometiéndonos a la exacta observancia de su voluntad significada en nuestras reglas, pues debemos creer piadosamente que por su inspiración han sido ordenadas, estando recibidas por la santa Iglesia y aprobadas por Su Santidad, que son de ello evidentísimas señales; por lo que las debemos amar tanto más tiernamente, y abrazarlas estrechísimamente muchas veces al día, en señal de agradecimiento a Dios que las ha dado. Por la dulzura de corazón nos unimos con el

prójimo por medio de una exacta y puntual conformidad de vida, de costumbres y ejercicios; no haciendo ni más ni menos que aquellos con quienes vivimos, y que aquello que nos está señalado en el camino en que Dios nos ha puesto juntos empleando y arriesgando todas las fuerzas de nuestra alma en cumplirlo con toda la perfección que nos fuera posible. Pero notad, que lo que tantas veces he dicho, que conviene ser muy puntuales en la observancia de las reglas, aun en la más mínima dependencia de ellas, no se ha de entender de una puntualidad escrupulosa, porque no ha sido esta mi intención; sino de una diligencia de esposas castas, que no se contentan solo con no disgustar a su celestial Esposo, sino que quieren hacer todo aquello que pueden para ser en alguna manera más agradables. Será conveniente que os proponga algún ejemplo notable para que entendáis cuán agradable es a Dios el conformarse en todas las cosas con la comunidad: oíd, pues, lo que os voy a decir. ¿Por qué pensáis que Nuestro Señor y su santísima Madre se quisieron sujetar a la ley de la Presentación y Purificación, sino por causa del amor que tenían a la comunidad? Verdaderamente este ejemplo debía bastar para mover a las personas religiosas a seguir exactamente su comunidad sin apartarse un punto de ella; porque ni el Hijo ni la Madre estaban en manera alguna obligados a esta ley; no el Hijo, porque era Dios; no la Madre, porque era purísima Virgen: pudieran los dos fácilmente eximirse, sin que nadie lo advirtiese; porque bien podía ella irse a Nazaret en lugar de ir a Jerusalén, mas no lo hizo; antes sinceramente siguió a la comunidad. Pudiera muy bien decir: la ley no se hizo para mi querido Hijo ni para mí; de ninguna manera nos obliga; mas, pues, el resto de los hombres está obligado y la observa, nos sujetamos gustosísimamente por conformarnos con cada uno de ellos y para no ser singulares en cosa alguna. El apóstol san Pablo dijo muy bien: Convino que Cristo Nuestro Señor fuese en todas las cosas semejante a sus hermanos, menos en el pecado (Hb. 2, 17). Pero, decidme ¿es acaso el temor de incurrir en la prevaricación el que hacía a esta Madre y a este Hijo tan puntuales en la observancia de la ley? No por cierto; porque en ellos no hubiera por eso prevaricación. El amor que tenían al Padre eterno les movió. No se acierta a amar al mandamiento, sino se ama al que lo pone: al paso que amamos y estimamos al Legislador, somos puntuales en observar la ley. Unos están atados a la ley con cadenas de hierro y otros con cadenas de oro; quiero decir, los seglares que guarden los mandamientos de Dios por el temor que tienen de condenarse, los guardan por fuerza y no por amor; pero los religiosos y los que cuidan de la perfección de su alma están atados con cadenas de oro, esto es, por amor: aman los mandamientos y los guardan amorosamente, y por guardarlos mejor abrazan la observancia de los consejos. David dice: Dios ha mandado que sus mandamientos sean muy bien guardados. Mirad cuanto quiere que seamos puntuales en su guarda: así por cierto lo hacen los verdaderos amantes, porque ellos no solo evitan la prevaricación de la ley, sino hasta la sombra de ella. Por esto el Esposo dice que su Esposa es semejante a la paloma que está junto al río, cuyas aguas corren dulcemente y son cristalinas. Bien sabéis que la paloma está segura junto a estas aguas; porque ve la sombra de las aves de rapiña de las que ella se recela, y al punto que las ve, huye, y así no la pueden coger: de la misma manera, quiere decir el sagrado Esposo, es mi Amada, porque al punto que ve

delante la sombra de la prevaricación de mis preceptos, huye, y así no teme caer en las manos de la desobediencia. Verdaderamente el que se priva de hacer su voluntad en las cosas indiferentes, muestra bastantemente que ama la sujeción en las necesarias que son de obligación. Conviene, pues, ser extremadamente puntual en la observancia de las leyes y de las reglas que nos ha dado Nuestro Señor; mas sobre todo en este punto de seguir la comunidad en todas las cosas, guardaos de decir que no estáis obligada a guardar tal regla o precepto particular de la superiora, porque le puso para las flacas y débiles, y vosotras sois robustas y fuertes; ni al contrario, que el precepto se puso para las fuertes y vosotras sois débiles y enfermas. ¡Oh Dios mío! más que todo se debe esto desterrar de una comunidad. Si sois fuertes yo os digo que os hagáis flacas por conformaras con las dé pocas fuerzas; y si sois débiles esforzaos a igualaras con las fuertes. El grande apóstol san Pablo dice: ¿Que se hizo todo para todos, por ganarlos a todos? Quién es débil, con el cual yo no lo sea? ¿Quién está enfermo, con el cual yo no lo esté? También con los fuertes soy fuerte (1Cor 9, 22) Ved como san Pablo cuando está con los enfermos está enfermo, y toma de buena gana las comodidades de enfermo por darles confianza para que hagan lo mismo; mas cuando se halla con los fuertes, es como un gigante para darles valor; y si puede conocer que su prójimo se escandaliza de alguna cosa de lo que él hace aunque le sea licito el hacerla, tiene no obstante tan gran celo de la paz y tranquilidad de su corazón, que se abstiene con gusto de hacerla. Pero me diréis: Ahora es tiempo de recreación y yo tengo grandísimo deseo de tener oración por unirme más inmediatamente con la soberana Bondad; no puedo yo pensar que la ley que ordena la recreación me obligue, pues tengo por mí misma bastante alegre el espíritu. No por cierto, y no conviene decirlo ni pensarlo. Si no tenéis necesidad de recrearos, con todo habéis de asistir a la recreación por cumplir con las que tienen necesidad de ella. ¿Luego no hay en la Religión excepción alguna? ¿Las reglas obligan igualmente? Sin duda que obligan; pero hay muchas leyes que son justamente injustas: por ejemplo; el ayuno de la cuaresma es de precepto para todos; no os parece que esta ley es injusta; pues se le modera esta injusta justicia dando dispensa a todos aquellos que no la pueden observar. Lo mismo es en las Órdenes religiosas: el precepto es igual para todos y ninguno tiene autoridad para dispensarse consigo mismo; mas los superiores moderan el rigor conforme la necesidad de cada uno: y no habéis de pensar que las débiles son menos útiles en la Religión que las fuertes, o que hacen menos y así tendrán menos mérito; porque todas hacen Igualmente la voluntad de Dios. Las abejas nos dan ejemplo de lo que vamos diciendo; porque las unas se ocupan en guardar la colmena, y las otras perpetuamente trabajan en su cosecha; pero con todo eso las que quedan en la colmena no comen menos de la miel que las que oficiosas chupan las flores. ¿No os parece que David hizo una ley injusta, cuando mandó que los soldados que guardaban el bagaje llevasen iguales partes del despojo como los que fueron a la batalla (1R. 30, 24) y volvieron con muchas heridas? No por cierto, no fue injusta; porque los que guardaron los bagajes, los guardaban por los que fueron a la batalla, y los que fueron a ella pelearon por los que quedaban con el bagaje, y así merecieron todos una misma recompensa, pues obedecieron igualmente al Rey. Dios sea bendito.

CONFERENCIA XIV. DEL JUICIO PROPIO.

Contra el propio juicio, y de la ternura que tiene cada uno consigo mismo.

La primera pregunta es: ¿Si estar sujeta a su propia opinión es cosa muy contraria a la perfección? a lo que respondo: Que estar sujeto a tener o no propias opiniones es una cosa ni buena ni mala; porque meramente es natural: cada uno tiene sus opiniones propias; pero esto no nos impide el llegar a la perfección, con tal que no estemos atados a ellas ni las amemos; porque solamente el amor a nuestra propia opinión es infinitamente contrario a la perfección; y esto es lo que tantas veces os he dicho, que el amor de nuestro propio juicio y la estima que hacemos de él es la causa de que hay tan pocos perfectos. Muchas personas se hallan que renuncian la propia voluntad, unos por un respeto y otros por otro: no digo solamente en la Religión, sino entre los seglares, y dentro de las cortes de los príncipes mismos. Si un señor manda cualquiera cosa a un cortesano, este jamás rehusará el obedecer; pero sentir que estuvo bien hecho en mandárselo, eso rara vez acontece. Yo haré lo que me mandáis en la forma que me decís, responderá; pero ... ; y quedarse siempre en su pero; como quien dice, que él sabe bien que se podía hacer mejor de otra manera. Ninguno puede dudar, hijas mías, que este modo de obedecer no sea muy contrario a la perfección; porque de ordinario produce inquietudes de espíritu, presunciones, y en fin alimenta el amor de la propia opinión, y el juicio propio no debe ser amado ni aplaudido. Conviene, empero, que yo os diga, que hay personas que deben formar sus opiniones, como son los obispos, los superiores que tienen cargo de otros, y todos aquellos que tienen gobierno; los demás de ninguna manera lo deben hacer, si la obediencia no los obliga; porque de otra manera perderán el tiempo que deben gastar en servir fielmente a Dios: y como estos sean tenidos por poco atentos a su perfección y por personas inútilmente ocupadas, si quisieran detenerse a considerar sus propias opiniones, de la misma manera los superiores deberían ser tenidos por incapaces de sus cargos, sino fundasen sus opiniones, y tomasen resoluciones; aunque no deben complacerse en ellas, ni dejarse llevar demasiado, porque esto sería contra su perfección. El grande santo Tomás de Aquino, que fue uno de los mayores entendimientos criados, cuando formaba alguna opinión la fundaba en las razones más eficaces que podía; y no obstante se halló alguno que no aprobó lo que él juzgó por bueno y le contradijo: no por ello disputó el Santo ni se ofendió de ello, antes lo sufrió con buen corazón; en lo que mostró que no amaba su propia opinión, aunque no la reprobó; la dejó así, pareciese o no buena, porque después de haber cumplido con su obligación, no se afligía por lo demás. Los Apóstoles no estaban atados a sus propias opiniones, aun en las mismas cosas del gobierno de la santa Iglesia, que era negocio de tanta importancia; de modo que después de haber resuelto lo que se había de hacer, por la resolución que tomaban no se ofendían si se movía alguna cuestión, ni si alguno rehusaba recibir sus opiniones aunque estuviesen bien apoyadas, ni procuraban hacer

que se admitiesen con disputas y alegaciones. Si los superiores mudasen de opinión a cada reparo, serían tenidos por ligeros e imprudentes en su gobierno; mas si los que no tienen cargos quieren estar asidos a sus pareceres, procurando mantenerlos y que sean admitidos, serán reputados por caprichosos y obstinados; porque es cosa cierta que el amor de la propia opinión degenera en contumacia y porfía, si fielmente no se le mortifica y corta. Buen ejemplo tenemos entre los mismos Apóstoles. Cosa admirable es que Nuestro Señor permitiese que muchas de las cosas que hicieron los Santos Apóstoles, dignas verdaderamente de ser escritas, quedasen escondidas debajo de un profundo silencio, y que una imperfección que cometieron dos tan grandes santos, como san Pablo y san Bernabé, se escribiese y notase; y esto sin duda fue por especial providencia de Dios que lo permitió para enseñanza nuestra. Iban juntos los dos Santos a predicar el santo Evangelio y llevaban consigo un joven, llamado Juan Marcos, que era pariente de san Bernabé; y estos dos grandes Apóstoles empezaron a alterar sobre si había de ir con ellos o no; y hallándose de contraria opinión sobre este caso, no pudiendo concordarse, se separaron el uno del otro. Decidme ahora, si debemos nosotros espantarnos cuando viéremos algunos defectos entre nosotros, pues los Apóstoles los tuvieron también. Verdaderamente hay hombres de grande ingenio y de mucha bondad, pero de tal suerte sujetos a sus opiniones, y que las estiman por tan buenas, que jamás quieren apartarse de ellas; y es menester andar advertidos en no impugnársela de repente, porque después es casi imposible persuadirles y darles a entender que son falibles; porque se van empeñando tanto en buscar razones para sustentar lo que una vez dijeron ser bueno, que no hay medio de hacerles reconocer su error, sino se dan a una excelente perfección. También se hallan entendimientos grandes y muy capaces que no están sujetos a esta imperfección, antes gustosamente deponen sus opiniones, aunque sean muy buenas, y no se arman para la defensa cuando se les opone alguna contrariedad u opinión diferente de aquella que ellos juzgaron por buena y segura; como hemos dicho del gran santo Tomás. De donde podemos colegir que es cosa natural el estar sujetos a las propias opiniones: las personas melancólicas lo están más de ordinario que las que son de humor jovial y alegre; porque estos son fáciles de persuadir y hacerles creer lo que se les dice. Santa Paula fue tenaz en sustentar la opinión que formó de hacer grandes austeridades, sin querer sujetarse al parecer de muchos que la aconsejaban que se abstuviese de ellas. Lo mismo hicieron otros Santos, que juzgaron convenía macerar mucho el cuerpo para agradar a Dios, de modo que dejaban por esto de obedecer al médico y de hacer lo necesario para la conservación de este cuerpo corruptible y mortal; y aunque esto fuese imperfección, no dejaron por ello de ser grandes santos y muy agradables a Dios. Lo que nos enseña que no debemos turbarnos cuando en nosotros conociéremos semejantes imperfecciones o inclinaciones contrarias a la verdadera virtud, con tal que no nos obstinemos en querer perseverar en ellas; porque santa Paula y los otros que porfiaron, aunque en cosa pequeña, fueron dignos de reprehensión. Por lo que a nosotros toca, conviene que jamás dejemos arraigar de tal suerte nuestras opiniones, que cuando sea necesario no podamos deponerlas con gusto, aunque estemos obligados a formarlas. Estar, pues, sujetos a hacer estimación de nuestro propio juicio, y por esto

esmerarse en buscar razones para defender lo que una vez hemos concebido y estimado por bueno, es una cosa natural; pero el atascarse a él es imperfección notable. Decidme: ¿no es por lo menos perder inútilmente el tiempo, particularmente en aquellos a quienes no incumbe por oficio el ocuparse en esto? Ahora preguntaráis: ¿qué se ha de hacer para mortificar esta inclinación? Es menester quitarle el sustento. Os viene a la imaginación que no está bien hecha alguna cosa del modo que se hace y que sería mejor hacerla como lo habéis pensado, apartad de vos este pensamiento diciendo en vuestro interior: ¿a mí, qué me importa esto? pues esto es asunto que no me lo han mandado. Es cierto que siempre es mucho mejor desasirse sencillamente que buscar razones en nuestro espíritu para persuadirnos a que no tenemos razón; porque en lugar de convencernos, nuestro entendimiento, que está poseído de su propio juicio, nos trocará de suerte el discurso, que en vez de dejar nuestra opinión nos dictará muchas razones para mantenerla y estimarla por buena. Siempre es más útil despreciarla sin querer verla, y apartarse de ella al punto que se percibe, de modo que apenas se sepa lo que quiere decir. Pero también es cierto, que no está en nuestra mano impedir el primer movimiento de complacencia que nos viene cuando nuestra opinión es aprobada y seguida; porque esto no se puede evitar; pero conviene no entretenerse en ello, sino dar gracias a Dios y pasar a otra cosa sin afligirse por haber sentido la complacencia, como ni por un pequeño sentimiento de disgusto que os vendrá si vuestra opinión no fuere aprobada ni seguida. Cuando fuere necesario, o por la caridad o por la obediencia decir vuestro parecer sobre alguna materia, conviene decirlo simplemente y después quedarse en la indiferencia, sea recibido o no. También algunas veces se ofrece discurrir sobre las opiniones de los otros y mostrar las razones en que se apoya la nuestra; esto se ha de hacer modesta y humildemente, sin indicio de desprecio del consejo de los otros, y sin altercar porque se reciba nuestra opinión. Me preguntáis: ¿Si por ventura será fomentar esta imperfección procurar hablar después con los que han sido de nuestro parecer habiéndose tomado resolución? Sin duda que será alimentarla y mantener nuestra inclinación, y por consiguiente cometer imperfección; porque esta es una verdadera señal de no haberse rendido al parecer de los otros, y de que siempre se prefiere el juicio particular. Estando, pues, determinado lo que se ha propuesto, no se ha de hablar más ni pensar en ello, sino fuere una cosa notablemente mala lo que se ha resuelto. Porque entonces se puede buscar algún camino para estorbar la ejecución, o poner remedio, y esto se ha de hacer lo más caritativa e insensiblemente que se pueda, para no turbar a los demás, ni despreciar lo que ellos tuvieron por bueno. El solo y único remedio de curar al propio juicio es no hacer caso de cuanto nos viene al pensamiento, aplicándonos a otra cosa mejor; porque si nos dejamos llevar del discurso sobre todas las opiniones que nos sugiere en los diferentes casos y accidentes humanos, ¿qué otra cosa nos sucederá sino una continua distracción y embarazo de otras cosas más útiles y propias a nuestra perfección, dejándonos incapaces e inhábiles para la santa oración? Porque habiendo dado libertad a nuestro entendimiento de ocuparse en la Consideración de tales sofisterías, se irá siempre empeñando más en ella, y nos traerá pensamientos sobre pensamientos, opiniones sobre opiniones y razones sobre razones, que nos importunarán

desgraciadamente en la oración. Porque la oración no es otra cosa que una aplicación total de nuestro espíritu con todas sus facultades en Dios: y así estando entregado a seguir cosas inútiles, se hace más inhábil e inútil para la consideración de los misterios, sobre que se quiere tener oración. Esto es lo que se ha ofrecido decir en la materia de la primera cuestión, en la que se os ha enseñado que el tener opiniones no es cosa contraria a la perfección; pero si el tenerlas amor y por consiguiente el hacer caso de ellas o aferrarse a ellas; porque si no nos aferramos no nos enamoraremos de ellas, y si no nos enamoramos cuidaremos poco de que sean aprobadas, y no seremos fáciles en decir: Los otros crean lo que quisieren, que yo ... ¿Sabéis lo que quiere decir, que yo? No quiere decir otra cosa sino: Yo no me rendiré jamás, antes estaré firme en mi resolución y opinión. Esta es, como tengo dicho muchas veces, la última cosa que dejamos, y siempre es necesario renunciarla y apartarla de sí para llegar a la perfección verdadera; pues de otro modo no adquiriremos la santa humildad que nos prohíbe hacer alguna estimación de nosotros mismos y de todo lo que nos toca. Por lo que, si no tenemos la práctica de esta virtud en gran precio, pensaremos siempre que somos algo más de lo que somos, y que los demás nos son muy inferiores. Y esto basta en cuanto a este punto. Y sino me preguntáis más acerca de él, pasaremos a la segunda cuestión que es: ¿Si la ternura que tenemos con nosotros mismos nos embaraza mucho en el camino de la perfección? Para que esto se entienda mejor, es menester que se os traiga a la memoria lo que ya sabéis muy bien, esto es, que tenemos en nosotros dos amores, el uno afectivo, y el otro efectivo: y estos se hallan tanto en el amor que tenemos a Dios como en el que tenemos al prójimo y a nosotros mismos: hablaremos ahora del que tenemos al prójimo y después volveremos a nosotros mismos. Suelen los teólogos, para dar a entender bien la diferencia de estos dos amores, Hervirse de la comparación de un padre que tiene dos hijos, el uno de los cuales es niño pequeñito de mucha gracia, y el otro es hombre grande y valeroso soldado o de otra cualquier profesión: el padre ama grandemente a estos dos hijos, pero con diferente amor, porque al chiquito le tiene un amor muy tierno y afectivo. Mirad, os ruego, que cosas permite que haga el niño con él y las que él hace con el niño; él le besa, le toma en sus brazos, le regala y acaricia con una indecible suavidad; si al niño pica una abeja, no cesa de soplar sobre el mal hasta que le ha pasado el dolor; pero si al hijo grande le picase no dada un paso, aunque le ama con un amor grande y sólido. Considerad, os ruego, la diferencia de estos dos amores; porque aunque hayáis visto la ternura que este padre tiene con el hijo pequeño, no deja de pensar de enviarle fuera de su casa y darle una buena colocación para la vida, destinando al mayor para su heredero y sucesor en sus bienes. Este, pues, es amado con amor efectivo, y el otro pequeño con amor afectivo: el uno y el otro son amados, pero diferentemente. El amor que nos tenemos a nosotros mismos es de esta suerte, afectivo y efectivo: el amor efectivo es el que gobierna los grandes ambiciosos de honras y riquezas, porque se procuran tantas cuantas pueden y nunca se hartan de adquirirlas. Estos se aman sumamente con el amor efectivo. Pero hay otros que se aman más con el amor afectivo, y estos son muy tiernos consigo mismos, y no hacen otra cosa que dolerse, acariciarse, como placerse y conservarse; y temen tanto cualquier cosa que les puede dañar, que es grande

compasión. Si están enfermos, aunque tengan el mal en la punta del dedo, no hay mayor mal que el suyo. Dicen ellos que son tan miserables, que por grande que sea el mal de los otros, no es comparable con el que ellos padecen, y no hay bastantes medios para curarlos; no cesan de buscar remedios para aplicarse, y pensando conservar la salud la pierden del todo. Si los otros están enfermos dicen, no es nada: en suma, ellos solos juzgan que deben ser compadecidos, y lloran tiernamente sobre sí mismos, procurando mover a compasión, los que los ven. Poco se les da de que no los tengan por pacientes, como los crean muy enfermos y afligidos. Imperfecciones por cierto propias de niños y, si me atrevo a decirlo, de mujeres o de hombres de ánimo afeminado y de poco valor; porque no se halla esta imperfección entre varones generosos y fuertes. Los espíritus firmes no se ocupan en estas nimiedades e insulsas ternuras, que solo sirven de detenernos en el camino de la perfección: y en fin, el no poder sufrir que nos tengan por tiernos, no es dejar de serlo, muy al revés, es señal de serlo y mucho. Me acuerdo de un caso que me sucedió cuando volvía de París en un convento de religiosas, el que viene a propósito; y por cierto yo tu ve más consuelo en él que en todo mi viaje, y aunque en él encontré almas muy devotas, con todo una me consoló mucho entre todas. Había en esta casa una doncella que hacía su noviciado; era maravillosamente afable, obediente, servidora y rendida, en fin, tenía las condiciones más necesarias para ser buena religiosa. Sucedió por desgracia que las monjas descubrieron en ella una imperfección corporal, que las puso en duda si la permitirían o no hacer la profesión; la madre superiora la amaba mucho y sentía despedirla; no obstante, las religiosas hacían mucho caso de aquella falta corporal: llegado yo allí me comunicaron lo que pasaba con esta pobre novicia, que es muy bien nacida. La trajeron delante de mí, y viéndome ella se hincó de rodillas, y dijo: Verdad es, señor mío, que yo tengo tal falta vergonzosa, nombrándola en alta voz con grande sencillez, yo confieso que nuestras hermanas tienen grandísima razón en no quererme recibir, porque es intolerable mi defecto; pero os suplico que me seáis favorable, asegurándoos que si me reciben usando conmigo de caridad, tendré gran cuidado de no causarles incomodidad alguna, sujetándome de buena gana a cuidar de la huerta, o a emplearme en otros oficios que me quisieren dar apartados de su compañía para que no las dé pena. Verdaderamente que esta novicia me hirió el corazón. ¡Oh qué poca ternura tenía consigo misma! no puedo dejar de decir que quisiera de buena gana tener el mismo defecto natural, como tuviera el valor de decirlo delante de todo el mundo con aquella sencillez que ella lo dijo delante de mí. No temía el ser tenida en poco como otras muchas, ni era tan tierna consigo misma; no hacía todas estas consideraciones vanas e inútiles. ¿Qué dirá la superiora si yo le digo esto o lo otro? Si le pido algún alivio dirá o pensará que soy muy delicada. ¿Y por qué, si es verdad, no queréis que lo piense? Cuando le digo mi necesidad me muestra un semblante tan frío, que da a entender lo poco que le agrada. Bien puede ser, queridas hijas, que la superiora, teniendo otras muchas cosas en que pensar, no tenga siempre atención a responderos o hablar graciosamente cuando vos le decís vuestro mal. Y esto es lo que os da pesadumbre y quita la confianza, como vosotras decís, de decirle vuestras incomodidades. ¡Oh Dios mío! amadas hijas, estas son niñerías, es necesario ir

sencillamente. Si la superiora o la maestra no os reciben tan bien como quisierais una vez o muchas, no debéis disgustaros por ello, ni juzgar que siempre harán lo mismo, no: Nuestro Señor las tocará quizás con su espíritu de suavidad para que las halléis más agradables otra vez. No conviene ser tan tiernas que queráis siempre decir todas las incomodidades que padecéis, cuando no son de importancia: un poco de dolor de cabeza o de muelas, que quizá se pasará luego si lo queréis llevar por amor de Dios, no hay necesidad de ir a decirlo para obligar a que os tengan un poco de compasión; y puede ser que no lo digáis a la superiora o a otra que os pueda procurar el alivio, sino a las demás hermanas, porque decís que lo queréis sufrir por Dios. ¡Ay! hijas mías, si fuera así que lo quisierais llevar por Dios, como dais a entender, no lo dijerais a otra que sabéis muy bien que se hallará obligada a declarar vuestro mal a la superiora, y por este medio conseguiréis el remedio que fuera mucho mejor haber pedido simplemente a la que os puede dar permiso de tomarle; pues sabéis bien que la hermana, a quien dijisteis que os dolía la cabeza, no tenía facultad para deciros que os fueseis a acostar. Luego no era otro vuestro intento, aunque expresamente no lo pensaseis, sino de que tuviese compasión de vuestro amor propio. Pero si acaso sucede que las hermanas os pregunten como estáis, no hay mal alguno en decirlo, como sea simplemente, sin exagerarlo ni lamentaros: pero fuera de esto, no conviene decirlo sino a la superiora o maestra; y no hay que temer, aunque sean rigurosas en correjros sobre el tal achaque, porque no conviene quitarles la confianza con que os corrigen. Id, pues, con toda llaneza a decirles vuestro mal, yo creo muy bien que tendréis más gusto y seguridad en decírselo a aquella que no tiene cargo de cuidar de vuestro alivio que a la que debe cuidar de él y le puede aplicar el remedio; la razón es porque, mientras lo decís a otras, cada una se compadece de la hermana y encarece la necesidad de su remedio; y si lo decís a la que tiene cargo de vos, os habéis de sujetar a hacer lo que os ordenare, y esta bendita sujeción es la que procuramos siempre evitar con todo nuestro corazón, deseando el amor propio ser el gobernador de nosotros mismos y el dueño de nuestra propia voluntad. Mas si yo digo a la superiora, me replicaréis, que tengo dolor de cabeza, me dirá que me vaya a recoger. Y bien ¿qué importa? sino tenéis tanto mal que os parezca no necesitar acostaros, poco os costará el decir: mi madre o hermana mía, no me parece que sea tanto mi dolor que necesite de eso. Y si, no obstante, os replica que os vayáis a recoger, id simplemente, porque conviene observar una grande sencillez en todas las cosas: andar simplemente es el verdadero camino de las hijas de la Visitación, el cual es sumamente agradable a Dios y es segurísimo. Pero viendo que una hermana tiene alguna aflicción de espíritu, o alguna incomodidad, y que le falta la confianza o el ánimo de sujetarse a decirlo, y conociendo que la falta de manifestarse la ocasiona alguna melancolía, debéis vos atraerla, o alentarla para que ella venga; y en esto es menester gobernarse con prudencia y consideración; porque tal vez convendrá condescender con su ternura, llamándola y preguntándola qué es lo que tiene; y en otra ocasión será necesario mortificar estos pequeños melindres, dejándola, como quien dice: Vos no queréis sujetaros a pedir el remedio conveniente a vuestro mal, padecedle, pues, en buen hora que bien lo merecéis. Esta ternura es más insoportable en las cosas del espíritu que en las corporales; y puede

ser por desventura que sea más practicada y fomentada por personas espirituales, las cuales quisieran ser santas al primer golpe sin que les cueste nada, ni aun el sufrimiento de los combates que les causa la parte inferior por la repugnancia que tienen a las cosas contrarias a la naturaleza; siendo así que hemos de sufrir necesariamente, y por consiguiente de resistir a estos embates, queramos o no queramos, todo el tiempo de nuestra vida, y en muchos encuentros, sino queremos apartarnos de la perfección que hemos emprendido. Yo deseo mucho que sepáis distinguir siempre los efectos de la parte superior de vuestra alma de los de la inferior, y que no os espantéis jamás de las producciones de esta por maliciosas que sean, porque estas de ninguna manera son bastantes a detenernos en nuestro camino, con tal que permanezcamos firmes en la parte superior para andar adelante por la senda de la perfección, sin ocuparnos ni perder tiempo en plañir nuestras imperfecciones y mostrarnos dignos de compasión; como si no debiéramos hacer otra cosa que dolernos de nuestra miseria y desdicha en ser tardos en llegar a la cumbre de nuestra pretensión. Aquella buena novicia, de quien hemos hablado, de ninguna manera se enterneció hablándome de su defecto; antes lo dijo con ánimo y semblante muy quieto, en lo que me agradó mucho. A nosotros nos suena muy bien el llorar nuestros defectos, y esto cabalmente es lo que contenta mucho al amor propio. Conviene, hijas mías, ser muy generosas y no espantarse de verse sujetas a mil especies de imperfecciones, y tener siempre un grande ánimo para despreciar vuestras inclinaciones, humores, caprichos y ternuras, mortificando fielmente todo esto en cualquiera acontecimiento; y si incurriéremos de cuando en cuando en alguna falta, no nos detengamos por eso; sino reforcemos el ánimo para ser más valientes en la primera ocasión, y pasando adelante, haremos gran jornada en el camino de Dios y en la abnegación de nosotros mismos. A más de esto, vosotras me preguntáis: Si viéndoos la superiora más tristes de lo ordinario, os pregunta qué es lo que tenéis; y sintiendo vosotras en vuestro espíritu muchas cosas que os conturban no podéis decir lo que tenéis ¿cómo os habéis de portar en este caso? Habéis de decir todo lo que sentís simplemente: Yo tengo muchas cosas en el espíritu, pero no sé cual me aflige. Decís, temo que la superiora piense que no confió en ella para decírselo. ¿Qué importa que lo piense o no lo piense? como hagáis lo que debéis, no os dé cuidado. Esto de decir, si yo hago esto o aquello, qué pensará la superiora, es muy contrario a la perfección cuando en ello se embarazan; porque es menester, en todo esto que digo, acordarse siempre de que no es mi intento hablar de lo que pasa en la parte inferior, que de eso no hago caso; es en la parte superior donde digo que se ha de despreciar el qué dirán o qué pensarán. Esto os sucede cuando habéis dado cuenta de vuestro espíritu, porque pensáis que no habéis dicho bastantemente vuestras faltas particulares, y entendéis que la superiora dirá o pensará que se las calláis. En esto, como en la confesión, conviene tener igual simplicidad. Decidme ahora: ¿será bueno decir, si yo me confieso de tal cosa, qué dirá o qué pensará mi confesor? No por cierto: pensará o dirá lo que quisiere, y como él me absuelva y yo haya cumplido con mi obligación eso me basta. Y así, como después de la confesión no es ya tiempo de examinar si se ha dicho bien todo lo que se ha hecho, sino de presentarse delante de Nuestro Señor con tranquilidad, pues nos hemos reconciliado

con él, y de rendirle gracias por los beneficios recibidos, sin ser necesario ya hacer reflexión de lo que se nos puede haber olvidado; de la misma manera se ha de proceder en el dar cuenta; se debe decir sencillamente todo lo que se nos ofrece, y después no pensar más en ello. Pero, así como no sería ir bien preparada a la confesión el no querer examinarse, por temor de no hallar alguna cosa que sea necesario confesarla; así no se ha de despreciar el entrar dentro de sí misma, antes de dar cuenta, por recelo de no hallar algo que dé pena el decirlo. No conviene tampoco el ser muy delicadas en querer decirlo todo, ni recurrir a las superiores a lamentarse del más pequeño dolorcillo que tenéis, que puede ser seas pase dentro de un cuarto de hora, Es necesario hacerse a sufrir generosamente los pequeños accidentes a que no podemos poner remedio, por ser estos de ordinario efectos de nuestra imperfecta naturaleza, como son la variedad de humores, de voluntades y de deseos que producen ya un poco de enfado, ya unas ganas de hablar, y de ahí a poco rato una grande a versión a ello, y otras cosas semejantes a que estamos sujetos y lo estaremos mientras viviéremos en esta vida miserable y perecedera. Pero, en cuanto a la pena que decís que tenéis, la que os impide la atención a Dios, sino vais luego a decirlo a la superiora, yo os digo que debéis advertir que puede ser que no os quite la atención a la presencia de Dios, sino la suavidad de esa atención: y si no es más que esto, y tenéis el ánimo y la voluntad que decís de sufrirlo sin buscar alivio, mi parecer es que haréis muy bien, aunque os cueste un poco de inquietud, como no sea grande: pero si os quita los medios de estar en la divina presencia, entonces convendrá ir luego a decirlo a la superiora, no para recibir consuelo, sino por continuar el camino de la presencia de Dios, aunque no será grande daño el decirlo por aliviaros. En lo demás, conviene que nuestras hermanas no estén tan asidas a las caricias de la superiora, que en no hablándolas a su gusto, saquen luego por consecuencia que no son amadas por ella. Eso no, nuestras hermanas, amen mucho la humildad y la mortificación para no estar de aquí en adelante melancólicas por una ligera sospecha, que puede ser sin fundamento, de que no son tan amadas como su amor propio las persuade que deseen serlo. Pero yo he hecho una falta con la superiora, dirá alguna, y por esto temo que me ha de tener poca voluntad y, en una palabra, que no hará de mí aquella estima que hacía antes. Mis amadas hermanas, todo este martirio hacéis en vosotras por mandato de un cierto padre espiritual, que se llama amor propio, el cual comienza a decir ¿cómo he faltado así? ¿qué dirá o pensará nuestra madre de mi? Ya no hay que esperar de mi cosa buena. ¡Oh, cómo soy una pobre y miserable! jamás haré cosa que pueda contentar a nuestra madre, y otras semejantes compasiones. Pero no dice: ¡Ay que he ofendido a Dios! necesario es recurrir a su bondad y esperar que me dará fortaleza; antes en lugar de esto dice: ¡Oh! yo sé bien que Dios es bueno y no mirará a mi poca fidelidad, conoce muy bien nuestra flaqueza ¿pero nuestra madre? Aquí volvemos siempre para continuar nuestro lamento. Es cierto que conviene tener cuidado de agradar a nuestros superiores; porque el grande apóstol san Pablo lo declara y exhorta hablando con los criados, lo que también se puede aplicar a los hijos: Servid, dice, a vuestros amos a ojo (Ef 6, 6). Quiere decir, tened un gran cuidado de agradarles; pero también dice después: No sirváis a vuestros amos a ojo. Queriendo decir, que se guarden de hacer más cuando están a la vista de sus amos, que

cuando están ausentes de ellos; porque siempre los ven los ojos de Dios, al cual se debe tener grande respeto para no hacer cosa que le pueda desagradar y obrando de este modo no tengáis pena ni cuidado por agradar a los hombres, porque esto no está siempre en nuestra mano. Hagamos cuanto nos sea posible por no desagradar a nadie; pero si después de eso, sucediere alguna vez por nuestra flaqueza que disgustáremos a alguno, recurrid luego a la doctrina que tantas veces os he predicado, y que tanto deseo grabar en vuestro espíritu. Humillaos al punto delante Dios, reconociendo vuestra fragilidad y miseria, y después reparad vuestra falta, si es digna de enmienda, con un acto de humildad con la persona a quien habéis disgustado algo, y hecho esto no os embaracéis más; porque nuestro Padre espiritual que es el amor de Dios os lo prohíbe, enseñándonos que después de haber hecho el acto de humildad, como he dicho, nos entremos dentro de nosotros mismos para acariciar tierna y amorosamente el bendito abatimiento que nos ha resultado de nuestra falta, y la amable reprensión que la superiora os dará. Tenemos dos amores, dos juicios y dos voluntades; y por esto no conviene hacer caso de todo lo que el amor propio y el juicio particular o la propia voluntad nos sugieren, con tal que hagamos reinar el amor de Dios sobre el amor propio, y el juicio de los superiores, y aun de los inferiores e iguales, sobre nuestro juicio, poniéndole a los pies de todos; no contentándonos de sujetar nuestra voluntad a hacer todo aquello que quisieran de ella, sino a forzar el juicio a que crea que no tenemos razón en pensar que aquello no está justa y razonablemente hecho; desmintiendo así absolutamente las razones que nos querrá traer para que creamos que la cosa que se nos ha mandado se haría mejor de otro modo que de aquel que se nos ha dicho. Conviene alguna vez proponer nuestras razones con sencillez, si nos parecen buenas; pero hecho esto sosegarnos, sin replicar a lo que se nos dijere; y de este modo procurar que muera nuestro propio juicio, que nos parece más sabio y prudente que el de los demás. ¡Oh Dios! Madre mía, nuestras hermanas están tan resueltas a amar la mortificación que será de mucho gusto el verlas los consuelos nada serán para ellas respecto de lo que estimarán las aflicciones, las sequedades y las repugnancias; tanto están deseosas de parecerse a su Esposo. Ayudadlas, pues, bien en su intento, mortificadlas bien y osadamente sin perdonarlas; pues eso es lo que pretenden. No se atarán ya a las caricias, porque eso es contrario a la generosidad de su devoción, la que será de tal modo que absolutamente se entregarán al deseo de agradar a Dios, sin mirar otra cosa que no sea proporcionada a adelantarlas en su deseo. Es carácter de un corazón tierno y de una devoción delicada el dejarse llevar de cualquiera pequeño encuentro de contradicción. No tengáis miedo de que estas boberías de humor melancólico y despechado se hallen jamás entre nosotros. Tenemos muy buen ánimo, gracias a Dios, y nos aplicaremos de aquí en adelante a obrar tanto, que le será agradable el vernos. Ahora, hijas mías, purifiquemos bien nuestra intención, para que, haciéndolo todo por Dios, por su honra y gloria, esperemos el premio de él solo su amor será nuestro galardón en esta vida, y él mismo nuestra recompensa en la eternidad. Dios sea bendito.

CONFERENCIA XV. LA VOLUNTAD DE DIOS

En el cual se pregunta ¿en qué consiste la perfecta resolución de mirar y seguir la voluntad de Dios en todas las cosas, y si la podemos hallar y seguir en la de los superiores, iguales o inferiores, que vemos proceder de sus inclinaciones naturales o habituales? Trátanse algunos puntos notables tocantes a los confesores y predicadores.

Conviene lo primero saber que la determinación de seguir la voluntad de Dios en todas las cosas sin excepción se contiene en la oración del Padre nuestro, en aquellas palabras que decimos todos los días: Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. No hay resistencia alguna a la voluntad de Dios en el cielo; todo le está sujeto y obediente; así decolamos, que nos suceda y pedimos a Nuestro Señor que se haga, no poniendo jamás alguna resistencia, sino estando siempre sujetísimos y obedientísimos en todos los sucesos a esta divina voluntad. Pero las almas que toman esta resolución necesitan de que se les declare en qué cosas podrán conocer esta voluntad de Dios; de esto mucho he dicho en libro del Amor de Dios; con todo, por satisfacer a la pregunta que se me ha hecho, diré algo en esta conferencia. La voluntad de Dios se puede entender de dos maneras: hay voluntad de Dios significada y hay voluntad de beneplácito. La voluntad significada se divide en cuatro partes que son, los mandamientos de Dios y de la Iglesia, los consejos, las inspiraciones, las reglas y constituciones. A los mandamientos de Dios y de la Iglesia necesariamente se ha de obedecer; porque es la voluntad de Dios absoluta que los guardemos si queremos salvarnos: sus consejos también quiere que los observemos; pero no con voluntad absoluta, sino solo por manera de deseo; y esta es la razón porque no perdemos la caridad ni nos apartamos de Dios por no tener ánimo para emprender la guarda de los consejos. Ni tampoco debemos intentar la práctica de todos, sino solamente de aquellos que se conforman más con nuestra vocación, porque hay algunos que de tal suerte se oponen a otros, que sería imposible practicar el uno sin quitar los medios de guardar el otro. Consejo es dejarlo todo por seguir a Cristo Nuestro Señor desnudos de todas las cosas: otro consejo hay de prestar y dar limosna; decidme, el que de una vez dejó todo lo que tenía ¿qué limosna ha de dar, pues no tiene de qué? Conviene, pues, seguir los consejos que Dios quiere que sigamos, y no pensar que los ha dado todos para que juntos los guardemos. Los consejos que debéis practicar vosotras son los que se comprenden en vuestras reglas. Hemos dicho también, que Dios nos significa su voluntad por medio de sus inspiraciones; así es verdad, más no por eso quiere, que juzguemos nosotros mismos si lo que se nos ha inspirado es su voluntad, ni menos que indistintamente sigamos sus inspiraciones. No quiere tampoco que esperemos que nos manifieste su voluntad por sí mismo o que nos envíe sus Ángeles a significárnosla. Su voluntad es que en las cosas dudosas y de importancia recurramos a aquellos que nos ha puesto para que nos guíen, y que totalmente nos sujetemos a su consejo y opinión en lo que mira a la perfección de

nuestras almas. Ved aquí, pues, como Dios nos manifiesta su voluntad que llamamos significada. Hay también la voluntad de beneplácito de Dios, la que debemos mirar en todos los acontecimientos, quiero decir, en todo lo que nos viniere, en la enfermedad, en la muerte, en la aflicción, en la consolación, en las cosas adversas y en las prósperas, y en suma, en todas las cosas que no podemos prevenir. Y a esta voluntad de Dios debemos siempre estar prontos para sujetarnos en todas nuestras ocurrencias tanto agradables como desabridas, en la muerte como en la vida, y en fin en todo aquello que no es contrario manifiestamente a la voluntad de Dios significada, porque esta ha de ir siempre delante, y con esto responderemos a la segunda parte de la pregunta. Pero, para darlo mejor a entender, conviene deciros lo que leí estos días pasados en la vida de san Anselmo, donde se dice: Que en todo el tiempo que fue prior y abad de su monasterio fue por extremo amado de todos porque condescendía mucho, doblándose a la voluntad de todos, no solo de los religiosos sí que también de los extraños. Venía le uno a decir: Padre nuestro, conviene que vuestra reverencia tome unos tragos de caldo, y los tomaba luego otro le decía: Padre mío, esto os hará mal, luego lo dejaba. Así se sujetaba en todo lo que no era ofensa de Dios a la voluntad de sus hermanos; los cuales seguían sin duda su propia inclinación, y más los seculares que le hacían volver según su voluntad. Mas esta grande apacibilidad y condescendencia del Santo no era aprobada de todos, si bien era de todos amada; por lo que un día algunos de sus monjes le quisieron dar a entender que en aquello no obraba bien según su juicio, y que no debía ser tan afable y fácil en acomodarse a la voluntad de todos; antes bien debía procurar que se ajustasen a la suya los que tenía a su cargo. ¡Oh hijos míos! dijo este gran Santo, vosotros no sabéis la intención con que yo lo hago. Sabed, pues, que acordándome de que Nuestro Señor dijo que hagamos con los otros lo que queremos que hagan con nosotros, no puedo dejar de hacerla así; porque deseo que Dios haga mi voluntad, y por eso yo hago de buena gana la de mis hermanos y prójimos, porque alguna vez le agrade a este buen Dios hacer la mía. Además de esto tengo otra consideración, y es que después de lo que pertenece a la voluntad de Dios significada, no puedo mejor conocer la voluntad de su beneplácito ni más seguramente que por la voz de mi prójimo; porque Dios no me habla, ni me envía Ángeles para declararme lo que es de su beneplácito: las piedras, los animales, las plantas, no tienen voz: no hay, pues, fuera del hombre, quien me pueda manifestar la voluntad de mi Dios; y por eso, cuanto puedo, me conformo con ella. Dios me manda la caridad con el prójimo; y esta es grande cuando se conservan en unión los unos con los otros; para esto no hallo medio mejor que la blandura y condescendencia; porque la dulce y humilde prontitud debe andar sobre todas nuestras acciones. Pero mi principal consideración es creer que Dios me manifiesta su voluntad por la de mis hermanos, y así obedezco a Dios tantas veces cuantas con ellos condesciendo en cualquier cosa. Además, Nuestro Señor nos dijo: Que si no nos hacemos como niños no entraremos en el reino de los cielos (Mt 18, 3). No os espantéis, pues, si soy afable y fácil en condescender como un niño, pues en esto no hago más que lo que me ha ordenado mi Salvador: poco importa que yo me vaya a acostar o que ti esté levantado, que vaya allí o me esté aquí; pero no carecería de mucha imperfección el no sujetarme en esto a mi prójimo. Mirad,

mis queridas hermanas, como el grande Anselmo se sujeta a todo lo que no es contrario a los mandamientos de Dios o de la santa Iglesia o contra sus reglas; porque la obediencia de estos va siempre delante, y si alguno quisiera que hiciera alguna cosa contra ellos, yo creo que no la hubiera hecho de ninguna manera; pero fuera de esto su regla general era condescender en todo y con todos en las cosas indiferentes. El glorioso san Pablo, después de haber dicho: Que nada le apartaría de la caridad de Dios, ni la muerte ni la vida, ni los Ángeles (Rm 8, 38; 12, 15), ni todo el infierno aunque se conjurase contra él tendría tal potestad, añade: Yo no sé cosa mejor, que hacerme todo para todos: reír con los que ríen, llorar con los que lloran, y finalmente hacerme uno con cada uno. San Pacomio hacía un día esteras, y un niño que le estaba mirando le dijo: padre mío, no acertáis; eso no se ha de hacer así. El Santo, aunque las hacía bien, se levantó con presteza y se fue a sentar junto al muchacho, el cual le enseñaba como las había de hacer. Violo un religioso y le dijo: Padre mío, vos hacéis dos males condescendiendo a la voluntad de ese niño; porque le exponéis al riesgo de tener vanidad, y echáis a perder vuestras esteras, porque iban mejor como las hacíais; a que respondió el bendito Padre: Hermano mío, si Dios permitiere que el muchacho tenga vanidad, puede ser que en recompensa me conceda humildad; y habiéndomela dado la podré comunicar a esta creatura: no es grande el daño de tejer de esta manera o de la otra los juncos para hacer las esteras; mas no lo sería pequeño sino hiciese mucha estima de aquellas tan célebres palabras de nuestro Salvador: Si no os hiciereis como niños pequeños no tendréis parte en el reino de los cielos. ¡Oh, qué es un gran bien, hermanas mías, saberse volver y doblegar de todas maneras! No solamente los Santos nos han enseñado esta práctica de la sumisión de nuestra voluntad, sino también Cristo Nuestro Señor con ejemplo y palabra. ¿Pero cómo por palabra? El consejo de la abnegación de sí mismo ¿qué otra cosa es sino renunciar en todas ocasiones la propia voluntad y el juicio propio, por seguir la voluntad de otro y sujetarse a todos, fuera siempre de aquello que fuere ofensa de Dios? Pero podréis decir: Yo veo claramente, que lo que quieren que yo haga, procede de una voluntad humana y de una inclinación natural, y no porque Dios haya inspirado a mi madre o a mi hermana que me lo mande hacer. Puede ser que Dios no se la haya inspirado, pero bien quiere que vos lo hagáis, y faltando en esto, contravenís a la resolución de hacer la voluntad de Dios en todas las cosas, y por consiguiente al cuidado que debéis tener de vuestra perfección. Conviene, pues, siempre sujetarse a hacer todo cuanto quisieren de nosotros para cumplir la voluntad de Dios, como no sea contrario a su voluntad significada, como dijimos arriba. Digamos una palabra de la voluntad de las creaturas. Esta se puede entender de tres maneras: por modo de aflicción, de complacencia, o sin propósito. En la primera conviene tener fortaleza para abrazar de buena gana las voluntades contrarias a la nuestra, la que no quisiera hallar contradicción; y así en esta práctica de seguir las voluntades ajenas conviene de ordinario sufrir mucho, porque la mayor parte son diferentes de la nuestra. Se debe, pues, por manera de tolerancia, recibir la ejecución de tales voluntades, sirviéndose de estas contradicciones cotidianas para mortificarnos aceptándolas con amor y dulzura. Por modo de complacencia no es menester exhortación para que

sigamos la ajena voluntad, porque de muy buena gana obedecemos en las cosas que nos agradan; antes prevenimos estas voluntades ofreciendo nuestra sumisión. Así, no es de esta especie de voluntad de la que se pregunta; porque no hay en esta duda alguna; mas sí de aquellas que son fuera de propósito y de las que no alcanzamos la razón del por qué quieren tal cosa de nosotros. Aquí está el punto. Porque ¿a qué fin haré yo la voluntad de mi hermana antes que la mía? ¿no sería la mía más conforme quizá a la voluntad de Dios en cosa de tan poca importancia que no la suya? ¿por qué razón debo yo creer que lo que ella me dice que yo haga, es más inspiración de Dios que la voluntad que yo tengo de hacer otra cosa? ¡Oh Dios! hermanas mías, aquí es donde la divina Majestad nos quiere hacer ganar el precio de la sumisión, porque si siempre viéramos que tenían razón de mandarnos o pedirnos que hiciéramos tal cosa, no habría mucho mérito en hacerla ni gran repugnancia; porque sin duda toda nuestra alma consintiera voluntariamente en ello; mas cuando la razón está escondida, entonces nuestra voluntad repugna, nuestro juicio receja y sentimos contradicción. En estas ocasiones conviene vencerse y con una sencillez totalmente pueril ponerse a obrar sin discurso y sin razonar, y decir: Yo sé bien que la voluntad de Dios es que yo haga primero la voluntad de mi prójimo que la mía; y por eso empiezo a obrarla sin mirar si es la voluntad de Dios que yo me sujete a hacer lo que procede de pasión, o inclinación, o lo más cierto, de inspiración y movimiento de la razón; porque en todas las cosas de poca importancia conviene andar con simplicidad. Decidme, ¿a qué fin se ha de gastar una hora de meditación para saber si es voluntad de Dios que yo beba cuando me ruegan, o que me abstenga por penitencia o sobriedad, y otras cosas semejantes que no son dignas de consideración, principalmente si yo veo que dará gusto en alguna manera a mi prójimo en hacerlas? En las cosas de consecuencia no conviene tampoco perder tiempo en considerarlas, sino acudir a nuestros superiores para saber de ellos lo que debemos hacer, y después no pensarlo más, sino absolutamente seguir su opinión; pues Dios nos los ha dado por guías de nuestras almas en la perfección de su amor. Y si se debe condescender así con la voluntad de cada uno, mucho más con la de los superiores, a los cuales debemos tener y mirar entre nosotros como la misma persona de Dios, pues son sus tenientes; y por esa razón, aunque conociésemos que tienen inclinaciones naturales y aun pasiones, por cuyos movimientos nos mandasen alguna vez y reprendiesen los defectos de sus súbditos, no debemos espantarnos; porque son hombres como los demás y por consiguiente sujetos a pasiones e inclinaciones; pero no nos es permitido hacer juicio de que aquello que nos mandan proceda de su pasión o inclinación. Conviene guardarse de esto; y aun cuando conociésemos palpablemente que era así, convendría obedecer dulce y amorosamente y someterse con humildad a la corrección. Verdaderamente que es cosa muy dura al amor propio, es el estar sujeto a todos estos acaecimientos, es cierto; pero no es este el amor que debemos contentar y escuchar; sino solamente al santísimo amor de nuestras almas, Jesús que pide a sus queridas esposas una santa imitación de la perfecta obediencia que él tuvo, no solamente a la justísima y bonísima voluntad de su Padre, sino también a la de sus padres, y lo que es más a la de sus enemigos, los cuales sin duda siguieron sus pasiones en los trabajos que le hicieron padecer, y con todo eso el buen Jesús no dejó de

sujetarse dulce, humilde y amorosamente: y veremos claramente que estas palabras tuyas que ordenan que cada uno tome su cruz, se han de entender de recibir con gusto las contradicciones que en todas ,ocasiones se nos ofrecen por la santa obediencia, aunque eran muy ligeras y de poca importancia. Quiero todavía daros un ejemplo admirable para que comprendáis el valor de estas pequeñas cruces, quiero decir de la obediencia, condescendencia y facilidad en seguir la voluntad de todos, y con más especialidad de los superiores. Santa Gertrudis entró monja en un monasterio donde había una superiora que conoció muy bien que esta Santa era muy flaca de complexión y delicada; por lo que la hizo tratar con más regalo que a las otras, no dejándola ejercitar en las austeridades que se acostumbraban en aquella orden. ¿Qué pensáis, pues, que hizo la pobre doncella para ser santa? Nada más que rendirse muy simplemente a la voluntad de la madre; aunque el fervor la pondría deseo de hacer lo que las otras, ella jamás dio muestras de ello, porque cuando la mandaban que se fuese a acostar, se iba sencillamente sin réplica; estando segura de que gozaría de la presencia de su Esposo tanto en la cama por la obediencia, como en el coro en compañía de sus hermanas. Y para manifestar la gran paz y tranquilidad de espíritu que adquirió en esta práctica, reveló Nuestro Señor a santa Matilde, su compañera, que si alguno le quisiese hallar en esta vida, le hallaría primero en el santísimo Sacramento del altar y después en el corazón de santa Gertrudis. Y no hay que maravillarse de esto, pues este divino Esposo dice en los Cantares, que el lugar donde él reposa, es al medio día (Ct. 1, 6). No dice que descansa por la mañana ni por la tarde, sino al medio día; porque entonces no hay cosa que haga sombra; y el corazón de esta gran Santa era un verdadero medio día en el que no había sombra de escrúpulo ni de propia voluntad; y por eso su alma gozaba de su armado que tenía todas sus delicias en ella. En fin, la obediencia es la sal que da gusto y sabor a todas nuestras acciones, y las hace meritorias de la vida eterna. Deseo también deciros dos o tres palabras de la confesión. Primeramente, querría que se tuviese grande respeto a los confesores; porque, a más de que tenemos grande obligación de honrar al sacerdocio, los debemos mirar como a ángeles que Dios nos envía para que nos reconcilien con su divina bondad; y no solamente por esto, sino porque también los debemos mirar como tenientes de Dios en la tierra: y así, aunque suceda alguna vez que se muestren hombres, cometiendo algunas imperfecciones, como preguntando alguna cosa curiosa que no sea de la confesión, como vuestros nombres o si hacéis penitencia o practicáis las virtudes y cuáles son, si tenéis algunas tentaciones y cosas semejantes; quisiera yo que respondieseis como lo preguntan, aunque no haya obligación; porque no es decente decirles que no es permitido manifestarles otra cosa más que aquellas de que os habéis acusado. No, de ninguna manera, no hay que usar jamás de este descarte porque no es verdad; vos podéis decir en la confesión lo que quisieréis como no habléis más que, de vuestra conciencia y no de lo que toca a la de vuestras hermanas. Y si teméis decir alguna cosa de las que os preguntan, por no embarazaros, como sería decir que tenéis tentaciones; si conocéis que las habéis de decir porque las quieren saber por menor, podéis responder: Padre mío, las tengo sin duda, mas, por la gracia de Dios, no pienso haber ofendido a la divina Bondad; pero no digáis jamás que se os ha prohibido

confesaras de esto o de lo otro. Decid con buena fe a vuestro confesor todo aquello que os da pena si queréis; pero otra vez os digo; guardaos muy bien de hablar de tercera ni cuarta persona. En segundo lugar tenemos alguna recíproca obligación a los confesores en el acto de la confesión y es el guardar secreto en lo que nos dicen, si ya no fuese alguna cosa de edificación, y fuera de esta, no hay de qué hablar. Si sucede que os dan algún consejo contra vuestras reglas o vuestro modo de vida, escuchad lo con humildad y reverencia, y después haced lo que vuestras reglas permiten, y no más. Los confesores no tienen siempre intención de obligarlas so pena de pecado a lo que os dicen. Se han de tomar sus consejos a manera de simple dirección. Haced mucho caso de lo que se os dijere en la confesión; porque no podréis creer el provecho grande que hay en este sacramento para las almas que llegan a él con la humildad que se requiere. Si os quisieren dar por penitencia alguna cosa que sea contra la regla, rogadles suavemente que la muden en otra cosa; porque siendo contra las reglas, teméis escandalizar a vuestras hermanas si la cumplís. Además de esto conviene no murmurar jamás de los confesores si por defecto suyo os sucediere algo en la confesión. Podéis sencillamente decir a la superiora, que deseáis, si así le parece, confesaras con otro, sin decirle más; porque haciéndolo así, no descubris la imperfección del confesor y conseguís la comodidad de confesaras a vuestro gusto; pero esto no se debe hacer por ocasión leve y de poco momento. Débese también evitar los extremos; porque, así como no es bien sufrir faltas graves en la confesión así no conviene ser tan delicadas que no se pueda tolerar alguna pequeña. En tercer lugar, quisiera que de aquí adelante las hermanas de esta Casa tuvieran gran cuidado de particularizar sus pecados en la confesión; quiero decir, que las que no hallan cosa en su conciencia que requiera absolución, digan algún pecado particular. Porque acusarse de haber tenido muchos movimientos de cólera o de tristeza y otros semejantes no es a propósito; porque la cólera y la tristeza son pasiones y sus movimientos no son pecado, respecto de que no está en nuestra mano impedirlos. Muy desarreglada ha de ser la cólera y que nos precipite a acciones desarregladas para que sea pecado; y así es menester particularizar alguna cosa que lo sea. Además, quisiera también que pusieseis gran cuidado en ser verdaderas, sencillas y caritativas en la confesión. Verdaderas y sencillas es una misma cosa: decir con claridad sus faltas sin ficción ni artificio, advirtiendo que se habla con Dios a quien nada se le encubre: muy caritativas no mezclando por manera alguna al prójimo en vuestra confesión. Pongo por ejemplo: Habiendo de acusaras de que habéis murmurado dentro de vos misma, o con las hermanas, de la superiora porque os ha hablado muy secamente; no digáis, que habéis murmurado de la corrección muy áspera que os ha dado, sino decid simplemente que habéis murmurado contra la superiora. Decid solamente el mal que habéis hecho, y no la causa que os han dado; jamás, ni directa, ni indirectamente, descubráis el mal de los otros, acusándoos del vuestro ni deis al confesor ocasión de sospechar quien ha cooperado en vuestro pecado. No hagáis acusaciones inútiles en la confesión: habéis tenido pensamientos de imperfección acerca del prójimo, o de vanidad, o peores, habéis estado distraídas en la oración, si os habéis detenido en ellos deliberadamente, decidlo con llaneza, sin contentaras con decir que no habéis hecho la diligencia conveniente para

estar recogidas en la oración; y si habéis sido negligentes en desechar la distracción, decidlo: porque acusaciones generales de nada sirven en la confesión. Quisiera también, mis amadas hijas, que en esta casa se tuviera gran respeto a los que os anuncian la palabra de Dios: verdaderamente hay grande obligación de hacerla así; porque son mensajeras celestiales que vienen de parte de Dios a enseñarnos el camino de nuestra salvación; conviene mirarlos como tales y no como puros hombres; porque aunque no hablen tan bien como los hombres celestiales, no por eso se ha de minorar la humildad y reverencia con que debemos recibir la palabra de Dios, que siempre es la misma tan pura y tan santa como si fuese dicha y pronunciada por los Ángeles. Yo he advertido que cuando escribo a una persona con mal papel, y por consiguiente con mala letra, ella me responde con tanto afecto como cuando le escribo sobre buen papel y con mejor letra. Y esto ¿por qué? sino porque ella no pone su atención ni en el papel que no es bueno ni en la letra que es mala, sino solamente en mí que le he escrito. Lo mismo se debe hacer con la palabra de Dios: No mirar quien es el que nos la administra y quien nos la declara; bástanos saber, que Dios se sirve de aquel predicador para enseñárnosla. Y pues vemos que Dios le honra tanto que quiere hablar por su boca ¿cómo podremos nosotros dejar de honrar y respetar su persona?

CONFERENCIA XVI. DE LAS AVERSIONES

Se trata de las aversiones: como se han de recibir los libros, y que no debemos maravillarnos de ver imperfecciones en las personas religiosas ni tampoco en los superiores.

La primera pregunta es: ¿Qué es aversión? Las aversiones son ciertas inclinaciones, que tal vez son naturales, y consisten en un poco de mal humor en el trato de aquellos con quienes las tenemos, de donde nace el que no gustemos de su conversación, esto es, que no sentimos en ella aquel placer que hallamos en la de aquellos a quienes tenemos una inclinación dulce que nos los hace amar con amor sensible, porque hay una cierta alianza entre nuestro espíritu y el suyo. Para mostrar, que es natural amar por inclinación a unos y no a otros, no es menester más que la experiencia; pues si dos hombres entran en un juego de pelota donde otros dos están jugando, luego cada uno se inclina a que gane este más que aquel. ¿Y de dónde procede esto, pues jamás han visto al uno ni al otro, ni los han oído hablar, ni saben si el uno es más virtuoso que el otro, y por lo tanto no hay razón alguna para aficionarse más a este que a aquel? Forzoso es, pues, confesar que esta inclinación de amar más a unos que a otros es natural; y lo mismo se ve en las bestias, que siendo irracional es, tienen también sus aversiones e inclinaciones naturales. Haced la experiencia en un corderillo recién nacido, mostradle la piel de un lobo, aunque sea muerto; al punto echará a huir, balará y se esconderá bajo de los pechos de su madre; pero mostradle un caballo, que es bruto mayor que el lobo, no se espantará de ninguna manera, antes jugará con él. La razón de esto no es otra sino que la naturaleza le da alianza con el uno y aversión con el otro. De estas aversiones naturales no es menester hacer gran cuenta, como ni tampoco de las inclinaciones, con tal que sujetemos unas y otras a la razón. Tengo aversión a conversar con una persona que sé muy bien que es de gran virtud y que con ella puedo aprovechar mucho; conviene no dejarme llevar de mi aversión, que me hace evitar su encuentro, sino sujetar esta inclinación a la razón que debe moverme a buscar su conversación, o por lo menos a detenerme en ella cuando la encuentre con espíritu de paz y tranquilidad. Hay también personas que tienen tanto miedo a cobrar su aversión a los que aman por inclinación, que huyen del trato por no encontrar en ellos algún defecto que les quite la suavidad de su afición y amistad. ¿Qué remedio habrá para estas aversiones, pues ninguno puede estar exento de ellas por perfecto que sea? Los que son de natural áspero tendrán aversión a los que son muy afables, y estimarán su dulzura por una gran flojedad, aunque la afabilidad generalmente es muy amada. El único remedio para este mal, como para toda otra cualquier tentación, es una simple diversión, quiero decir, no pensar en ello: porque la desdicha es que nosotros queremos conocer muy bien si tenemos razón o no en tener aversión a una persona. No conviene detenerse a inquirir esto; porque nuestro amor propio, que nunca duerme, nos dorará también las píldoras que nos hará creer que es buena, quiero decir,

que nos persuadirá ser verdad que tenemos ciertas razones que parecen buenas; y siendo después estas aprobadas por nuestro juicio y amor propio no habrá medio para persuadimos de que no son justas y razonables. ¡Oh cuánto conviene atender a esto! Me detengo un poco en hablar de ello, porque es de mucha importancia. Jamás hay razón para tener aversión, y mucho menos para mantenerla. Digo, pues, que cuando estas son puras aversiones naturales no se ha de hacer caso de ellas, antes divertirse sin mostrar semblante alguno, engañando así a nuestro espíritu; pero se deben combatir y abatir cuando se reconoce que pasan más adelante de lo natural y nos quieren apartar de la sumisión que debemos a la razón, que jamás nos permite hacer algo en favor de nuestras aversiones, como tampoco de nuestras inclinaciones cuando son malas, porque no ofendamos a Dios; pero cuando no hacemos más en favor de nuestras aversiones que no hablar con tanto agrado como hablaríamos a otra persona con quien tenemos grandes sentimientos de afición, eso no es mucho, antes casi no está en nuestra mano hacer otra cosa. Y fuera error, cuando estamos con los movimientos de esta pasión, pedimos esto. La segunda pregunta es: ¿Cómo os habéis de portar en recibir los libros que os dan para que los leáis? La superiora dará a una de las hermanas para que lo lea un libro que trate muy bien de las virtudes; pero ella, porque no le estima, no sacará provecho de su lectura, antes le leerá con negligencia de espíritu; y la causa es porque sabe ya por menor, lo que se contiene en él, y desea que se le mande leer en otro. Yo digo que es una imperfección el querer escoger o desear otro libro diferente del que se da; es señal de que leáis más por satisfacer a la curiosidad de espíritu, que por aprovecharas de su lectura. Si leyésemos por aprovecharnos, y no por complacernos, igualmente nos satisfaría un libro que el otro, o a lo menos aceptaríamos de buena gana todos los que nuestra superiora nos diese para leer: y digo más, que os aseguro que tuvierais placer de leer siempre en un mismo libro, mientras fuese bueno y hablase de Dios, y aunque no tuviese más que el título de Dios, estuvierais contentas, pues tuvierais mucho que hacer después de haberlo leído y releído muchas veces. Querer leer por contentar la curiosidad es señal de que tenemos todavía el espíritu un poco ligero, y que no se acomoda bastantemente a obrar el bien que ha aprendido en los pequeños libros de la práctica de las virtudes; pues ellos hablan muy bien de la humildad y de la mortificación, que no practicabais cuando no se recibían con gusto. El decir: Porque no me agrada el libro no sacaré provecho, no es buena consecuencia, como ni tampoco lo es decir: Yo lo sé ya todo de memoria; y así no tendré gusto en leerle. Todas estas cosas son niñerías. Si os dan un libro que lo sabéis todo de memoria, alabad a Dios por ello, que de ese modo comprenderéis su doctrina más fácilmente. Si os dan uno que habéis leído muchas veces, humillaos y creed que Dios lo dispone así porque os ocupéis más en obrar que en aprender; y que su voluntad os lo da la segunda y tercera vez porque no habéis sacado aprovechamiento de la primera; pero el mal de donde procede todo esto, es de que siempre buscamos nuestra propia satisfacción y no nuestra mayor perfección. Si por ventura, mirando vuestra flaqueza, la superiora os manda escoger el libro que quisierais, entonces lo podéis escoger con simplicidad; pero fuera de este caso, conviene estar siempre humildemente sujetas a todo lo que ordenara la superiora, sea de nuestro gusto o

no, sin mostrar jamás los sentimientos contrarios que puede ser tengáis a esta sumisión. La tercera pregunta es: ¿Si os debéis espantar de ver imperfecciones entre nosotras y también en los superiores? En cuanto al primer punto, no hay duda, que no debéis maravillaras de ver allá dentro algunas imperfecciones, ni tampoco en las otras casas religiosas, por perfectas que sean; porque vosotras jamás seréis tan buenas que no cometáis alguna de cuando en cuando según os dieren la ocasión. No es mucho ver una doncella afable cuando no tiene quien la conturbe y ejercite, y que entonces cometa pocas faltas. Cuando me dicen, ésta es una mujer que jamás se le ha visto cometer una imperfección. Yo pregunto luego ¿tiene algún oficio? Si me dicen que no, no hago mucho caso de su perfección; porque hay mucha diferencia entre la virtud de esta, y la de otra que está bien ejercitada, ya sea interiormente por las tentaciones, ya exteriormente por las contradicciones que le hacen; porque la virtud de la fortaleza, o la fortaleza de la virtud, no se adquiere jamás en el tiempo de la paz, mientras no somos ejercitados con la tentación contraria. Aquellos que son de muy blando natural, mientras no tienen contradicción y no han adquirido esta virtud de la fortaleza con la espada en la mano, son verdaderamente muy ejemplares y de grande edificación; pero si llegáis a la prueba, al punto los veréis trocados y manifestar, que su dulzura no era virtud fuerte y sólida, sino más imaginaria que verdadera. Hay gran diferencia entre tener la cesación de un vicio y tener la virtud contraria. Muchos parecen muy virtuosos, que no tienen un átomo de virtud, porque no lo han adquirido trabajando. Bien a menudo sucede que nuestras pasiones duermen o están adormecidas; y si en este tiempo no hacemos provisión de fuerzas para combatir las y resistirlas cuando despierten, seremos vencidos en el combate. Necesario es ser siempre humildes y no creer que tenemos las virtudes, aunque no cometamos o por lo menos no entendamos cometer los vicios contrarios. En verdad, que hay muchas personas que se engañan grandemente, creyendo que las que tratan de perfección no deberían deslizar en imperfecciones, y particularmente de las religiosas, porque les parece que no es menester más que entrar en religión para ser perfectas: lo que no es así, porque las religiones no son para congregar personas perfectas, sino personas que tengan ánimo de pretender la perfección. Pero ¿qué se debe hacer si se ve imperfección en los superiores como en los demás? No espantarse. No se hagan, diréis vosotras, superiores imperfectos. ¡Ay! amadas hijas, sino se hubieran de hacer superiores y superioras sino a aquellos y a aquellas que son perfectos, fuera necesario rogar a Dios que nos enviase Ángeles o Santos del cielo para que lo fueran, porque entre los hombres no se hallarán. Se buscan verdaderamente, que no sean de mal ejemplo, pero en que no tengan imperfección no se pone cuidado, como tengan las condiciones necesarias al espíritu, pues aunque se hallaran otros más perfectos, tal vez estos no fueran tan capaces para superiores. Decidme ¿Nuestro Señor no nos ha enseñado lo mismo en la elección de san Pedro al hacerle superior de todos los Apóstoles? Porque todos saben cuán grande falta hizo este Apóstol en la pasión y muerte de su Maestro, poniéndose a hablar con una criada y negando tan miserablemente a su amantísimo Señor que tanto bien le había hecho. Hizo el valiente y después huyó. Pero a más de esto, después que fue confirmado en gracia por haber recibido el Espíritu Santo,

hizo todavía una falta que pareció de tanta importancia, que san Pablo escribiendo a los gálatas les dice: Que le había hecho resistencia en la cara porque era reprehensible. Y no solamente san Pedro, sino también san Pablo y san Bernabé, queriendo ir a predicar el Evangelio, tuvieron entre los dos una pequeña contienda, porque san Bernabé quería llevar en su compañía a Juan Marcos, que era su primo, y san Pablo era de contraria opinión y no quería que fuese con ellos; san Bernabé no cedía a la voluntad de San Pablo, y así se dividieron y se fueron a predicar, san Pablo a una provincia, y san Bernabé a otra con su primo san Juan Marcos. Bien es verdad que Dios sacó mucho provecho de su diferencia; porque si fueran juntos no hubieran predicado más que en una parte de la tierra, y habiéndose dividido sembraron la semilla del Evangelio en muchos lugares. No pensemos, mientras estamos en esta vida, vivir sin cometer imperfecciones, porque no es posible, ya seamos superiores o inferiores; pues todos somos hombres y por consiguiente tenemos necesidad de creer esta verdad como segurísima para no espantarnos de vernos sujetos todos a las imperfecciones. Nuestro Señor nos manda decir todos los días aquellas palabras del Padre nuestro: Perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no hay excepción alguna en este mandato, porque todos tenemos necesidad de cumplirlo. No es buena consecuencia decir: Es superior, luego no debe ser colérico ni tener otra imperfección. Os espantáis de que viniendo a hablar a la superiora os diga alguna palabra menos dulce que lo ordinario, porque puede ser tenga la cabeza llena de negocios y cuidados. Vuestro amor propio se va todo turbado en vez de pensar que Dios ha permitido esa pequeña sequedad a la superiora para mortificaros cuando buscabais la caricia de que recibiese amigablemente lo que la queríais decir; mas en fin sentimos mucho encontrar la mortificación donde no la buscamos. ¡Oh cuánto importaría salir rogando a Dios por la superiora, echándola bendiciones por la amable contradicción que os ha hecho! En una palabra, hijas mías, acordémonos de lo que dice el grande Apóstol san Pablo: La caridad nunca piensa mal (1Cor 13, 54). Quiere decir, que al punto que le descubre lo deshecha, sin pensar más ni detenerse a considerarlo. Además de esto, en cuanto a este punto me preguntáis también: si la superiora o directora no debe mostrar repugnancia alguna de que las hermanas vean sus defectos: y qué debe decir cuándo una religiosa viene a acusaros sencillamente de cualquiera juicio o pensamiento que ha tenido, notando su imperfección, como sería si alguna hubiese pensado que la superiora había corregido con pasión. Digo, que lo que debe hacer en esta ocasión es humillarse y recurrir al amor de su abatimiento; mas si la hermana mostrase alguna turbación al decirlo, la superiora no debería hacer otro semblante sino divertir la memoria y esconder en su corazón el abatimiento; porque es menester procurar que nuestro amor propio no eche a perder la ocasión de conocer que somos imperfectos y de humillarnos; y aunque se corte el acto exterior de humildad por turbar a la religiosa que lo está ya mucho, no se ha de dejar de hacer el interior; y si por el contrario la hermana no tuviere turbación al acusarse, me parecería bien que la superiora confesase libremente que ha errado si fuese verdad, porque si el juicio fuese falso, es bien que la desengañe con humildad reservando, no obstante, como joya preciosa el abatimiento que le ocasiona el haber sido tenida por defectuosa. Mirad que

esta pequeña virtud del amor a nuestro abatimiento no debe jamás apartarse un paso de nuestro corazón; porque en cada hora tenemos necesidad de ella por aprovechados que estemos en la perfección; pues nuestras pasiones renacen después de haber vivido largo tiempo en la Religión, y después de haber hecho grandes progresos en la perfección, así le sucedió a un religioso de San Pacomio llamado Silvano, el cual en el siglo había sido comediante, habiéndose convertido y hecho religioso, pasó el año del noviciado y otros muchos con una mortificación muy ejemplar sin que se le viese acción alguna de su primer ejercicio. Veinte años después le pareció que podía hacer alguna truhanería con pretexto de recrear a los monjes, creyendo que sus pasiones estaban ya de tal modo mortificadas que no tendrían fuerzas para hacerle pasar los límites de una simple recreación; mas el pobre se engañó mucho, porque la pasión de la alegría resucitó de tal modo que, después de las truhanerías pasó a disoluciones, y fueron tales que se resolvieron a echarle del monasterio; y lo hubieran ejecutado, sino fuera por uno de los monjes que salió por fiador de Silvano, prometiendo que se enmendaría, como sucedió, siendo después un gran Santo. Ved aquí, queridas hermanas, como no conviene olvidarnos jamás de lo que fuimos, porque no seamos peores, ni pensar que somos perfectos cuando no cometemos muchas imperfecciones. También es necesario advertir que no hemos de perder el aliento aunque tengamos pasiones, porque jamás estaremos libres de ellas. Aquellos ermitaños que quisieron decir lo contrario, fueron censurados por el sagrado Concilio, y su opinión fue condenada y tenida por error. Haremos, pues, siempre algunas faltas; pero es menester procurar que sean raras, y que no se vean más que dos en cincuenta años, como no se vieron más que dos en los santos Apóstoles en tanto tiempo como vivieron después de haber recibido el Espíritu Santo; y, aunque se vean tres o cuatro y aun siete u ocho en tan largo discurso de años, no hay que entristecerse ni perder el ánimo, antes cobrar aliento y armarse para obrar mejor. Digamos todavía una palabra a la superiora. Las hermanas no deben admirarse de que la superiora cometa imperfecciones, pues san Pedro, siendo Pastor de la santa Iglesia y superior universal de todos los cristianos, cayó también en falta y tal que mereció corrección, como dice san Pablo. Así la superiora no debe mostrar sentimiento si se ven sus faltas; pero debe guardar la humildad y dulzura con que san Pedro recibió la corrección que le hizo san Pablo, no obstante que era su superior. No se sabe cuál fue de más consideración o el valor de san Pablo en reprender a san Pedro o la humildad con que san Pedro se sujetó a la corrección de san Pablo, siendo por una cosa en que pensaba obrar bien y tenía muy buena intención: pasemos otra cosa. Me preguntáis en cuarto lugar: ¿Si sucediese algún día que una superiora tuviese tanta inclinación a complacer las personas seglares bajo pretexto de su aprovechamiento, que faltase al cuidado particular que debe tener de las hijas y que están a su cargo, o que no tuviese tanto tiempo para hacer los negocios de la casa por estarse muy despacio en el locutorio, si estaría obligada a dejar esta inclinación, aunque su intención fuese buena? A esto diré, que las superioras deben ser muy afables con las personas seglares a fin de aprovecharlas, y deben de buena gana darles alguna parte de su tiempo; mas ¿cuál pensáis que debe ser esta pequeña parte? La duodécima, quedando libres las once partes

restantes para emplearlas en la casa en el cuidado de la familia. Las abejas salen por cierto de sus colmenas; pero esto solo es por necesidad o por utilidad, y se detienen muy poco sin dar la vuelta; y el rey principalmente sale muy raras veces, y como cuando se despide un enjambre, y entonces va rodeado de su pequeño pueblo. La Religión es una colmena mística toda llena de abejas celestiales, las cuales se han juntado para labrar la miel de las celestes virtudes, y por esta causa conviene que la superiora, que es entre ellas como su rey, sea muy cuidadosa de tenerlas cerca para enseñarlas el modo de conseguirlas y guardarlas. No obstante, es menester que trate con las personas seglares cuando la necesidad o la caridad lo requieran; mas fuera de estos casos debe desembarazarse de los seglares con presteza. Digo, fuera de la necesidad y caridad, porque hay ciertas personas de gran respeto a las que no se puede disgustar. Pero los religiosos y las religiosas no deben jamás detenerse con los seglares, ni con pretexto de adquirir amigos para su comunidad. Verdaderamente que no hay necesidad de esto, porque si guardan clausura, para obrar bien lo que es de su cargo de ninguna manera deben dudar que nuestro Señor proveerá bastantemente sus conventos de todos los amigos que fueren necesarios. Pero si la superiora siente interrumpir la conversación para ir al oficio cuando tocan la campana, temerosa de disgustar a aquellos con quienes habla, no conviene que sea tan tierna; porque, sino son personas de grande respeto o que vienen raras veces o son de muy lejos, no es bien dejar los oficios o la oración si absolutamente no lo pide la caridad. Respecto a las visitas ordinarias de personas que libremente se pueden despedir, la portera debe decir que nuestra madre o las hermanas están en oración o en el oficio, por si gustan de esperar o de volver otra hora. Mas si sucediese, que por alguna grande necesidad se haya de ir al locutorio en ese tiempo, todo lo que faltare a la oración que se supla después cuando se pueda; que en cuanto al oficio, nadie duda de que está obligada a decirlo. En cuanto a la última cuestión: ¿Si se ha de hacer siempre alguna pequeña particularidad con la superiora más que con las otras religiosas ya en el vestir ya en el comer? Respondo en una palabra: que no, de ninguna manera, sino hubiere necesidad, como se hace con las demás: ni tampoco conviene que tenga silla particular, sino es en el coro y en el capítulo: y en esta silla no se ha de sentar jamás la asistente, aunque en todo lo demás se la debe tener el mismo respeto que a la superiora, y esto se entiende en su ausencia. Tampoco en el refectorio se le ha de dar más que un asiento como a las demás, bien que en todo se le ha de mirar como persona particular a la que se ha de tener grandísimo respeto. No ha de ser ella singular en cosa alguna sino es no pudiendo más, exceptuando siempre en caso de necesidad, como si fuese ya muy anciana o enferma, porque entonces será permitido darla silla para su alivio. Importa mucho evitar cuidadosamente todas aquellas cosas que nos hacen parecer algo más que los otros, quiero decir sobresalientes y notables. La superiora debe ser conocida y señalada por sus virtudes y no por sus singularidades no necesarias, especialmente entre nosotros los de la Visitación que queremos hacer profesión particular de una grande simplicidad y humildad; esos honores son buenos para aquellos conventos donde la superiora se llama Doña; pero entre nosotros no hacemos caso de eso. Resta solo decir, ¿cómo se conservará bien el espíritu de la Visitación para que no

se relaje? El único remedio es tenerle encerrado y preso dentro de la observancia de las reglas. Pero me decís que hay algunas tan celosas de este espíritu, que no quieren jamás comunicar con los de fuera de casa: algo hay de superfluidad en este celo, lo que conviene cortar; porque ¿a qué propósito, os ruego, se ha de esconder al prójimo lo que le puede aprovechar? Yo no soy de esa opinión, porque quisiera que todo el bien que hay en la Visitación fuese reconocido y sabido de todos; y por esto he sido siempre de parecer que sería bueno imprimir las Reglas y Constituciones para que, leyéndolas muchos, puedan sacar alguna utilidad. Pluguiese a Dios, queridas hermanas, que se hallaran muchas personas que las quisiesen practicar, se verían bien presto grandes mudanzas en ellas que redundarían en gloria de Dios y salud de las almas. Sed muy cuidadosas en conservar el espíritu de la Visitación; mas no sea de manera que impida el comunicarlo caritativamente y con simplicidad al prójimo, a cada uno según su capacidad; y no temáis que por esta comunicación se pierda, porque la caridad jamás destruye cosa alguna, antes lo perfecciona todo. Dios sea bendito.

CONFERENCIA XVII. DE LOS VOTOS

En que se pregunta cómo y con qué motivo se ha de dar el voto a las novicias para admitirlas al noviciado, como a la profesión.

Dos cosas son necesarias para dar el voto como conviene a tales personas. La primera, es que se dé a personas que tengan llamamiento de Dios. La segunda, que tengan las cualidades necesarias a nuestro modo de vida. En cuanto al primer punto de que tengan verdadero llamamiento de Dios para ser recibidas en nuestra Religión, conviene saber que cuando yo hablo de este llamamiento y vocación, no lo entiendo de la vocación general, como es aquella con que Nuestro Señor llama a todos los hombres al cristianismo; ni tampoco de aquella, de la que se dice en el Evangelio: Que son muchos los llamados y pocos los elegidos. Porque Dios, que desea dar a todos la vida eterna, les concede los medios para llegar a ella; y por eso los llama al cristianismo y los ha escogido, correspondiendo a esta vocación y siguiendo sus divinas inspiraciones. Con todo, el número de los que vienen es muy pequeño en comparación de los que son llamados. Pero, hablando más en particular de la vocación religiosa, digo, que muchos son llamados de Dios a la Religión, pero son muy pocos los que mantienen y conservan su vocación; porque comienzan bien, pero no son fieles en corresponder a la gracia, ni en perseverar en la práctica de lo que puede conservar su vocación y hacerla buena y segura. Hay otros que no son llamados, y con todo después de haber venido, su vocación ha sido ratificada y hecha buena por Dios: así vemos algunos que vienen a la Religión por despecho o enojo, y aunque esta vocación no parece buena, con todo se han visto algunos que habiendo venido así han salido muy a propósito para el servicio de Dios. Otros son incitados a entrar en la Religión por alguna desgracia o infortunio que les ha sucedido en el mundo: otros por defectos de salud o hermosura corporal; y aun que estos motivos de suyo no son buenos, Dios no obstante se sirve de ellos para llamarlos: en fin, los caminos de Dios son incomprensibles y sus juicios inescrutables y admirables en la variedad de las vocaciones, y de los medios de que se sirve para llamar las creaturas a su servicio, y todos deben ser adorados y reverenciados. De esta gran variedad de vocaciones se sigue que es cosa bien difícil conocer las verdaderas. Y con todo, la primera cosa que se requiere para dar el voto es saber si la persona que se propone viene bien llamada y si es buena su vocación. ¿Cómo, pues, entre variedad tan grande de vocaciones y entre tan diferentes motivos se podrá distinguir la buena de la mala para no errar? Esta es una cosa verdaderamente de grande importancia y de mucha dificultad; con todo, no es tanta que del todo quedemos destituidos de medios para conocer la bondad de una vocación, y entre muchos que pudiera alegar, diré uno solo, como el mejor de todos. La buena vocación, pues, no es otra cosa que una voluntad firme y constante que tiene la persona de querer servir a Dios en la manera y lugar a que la llama su divina Majestad; y esta es la mejor señal que hay para conocer cuando una vocación

es buena. Pero advertid que cuando digo una voluntad firme y constante de servir a Dios, no digo que ella haga luego desde los principios todo lo que toca hacer a su devoción, y con tan gran firmeza y constancia que esté del todo exenta de repugnancia, dificultad o disgusto en todo lo que de ella depende; no, yo no digo tal, ni menos que esta firmeza y constancia sea tal que la libre de cometer faltas, ni que por ella sea tan fuerte que jamás pueda vacilar ni variar en la empresa de practicar los medios que la pueden conducir a la perfección. No por cierto es eso lo que quiero decir: porque todo hombre está sujeto a tal pasión, variedad y mudanza, que uno amará hoy una cosa, y mañana querrá otra. No se debe, pues, por estos tan varios sentimientos y movimientos juzgar de la firmeza y constancia de la voluntad en el bien que ha abrazado una vez: sino, si en medio de esta variedad de diversos movimientos, la voluntad permanece firme en no dejar el bien que ha emprendido, aunque sienta disgusto o tibieza en el amor de alguna virtud, y que no deje por eso de practicar los medios que se le han señalado para conseguirla. De modo que para tener señal de vocación no es menester una constancia sensible, sino que esté en la parte superior del espíritu que es afectiva. Para saber, pues, si Dios quiere que una persona sea religiosa no es menester esperar que nos hable sensiblemente o que nos envíe un Ángel del cielo a intimarnos su voluntad y menos tener revelación sobre esta materia: no es menester tampoco un examen de diez o doce doctores para averiguar si la inspiración es buena o mala, si se ha de seguir o no; pero es necesario corresponder y cultivar el primer impulso, y después no afligirse si viniere algún disgusto o tibieza tocante a eso; porque si se procura siempre que la voluntad esté firme en querer buscar el bien que se le ha mostrado, no dejará Dios de hacer que todo redunde en gloria suya. Y cuando digo esto, no hablo solamente por vosotras, sino también por las doncellas que están en el mundo, de las cuales verdaderamente es necesario tener gran cuidado en ayudarlas en sus buenos designios: cuando tienen los primeros impulsos algo fuertes nada les parece dificultoso, piensan que allanarán los mayores imposibles; pero cuando sienten aquellas mudanzas, y advierten que aquellos movimientos no son ya tan sensibles en la parte inferior, les parece entonces que todo está perdido y que conviene dejarlo: ya quieren, ya no quieren. Lo que entonces sienten no es bastante para dejar el mundo. Dice una de estas doncellas: yo bien quisiera, pero no sé si es la voluntad de Dios que yo sea religiosa, porque la inspiración que siento ahora no es, me parece, muy fuerte. Verdad es que la he tenido mucho más viva antes, pero como no es permanente me persuado de que no es buena. Verdaderamente cuando encuentro tales almas no me admiro de estos disgustos y tibiezas, y menos creo que por esto su vocación no sea buena. Solamente se ha de tener gran cuidado en ayudarlas y persuadirlas a que no se acobarden por estas mudanzas, alentándolas a perseverar firmes en medio de ellas. Y bien, les digo yo, esto no es nada. Decidme, ¿no habéis sentido el movimiento o la inspiración dentro de vuestro corazón para buscar un tan gran bien? Si, dicen ellas, así es verdad; pero luego se pasó. Si se pasó, replico yo, la fuerza de este sentimiento ¿no ha sido de modo que ha dejado alguna afición? Así es, responden, porque yo siento siempre un no sé qué que me hace inclinar a esta parte; pero lo que me aflige es el que no siento aquella fuerza de movimiento que es necesaria para tal resolución. Yo les respondo, que

no se congoren por estos sentimientos sensibles, que no los examinen tanto, que se contenten de la constancia de su voluntad, que en medio de estas mudanzas no pierdan la afición de su primer propósito; que solamente pongan su cuidado en fomentarla y en corresponder bien a su primera moción. No pongáis cuidado, digo yo, en mirar de qué parte viene; porque Dios tiene muchos medios para llamar a sus siervos y siervas a su servicio. Algunas veces se sirve de la predicación, otras de la lección de buenos libros; unos han sido llamados por haber oído las palabras sagradas del Evangelio, como san Francisco y san Antonio que lo fueron oyendo aquellas: Ve, y vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y sígueme. Y quien quisiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame (Mt 19, 21; 16, 24). Otros han sido llamados por medio de enojos, desastres y aflicciones que les han sobrevenido en el mundo, las que les dieron motivo de indignarse contra él y dejarle. Nuestro Señor se ha valido muchas veces de este medio para atraer muchas personas a su servicio, que por otros no los hubiera atraído. Porque aunque Dios es omnipotente y puede todo lo que quiere, con todo no quiere quitarnos la libertad que una vez nos ha dado; y cuando nos llama a su servicio, quiere que vayamos por nuestro gusto y no por fuerza ni necesidad; y si bien estos vienen a Dios como irritados contra el mundo que los ha maltratado, o por algunos trabajos y aflicciones que los atormentan, no dejan de darse a Dios de su libre voluntad: y muy de ordinario tales personas salen a propósito para su santo servicio y vienen a ser grandes santos, y a veces más grandes que aquellos que entraron por vocaciones más aparentes. Habéis leído lo que refiere el padre Plati de un caballero bizarro, según el mundo, el cual estando un día muy galán sobre un caballo ricamente enjaezado procurando parecer bien a unas damas que galanteaba, como le quisiese hacer mal el caballo, le derribó en medio del lodo, de donde salió todo sucio y enlodado, y quedó con tal accidente tan confuso y corrido, que lleno de cólera resolvió entrarse luego religioso, diciendo: ¡Oh traidor mundo, tú te has burlado de mí, mas yo también me burlaré de ti: tú has jugado de esta suerte conmigo, pero yo haré juego de ti de otra manera; porque jamás tendré paz contigo, y para esto resuelvo desde ahora entrarme en Religión (I Libro del Estado religioso, cap. ult.): donde luego fue recibido y vivió santamente, no obstante que su vocación fue un despecho. Ha habido también otros cuyos motivos fueron peores que este. De buen origen supe que un caballero de nuestros tiempos, valiente de corazón y de cuerpo y de muy buen linaje, viendo pasar dos Padres capuchinos, dijo a otros señores que estaban con él: me ha dado gana de saber cómo viven estos de pies descalzos y de entrarme con ellos, no para quedarme siempre, sino por un mes o tres semanas para poder mejor notar lo que hacen para reírme después y burlarme con vosotros de ello. Así lo resolvió, pidió el hábito con instancia y fue recibido; mas la divina Providencia, que se sirvió de este motivo para sacarle del mundo, convirtió su fin y mala intención en buena; y el que pensó armar lazo a los otros cayó en él, porque apenas hubo estado algunos días con estos buenos religiosos, cuando del todo se trocó perseverando fielmente en su vocación y llegó a ser un gran siervo de Dios. Otros hay cuya vocación no es mejor que esta, y son aquellos que entran en Religión por algún defecto natural, como por ser cojos, tuertos, o por ser feos, o por tener otros semejantes defectos; y lo que parece peor que son inducidos de

sus padres los cuales, cuando tienen los hijos defectuosos, los dejan en un rincón diciendo: este no vale nada para el mundo, necesario es inclinarle a la Religión o procurarle algún beneficio y así descargaremos la casa. Los hijos se dejan guiar de este modo con la esperanza de vivir de los bienes del altar. Otros tienen muchos hijos y dicen que es menester dejar libre la hacienda y encaminar algunos a la Religión, para que los primogénitos lo tengan todo y puedan lucir en el mundo; pero Dios muy de ordinario suele hacer que se vea la grandeza de su misericordia y clemencia, valiéndose de estas intenciones, que por sí mismas no son buenas, para formar de estas personas grandes siervos de su divina Majestad. y en esto se manifiesta admirable, complaciéndose este Artífice divino en fabricar hermosos edificios con madera muy torcida y que no tiene apariencia alguna de ser buena para nada; y como el que no sabe el arte de carpintería, viendo algún madero torcido en la tienda del carpintero se espantará si le dicen que es para hacer una obra primorosa; porque dirá él, si es como decís, necesario será pasar muchas veces el cepillo por encima de él antes de perfeccionarle; así de ordinario la divina Providencia hace lindos primores de obra con estas intenciones torcidas y siniestras, como hizo entrar en su convite a los ciegos y a los cojos, para darnos a entender que aprovecha poco para entrar en el cielo el tener dos ojos o dos piernas, y que es mejor ir a él con un pie, un ojo y un brazo, que tener dos y perderse: a tal clase de personas, habiendo venido a la Religión de este modo, se les ha visto muchas veces hacer gran fruto y perseverar fielmente en su vocación. Hay otros que han sido llamados bien, los cuales con todo no han perseverado, antes después de haber estado algún tiempo en la Religión, la han del todo dejado. Y de estos es buen ejemplo Judas, que no podemos dudar de que fue bien llamado porque Cristo Nuestro Señor le escogió y llamó con su propia boca al Apostolado: ¿de dónde, pues, vino que siendo tan bien llamado, no perseveró en su vocación? La razón es porque abusó de su libertad y no quiso valerse de los medios que Dios le había dado para este efecto; sino que en vez de abrazarlos y ponerlos en ejecución para su provecho, abusó de ellos y los desechó, y esa fue la causa de perderse; porque es cosa cierta, que cuando Dios llama a alguna vocación se obliga por consiguiente por su providencia divina a proveerle de todas las ayudas necesarias para perfeccionarse en ella. Cuando digo que Dios se obliga, no se ha de pensar que nosotros le obligamos a esto con seguir su vocación; porque ¿quién sabrá obligarle? Pero Dios se obliga a sí mismo, por sí mismo, movido por las entrañas de su infinita bondad y misericordia. De manera, que haciéndome yo religioso, Nuestro Señor se ha obligado a proveerme de todo aquello que es necesario para ser buen religioso, no por deuda sino por su misericordia y providencia infinita: así como cuando un gran Rey levanta soldados para hacer una guerra, su providencia y prudencia requieren que vaya previniendo armas para armarlos; porque ¿con qué apariencia podría enviarlos sin ellas a combatir? y si no lo hiciera sería notado de imprudente. La divina Majestad nunca falta en el cuidado y providencia de esto; y para que mejor lo creamos, se ha obligado de manera que jamás se puede dudar que haya faltado cuando no obramos bien; antes su liberalidad es tan grande, que da estos medios a los que no se los ha prometido ni les está obligado por no haberlos llamado. Notad también, que cuando digo que Dios se ha

obligado a dar a los que llama todas las condiciones necesarias para ser perfectos en su vocación, no digo que las da todas de una vez y al instante que entran en Religión. No por cierto, no se ha de pensar que en entrando luego son perfectos con toda prontitud; basta que traten de atender a la perfección y de abrazar los medios para perfeccionarse; y por este fin es necesario tener esta voluntad, de que hemos hablado, firme y constante. Ved aquí, pues, como los juicios de Dios son ocultos y secretos, y como algunos que vienen a la Religión por desprecio, o a modo de burla, no obstante perseveran en ella; y otros siendo llamados bien y habiendo comenzado con gran fervor acaban mal y lo dejan todo. Es, pues, cosa muy difícil el saber si una doncella es bien llamada de Dios para darle el voto: porque si bien la veréis fervorosa, puede ser que no persevere, pero tanto peor será para ella; no dejéis por eso de dárselo si veis que tiene esta voluntad constante de querer servir a Dios y perfeccionarse; porque si quisiere recibir las ayudas que Dios infaliblemente le dará, ella perseverará; pero si después de algunos años pierde la perseverancia, no seréis la causa de su daño, sino ella misma. Esto, pues, toca a la primera parte y al conocimiento de las vocaciones. En cuanto a la segunda, que es de saber las cualidades que han de tener las doncellas, primero para ser recibidas aquí dentro, segundo para entrar en noviciado, y en tercer lugar para ser admitidas a la profesión, no tengo mucho que decir. En cuanto a la recepción primera, sabed que no se pueden conocer mucho aquellas que vienen con tan buen semblante. Si les habláis, prometerán cuanto se quiera; se parecen a san Juan y Santiago, a los cuales Nuestro Señor dijo: ¿Podréis vosotros beber el cáliz de mi pasión? (Mt 22, 22) Y ellos respondieron osada y ardientemente: Que sí: y en la noche de la pasión le dejaron. Estas hacen lo mismo; ruegan mucho, agasajan, aseguran tanto su buena voluntad, que casi no se pueden despedir; y en efecto, a mi parecer, no se deben hacer en esto grandes discursos. Esto lo digo en cuanto a lo interior, porque verdaderamente es muy difícil en aquel tiempo el poderlo conocer, principalmente en las que vienen de lejos. Todo lo que se puede hacer en orden a estas, es saber quiénes son y las cosas que miran a lo temporal y exterior. Después abrirlas la puerta y admitirlas a la primera prueba. Si son del lugar, se puede observar su modo, y por la conversación que se tiene con ellas reconocer algo de su interior; pero también hallo que es muy difícil, porque siempre vienen con la mejor cara y postura que pueden. Paréceme que en cuanto a lo que toca a la salud corporal y enfermedades del cuerpo, se debe hacer muy poca o ninguna consideración, pues en estas Casas pueden recibirse las enfermas y débiles como las sanas y robustas; pues en parte podemos decir que se han fundado para ellas, como no sean enfermedades tan grandes que del todo las hagan incapaces de observar la regla e inhábiles para obrar lo que es propio de esta vocación. Pero fuera de esto, yo jamás les negara mi voto, ni aun cuando fuesen ciegas, mancas, o cojas; mientras tuviesen las otras condiciones necesarias para esta vocación. Y no me diga la prudencia humana que si siempre se ofreciese tal clase de gente y que si siempre es necesario recibirla, si todas fuesen ciegas o enfermas, ¿quién las serviría? De esto no tengáis cuidado que no sucederá, dejadlo a la divina Providencia que sabrá bien disponerlo y llamar las fuertes necesarias a su servicio. Cuando os propusieren enfermas, decid: Dios sea bendito; si vinieren sea en

buen ahora. En suma las enfermedades que no impiden la observancia de la regla no deben considerarse en vuestras casas. Y esto es lo que tengo que decir en cuanto a la primera recepción. En cuanto a la segunda, que es de recibir una doncella al noviciado, yo no hallo tampoco que tenga grande dificultad, si bien se debe considerar más que la primera, porque se ha tenido más comodidad para conocer su humor, acciones y costumbres; luego se ven las pasiones que tiene; pero nada de esto debe impedir el recibirla al noviciado, con tal que tenga buena voluntad de enmendarse, sujetarse y valerse de los medicamentos propios para su curación, y aunque sienta repugnancia a estos remedios y los tome con gran dificultad no importa nada, mientras no dejen de usar de ellos; porque las medicinas son siempre amargas al gusto, y no es posible que se reciban con la suavidad que si fueran muy apetecibles; pero con todo esto no dejan de hacer su operación, y cuando obran mejor dan mayor disgusto y trabajo. Veréis una joven que tiene sus pasiones fuertes, es colérica, o impaciente, comete muchas faltas, y no obstante eso quiere ser curada y que la corrijan y mortifiquen, y que otra la dé remedios propios para su salud, y aunque al recibirlos la disgusten y trabajen, no por eso se le ha de negar el voto, porque no solo tiene la voluntad de curarse, sino también abraza los remedios que para eso se le dan, aunque sienta pena y dificultad. Otras se hallarán que serán mal educadas y poco corteses, de natural rudo y grosero, y no hay duda que a éstas les costará más trabajo y dificultad que a otras que son de afable condición y natural mansedumbre, y estarán más sujetas a cometer faltas que las que están bien criadas. Con todo, si quieren ser corregidas y manifiestan una voluntad firme de recibir los remedios, aunque les sean pesados, a éstas daría mi voto no obstante sus faltas; porque después de mucho trabajo hacen gran fruto en la Religión, salen grandes siervas de Dios y adquieren una virtud fuerte y sólida; porque la gracia divina suple lo que falta a la naturaleza; y no hay duda que donde hay menos de aquella, muy de ordinario hay más de esa. Por esto, pues, no conviene dejar de recibir al noviciado a las jóvenes, aunque tengan muchos malos hábitos, el corazón rudo y grosero, y muestren mucha condición, con tal que quieran el remedio. En suma, para recibir al noviciado no es menester saber más que si tienen buena voluntad y firme resolución de recibir el tratamiento que se les hará para su cura, y vivir en gran sumisión. Teniendo esto, yo les concedo mi voto. Ved aquí, me parece, cuanto se puede decir acerca de esta segunda recepción. En cuanto a la tercera condición digo, que es de suma importancia el recibir a la profesión, y por esto me parece que se han de observar tres cosas. 1. La primera, que las doncellas que se reciban a la profesión sean sanas, no de cuerpo, como ya tengo dicho, sino de corazón y de espíritu, quiero decir, que tengan el corazón bien dispuesto a vivir en una entera obediencia y sumisión. 2. La segunda, que tengan buen espíritu; y cuando digo espíritu bueno, no quiero decir aquellos grandes espíritus que son de ordinario vanos y llenos de propio juicio de suficiencia, y que estando en el mundo son tiendas de vanidad, que vienen a la Religión no para humillarse, sino como si en ella hubieran de leer filosofía o teología, queriendo guiar y gobernarlo todo. A éstas es menester mirar con cuidado; digo mirar con cuidado, y no digo, que no conviene recibirlas, si se advierte que quieren enmendarse y humillarse; porque con el tiempo y la

gracia de Dios podrán mudarse, lo que se hará sin duda si con fidelidad se aprovechan de los remedios que se les aplicarán a su cura. Cuando hablo de un espíritu bueno, entiendo de los espíritus de buena capacidad y discurso, y también de los medianas, que ni son muy grandes ni muy pequeños; porque estos hacen siempre mucho sin que lo entiendan, se aplican al obrar y se dan a las virtudes sólidas, son tratables y se pueden gobernar sin trabajo; porque con facilidad comprenden cuán bueno es el dejarse gobernar. 3. La tercera cosa que es menester observar es, si la monja ha procedido bien en su noviciado, si ha hecho uso y sacado provecho de las medicinas que se le han aplicado; si ha llevado adelante las resoluciones con que entró en él, de mudar sus malos humores e inclinaciones; pues que el año del noviciado se le dio para eso: y si se ve que ha perseverado fielmente en su resolución, y que su voluntad está firme y constante en continuar, y que se ha aplicado a reformarse y ajustarse a las reglas y constituciones, y que este propósito le dura con deseo de hacerla siempre mejor, esta es muy buena señal y buena condición para darla el voto; porque si bien, no obstante esto, ella no deja de hacer algunas faltas, aunque sean grandes, no por eso se le ha de negar el voto; pues si bien en el año de su noviciado debe trabajar en la reforma de sus costumbres y hábitos, no por esto se ha de entender que no pueda dar alguna caída y que deba al fin de su noviciado salir ya perfecta. ¿Dónde no sucede así? Mirad al colegio de Nuestro Señor y veréis los gloriosos Apóstoles, que aunque fueron bien llamados y trabajaron mucho en reformar su vida, cometieron muchas faltas no solo en el primer año sino también en el segundo y tercero. Todos decían y prometían maravillas hasta ofrecerse a seguir al Señor en su prisión y muerte: mas la noche de la pasión, cuando vieron prender a su Maestro todos le desampararon. Las caídas no deben ser causa para que se despida a una novicia, cuando en medio de ellas está con firme voluntad de enmendarse y valerse de los medios que se le dan para este fin. Esto es lo que puedo deciros tocante a las condiciones que han de tener las que se han de recibir a la profesión, y lo que han de observar las monjas para darlas su voto; y así acabaré mi discurso sino me preguntáis otra cosa. 1. La pregunta, pues, en primer lugar, es: Si se hallase una doncella que con facilidad se turba de pocas cosas, y que su espíritu muchas veces se llena de congoja e inquietud, y que en medio de esto no muestra grande amor a su vocación, y no obstante, pasándosele aquello, promete hacer maravillas ¿qué se debe hacer en este caso? Ciertísimo es que mujer tan mudable no es a propósito para la Religión; pero con todo parece que quiere ser curada; porque si no hay señas de ello, conviene despedirla. 2. No se sabe, diréis, si procede de falta de voluntad de ser curada, o bien de que ella no comprende en qué consiste la verdadera virtud. Digo, pues, que si habiéndola dado bien a entender lo que conviene que haga para su enmienda no lo hace, antes es incorregible, se la debe despedir; principalmente porque sus yerros no proceden, según lo que decís, de falta de entendimiento ni por no comprender en qué consiste la verdadera virtud, ni tampoco por no alcanzar lo que debe hacer para enmendarse; sino por defecto de la voluntad que no tiene átomo de perseverancia ni de constancia en obrar ni aprovecharse de lo que sabe y es necesario para su enmienda; y aunque algunas veces diga que lo hará mejor no lo hace, antes persevera en su inconstancia de voluntad: por lo que yo no le diera mi voto.

3. Decís también, que hay algunas tan tiernas, que no pueden sufrir que las corrijan sin turbarse, y que esto ordinariamente las hace enfermar. Si es así, conviene abrirlas la puerta, porque ya que están enfermas y no se dejan visitar ni quieren se les apliquen los remedios propios a su curación, se ve claramente que, obrando así, se hacen incorregibles y no dan esperanza de su salud. En cuanto al ser tiernas tanto de espíritu como de cuerpo, digo que este es uno de los grandes impedimentos para la vida religiosa, y así conviene tener gran cuidado de no recibir a aquellas que lo son con demasía; porque por miedo a los remedios no quieren procurarse la salud.

4. En segundo lugar se pregunta ¿qué debe hacerse de una joven que manifiesta en sus palabras que está arrepentida de haber entrado en Religión? Verdaderamente si persevera en ese disgusto de su vocación y en el arrepentirse de ella, y se ve que eso la tiene perezosa y negligente en conformarse a las costumbres y espíritu de esta vocación, conviene echarla fuera. Con todo, se debe considerar que esto puede suceder o por una simple tentación o por ejercicio, y se conocerá por el provecho que saca de tal pensamiento de disgusto o arrepentimiento, y si con sencillez descubre el estado en que se halla, y es fiel en servirse de los remedios que se le han dado, porque Dios jamás permite cosa para nuestro ejercicio de que no quiera que saquemos provecho; lo que sucede siempre cuando es fiel la persona en descubrirse y simple, como tengo dicho, en ejecutar y creer lo que se le ha dicho; y esta es la señal de que el ejercicio es de Dios: mas cuando se ve que esta joven usa de su propio juicio y que su voluntad está engañada y perdida, perseverando en su disgusto, entonces la cosa está en mal estado y casi sin remedio, y así conviene despedirla.

5. Pregúntase en tercer lugar: ¿Si se ha de dar el voto a una doncella que no es cordial o que no procede con igual afecto con todas las hermanas, y que ha dado muestras de más inclinación a unas que a otras? No conviene ser tan rigurosas por causas tan pequeñas; sabed que esa inclinación es la postrera cosa que renunciamos; porque antes de poder llegar a este punto de no tener inclinación alguna más a esta que a la otra, y de que estas aficiones estén de tal suerte mortificadas que no sobresalgan, es menester mucho tiempo. Se debe observar en esto, como en lo demás, si esta persona es en ello incorregible. Finalmente decís: ¿Si el sentimiento de las demás hermanas es contrario a lo que una sabe, y a esta le viene inspiración de decir alguna cosa que ha reconocido será de crédito para la novicia, convendrá callarlo? No, aunque el sentimiento de las otras sea totalmente contrario al vuestro y vos seáis sola en esa opinión: porque eso podrá servir para que las demás tomen la debida resolución. El Espíritu Santo debe presidir en las comunidades, y conforme la variedad de opiniones se toma resolución de hacer lo que parece más expediente a su gloria. En cuanto a la inclinación que tenéis a que las otras den su voto o que no le den con dar vos el vuestro o no darlo, se debe desechar y reprimir como otra cualquiera tentación; y nunca conviene descubrir sus inclinaciones o aversiones entre las hermanas en esta ocasión. En fin, para todas las imperfecciones que las jóvenes traen del mundo conviene guardar esta regla: cuando se ve que se enmiendan, aunque no dejen de cometer faltas, no se deben desechar, porque por su enmienda se conoce que no quieren quedarse incorregibles. Dios sea bendito.

CONFERENCIA XVIII. LOS SACRAMENTOS

Cómo se han de recibir los sacramentos y rezar el Oficio divino; con algunos puntos tocantes a la oración.

Antes de decir cómo nos hemos de preparar para recibir los Sacramentos, y qué fruto hemos de sacar de ellos, es necesario saber qué cosa son los sacramentos y cuáles sus efectos. Los sacramentos, pues, son las canales por las que, digámoslo así, Dios baja a nosotros, como por la oración subimos nosotros a él; porque la oración no es otra cosa que una elevación de nuestro espíritu a Dios. Los efectos de los sacramentos son diversos, aunque todos tienen un fin y una misma pretensión, que es unirnos a Dios. Por el sacramento del Bautismo nos unimos con su divina Majestad como los hijos con los padres. Por el de la Confirmación nos unimos como los soldados con su caritán, recibiendo fuerzas para pelear y vencer a nuestros enemigos en todas las tentaciones. Por el de la Penitencia nos unimos con Dios como amigos reconciliados. Por el de la Eucaristía como la comida con el estómago. Por el de la Extremaunción nos unimos a Dios como el hijo que viene de lejanas tierras, y pone un pie en casa de su padre para juntarse con él, con su madre y con toda su familia. Estos, pues, son los efectos diferentes de los sacramentos, pero todos se encaminan a la unión de nuestra alma con Dios. Ahora solo hablaremos de dos, que son Penitencia y Eucaristía. Primeramente es muy necesario saber ¿por qué recibiendo tan a menudo estos dos sacramentos, no recibimos también las gracias que suelen comunicar a las almas, gracias que van juntas con los sacramentos? Yo lo diré en una palabra: por falta de la debida preparación; y así conviene saber cómo debemos prepararnos para recibir bien estos dos sacramentos y también los demás. La primera preparación es la pureza de intención, la segunda la atención, y la tercera la humildad. En cuanto a la pureza de intención, esta es totalmente necesaria no solo en la recepción de los sacramentos, sino que también en todas nuestras obras. La intención es pura, cuando recibimos los sacramentos o hacemos otra cualquiera obra por unirnos a Dios y serle agradables sin mezcla alguna de interés propio. Conoceréis esto si cuando deseáis comulgar no os lo permiten, o si después de la santa Comunión no tenéis consuelo alguno, y no obstante quedáis en paz sin consentir en las aflicciones que os pudieran venir; pero si por el contrario os dejáis llevar de la inquietud por no haberos dejado comulgar, o porque no habéis tenido consuelo ¿quién no ve que vuestra intención no es pura, y que no buscáis el uniros con Dios sino con los consuelos? Sabed, pues, que vuestra unión con Dios se debe hacer por medio de la santa virtud de la obediencia y de la misma manera, si deseáis la perfección con un deseo lleno de inquietud, ¿quién no ve que es el amor propio el que os mueve porque no quisiera que se hallase imperfección en nosotros? Si fuese posible que agradásemos a Dios tanto siendo imperfectos como siendo perfectos, debiéramos desear no tener perfección para conservar por este medio en nosotros la santísima humildad. La segunda preparación es

la atención. Ciertamente debiéramos llegarnos a los sacramentos con mucha atención tanto por la grandeza de la obra, como por lo que cada uno de ellos requiere de nosotros. Pongo por ejemplo: cuando vamos a la confesión debemos llevar un corazón amorosamente doloroso; y a la santa Comunión un corazón ardientemente amoroso. No digo que por esta grande atención no hayamos de tener la más mínima distracción, porque esto no está en nuestra mano; pero digo que se ha de tener un cuidado muy especial de no distraerse voluntariamente. La tercera preparación es la humildad, virtud muy necesaria para recibir abundantemente las gracias que corren por las canales de los sacramentos, porque las aguas suelen correr más fácil y presurosamente cuando las canales están puestas pendientes y mirando abajo. Pero, a más de estas tres preparaciones, os quiero decir en una palabra: que la principal es la total renuncia de nosotros mismos en las manos de Dios, sometiendo sin reserva alguna nuestra voluntad y todos nuestros afectos a su dominio. Digo sin reserva, porque nuestra miseria es tan grande que siempre nos reservamos algo. Las personas espirituales se reservan de ordinario la voluntad de tener virtudes; y cuando van a comulgar: ¡oh Señor, dicen, yo me pongo enteramente en vuestras manos, pero servíos de darme prudencia para saber gobernar mi vida honradamente; pero de la simplicidad no piden nada! ¡Oh Dios mío! yo estoy absolutamente sujeto a vuestra divina voluntad, pero dadme grande aliento para hacer obras excelentes en vuestro servicio; pero de afabilidad para vivir pacíficamente con el prójimo no se habla palabra. Dadme, dirá otro, la humildad que es tan importante para dar buen ejemplo; pero de la humildad de corazón que nos hace amar nuestro propio abatimiento no les parece que haya necesidad. ¡Oh mi Dios! pues soy todo vuestro, concededme consuelos en la oración. Verdaderamente lo que es necesario para unimos con Dios, que es nuestra pretensión, y lo que jamás pedimos son las tribulaciones o mortificaciones. No es el camino para llegar a esta unión el reservarse todas sus voluntades por hermosa apariencia que tengan; porque Nuestro Señor, queriéndose dar todo a nosotros, recíprocamente quiere que nos demos enteramente a él, para que la unión de nuestra alma con su divina Majestad sea más perfecta, y que podamos decir con verdad lo de aquel grande perfecto entre los cristianos: Yo no vivo ya en mí, sino que Cristo es quien vive en mí (Gal 2, 20). La segunda parte de esta preparación consiste en vaciar nuestro corazón de todas las cosas para que Nuestro Señor lo llene todo de sí mismo. Verdaderamente la causa de no recibir la gracia de la santificación, pues una sola comunión bien hecha es bastante y suficiente para hacernos santos y perfectos, no es otra sino que no dejamos reinar a Nuestro Señor en nosotros como su bondad desea. Viene a nosotros este amado de nuestras almas y halla nuestros corazones llenos de deseos, de aficiones y de pequeñas voluntades; esto no es lo que busca, sino que estén vacíos, para hacerse dueño y gobernador de ellos. Y para mostrar cuánto lo desea, dice a su amante sagrada: Que le ponga como un sello sobre su corazón (Ct. 8, 6), para que nada pueda entrar en él sin su permiso y conforme a su beneplácito. Yo sé muy bien que lo mejor de vuestro corazón está vacío, porque de otra suerte sería una grande infelicidad, quiero decir, que no solo habéis desechado y detestado el pecado mortal, sí que también toda suerte de mala afición; pero ¡ay! que todos los rincones y

esquinas de nuestro corazón están llenos de mil cosas indignas de parecer en la presencia de este Rey soberano, las que parece que le atan las manos, y le embarazan el que nos reparta los bienes y las gracias que su bondad deseaba hacemos si nos hubiera hallado dispuestos. Hagamos, pues, de nuestra parte lo que esté en nuestra mano para prepararnos bien a recibir este pan sobresubstancial, dejándonos totalmente a la divina Providencia no solo por lo que mira a los bienes temporales sino principalmente a los espirituales, derramando en la presencia de su divina Bondad todas nuestras aficiones, deseos e inclinaciones, para estarle enteramente sujetos, y estemos seguros de que Nuestro Señor cumplirá de su parte la promesa que nos ha hecho de transformarnos en sí, levantando nuestra bajeza hasta unirla con su grandeza. Bien se puede comulgar por diversos fines, como por pedir a Dios que nos libre de alguna tentación o aflicción, ya sea a nosotros ya a nuestros amigos; o por pedir alguna virtud, con tal que esto sea con la condición de unirnos por este medio más perfectamente a él; lo que de ordinario no sucede, porque en el tiempo de la aflicción estamos casi siempre más unidos a Dios porque nos acordamos más a menudo de él y por lo que toca a las virtudes, alguna vez es más a propósito y mejor para nosotros no tener el hábito de ellas como si le tuviéramos, mientras ejerzamos sus actos en las ocasiones que se nos ofrecieren; porque la repugnancia que sentimos en el ejercicio de una virtud, nos debe servir para humillarnos, y la humildad vale siempre más que todo. En fin conviene que todas las súplicas y peticiones que hacéis a Dios no sean solamente por vosotras, sino que tengáis cuidado de decir siempre por nosotros, como Nuestro Señor lo enseñó en la oración del Padre nuestro, donde no hay ni mía ni mío ni yo: esto se entiende que tengáis intención de rogar a Dios que conceda la gracia o virtud que le pedís para vosotras a todos aquellos que tuvieren la misma necesidad y esto sea siempre para unirnos más con él; porque de otro modo no debemos pedir ni desear cosa alguna ni para nosotros ni para los prójimos; pues este es el fin para que se instituyeron los sacramentos. Conviene, pues, que correspondamos a esta intención de Nuestro Señor recibiendo los sacramentos por este mismo fin; y no habéis de pensar que comulgando u orando por los otros perderéis algo, y que porque ofrecéis a Dios la comunión y oración por satisfacción de sus pecados entonces no satisfacéis por los vuestros; porque el mérito de la comunión y de la oración siempre os queda, pues no podemos merecer la gracia los unos por los otros, solo Cristo Nuestro Señor lo ha podido: podemos si impetrar la gracia para otros, pero no merecerla. La oración que hacemos por ellos aumenta nuestro mérito, ya para la recompensa de la gracia en esta vida, como para la de la gloria en la otra; y aunque una persona no tenga atención a hacer las obras que hace por satisfacción de sus pecados, la sola intención que tiene de hacer aquello por puro amor de Dios, basta para satisfacer por ellos; pues es cosa cierta que quien pudiere hacer un acto excelente de caridad o de perfecta contrición, satisfará plenariamente por sus pecados. También me parece que queréis saber, cómo conoceréis si aprovecháis con la frecuencia de estos sacramentos. Lo podréis conocer, mirando si adelantáis en las virtudes que les son propias: como si sacáis de la confesión amor a vuestro abatimiento y humildad, porque estas virtudes son propias de este sacramento, y siempre a medida de la humildad se conoce nuestro aprovechamiento.

¿No sabéis que está escrito: el que se humilla será ensalzado? Ser ensalzado es ser adelantado. Si por medio de la santísima Comunión llegáis a ser más dulce y afable, pues esta es la virtud propia de este sacramento que es todo dulce, todo suave, todo miel, sacaréis de él el fruto propio, y así adelantaréis; pero, al contrario, si no salís más humilde, ni más suave, mereceréis que os quiten el pan, pues no queréis trabajar. Yo quisiera, que cuando os viene el deseo de comulgar, fuerais simplemente a pedir licencia a la superiora con resignación de aceptar humildemente la excusa si os la negare: si otorgare vuestra demanda, llegarse a comulgar con amor, y aunque haya mortificación en pedirla, no por eso se ha de dejar de hacerla; porque las que entran en esta Religión no vienen a otra cosa que a mortificarse, y las cruces que llevan se lo han de acordar. Y si a alguna le viniere la inspiración de no comulgar con tanta frecuencia como las otras, por el conocimiento que tiene de su indignidad, lo puede decir a la superiora, esperando el juicio que sobre ello hiciera con grande dulzura y humildad. También quisiera que no os inquietaseis cuando entendéis que se ha hablado de algún defecto que tenéis o de alguna virtud que os falta, sino que alabaseis a Dios porque os ha descubierto el modo de adquirir la virtud y de enmendaras de la imperfección, y luego os animaseis a practicar los medios. Es necesario tener un espíritu generoso, que solo procure asirse a Dios sin dejarse tirar en manera alguna de lo que nuestra parte inferior quiere, procurando que la parte superior de nuestra alma reine; pues enteramente está en nuestra mano, con la gracia de Dios, no consentir jamás con la inferior. Los consuelos y ternuras no se deben desear, pues no son necesarios para amar más a Dios. No conviene, pues, ocuparse en considerar si tenemos buenos sentimientos, sino en hacer lo que haríamos si los tuviésemos. Tampoco conviene ser tan delicadas en quererse confesar de todas las menores imperfecciones, pues no estamos obligados a confesar las culpas veniales si no queremos; pero cuando se confiesan es preciso tener determinada voluntad de enmendarse de ellas, porque de otra manera sería un abuso el confesarlas. Ni tampoco es menester inquietarse cuando no os acordáis de vuestras faltas para confesarlas; porque no es creíble que un alma, que hace a menudo el examen de conciencia, no señale bien las faltas que son de importancia para acordarse de ellas; así de las faltas pequeñas y ligeras podéis hablar con Dios cuando os acordareis de ellas, y para ellas una humillación de espíritu, un suspiro, bastan. Me preguntáis ¿cómo podréis hacer en poco tiempo un acto de contrición? Digo que casi no es menester tiempo para hacerla bien; pues no es menester otra cosa que postrarse delante de Dios en espíritu de humildad y arrepentimiento de haberle ofendido. Deseáis en segundo lugar que yo hable del Oficio divino: pues vengo a esto; primeramente os digo que conviene prepararse para rezarlo desde el punto que se oye la campana que os llama, como dice san Bernardo, y preguntar a nuestro corazón qué es lo que va a hacer, y esto no solamente en esta ocasión, sino también al principio de todos nuestros ejercicios, para que en cada uno entremos con su propio espíritu; porque no será del caso ir al Oficio divino como a la recreación; a esta se ha de llevar un espíritu amorosamente alegre, y a aquel un espíritu gravemente amoroso. Cuando se dice: *Deus in adjutorium meum intende*, se ha de pensar que Nuestro Señor nos dice recíprocamente: Está tú bien atenta a mí. Las que entienden algo lo que rezan

en el Oficio, empleen fielmente este talento según el beneplácito de Dios, que se le ha dado para ayudarlas a que estén recogidas por medio de los buenos sentimientos que pueden sacar. Y las que nada entienden, estén simplemente atentas a Dios, o hagan aspiraciones amorosas, mientras el otro coro dice el verso y ellas hacen pausa. También se ha de considerar que hacemos el mismo oficio de los Ángeles, aunque en diferente lenguaje, y que esta, más delante del mismo Dios en cuya presencia tiemblan. Y así como un hombre que hablase a un Rey estaría muy atento temiendo caer en alguna falta, y sí, no obstante su cuidado, la hiciese, se pondría al punto colorado; de la misma manera debemos hacer en el Oficio, estando muy atentos por no errar. También es necesario tener atención a pronunciar bien y rezar como se ordena, especialmente al principio; y si sucediere hacer alguna falta, conviene humillarse sin confundirse; pues esto no es cosa extraña y que en otra parte no nos suceda; pero si muchas veces las repetimos y esto se continúa, es señal que no hemos concebido una verdadera displicencia de nuestras primeras faltas, y esta negligencia nos debiera causar mucha confusión, no por la presencia de la superiora, sino por la de Dios, que está presente, y la de sus Ángeles. Es una regla casi general que cuando cometemos muy a menudo una misma falta es indicio de poco afecto de enmendarnos; y si muchas veces hemos sido advertidos de ella, es señal de que se desprecia la advertencia. Después de esto, no es menester hacer escrúpulo por dejar en todo un oficio dos o tres versos por descuido, como no se haga expresamente; pero si os dormís una parte notable del oficio, aunque digáis los versos de vuestro coro, estáis obligada a volverlo a rezar: pero cuando se hacen cosas que necesariamente se han de hacer en el oficio, como toser o escupir, o que la maestra de ceremonias hable en lo que pertenece al rezo, entonces no hay obligación de volver a decirlo. Cuando se entra en el coro, comenzado el oficio, os habéis de poner en vuestro lugar con las otras y proseguir con ellas, y después de acabado, habéis de rezar lo que estaba ya dicho cuando entrasteis, acabando donde empezasteis, o decir en voz baja lo que en el coro se había dicho hasta alcanzarle, y luego continuar con él en caso que nuestra asistencia sea allí verdaderamente necesaria. No habéis de volver a rezar el oficio por haberos distraído al rezarle, como no haya sido voluntaria la distracción; y aunque os halléis al fin de un salmo sin estar cierta de haberlo dicho todo, porque habéis estado distraída sin advertirlo, no dejéis de pasar adelante, humillándoos delante de Dios, porque no se ha de creer siempre que haya sido negligencia el haber estado distraída mucho tiempo; porque podrá suceder que dure todo un oficio la distracción sin que haya culpa nuestra, y por mucha que fuese no convendrá inquietarse, sino hacerse unas simples repulsas de cuando en cuando delante de Dios. Yo quisiera que jamás os turbaseis por, malos sentimientos que tengáis, sino que animosa y fielmente procuraseis no consentir; pues hay grande diferencia entre sentir y consentir. También queréis que yo os diga alguna cosa acerca de la oración. Muchos se engañan grandemente creyendo que es necesario gran método y regla para tenerla bien, y se congojan por hallar un arte que les parece ser necesario saber, no cesando jamás de sutilizar e inquirir acerca de su oración por saber cómo la tienen o cómo la podrán tener a su gusto, y piensan que no se ha de toser, ni removerse, mientras están en ella,

temiendo que el espíritu de Dios se les vaya: ¡locura verdaderamente grandísima, como si fuera tan delicado este soberano espíritu que dependiese de la regla o postura de los que tienen oración! Yo no digo que no se haya de usar de las vías que están señaladas, sino que no se aten a ellas, como hacen aquellos que piensan no tener jamás bien la oración si no hacen sus consideraciones antes de los afectos que Nuestro Señor les da, los cuales son el fin porque se forman las consideraciones. Tales personas se parecen a aquellos que, hallándose en el lugar donde pretenden llegar, se vuelven atrás porque no vinieron por el camino que les habían mostrado. No obstante, es necesario guardar grande reverencia hablando a la divina Majestad, pues los Ángeles, que son tan puros, tiemblan en su presencia. Mas, Dios mío, dirá alguno, yo no puedo tener siempre este sentimiento de la presencia de Dios que cause en el alma tan grande humillación, ni esa reverencia sensible que me haga aniquilar tan dulce y agradablemente delante del Señor. No es mi intento hablar de esa reverencia, sino de aquella que hace que la parte superior de nuestro espíritu se abata y humille en la divina presencia en reconocimiento de su infinita grandeza y de nuestra profunda pequeñez e indignidad. Es necesario también tener una determinación de no dejar jamás la oración por grande dificultad que se ofrezca, y de no ir a ella con anticipados deseos de ser allí consoladas y satisfechas; porque no será eso tener vuestra voluntad ajustada y unida a la de Nuestro Señor, que quiere que entremos en la oración resueltos a sufrir la pena de continuas distracciones, sequedades y disgustos que en ella nos vendrán, perseverando tan constantes como si tuviéramos mucho consuelo y tranquilidad; pues es cosa cierta que nuestra oración no será menos agradable a Dios ni menos útil a nosotros por haberla tenido con más dificultad; porque como nosotros ajustemos siempre nuestra voluntad con la divina, poniéndonos en una simple atención y disposición para recibir los sucesos de su beneplácito con amor, ya sea en la oración ya en otras ocurrencias, todas las cosas nos serán provechosas y agradables a los ojos de la divina Bondad. Este será pues, amadas hijas, buen modo de tener oración, estarse en paz y sosiego en la presencia de Nuestro Señor y a su vista, sin otro deseo y pretensión que de estarse con él y contentarle. La primera regla, pues, para ocuparse en la oración es: llevar algún punto, como los misterios de la vida, pasión y muerte de Cristo Nuestro Señor, que son los más provechosos, y es cosa muy rara el no sacar provecho con esta consideración. Este Señor es el Maestro soberano que el Padre eterno envió al mundo para enseñarnos lo que debemos hacer; y por esto a más de la obligación que tenemos de conformarnos a este divino modelo, debemos ser grandemente diligentes en considerar sus acciones para imitarlas; porque esta es una de las reglas más excelentes que podemos tener en todo cuanto hacemos: hacer las obras porque el Señor las ha hecho, quiero decir, practicar las virtudes porque nuestro Padre las ha practicado y como él las practicó. Y para entender bien esto es necesario pensarlas, verlas y considerarlas fielmente en la oración; porque el hijo que ama mucho a su padre tiene grande afición a conformarse con sus costumbres y a imitarle en cuanto hace. Verdad es lo que decís, que hay almas que no pueden detenerse ni ocupar su espíritu en la meditación de algún misterio, siendo llevadas a una cierta simplicidad toda dulce, que las pone en una tranquilidad delante de Dios, sin otra

consideración que saber que están en su presencia y que él es todo su bien. Así pueden estarse con mucho provecho, eso es muy bueno; pero generalmente hablándose ha de procurar que todas las jóvenes empiecen por la regla de la oración, que es más segura y lleva a la reformation de vida y mudanza de costumbres, que es la que decimos, considerando los misterios de la vida y muerte de Nuestro Señor, por la cual se camina seguramente. Conviene, pues, aplicarse con sinceridad a nuestro maestro para aprender lo que quiere que hagamos y también lo han de hacer los que se pueden servir de la imaginación; pero han de usar de ella sobria, simple y cortamente. Los santos Padres nos dejaron muchas consideraciones pías y devotas, las cuales pueden servir muy bien para este intento; porque ya que ellos siendo personas tan ilustradas las usaron, ¿quién no se dispondrá a seguirles? Y ¿quién se atreverá a rehusar creer piadosamente lo que ellos piadosísimamente creyeron? Conviene caminar seguramente tras estas grandes guías y de tanta autoridad: pero algunos no se han contentado con lo que estos Santos nos dejaron, y han escrito muchas imaginaciones; mas de estas no es necesario usar en la meditación, porque pueden causar daño. En lo ferviente de la oración debemos hacer nuestras resoluciones luego que el Sol de justicia nos alumbró y nos excita con su inspiración: no quiero decir que sea necesario tener sentimientos grandes y consolaciones para esto; bien que cuando Dios nos los da estamos obligados a sacar de ellos el fruto y corresponder a su amor; mas cuando no los concede no por eso hemos de faltar a la fidelidad, antes vivir según la razón y la voluntad divina y hacer nuestras resoluciones en lo supremo de nuestro espíritu y parte superior de nuestra alma, no dejando de ejecutarlas y ponerlas en práctica por alguna sequedad, repugnancia o contradicción que se ofrezca. Ved aquí lo que toca a la primera forma de meditar, la que muchos grandes Santos practicaron como muy buena si se hace como conviene. La segunda manera de meditar es, no formar imaginación alguna, sino estarse, como dicen, al pie de la letra: esto es, meditar pura y simplemente el Evangelio y los misterios de nuestra santa fe, conversando familiar y sencillamente con Nuestro Señor en todo lo que hizo y padeció por nosotros, sin alguna representación. Esta manera de meditar es más alta y mejor que la primera, y por esta razón más santa y más, segura; y así conviene acomodarse con facilidad a ella por poco atractivo que se sienta, observando en todo grado de oración el guardar el espíritu en una santa libertad para seguir las luces y movimientos que Dios Nuestro Señor nos diere. Y en cuanto a otras maneras de oración más elevadas, sino es que Dios os las dé absolutamente, yo os ruego que no os pongáis en ellas por vosotras mismas y sin consejo del que os gobierna. Dios sea bendito.

CONFERENCIA XIX. SOBRE LAS VIRTUDES DE SAN JOSÉ

El justo es semejante a la palma, como la Iglesia canta en cada festividad de los santos confesores. Mas como la palma tiene una grandísima variedad de propiedades particulares diversas de las de todos los otros árboles, como príncipe y rey de los demás, así por la hermosura como por la bondad de sus frutos; de ja misma suerte hay una muy grande variedad de justicia; aunque todos los justos son justos e iguales en justicia, no obstante hay una grande desproporción entre los actos particulares de la justicia de cada uno, como se representa en la túnica del antiguo José, la que era larga hasta los pies y recamada de una bella variedad de flores. Cada justo tiene la ropa de la justicia que le llega a los pies, quiero decir, que todas las facultades y potencias del alma están cubiertas de justicia, y lo interior y lo exterior no representa más que la justicia misma, siendo justo en todos los movimientos y acciones tanto interiores como exteriores; mas con todo eso es necesario confesar que cada ropa está recamada de diversas bellas variedades de flores donde la desigualdad no las hace menos agradables ni de menos estimación. El grande Pablo primer ermitaño fue justo de una justicia perfectísima; y no obstante ninguno podrá dudar de que jamás ejercitó tanta caridad con los prójimos como san Juan por esto llamado el Limosnero, ni jamás tuvo ocasión de practicar la magnificencia, y por eso no tuvo esta virtud en tan alto grado como otros Santos. Tuvo todas las virtudes, pero no en tanta eminencia las unas como las otras. Los Santos se aventajaron unos en unas virtudes y atrasen otras, y si bien todos consiguieron la bienaventuranza, no obstante fue diferentísimamente, siendo tanta la diferencia de santidades como la hay de Santos. Esto presupuesto: yo he notado tres propiedades particulares que tiene la palma, las que son muy celebradas entre todas las demás, y estas convienen más al Santo cuya fiesta celebramos, que es, según la Iglesia quiere que lo cantemos, semejante a la palma. ¡Oh qué santo es el glorioso san José! El no solo es patriarca, sino corifeo de todos los patriarcas: no solo es confesor, sino más que confesor; porque dentro de su confesión se encierran las dignidades de los obispos, la generosidad de los mártires y de todos los otros Santos. Esta es justamente la razón porque se compara a la palma que es el rey de los árboles y tiene la propiedad de la virginidad, de la humildad y la de la constancia y esfuerzo, tres virtudes que tuvo el glorioso san José con excelencia: y si alguno osare hacer comparaciones con él, habrá muchos que demuestren que excedió a todos los Santos en estas tres virtudes. Entre las palmas se halla varón y hembra. La palma que es varón no lleva fruto alguno y no obstante no es infructuosa, porque la palma hembra no llevara algún fruto sin él y sin su vista. De modo, que si la hembra no está plantada cerca, y en tal forma que la mire, quedará infructuosa y no llevará dátiles que son su fruto; pero si al contrario el varón la mira, lleva cantidad de frutos que son sus partos; pero con todo eso los produce virginalmente, porque de ningún modo la toca el varón, aunque la mira: no precede alguna unión entre estos dos árboles, solo produce sus frutos a la sombra y presencia de su consorte; pero esta es toda pura y virginal, el varón nada contribuye de su sustancia

para esta producción; pero con todo eso ninguno puede decir que no tiene grande parte en el fructificar de la palma hembra, pues sin él no pudiera y quedara estéril e infructuosa. Habiendo Dios determinado desde la eternidad en su divina providencia, que una Virgen concibiese a un Hijo que fuese Dios y Hombre juntamente, quiso, no obstante, que esta Virgen fuese casada. ¡Oh Dios! ¿por qué razón, dicen los Santos doctores, ordenó dos cosas tan diferentes como ser virgen y casada a un mismo tiempo? La mayor parte de los Padres responde, que por evitar el que Nuestra Señora fuese acusada por los judíos, los cuales no hubieran eximido a esta Señora de la calumnia y oprobio si se vieran examinadores de su pureza; y que por conservar a esta y su virginidad fue necesario que la divina Providencia la encomendase al cuidado y guarda de un hombre que fuese virgen; y que esta Virgen concibiese y se hiciese preñada del dulce fruto de vida, Cristo Señor nuestro, a la sombra de este santo matrimonio. San José fue como la palma varón, que no llevando algún fruto no es de todo punto infructuoso, antes tiene mucha parte en el fruto de la palma hembra; no porque este gran Santo contribuyese en cosa alguna a tan santa y gloriosa producción, sino solo la sombra del maridaje que libró a Nuestra Señora y Reina celestial de toda suerte de calumnias y censuras que le hubiera causado su preñez; y si bien nada contribuyó de suyo, con todo tuvo gran parte en este fruto santísimo de su sagrada esposa; porque le pertenecía y estuvo plantada muy cerca de él, como una gloriosa palma junto a su amado consorte; la cual según el orden de la divina Providencia, no podía ni debía producir sino a su sombra y vista, quiero decir, a la sombra del santo matrimonio que contrajeron, matrimonio que no fue tanto por la comunicación de los bienes exteriores, y de los ordinarios, cuanto por la unión de los interiores. ¡Oh qué santa unión entre Nuestra Señora y el glorioso san José! Unión que bastó para que el bien de los bienes eternos, Cristo Señor nuestro, fuese y perteneciese al glorioso san José, así como perteneció a su esposa; no según la naturaleza que tomó en sus purísimas y virginales entrañas, naturaleza que fue formada por el Espíritu Santo de su purísima sangre, sino según la gracia que le hizo participante de todos los bienes de su querida y amantísima esposa; y fue ocasión de que fuese maravillosamente creciendo en perfección con la continua comunicación que tuvo con Nuestra Señora. Esta poseyó todas las virtudes en tan alto grado que ninguna pura creatura podrá llegar a él; no obstante, el glorioso san José fue el que llegó más cerca. Y del mismo modo que cuando un espejo puesto al sol recibe sus rayos perfectísimamente, y estando otro espejo en frente de él, aunque dichos rayos no le toquen sino por reverberación del primero, los representa tan naturalmente que ninguno podrá juzgar cuál de los dos es el que inmediatamente los recibe del sol, si el que está puesto a él, o el que por reverberación los representa, así la Virgen Nuestra Señora es como un purísimo y cristalino espejo puesto a los rayos del sol de justicia, rayos que instituyeron en su alma todas las virtudes en su perfección; estas perfecciones y virtudes hicieron una reverberación tan perfecta en san José, que parecía ser tan perfecto o que tenía las virtudes en tan alto grado como las tenía la gloriosa Virgen Nuestra Señora. Mas en particular, por volver al propósito que empezamos, ¿en qué grado pensáis que tuvo la virginidad, que es una virtud que nos hace semejantes a los Ángeles? Si la

santísima Virgen no solo fue virgen toda pura, toda inmaculada, sino, como canta la Iglesia en los responsos de las lecciones de sus maitines: *Sancta et immaculata virginitas*, etc., que fue la misma virginidad: ¿qué tal pensáis de aquel que fue escogido por el eterno Padre para guarda de esta virginidad, o por mejor decir, para compañero, pues no tuvo necesidad de más guarda que ella misma; qué tanto pensáis, digo, debió ser grande en esta virtud? Los dos habían hecho voto de virginidad todo el tiempo de su vida; y quiso Dios que se uniesen con el lazo del santo matrimonio, no para que se retractasen o arrepintiesen de su voto, antes para que le confirmasen y se animasen el uno al otro a perseverar en su santo propósito, y por esta razón le hicieron también de vivir virginalmente juntos todo el resto de su vida. El Esposo de los Cantares usa de términos admirables para pintar la decencia, la castidad y candor inocentísimo de sus amores divinos con su sagrada y muy querida Esposa, Dice pues así: Nuestra hermana es pequeña niña, y todavía no tiene pechos; ¿qué haremos con ella en el día que le hablaremos de desposarla? Si es un muro arémosle baluartes de plata; y si es puerta reforcémosla y doblémosla con tablas de cedro o de otra madera incorruptible (Ct. 8, 8). Ved aquí como este divino Esposo habla de la pureza de la santísima Virgen, de la Iglesia o del alma devota; pero esto principalmente se entiende de la Virgen santísima, que fue la divina Sulamitis por excelencia sobre todas las otras. Nuestra hermana es pequeña, no tiene pechos, quiere decir no piensa en casarse porque no tiene en su pecho cuidado de esto: ¿Qué haremos en el día que la hablaremos de desposarla? ¿El divino Esposo no la habla siempre que le place? En el día que la hablaremos, quiere decir, de la habla principal que es cuando se habla a las doncellas de casarlas, porque esta es habla de importancia, pues se trata de escoger y elegir un estado en el que después se ha de vivir. Si es un muro, dice el sagrado Esposo, hagámosle baluartes de plata, si es una puerta, importa tanto, que la quiero cubrir, o antes la doblaremos, o reforzaremos con tablas de cedro, que es madera incorruptible. La gloriosísima Virgen es una torre de murallas bien altas dentro de las cuales no puede entrar el enemigo, ni otros deseos, sino los de vivir en perfecta pureza y virginidad; ¿qué haremos? porque ella se debe casar: el mismo que la dio esta resolución de guardar virginidad lo ha ordenado así. Si ella es una torre, una muralla, pongámosle al rededor baluartes de plata que no solo no abatirán la torre, sino que la reforzarán más. ¿Qué otra cosa es el glorioso san José sino un fuerte baluarte edificado alrededor de Nuestra Señora, pues siendo su esposa le estaba sujeta y él tenía cuidado de ella? Tan lejos está, pues, de que san José fuese puesto alrededor de Nuestra Señora para que faltase al voto de virginidad, que muy al contrario se le dio por compañero para que la pureza virginal de esta Señora pudiese más admirablemente perseverar en su integridad bajo el velo y sombra del matrimonio y de la santa unión que había entre los dos. Si la santísima Virgen es una puerta, dice el Padre eterno, no queremos que esté abierta; porque es una puerta oriental, por la cual ninguno puede entrar ni salir; antes conviene doblarla y reforzarla de madera incorruptible; esto es, darle un compañero en su pureza que es el grande José, el cual para este efecto debió exceder a todos los Santos y aun a los Ángeles y Querubines mismos en esta virtud tan preciosa de la virginidad; virtud que le hizo semejante a la palma varón, como hemos

dicho. Pasemos a la segunda virtud que se halla en esta palma. He dicho según el tema, que hay una justa semejanza y conformidad entre san José y la palma en su virtud, que no es otra que la santísima humildad; porque aunque la palma sea el príncipe de los árboles, es no obstante el más humilde, y esto lo muestra con esconder su flor en la primavera cuando los demás árboles la manifiestan, y no la deja aparecer hasta en los fuertes calores. La palma tiene cerradas sus flores dentro de sus bolsas, que son en forma de vainas o estuches, y nos representan muy bien la diferencia entre las almas que caminan a la perfección y las que no la procuran, la diferencia entre los justos y los que viven según el mundo; porque los mundanos y hombres terrestres que viven según los fueros de la tierra, luego que tienen algún pensamiento bueno o alguna imaginación que les parece digna de estimarse, o si tienen alguna virtud jamás reposan hasta que la han manifestado dado a entender a cuantos encuentran; en lo cual corren el mismo riesgo que los árboles que son prestos en florecer en la primavera, como los almendros, porque si acaso el hielo los toca, perecen sus flores y no llevan fruto alguno. Estos hombres mundanos, que abren sus flores con tanta presteza a la primavera de esta vida mortal con espíritu de orgullo y ambición, corren siempre gran riesgo de ser oprimidos del hielo y tibieza que les hace perder el fruto de sus obras; al contrario los justos, ellos tienen siempre cerradas todas sus obras dentro del botón de la humildad, y cuanto es posible procuran no se manifiesten hasta en los grandes calores, cuando Dios, Sol de justicia, encienda poderosamente su corazón en la vida eterna donde para siempre llevarán el dulce fruto de la inmortalidad y bienaventuranza. La palma no pone a la vista sus flores, hasta que el fuerte ardor del sol rompe las fundas, vainas o cajas, en que están encerradas; y luego al punto manifiesta sus frutos; lo mismo hace el alma justa, porque tiene escondidas sus flores, esto es, sus virtudes, con el velo de la santa humildad hasta la muerte, en la que Dios las manifiesta y hace que brote fuera, porque sus frutos no pueden ya tardar. ¡Oh cuanto este gran Santo, de quien hablamos, fue en esto fiel! no hay palabras para explicar su perfección; porque además de ser esta tan grande, ¿en qué pobreza, en qué abatimiento no vivió todos los días de su vida? Pobreza y abatimiento, bajo de los cuales tuvo escondidas y cubiertas sus grandes virtudes y dignidades; pero ¡qué dignidades! ¡Dios mío! ser gobernador de Nuestro Señor; pero no solo eso, sino ser también su padre adoptivo, esposo de la santísima Madre. ¡Oh! verdaderamente yo no dudo de que los Ángeles, absortos de admiración, no viniesen en hermosas tropas a considerar y admirar su humildad cuando tenía al divino Niño en su pobre tienda, donde ejercía su oficio para sustentar al Hijo y a la Madre que le estaban encomendados. No hay duda alguna, queridas hermanas, que San José fue más valiente que David y que tuvo más sabiduría que Salomón; no obstante, viéndole reducido al ejercicio de carpintero ¿quién hubiera juzgado esto, sino fuera alumbrado con la luz celestial? tan encubiertos tenía los dones singulares de que Dios le había hecho merced. Pero ¿qué sabiduría no tuvo, pues Dios le dio el cargo de su Hijo gloriosísimo, y le escogió para que le gobernase? Si los príncipes de la tierra ponen tanto cuidado, como cosa importantísima, en dar un ayo de los más capaces a sus hijos, ya que Dios podía hacer que el ayo de su Hijo fuese el hombre más cabal del mundo en toda clase de

perfecciones, según la dignidad y excelencia de la persona gobernada que era su Hijo gloriosísimo, Príncipe universal de cielo y tierra, ¿cómo podía ser, que habiendo podido, no lo hubiese querido y no lo hubiera hecho? No hay, pues, duda alguna de que san José no fuese dotado de todas las gracias y de todos los dones que merecía el cargo que el Padre eterno le quería dar de la economía temporal y doméstica de Nuestro Señor y del gobierno de su Familia que solo se componía de tres, que nos representan el misterio de la santísima y adorabilísima Trinidad; no porque haya comparación sino en lo que mira a Cristo Nuestro Señor que es una de las personas de la santísima Trinidad, porque en cuanto a los otros son puras creaturas; más bien podemos decir que esta es una Trinidad en la tierra, que en alguna manera representa la santísima Trinidad: María, Jesús y José; José, Jesús y María, Trinidad maravillosamente recomendable y digna de ser alabada. Con esto, pues, entenderéis cuán relevante fue la dignidad de san José y cuán adornado estuvo de toda suerte de virtudes; y no obstante, por otra parte, veréis cuánto estuvo abatido y humillado, más de lo que se puede decir ni imaginar: solo este ejemplo basta para entenderlo bien. Fue a su patria, a la ciudad de Belén, y ninguno de cuantos a ella fueron de otras partes fue desechado, por lo menos que se sepa, sino él; de modo que se vio obligado a retirarse y llevar a su casta esposa a un establo entre los bueyes y los jumentos. ¡Oh, a cuánta extremidad estuvo reducida su humildad y su abatimiento! Su humildad fue la causa, así lo explica san Bernardo (Homilía II, sobre el Missus est), de querer dejar a Nuestra Señora cuando vio su preñez, porque dijo que hizo consigo este discurso: ¿Qué es esto? yo sé que ella es virgen, porque juntos hemos hecho voto de virginidad y pureza al cual de ninguna manera querrá faltar; por otra parte yo veo que está preñada y es madre; ¿cómo se puede encontrar la maternidad en la virginidad, y que la virginidad no estorbe la maternidad? ¡Oh Dios! decía dentro de sí mismo, bien puede ser que esta gloriosa Virgen sea aquella de quien los Profetas aseguran que concebirá y será madre del Mesías. Si ella es, no quiera Dios que yo habite a con ella siendo tan indigno; mejor será dejarla secretamente, pues es tan grande mi indignidad, por la que no debo estar más en su compañía. Sentimiento de una humildad admirable, que hizo resplandecer a san Pedro en la navecilla donde estaba con Nuestro Señor, luego que vio su omnipotencia manifestada en la grande pesca que hizo solo con echar la red en el mar a la parte que le mandó, oh Señor, dijo todo absorto de un sentimiento de humildad semejante al de san José, apartaos de mí, porque soy hombre pecador (Lc 5, 8) y por esto no soy digno de estar con Vos. Yo sé muy bien, quiso decir, que si me arrojo en el mar, pereceré; pero Vos que sois omnipotente, andaréis sobre las aguas sin peligrar; y esta es la razón porque os suplico que os retiréis de mí; pero no que yo me retire de Vos. Pero, san José, siendo vigilantísimo en guardar sus virtudes debajo de la llave de la santa humildad, tenía un cuidado particularísimo de esconder la preciosa perla de su virginidad; y por esto consintió en casarse, con el fin de que persona alguna no la pudiese conocer y de que bajo del santo velo del matrimonio pudiese vivir más cubierta: en lo que las vírgenes y aquellos que quieren vivir castamente son enseñados de que no les basta ser vírgenes, sino son humildes y no cierran su pureza en la caja preciosa de la humildad: porque de otra suerte les sucederá lo mismo que a las vírgenes locas, las cuales, faltas de

humildad y de caridad misericordiosa, fueron desechadas de las bodas del Esposo, y se vieron obligadas a buscar las del mundo, donde no se guarda el consejo del Esposo celestial que dice, que conviene ser humildes para entrar a las bodas, quiere decir, que conviene practicar la humildad; porque dice él: Cuando vas a las bodas o estás convidado a ellas, toma el postrer lugar (Lc 14, 10). En lo que vemos cuánto es necesaria la humildad para la conservación de la virginidad; pues indubitavelmente ninguno será admitido al banquete celestial y festín nupcial que Dios prepara a las vírgenes en la corte celestial sino fuere acompañado de esta virtud. Ninguno pone las cosas preciosas, principalmente los unguentos odoríferos, al aire; porque a más de que los olores se evaporarán, las moscas los consumieran y les hicieran perder el valor; así las almas justas, temiendo perder el precio y valor de sus buenas obras, las guardan ordinariamente en su caja y no en vaso común. Los unguentos preciosos se ponen en vaso de alabastro, como aquel que santa Magdalena quebró o vertió sobre la cabeza sagrada de Nuestro Señor, luego que la restauró a la virginidad, no esencial, sino reparada, la que suele ser algunas veces más excelente siendo adquirida o restaurada, por la penitencia, que aquella que no habiendo recibido disminución, está acompañada de poca humildad. Este vaso; pues, de alabastro es la humildad; dentro de la cual debemos, a imitación de Nuestra Señora y san José, guardar nuestras virtudes y todo aquello que nos puede hacer estimar de los hombres, contentándonos de agradar solo a Dios y quedar bajo el velo del abatimiento de nosotros mismos; atendiendo, como tengo dicho, que cuando Dios sea servido de llevarnos al lugar de seguridad, que es el cielo, hará campear nuestras virtudes para su honra y gloria. Pero qué humildad más perfecta se puede imaginar que la de san José, dejó aparte la de Nuestra Señora, porque ya tengo dicho, que san José recibió un grande aumento en todas las virtudes por modo de la reverberación que las de la santísima Virgen hacían en él. Él tenía una grandísima parte en el tesoro divino que guardaba en su casa, que es Nuestro Señor y Maestro; y con todo eso se miraba tan abatido y humillado que no le parecía tener parte en él y siempre le perteneció, después de la santísima Virgen, más que a otro alguno; y esto nadie puede dudarlo, pues Cristo era de su familia e Hijo de su Esposa que también le tocaba. Yo acostumbro a decir que si una paloma, por poner comparación más conforme a la pureza de los Santos de quienes hablo, llevase en su pico un dátil y le dejase caer en un jardín, la palma que produjese pertenecía al dueño del jardín. Siendo, pues, esto así, ¿quién podrá dudar de que habiendo el Espíritu Santo dejado caer este divino dátil, como divina paloma, dentro del jardín firme y cerrado de la santísima Virgen, jardín sellado y rodeado por todas partes del seto del voto de virginidad y castidad inmaculado, el cual pertenecía a san José, como la mujer o esposa al esposo; quién dudará, digo yo, o quién podrá decir, que esta divina palma que lleva el fruto que sustenta para la inmortalidad, no pertenecía por lo tanto bajo este respeto, a este grande José, el cual por esto no se ensoberbecía, antes siempre se hacía más humilde? ¡Oh Dios! como daba bien a entender esto la reverencia y respeto con que trataba tanto a la Madre como al Hijo, que aunque quiso dejar a la Madre no sabiendo aun del todo la grandeza de su dignidad, ¿en qué admiración y profundo aniquilamiento vivió después cuando se vio tan honrado, que Nuestro Señor y

Nuestra Señora se rendían obedientes a su voluntad y no hacían cosa fuera de su precepto? Esto no se puede comprender; y así conviene pasar a la tercera propiedad, que he notado en la palma, que es la constancia, valentía y fortaleza, virtudes que en nuestro Santo se hallaron en grado muy eminente. La palma tiene una fuerza y una valentía y también una gran constancia sobre todos los árboles; por eso es el primero de todos. Ella muestra sus fuerzas y su constancia en que cuanto más cargada está, tanto se levanta en alto y crece en estatura; lo que es al contrario, no solo en los otros árboles, sí que también de todas las demás cosas, porque cuanto más peso tienen, tanto más se abaten a la tierra; mas la palma muestra su fuerza y constancia en no rendirse ni doblarse jamás, por carga que pongan sobre ella; porque su instinto es subir a lo alto, y así lo hace sin que haya cosa que se lo impida: muestra su valentía en que sus hojas son como espadas, y parece que tiene otras tantas para pelear como para reverdecer. Esta es verdaderamente la justa razón porque san José se dice semejante a la palma, porque siempre fue muy valiente, constante y perseverante. Hay mucha diferencia entre la constancia y la perseverancia, la fuerza y la valentía: llamamos constante al hombre que está firme y apercibido para resistir los asaltos de sus enemigos sin turbarse ni perder el ánimo en el combate; mas la perseverancia mira principalmente a un cierto enojo interior que nos viene en la continuación de nuestras penas, que es tan fuerte y poderoso que no se puede encontrar otro mayor; pues la perseverancia hace que el hombre desprecie este enemigo de manera que quede victorioso de él por medio de una continua igualdad y sumisión a la voluntad de Dios. La fortaleza hace que el hombre resista poderosamente a los asaltos de sus enemigos; mas la valentía es una virtud, que no solamente está prevenida para combatir y resistir cuando se ofrezca la ocasión, sí que también acomete ella al enemigo al mismo tiempo que él callaba. Nuestro glorioso san José fue dotado de todas estas virtudes, y las ejercitó maravillosamente. Por lo que toca a su constancia, mirad cómo la manifestó cuando viendo preñada a Nuestra Señora, y no sabiendo cómo aquello podía ser, ¡Dios mío! ¡qué congoja! ¡qué dolor! qué pena de espíritu no sintió! Con todo no se quejó, no fue más áspero, ni menos obsequioso con su Esposa, no la trató mal por eso, mostrándose tan afable y cortés con ella como antes. Mas ¿qué valentía, qué fortaleza no mostró en la victoria que consiguió de los dos mayores enemigos del hombre, el demonio y el mundo, por la práctica exacta de una perfectísima humildad, como hemos notado en todo el discurso de su vida? El demonio es de tal modo enemigo de la humildad, que por no tenerla fue derribado del cielo y precipitado en los infiernos, como si la humildad pudiera más desde que no la quiso escoger por compañera inseparable, por lo que no hay invención ni artificio de que él no se sirva por despojar al hombre de esta virtud; y mucho más porque sabe que esta es una virtud que hace infinitamente agradable a Dios: de modo, que podemos bien decir, valiente y fuerte es el hombre que como San José persevera en ella, porque llega a ser juntamente vencedor del demonio y del mundo, que están llenos de ambición, de vanidad y soberbia. En cuanto a la perseverancia contraria al enemigo interior, es el enojo que nos sobreviene en la continuación de las cosas que abaten, humillan y dan pena, de las malas fortunas, si así se puede decir, o bien por la variedad de accidentes que nos suceden. ¡Oh cuán probado

de Dios y de los hombres fue san José cuando el Ángel le ordenó partir prestamente y llevar a Nuestra Señora y a su Hijo amantísimo a Egipto! Mirad, empero, como partió al punto sin hablar palabra; no se inquietó ni preguntó ¿qué camino tendré? de qué nos hemos de sustentar? quién nos recibirá? Él salió a la ventura, cargado de sus instrumentos para ganar su pobre vida y la de su familia con el sudor de su rostro. ¡Oh cuanto debió de apretarle el sentimiento de que tratamos, viendo que el Ángel no le dijo el tiempo que allá había de estar, de manera que no tenía hora segura, no sabiendo cuando el Ángel le mandaría volver! Si san Pedro encarece tanto la obediencia de Abraham cuando Dios le mandó salir de su tierra, porque no le decía a qué parte había de ir; ni él le preguntó ¿Señor, me mandáis que salga, decidme, pues, si será por la parte del Mediodía o del Norte? antes se puso en camino, donde el espíritu de Dios le guiaba. ¡Cuán admirable es esta perfecta obediencia de San José! El Ángel no le dice, hasta cuando ha de estar en Egipto, y él no se inquieta; estarse cinco años, como creen los más, sin tener noticia de poder volver, confiando que el que le mandó ir, otra vez le ordenaría cuando habría de volver, a todo él estaba siempre pronto en obedecer. Estuvo en una tierra no solo extraña sino enemiga de los israelitas; porque los egipcios se quejaban todavía de lo que los habían quitado, y de que habían sido causa de que una grande parte de sus antepasados fuese anegada cuando iban en su seguimiento. Yo dejo a vuestra consideración el deseo que tendría san José de salir de ella por los continuos temores que le podía causar esta gente. La pesadumbre de no saber cuándo volvería a su patria debió sin duda afligir y atormentar grandemente a su pobre corazón: no obstante vivió siempre inmutable, siempre afable, tranquilo, perseverante en su rendimiento al beneplácito divino, del que se dejó totalmente gobernar; porque, como era justo, tenía siempre su voluntad ajustada, unida y conforme a la de Dios. Ser justo no es otra cosa que estar perfectamente unido a la voluntad de Dios y conforme con ella en toda suerte de acontecimientos prósperos o adversos. Que san José haya estado en todas ocasiones siempre perfectamente rendido a la divina voluntad, nadie lo puede dudar. ¿No lo veis? Mirad como el Ángel le dice que conviene que vaya a Egipto y va: mándale que vuelva y vuelve. Quiere Dios que sea siempre pobre, que es una de las pruebas más fuertes que con nosotros puede hacer, y él se sujeta amorosamente, y no por algún tiempo, sino por toda su vida. Y ¿qué pobreza? Despreciada, desechada y menesterosa. La pobreza voluntaria que en las Religiones se profesa es muy amable, porque ella no prohíbe que se reciban y tomen las cosas que fueren necesarias, prohibiendo y vedando solamente las superfluas. Mas la pobreza de San José, de Nuestro Señor y Nuestra Señora, no fue así; porque, aunque también fue voluntaria en tal forma que la amaron tiernamente, no por eso dejó de ser abatida, desechada, menospreciada y necesitada grandemente; porque todos trataban a este gran Santo como a un pobre carpintero; y él sin duda no podía ganar tanto, que no le faltasen muchas cosas necesarias, aunque trabajaba con un afecto incomparable por mantener a toda su pequeña familia; y después se sujetaba humildísimamente a la voluntad de Dios en la continuación de su pobreza y de su abatimiento, sin dejarse en manera alguna vencer ni postrar del disgusto interior, el que sin duda le daba muchos asaltos; pero él perseveró siempre constante en la sumisión, en

la que, como en todas las otras virtudes, fue continuamente creciendo y perfeccionándose, así como Nuestra Señora, la cual cada día granjeaba un crecimiento de virtudes y perfecciones que tomaba de su Hijo santísimo, el que no podía crecer en cosa alguna, porque fue desde el instante de su concepción tal cual es y será eternamente. San José hizo que la santa familia, de la que él formaba parte, fuese siempre creciendo y adelantándose en perfección: Nuestra Señora tomando su perfección de la divina Bondad, y san José recibéndola, como ya hemos dicho, por la mediación de Nuestra Señora. ¿Qué más nos falta ahora por decir, sino que de ninguna manera podemos dudar de que este glorioso Santo no tenga mucha autoridad en el cielo con quien tanto le ha favorecido que le quiso llevar allá en cuerpo y alma? Lo que es lo más probable, respecto de que en la tierra no tenemos alguna reliquia suya, y me parece que no se puede dudar de esta verdad; porque ¿cómo pudo negar esta gracia a san José aquel que le obedeció todo el tiempo de su vida? Sin duda, cuando Cristo Nuestro Señor bajó al limbo, le habló san José de esta suerte: Señor mío, acordaos, si sois servido, de que cuando bajasteis del cielo a la tierra os recibí yo en mi casa, en mi familia, y que después que hubisteis nacido os recibí en mis brazos; ahora que habéis de subir al cielo llevadme con Vos. Yo os recibí en mi familia, recibidme ahora en la vuestra, pues allá os vais. Yo os traje en mis brazos, recibidme ahora en los vuestros, y como yo tuve cuidado de alimentaros y conducirlos durante el curso de vuestra vida mortal, cuidad ahora de mí y de conducirme a la vida eterna. Y siendo cierto, lo que debemos creer, que por virtud del santísimo Sacramento que recibimos, resucitarán nuestros cuerpos el día del juicio, ¿cómo podremos dudar de que Nuestro Señor hizo subir al cielo, cuando subió él, en cuerpo y en alma al glorioso san José, que mereció la honra y la gracia de traerle tantas veces en los benditos brazos en los cuales tanto se complació? ¡Oh cuántos besos le dio tiernísimamente con su bendita boca por recompensar con soberana dulzura su trabajo! San José, pues, está sin duda en el cielo en cuerpo y alma. ¡Oh cuán dichosos seremos si podemos merecer tener parte en sus santas intercesiones! Porque nada que pidiere le será negado, ni por Nuestra Señora, ni por su Hijo glorioso; nos alcanzará, si tenemos confianza en él, un aumento santo en todas las virtudes, pero especialmente en aquellas que hemos visto tuvo en más alto grado que los otros Santos, que son la santísima pureza de cuerpo y de espíritu, la amabilísima virtud de la humildad, la constancia, valentía y perseverancia, virtudes que nos sacarán victoriosos, en esta vida, de nuestros enemigos, y que nos harán merecer la gracia ir a gozar, en la vida eterna, de las recompensas que es prevenidas a aquellos que imitaren el ejemplo que él les da estando en esta vida; recompensa que no será menos que la felicidad eterna, en la que gozaremos de la clara visión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Dios sea bendito.

CONFERENCIA XX. INTENCIÓN DE ENTRAR EN RELIGIÓN

En que se pregunta: que pretensión debemos tener entrando en Religión.

La cuestión que nuestra madre propone para que os la declare es, queridas hijas: ¿Que pretensión se ha de tener para entrar en Religión? Es la más importante, más necesaria útil que se puede pensar. Verdaderamente muchas doncellas entran en Religión sin saber el por qué. Vendrán al locutorio, verán las religiosas con semblante sereno, con buen rostro, muy modestas y contentas y dirán a sí mismas: ¡Dios mío, que bien se está aquí! me vengo acá: el mundo también nos pone mala cara, y no encontramos en él lo que pretendemos. Otra dirá: ¡Dios mío, qué bien se canta aquí dentro! Otras vienen por encontrar la paz, las consolaciones y tal suerte de dulzuras, diciendo en su imaginación: ¡Dios mío, las religiosas sí que son dichosas! ellas están fuera del ruido del padre y de la madre que en todo el día no hacen más que gruñir, sin haber cosa que les contente; esto es nunca acabar. Nuestro Señor promete a los que dejan el mundo por su servicio muchos regalos: alto, pues; a la Religión. Ved aquí, queridas hijas, tres especies de pretensiones que no valen nada para entrar en la casa de Dios. Conviene necesariamente que Dios edifique la ciudad de otra manera, y aunque esté edificada, será necesario arruinarla. Yo quiero creer, hijas mías, que vuestras pretensiones son totalmente diferentes, y que todas tenéis buena intención, y que Dios echará su bendición sobre esta pequeña tropa que empieza a servirle. Dos semejanzas me han venido al espíritu para daros a entender por qué y cómo se ha de fundar vuestra pretensión para ser sólida; pero contén tome con explicaros una que bastará. Figuraos que un arquitecto quiere edificar una casa; él hace dos cosas: lo primero considera si su edificio ha de servir de habitación a un particular, a un príncipe o a un rey, porque es menester proceder de diferente manera conforme a las personas; después mide el sitio y cuenta los materiales, para ver si son bastantes para el edificio; porque el que quiere ponerse a edificar una alta torre y primero no junta materiales con que fabricarla, harán burla de él porque empezó una cosa que no podía perfeccionar (Lc. 14, 28). Conviene, pues, que se resuelva a derribar el edificio viejo para desembarazar el sitio donde quiere edificar el nuevo. Nosotros queremos levantar un grande edificio, que es edificar en nuestra casa la morada de Dios: consideremos maduramente si tenemos bastante ánimo y resolución para arruinar a nosotros mismos y crucificarnos, o por mejor decir, para permitir que Dios nos arruine y crucifique; para que su divina Majestad nos edifique para que seamos su templo vivo. Digo pues, queridas hijas mías, que nuestra única pretensión debe ser unirnos a Dios, como Jesucristo se unió a su eterno Padre, muriendo sobre la cruz; porque yo no pienso hablaros ahora de la unión general que se hace por el bautismo, donde los cristianos se unen a Dios recibiendo este santo Sacramento y el carácter de cristiano, y se obligan a guardar sus mandamientos y los de la santa Iglesia, ejercitarse en buenas obras, practicar las virtudes de la fe, esperanza y caridad, y con esto su unión es valedera, y pueden

justamente pretender el cielo. Uniéndose de esta manera a Dios, como a Dios suyo, no están obligados a más; conseguirán su fin por la vía general y espaciosa de los mandamientos; pero vosotras, hijas mías, no camináis así, porque a más de esta común obligación que tenéis como todos los cristianos, Dios por un amor muy especial os ha escogido para sus queridas esposas. Conviene saber qué es esto de ser religiosas. Esto es estar dos veces atadas a Dios por la continua mortificación de sí mismas, y no vivir sino para Dios guardando siempre el propio corazón a su divina Majestad, sirviéndole continuamente nuestros ojos, nuestra lengua, nuestras manos y todo lo restante de nosotros. Esta es la causa porque, como veis, la Religión os suministra medios del todo propios a este fin que son la oración, la lección, silencio, retiro del corazón para reposar en Dios solo, jaculatorias continuas a nuestro Señor: y porque no podremos llegar a esto sino por un continuo ejercicio de mortificación de todas nuestras pasiones, inclinaciones, humores y aversiones, estamos obligados a velar continuamente sobre nosotros mismos para hacer que muera todo esto. Escuchad, hijas mías: Si el grano de trigo cayendo en la tierra no muere, quedará solo; pero si se pudre llevará ciento (Jn. 12, 24). Estas palabras de Nuestro Señor están muy claras, siendo pronunciadas por su santísima boca. La consecuencia es: vosotras que pretendéis el hábito, y vosotras que aspiráis a la santa profesión, mirad bien muchas veces si tenéis bastante resolución para morir a vosotras mismas y no vivir sino para Dios; pensadlo bien, que aun tenéis tiempo para pensarlo antes que queráis vestiros de negro; porque os advierto, hijas mías, y no quiero adularos, cualquiera que desee vivir según la naturaleza, que se quede en el mundo; y las que están determinadas a vivir según la gracia vengán a la Religión, la que no es otra cosa que una escuela de abnegación y mortificación de sí mismo; esta es la causa porque ella os provee de todos los instrumentos de mortificación tanto interiores como exteriores. Mas: ¡Dios mío! me diréis vosotras, eso no es lo que yo busco, pensé yo que bastaba para ser buena religiosa tener deseo de hacer bien la oración, tener visiones y revelaciones, ver Ángeles en forma de hombres, estar arrebatada en éxtasis, amar la lección de buenos libros; ¿pues qué? ¿no soy muy virtuosa, o me lo parece, humilde y mortificada? todo el mundo me admira: ¿no es ser muy humilde, hablar tan dulcemente a las compañeras de las cosas de devoción? ¿contar los sermones estando en casa con ellas? ¿tratar con afabilidad a los de la vecindad, principalmente si no me contradicen? Verdaderamente, mis queridas hijas, eso es bueno para el mundo; pero la Religión quiere que se hagan obras dignas de su vocación, quiero decir, morir a sí misma en todas las cosas, tanto a las que son de nuestro gusto como a las dañosas e inútiles. Considerad aquellos buenos religiosos del desierto que subieron a una tan grande unión con Dios ¿llegaron a ella siguiendo sus inclinaciones? Verdaderamente que no; ellos se mortificaron aun en las cosas más santas, y aunque tenían gran consuelo en cantar las divinas alabanzas, en leer, rezar y otras semejantes, no lo hacían por contentarse a sí mismos, antes bien se privaban voluntariamente de estos placeres por darse a las obras penosas y de trabajo. Es verdad que las almas religiosas reciben mil suavidades y consuelos en medio de las mortificaciones y ejercicios de la santa Religión, porque a ellas principalmente reparte el Espíritu Santo sus preciosos dones; y por eso no deben buscar más que a Dios y a la

mortificación de sus humores, pasiones e inclinaciones en la santa Religión; porque si buscan otra cosa, jamás hallaran el consuelo que pretenden. Pero, conviene tener un ánimo invencible para no decaer en nosotros mismos; porque siempre tendremos algo que hacer y cortar. El oficio de los religiosos debe ser cultivar bien su espíritu para arrancar todas las malas hierbas que; nuestra naturaleza depravada cada día hace brotar, y si bien parece que siempre es necesario reparar, y así como no hay razón para que el labrador se enoje, pues no es culpa suya, el no tener gran cosecha con tal que haya tenido cuidado de cultivar bien la tierra y sembrarla bien, así el religioso no debe enojarse sino coge todos los frutos de la perfección y de las virtudes, mientras tenga gran fidelidad en cultivar bien: la tierra de su corazón y en arrancar todo lo que le pareciere contrario a la perfección que se ha obligado a pretender, porque nunca estaremos sin este recelo hasta que estemos en el cielo. Cuando vuestra regla os dice que pidáis el libro a la hora señalada para la lección, ¿pensáis que los libros han de ser por lo ordinario los que más os contenten para que se os den? De ninguna manera; no es esa la intención de la regla. Lo mismo digo de otros ejercicios: una hermana se sentirá, así se lo parece, muy inclinada a tener oración, a decir el oficio, a estar en recogimiento, y la dirán: hermana, vaya a la cocina, o haga tal o tal cosa; esta es una muy mala nueva para una monja que es muy devota; pero yo digo que conviene morir, para que Dios viva en nosotros; porque es imposible conseguir la unión de Dios con nuestra alma por otro camino que por el de la mortificación. Estas palabras es necesario morir son duras, pero están acompañadas de gran suavidad; porque por esta muerte nos unimos a Dios. Habéis de saber que ninguna persona prudente pone el vino nuevo en vaso viejo. El licor del amor divino no puede estar donde el viejo Adán reina; muy necesario es pues destruirle. Pero me diréis vosotras, ¿cómo le destruiremos? ¿cómo, hijas mías? con la obediencia puntual a nuestras reglas. Yo os aseguro de parte de Dios, que si vosotras sois fieles en hacer lo que ellas os enseñan, llegaréis sin duda al término que debéis pretender, que es uniros a Dios. Advertid que os digo hacer, porque no se adquiere la perfección en cruzando los brazos; es menester trabajar de veras para domarse a sí mismo y vivir según la razón, la regla y la obediencia, y no conforme a las inclinaciones que sacamos del mundo. La Religión tolera, es cierto, que traigamos a ella nuestras malas costumbres, pasiones e inclinaciones; mas no que vivamos conforme a ellas; ella nos da reglas que sirvan de torcedores a nuestro corazón, y expriman del todo lo que es contrario a Dios. Vivid, pues, animosamente según ellas. Pero me dirá alguna ¡Dios mío! ¿qué haré yo que no tengo el espíritu de la regla? Ciertamente, hijas mías, que os creo fácilmente: esto no es cosa que se trae del mundo a la Religión; el espíritu de la regla se adquiere practicando fielmente la regla. Lo mismo os digo de la santa humildad y mansedumbre, dos piedras fundamentales de esta Congregación. Dios nos lo dará infaliblemente con tal que tengamos buen corazón y hagamos cuanto nos fuere posible por adquirirle; dichosos seremos, si un cuarto de hora antes de morir nos hallamos revestidos de esta ropa; toda nuestra vida será bien empleada si la gastamos en coser ya una pieza ya otra, porque este santo habito no es todo de una pieza sola, es necesario que tenga muchas. Puede ser que penséis que la perfección se halla cortada y hecha, y que no falta más que meterla por la

cabeza como ropa cerrada. No es así, hijas mías, no es así. Nuestra madre me dirá, que nuestras hermanas pretendientes son personas de buena voluntad, pero que les faltan las fuerzas para hacer todo lo que quisieran, y que sienten sus pasiones tan fuertes que temen empezar a caminar. Ánimo, queridas hijas, ya os tengo dicho muchas veces que la Religión es una escuela donde se aprende la lección, el maestro no pide siempre que los discípulos la sepan sin errar, basta que tengan atención a hacer lo posible por aprenderla. Haciendo así lo que pudiéremos, Dios se contentara y nuestros superiores también. ¿No veis todos los días las personas que aprenden a tirar las armas? Estos caen muchas veces, lo mismo hacen los que aprenden a andar a caballo; pero no por eso se dan por vencidos; porque una cosa es caer alguna vez, y otra quedar absolutamente rendidos. Vuestras pasiones alguna vez os hacen cara ¿y por eso habéis de decir, yo no soy a propósito para la Religión porque tengo pasiones? No, amadas hijas, no es así. La Religión no hace mucho triunfo en sazonar a un espíritu ajustado, a un alma dulce y tranquila en sí misma; lo que estima grandemente es el reducir a la virtud las almas fuertes en sus inclinaciones, porque estas, si son fieles, pasaran a las otras, adquiriendo perfectamente lo que las otras tienen sin trabajo. No se os pide que no tengáis pasión alguna, eso no está en vuestra mano, y Dios quiere que las sintáis hasta muerte para vuestro mayor mérito; ni menos que sean fuertes, porque esto sería decir, que un alma mal habituada no puede ser a propósito para el servicio de Dios. El se engaña en este pensamiento. Dios no desecha cosa donde no se halla la malicia: porque, decidme os ruego, ¿qué culpa tiene una persona en ser de tal o cual sujeta a tal o cual pasión? Todo, pues, consiste en los que se hacen por aquel movimiento, los que dependen de nuestra voluntad; porque el pecado es de tal modo voluntario que sin nuestro consentimiento no lo hay. Poned el caso que la cólera me oprime: yo la diré, vuelve y revuelve, crece si quieres, que yo en tu favor no pienso hacer la menor cosa ni pronunciar una sola palabra según tu movimiento. Dios nos ha dejado este poder; de otra suerte al pedirnos la perfección sería obligarnos a cosas imposibles y por con siguiente injustas; lo que no se puede hallar en Dios. Me ha venido al pensamiento contaras una historia muy del caso a este propósito. Luego que Moisés bajó del monte de donde venía de hablar con Dios, vio que el pueblo, después de haber hecho un becerro de oro, le adoraba; y arrebatado de una justa cólera y del celo de la gloria de Dios, dijo hablando con los levitas: Si hay alguno que sea de la parte de Dios, tome su espada y mate a cuantos se le pusieren delante, sin perdonar ni padre, ni madre, ni hermana (Ex 32, 26-27). Los levitas, pues, empuñaron sus espadas, y el más valiente fue el que mató más. De la misma manera queridas hermanas, tomad la espada de la mortificación en las manos para matar y destruir vuestras pasiones, y la que matare más será la más valiente, si quiere cooperar a la gracia. Estas dos almas doncellitas que veis, que la una tiene poco menos de dieciséis años, y la otra quince, tienen miedo al matar, porque su espíritu apenas parece que ha nacido; pero las almas grandes que han experimentado muchas cosas y gustado las dulzuras del cielo, a estas toca el matar y acabar del todo con las pasiones. En cuanto a las que decís, madre nuestra, que tienen grandes deseos de la perfección y que quieren aventajarse a las demás en virtud, ellas consuelan con eso un poco su amor propio; pero harán mucho en seguir la comunidad,

en guardar bien las reglas, porque este es el camino derecho para llegar a Dios. Vosotras sois muy dichosas, hijas mías, en comparación de los que estamos en el mundo, porque cuando preguntamos el camino, uno nos dice este es el derecho; otro que es el izquierdo; en fin, lo más ordinario es el engañarnos; pero vosotras no tenéis más que hacer que dejaras llevar: parecéis a los que caminan por el mar, el barco los lleva y ellos van dentro sin cuidado; si duermen caminan, y no tienen necesidad de inquirir si van bien en su viaje; esto toca a los marineros, que mirando siempre a la estrella hermosa, la aguja del navío, saben que llevan buen derrotero y dicen a los que van en él: alentaos, que tenéis buen viaje, dejaos llevar sin temor. La aguja de marear es Cristo Nuestro Señor, el navío vuestras reglas, los marineros los superiores que ordinariamente os dicen: caminad, hermanas, por la observancia puntual de vuestras reglas y dichosamente llegaréis a Dios, él os conducirá seguramente. Pero advertid que os digo: caminad por la observancia puntual y fiel; porque el que menosprecia su camino, será muerto (Prov. 19, 16), dice Salomón. Vos, mi madre, decís, que nuestras hermanas dicen que bueno es caminar por las reglas; pero esa es la vía general. Dios nos ha guiado por otras sendas particulares, cada una tiene la suya especial, pues no todas somos atraídas por un mismo camino: tienen razón en decirlo y es cierto; pero también lo es que si estas sendas son de Dios todas las llevarán a la obediencia sin duda. No pertenece a los inferiores el juzgar de los particulares caminos; eso es obligación de los superiores, y por eso se ordena la dirección particular. Sed muy fieles y cogereis el fruto de bendición; si hacéis lo que se os ha enseñado, queridas hijas, seréis felicísimas, viviréis contentas y experimentaréis en este mundo los favores del cielo, o por lo menos una pequeña participación de ellos. Pero tened cuidado, si os viene algún gusto interior y regalo de Nuestro Señor, de no pararos en él; eso es como un poco de anís confitado que el boticario pone sobre la bebida amarga del enfermo; es necesario que este trague la medicina, aunque tome de la mano del boticario los granos azucarados, que a ello le obliga la necesidad que siente después de las amarguras de la purga. Ved aquí, pues, claramente cuál es la pretensión que debéis tener para ser esposas dignas de Nuestro Señor y para haceros capaces de desposaros con él sobre el monte Calvario. Vivid, pues, toda vuestra vida y formad todas vuestras acciones según ella, y Diosas bendecirá. Toda nuestra dicha consiste en la perseverancia; a ella os exhorto, queridas hijas, de todo mi corazón, y ruego a la divina Bondad que os llene de gracia y de su divino amor en este mundo y nos conceda a todos gozar de su gloria en el otro. A Dios, amadas hijas, yo os llevo a todas dentro de mi corazón encomendarme a vuestras oraciones será cosa superflua, porque creo de vuestra piedad que jamás faltáis en esto. Yo os echaré todos los días desde el altar mi bendición, y ahora recibid la en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Dios sea bendito.

CONFERENCIA XXI. NO PEDIR NADA

Sobre el documento de nada pedir y nada rehusar

Madre nuestra, visité un día a una excelente religiosa que me preguntó: ¿Si teniendo deseo de comulgar más veces que la comunidad, se podía pedir a la superiora? Yo la respondí que si fuera religioso pienso que hiciera esto: no pidiera más frecuencia de comunión que la comunidad, ni traería más días cilicio o cintura que los demás, ni haría ayunos extraordinarios, disciplinas, ni alguna otra cosa. Yo me contentara con seguir en todo y por todo a la comunidad: si tuviese fuerzas, no comería cuatro veces al día; pero si me lo mandaran, las comiera y no replicara: si estuviera flaco y no quisieran que comiese más que una vez al día, solo una vez comiera sin pensar en mi flaqueza. Yo quiero pocas cosas, y lo que quiero lo quiero muy poco, yo no tengo casi deseo; pero si volviera a nacer ahora, de todo tuviera nada. Si Dios viniera a mí, también yo fuera a Dios. Si a mí no quisiera venir, yo me detendría y no iría allá. Digo, pues, que nada se ha de pedir y nada se ha de rehusar, sino dejarse en los brazos de la Providencia divina sin ocuparse en deseo alguno, sino querer lo que Dios quiere de nosotros. San Pablo practicó con excelencia este dejamiento en el mismo instante de su conversión; cuando Nuestro Señor le cegó, al punto dijo: Señor, ¿qué es vuestra divina voluntad que yo haga? (Hch. 9, 6) Desde entonces se dejó en la absoluta dependencia de lo que Dios quisiese hacer de él. Toda nuestra perfección pende de la práctica de este punto. Y el mismo san Pablo, escribiendo a uno de sus discípulos, le prohíbe entre otras cosas permitir que su corazón se ocupe de algún deseo: tanto conocimiento tenía de este defecto. Vosotras me diréis: Si se han de desear las virtudes, ya que Nuestro Señor dice: Pedid y os será dado (Jn 16, 24). ¡Oh hijas mías! cuando yo digo que nada se ha de pedir ni desear, lo entiendo de las cosas de la tierra; que por lo que toca a las virtudes, las podemos pedir, y pidiendo el amor de Dios las comprendemos todas porque él las contiene todas. Pero en cuanto al empleo exterior ¿no se podrá, diréis, desear las ocupaciones bajas, supuesto que son las más penosas y que en ellas hay más que hacer y en qué humillarse por Dios? Hijas mías, David dice: Que quiso más ser abatido en la casa del Señor, que ser grande entre los pecadores (Sal 83, 11). Bueno es, Señor, que me hayáis humillado, dice también, para que aprenda vuestras justificaciones (Sal 118, 71). Pero con todo eso este deseo es muy sospechoso y puede ser una imaginación humana; ¿qué sabéis vos si deseando los cargos bajos tendréis fuerza para agradaros de los abatimientos que en ellos se encuentran? Puede ser que ellos os traigan tanto disgusto amargura, que aunque ahora tengáis aliento para sufrir la mortificación y humillación, no sabéis si le tendréis siempre. En fin, conviene tener por tentación el deseo de los cargos, cualesquiera que sean altos o bajos. Siempre es lo mejor no desear cosa alguna, sino estar prevenidas para recibir aquellas que la obediencia os impusiere y estas, sean honrosas o abatidas, tomadlas y recibidlas humildemente sin decir una sola palabra, sino es que os lo preguntan, y entonces yo

respondiera simplemente la verdad como la hubiere pensado. Vosotras me preguntáis: ¿Cómo se podrá practicar el documento de la santa indiferencia en las enfermedades? y hallo en el santo Evangelio un perfecto modelo en la suegra de san Pedro. Esta buena mujer estando en la cama con una recia calentura practicó muchas virtudes; pero la que yo admiro más es el grande dejamiento que hizo de sí misma en la providencia divina y en el cuidado de sus superiores, quedando en su calentura sosegada, tranquila y sin inquietud alguna y sin darla a los que la asistían. Bien saben todos cuanto padecen los que están con una fiebre y que esto les quita el reposo y les causa otros mil enojos. Pero el dejamiento grande que nuestra enferma hizo de sí misma en las manos de sus superiores, fue causa de que no se inquietase un punto ni tuviese cuidado de su salud, ni de su cura, contentándose con sufrir su mal dulce y pacíficamente. ¡Ah Dios, qué dichosa fue esta buena mujer! verdaderamente mereció bien que se tuviese cuidado de ella como lo hicieron los Apóstoles que intercedieron por su remedio, sin que lo solicitase, movidos de la caridad y conmiseración de los que la veían sufrir. Bienaventurados serán los religiosos y religiosas que hicieren esta grande y absoluta remisión en las manos de sus superiores, los cuales por el motivo de la caridad les servirán y proveerán cuidadosamente en todas sus necesidades; porque la caridad es más fuerte y aprieta más que la naturaleza. Esta querida enferma sabía muy bien que Nuestro Señor estaba en Cafarnaúm, que sanaba enfermos, y no se inquietó ni afligió por enviarle a decir lo que padecía; pero lo más admirable es, que le vio en su casa donde la miró y ella le miró también, y no le dijo una sola palabra de su mal para que se compadeciera de ella, ni solicitó tocarle para quedar sana. La inquietud de espíritu que se siente en los sufrimientos y enfermedades, a la que están sujetas no solo las personas del mundo, sino que también muy de ordinario las religiosas, nace del amor propio y desarreglado cuidado de sí mismo. Nuestra enferma no hacía caso de su dolencia, no reparó en el buen encuentro; ella lo sufrió sin cuidar de que rogasen por ella ni solicitasen su cura, contentándose con que lo sabían Dios y los superiores que la gobernaban. Ella vio a Nuestro Señor en su casa como soberano médico, pero no le miró como a tal; tampoco pensó en su cura, antes le consideró como a su Dios, cuya era, ya sana ya enferma, estando tan contenta en su mal, como si poseyera una entera salud. ¡Oh cuántas trazas hubieran usado otros para ser curados por Nuestro Señor, y dijeran que pedían la salud para servirle mejor, temiendo que no les quedase alguna diligencia por hacer! pero esta buena mujer en nada pensaba menos que en eso, manifestando su resignación en no pedir su curación. Yo no quiero decir por esto que no se puede pedir la mejoría a Nuestro Señor, como a aquel que nos la puede dar, pero ha de ser con la condición de si es conforme a su divina voluntad; porque siempre debemos decir: Hágase tu voluntad. No basta estar enferma y tener aflicciones, pues que Dios lo quiere; es necesario estar como él quiere, cuando él quiere, tanto tiempo como él quiere, y de la manera que le agrada que estemos; no escogiendo ni desechando el mal o aflicción, sea abatida o deshonrosa cuanto nos pueda parecer; porque el mal o aflicción sin abatimiento hincha muchas veces el corazón en lugar de humillarle; pero cuando se padece un mal sin honor, o cuando la misma deshonra, vileza y abatimiento son nuestro mal, entonces sí

que es la ocasión de ejercitar la paciencia, la humildad, la modestia, la dulzura de espíritu y de corazón. Tened, pues, un gran cuidado como esta buena mujer de guardar vuestro corazón en dulzura, sacando provecho como ella de vuestros males; porque ella se levantó al punto que Nuestro Señor despidió la calentura y le sirvió a la mesa; en lo que verdaderamente mostró una gran virtud y lo mucho que había aprovechado en su enfermedad; pues estando libre de ella no quiso usar de su salud sino para el servicio del mismo Señor, empleándose en él al mismo instante que la recibió. No era esta santa mujer como las personas del mundo, que por un achaque de un día han menester semanas y meses para convalecer. Cristo Nuestro Señor, estando en la cruz nos declaró como se han de mortificar las ternuras; porque teniendo una grande sed no por eso pidió de beber, sino que manifestó simplemente su necesidad, diciendo: Sed tengo (Jn 19, 28). Después de lo cual hizo un acto de grandísima sumisión; porque habiéndole llegado a la boca en la punta de una caña un pedazo de esponja mojada en vinagre por matarle la sed, la chupó con sus benditos labios: ¡cosa extraña! no ignoraba que aquel era un brebaje que aumentaría su pena, con todo eso lo gustó con toda sencillez, sin dar muestras de que le molestaba o no le sabía bien, para enseñarnos aquella sumisión con que debemos tomar los remedios y comidas que nos dan cuando estamos enfermos, sin dar la menor señal de que nos disgustan y enojan, aun cuando dudamos si nos podrán aumentar el mal. ¡Oh! cómo, si tenemos un poquito de incomodidad, lo hacemos todo al contrario de lo que nos enseñó nuestro dulce Maestro, porque no cesamos de lamentarnos y no hallamos bastantes personas, así lo parece, para que oigan nuestras quejas y para contarles por menor nuestros dolores, no hallamos alguno que vuele en contentarnos, como creemos necesario. En fin, es gran compasión ver cuán poco imitamos la paciencia de nuestro Salvador, el cual se olvidó de sus dolores, y no trató de que los conociesen los hombres, contentándose que su Padre celestial, por cuya obediencia los sufría, los consideraba y aplacaba el enojo que tenía contra la naturaleza humana por la cual padecía. Diréis vosotras, ¿qué es lo que yo más deseo que os quede grabado en el espíritu, para ponerlo en práctica? Muy amadas hijas, qué os puedo yo decir sino estas dos preciosas palabras que tanto os he encargado: No deseéis nada, no rehuséis nada. En estas cláusulas lo he dicho todo; porque este documento comprende la práctica de la perfecta indiferencia. Mirad al pequeñito Jesús en la cuna cómo recibe la pobreza, la desnudez, la compañía de los animales, todas las inclemencias del tiempo, el frío y todo cuanto su Padre permite que le venga. No se quejó, ni jamás extendió sus manos a tomar los pechos de su Madre; todo se dejó a su cuidado y providencia, tampoco rehusó los cortos alivios que le daba. Él admitió los servicios de san José, las adoraciones de los reyes y de los pastores, y todo con igual indiferencia: así nosotros debemos nada desear y nada rehusar, sino sufrir y recibir igualmente lo que la providencia de Dios permitiere que nos venga. Dios nos conceda esta gracia. Amén.

CONFERENCIA XXII. DE LA EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ

Dios me ha dado un extraordinario deseo de plantar en todos los corazones de los hijos de la Iglesia santa la reverencia y el amor a la santa Cruz de Nuestro Señor Jesucristo. Muchas veces he considerado, que después que el gran Judas Macabeo hubo reedificado el templo de la antigua Sinagoga, la nación Hebraica sintió tanto consuelo que todos los pueblos se postraron sobre su rostro, alabando y bendiciendo a Dios que tanto los había prosperado. En este pensamiento digo yo: ¡oh Dios mío! que consuelo y que júbilo de corazón deben tener los cristianos, considerando la Exaltación de la santa Cruz, la que habiendo sido derribada y abatida por los infieles, fue restaurada y ensalzada por el generoso emperador Heraclio. Verdaderamente nuestro gozo debe ser tanto más grande cuanto en aquel antiguo templo no se ofreció jamás sino bueyes, becerros, corderos, etc., mas sobre la Cruz y en la Cruz, se ofreció y sacrificó el Hijo eterno de Dios. El templo antiguo jamás se vio teñido de otra sangre que de animales; mas esta santa Cruz fue teñida con la sangre del autor y consumidor de todos los sacrificios. Esta Cruz vence muy largamente la magnificencia del antiguo templo, tanto más cuanto el sacrificio de la santa Cruz excede a todos los otros: y no hay buen cristiano que no deba amar más tiernamente la pobreza, el abatimiento y los dolores de la Cruz de Jesucristo, que los antiguos judíos amaron la riqueza, la magnificencia y las delicias de su templo. Este fue edificado tres veces, la primera por Salomón, la segunda por Darío, y la tercera por los Macabeos. Y así la santísima Cruz fue tres veces exaltada: la primera por Nuestro Señor Jesucristo, la segunda por Constantino y por la devota santa Elena, y la tercera por Heraclio. Los buenos judíos procuraron siempre reedificar su templo cuando sus enemigos lo destruían o en parte lo derribaban; así los buenos cristianos deben siempre procurar la exaltación de la santa Cruz, cuanto más los enemigos se esforzaren a destruir su honra y su devoción. San Pablo, incomparable maestro y doctor de la Iglesia naciente, tenía a Jesucristo en la Cruz por las delicias de sus amores, por tema de sus sermones, por blanco de todas sus glorias, por término de todas sus pretensiones en este mundo y por el premio de todas sus esperanzas en la eternidad: Yo entiendo, dice él, que no sé otra cosa que a Jesús crucificado. No me suceda que me gloríe en otra cosa que en la Cruz de mi Jesús: y no creáis, queridos míos, los de Galacia, que yo tenga otra vida que la de la Cruz, porque os aseguro que yo miro y siento de tal suerte en todo la Cruz de mi Salvador, que por su gracia estoy totalmente crucificado al mundo y el mundo está crucificado para mí (Gál 6, 14). Dichosa el alma que así vive y en todo ve a Jesucristo crucificado. Yo aconsejo de buena gana a mis devotos y devotas, que para refrescar más a menudo la memoria de la santa Cruz, traigan una siempre o al lado del corazón o en su rosario, y que jamás estén sin tener consigo una Cruz que puedan mirar y besar muchas veces; porque el beso es señal de amistad, y por eso Jesucristo, amante perfecto de nuestras almas, besaba a sus Apóstoles cuando volvían a él. Y san Pablo decía a sus discípulos: Saludaos unos a otros de mi parte, dándoos el ósculo santo. Cualquiera que besa sin fingimiento y sin hipocresía, y con una

virtuosa intención a su hermano cristiano afirma en verdad que le ama. Empero, para prueba de nuestra fe, no nos debemos solo contentar con besar la Cruz, sino que es necesario amar la Cruz; porque besarla sin amarla es aumentar el crimen de nuestra infidelidad, y llamar sobre nosotros los castigos de aquel pueblo, de quien Jesucristo dijo: Esta gente me honra con los labios, danme besos hipócritas y fingidas alabanzas, mas su corazón está muy apartado de mí (Mt 15, 8; Mc 6, 6), y por consiguiente sus obras están muy distantes de mis intenciones; de donde el cristiano debe inferir que no basta venerar la Cruz sino la ama; besarla si no la abraza por medio de una cordial y firme resolución, no solo de amar la Cruz, sino también la crucifixión del corazón. Algunos contemplativos meditaron que Jesucristo en la tienda de san José y en los treinta años de su adorable vida retirada, se ocupaba algunas veces en hacer cruces para toda clase de personas, y yo de su parte me atrevo a presentarlas a todos a los Prelados presento la cruz de la solicitud y de los trabajos que es necesario que padezca un buen pastor por guardar, aumentar, alimentar, perfeccionar y corregir sus ovejas. Esta cruz de pastor es la primera que llevó Jesús: yo lo probaré fácilmente por su cuna, por sus caminos, por sus cansancios y fatiga junto al pozo de Samaría, y por su caritativo cuidado por aquellos también que le atormentaban. A los religiosos y demás personas de la Iglesia presentaré la cruz de la soledad, del celibato y de la abnegación del mundo. Cruz santa que verdaderamente está tocada a la de Nuestro Señor: cruz preciosa llevada por la Virgen de las vírgenes Nuestra Señora, que después de su adorado Hijo fue la más santa, la más inocente y la más enteramente crucificada de todas las almas amantes de la santísima Cruz. A los nobles y caballeros doy la cruz de la modestia, el buen uso del tiempo en ocupaciones espirituales, buenas y santas, tanto más relevantes que las obras de la gente ordinaria, cuanto su condición los da de preeminencia y su nacimiento de ventaja sobre los otros; y por tercera rama de esta cruz que tengan el amor de la verdadera honra que es la virtud sola de la piedad y temor de Dios, y la fuga del fantasma de honra imaginaria que les sigue y que recibida de ellos los precipita en la vanidad, en la estimación de sí mismos y desde esta a los duelos, y de los duelos a la condenación eterna. A los ministros de justicia presento la cruz de la doctrina, de la equidad y de la sincera verdad, cruz verdaderamente digna de los ministros y oficiales de Dios justo y viviente, que hace que vaya delante de su rostro la justicia y el juicio, y juzga toda la tierra en equidad y verdad, como dice David. Cruz deseable que crucifica los respetos humanos, el temor de los hombres y el amor del propio interés, hace florecer en las provincias la paz y el reposo de las familias. A los del tercer estado ofrezco la cruz de la humildad, del trabajo y labor de sus manos; cruz que Dios les puso en su nacimiento, más que santificó por el uso y ejercicio que Jesucristo tuvo del oficio de carpintero, y de sí mismo hizo decir a su profeta: Yo estoy en la obra y en el trabajo desde mi juventud (Sal 87, 6). Esta cruz del trabajo de manos es muy saludable para ayudar a los hombres a la salvación eterna, porque siendo la ociosidad madre de vicios, una necesaria y buena ocupación libra al alma de mil fantasías que son la fuente de los pecados, y la mantiene en una amable inocencia y buena fe. A la gente joven destino la cruz de la obediencia, de la castidad y de la moderación en su porte. Cruz saludable que

crucifica las fogosidades de una sangre joven que comienza a hervir, y de un ánimo que aún no tiene prudencia que le guíe. Esta cruz hará a los jóvenes capaces de llevar el suave yugo de Nuestro Señor en el estado a que su inspiración los llamare. A los ancianos yo les presento la cruz de la paciencia, de la dulzura y del sabio consejo. Cruz que requiere un corazón armado de aliento y valor, porque en su edad crecida y debilitada no hallarán más que trabajo y dolor sobre la tierra (Sal 39, 10), como dice David. Hay gran número de cruces para las personas casadas, con cuidados de familia; no hay necesidad de señalarles de particulares. Con todo, la que les presento de mejor gana es el mutuo sufrimiento, la amistad fiel y no interrumpida con extranjeros amores y el cuidado en la educación de los hijos, dando buen ejemplo a toda la familia, para no hacerse culpados en pecados ajenos. A las viudas tampoco les falta cruz: si son verdaderas viudas, su corazón, su amor y su placer deben estar clavados en la Cruz de Cristo, por la abnegación de los pasatiempos del mundo y por la meditación de la muerte; pues su cara mitad se está ya pudriendo en el sepulcro. El glorioso san Antonio vio un día toda la tierra cubierta de lazos y de hilos; y a mí me parece que con mis ojos interiores la veo toda sembrada de cruces; dichosos aquellos que no huyen de la Cruz. Judas, aquel pérfido discípulo guió su infernal tropa para prender a Jesús y hacerle clavar en una Cruz, pero para sí el malaventurado rehusó enteramente la cruz; no queriendo solo la de la santa contrición y penitencia que le ofrecía Jesucristo. Los que rehúsan de tomar humildemente y llevar virtuosamente la cruz que Dios les presenta en esta vida, tendrán en la otra la porción de Judas. El gran rey Salomón dice: Que todo lo que pasa bajo del sol es Vanidad y aflicción de espíritu (Ecl 1, 11). Esto presupone que no hay hombre bajo del sol que pueda evitar la cruz y el sufrimiento; mas los impíos y las almas malas las llevan contra su voluntad y a despecho. Hay también otras atadas a la cruz y a las tribulaciones, y por su impaciencia cambian en fatales sus cruces: tienen sentimientos de estimación de sí mismas, llegándose a los del mal ladrón, uniendo por este medio su cruz a la de aquel malvado; y así infaliblemente su salario será siniestro. ¡Oh cómo el buen ladrón hizo de una cruz mala una cruz de Jesucristo! Verdaderamente los trabajos, las injurias, las tribulaciones que recibimos son cruces de verdadero ladrón, y nosotros las tenemos bien merecidas y debemos decir humildemente como el buen ladrón: Nosotros en nuestros tormentos recibimos lo que tenemos merecido por nuestros hechos, y por esta humildad volveremos nuestra cruz de ladrón en una cruz de cristiano verdadero. Unamos, pues, como el buen ladrón nuestras cruces de pecadores a la cruz de Aquel que nos salvó por su Cruz y por medio de esta amorosa y devota unión de nuestros sufrimientos a los sufrimientos y Cruz de Jesucristo, entraremos como el ladrón en su amistad y por consiguiente en su paraíso. Mirando, pues, la santa Cruz de Jesús con un corazón lleno de amor y reverencia, haré estas eternas e inviolables resoluciones. ¡Oh Jesús; amado de mi alma! permitidme que como un ramillete de mirra os estreche sobre mi pecho, y que bese el pie de esta santa Cruz bañada con vuestra preciosa sangre, y os prometo que mi boca, que ha sido tan dichosa en besar vuestra santa Cruz, se abstendrá de hoy más de detracciones, murmuraciones y lascivias. Mis ojos que ven, o Jesús, correr vuestras lágrimas por mis pecados sobre la Cruz, no mirarán jamás cosa

que os sea contraria. Estos dos luminares de mi cuerpo desfallecerán a fuerza de mirar en lo alto crucificado a mi Salvador sobre la Cruz; yo los apartaré para que no vean la vanidad del mundo y solo atiendan siempre a la verdad de vuestro santo amor. Mis orejas, que oyen con tanto placer y consuelo las siete palabras pronunciadas desde la Cruz, no recibirán más placer de las vanas alabanzas, de falsas nuevas, de discursos que abatan a mi prójimo, de vanas propuestas y de pláticas inútiles. Mi entendimiento, que considera con gusto los adorables misterios de la santísima Cruz, no se resolverá jamás en maliciosas y perversas imaginaciones. Mi voluntad, que se ha rendido a las leyes de la santa Cruz y al amor de Jesucristo crucificado, jamás aborrecerá a persona alguna, porque Jesús su amado murió por todas de amor. En fin, mi celo será de plantar la Cruz en mi corazón, en mi entendimiento, en mis ojos, en mis oídos, en mi boca, en todos mis sentidos interiores y exteriores, para que nada salga ni entre que no sea obligado a pedir licencia a la santa Cruz. Yo formaré esta sagrada señal con reverencia y con ella marcaré mi corazón al levantar me y antes de acostarme, y buscando en la santa Cruz mi sufrimiento entre las agonías de esta vida, espero hallar mi alegría eterna; porque habiendo amado a Jesucristo crucificado en este mundo, gozaré en el otro de Jesucristo glorificado, al cual sea la honra y la gloria en los siglos de los siglos. Amen.

Dios sea bendito.

FIN

Índice

CONFERENCIA I. LAS CONSTITUCIONES	4
CONFERENCIA II. CONFIANZA	11
CONFERENCIA III. LA FIRMEZA	17
CONFERENCIA IV. DE LA CORDIALIDAD	28
CONFERENCIA V. DE LA GENEROSIDAD DE ESPÍRITU	35
CONFERENCIA VI. DE LA ESPERANZA	41
CONFERENCIA VII. DE LAS TRES LEYES ESPIRITUALES	49
CONFERENCIA VIII. DE LA DESAPROPIACIÓN Y DESPOJO DE TODAS LAS COSAS	57
CONFERENCIA IX. LA MODESTIA	62
CONFERENCIA X. DE LA OBEDIENCIA	73
CONFERENCIA XI. LA VIRTUD DE LA OBEDIENCIA	78
CONFERENCIA XII. DE LA SIMPLICIDAD	90
CONFERENCIA XIII. DEL ESPÍRITU DE LAS REGLAS	98
CONFERENCIA XIV. DEL JUICIO PROPIO.	107
CONFERENCIA XV. LA VOLUNTAD DE DIOS	116
CONFERENCIA XVI. DE LAS AVERSIONES	123
CONFERENCIA XVII. DE LOS VOTOS	130
CONFERENCIA XVIII. LOS SACRAMENTOS	139
CONFERENCIA XIX. SOBRE LAS VIRTUDES DE SAN JOSÉ	146
CONFERENCIA XX. INTENCIÓN DE ENTRAR EN RELIGIÓN	155
CONFERENCIA XXI. NO PEDIR NADA	160
CONFERENCIA XXII. DE LA EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ	163